





ANNE PERRY

No

DORMIREMOS

5º Primera Guerra Mundial



*A todas las mujeres que mantuvieron encendido
el fuego del hogar.*



Índice

ARGUMENTO.....	5
Capítulo 1.....	7
Capítulo 2.....	31
Capítulo 3.....	54
Capítulo 4.....	81
Capítulo 5.....	108
Capítulo 6.....	128
Capítulo 7.....	151
Capítulo 8.....	172
Capítulo 9.....	192
Capítulo 10.....	218
Capítulo 11.....	244
Capítulo 12.....	264



ARGUMENTO

Es octubre de 1918 en el Frente del Oeste. El capellán Joseph Reavley lleva cuatro años en las terribles trincheras de Flandes. Aún así, se siente incapaz de afrontar la visión del cuerpo mutilado de la enfermera Sarah Price. En medio del horror y de la muerte, alguien ha violado y asesinado a la joven. Y para estupor de Joseph, acusan del asesinato a su hermano Matthew, agente de los servicios de inteligencia británicos.

Matthew se había desplazado al campo de batalla para citarse con un hombre que asegura conocer la identidad del Pacificador, el siniestro personaje que acabó con la vida de los padres de los hermanos Reavley y que conspira desde los inicios de la guerra para crear un imperio anglo-germánico que deje en jaque al resto de Europa.

Los hermanos Reavley harán todo lo posible para encontrar al verdadero asesino. Si Matthew identificara al Pacificador y detuviera sus planes, habría una oportunidad para consolidar la paz. Pero si fallara, la libertad y la independencia podrían ser una utopía para las generaciones venideras.



Vuestro sea el combate contra el enemigo:
Con mano temblorosa os pasamos
la antorcha; sostenedla en alto.
Si perdéis la fe en quienes morimos,
no dormiremos, aunque crezcan amapolas
en los campos de Flandes.

JOHN MCCRAE



Capítulo 1

—¿Navidad en casa este año, capellán? —dijo Barshey Gee sonriendo con ironía. Se puso de espaldas al viento y encendió un Woodbine, luego agitó la cerilla y la arrojó al suelo fangoso. A unos tres kilómetros de allí, en medio de la creciente oscuridad, los obuses alemanes disparaban con indolencia. Al cabo de poco rato el bombardeo seguramente arreciaría. Las noches eran lo peor.

—Tal vez.

Joseph no iba a comprometerse. En octubre de 1914 todos habían imaginado que la guerra terminaría en pocos meses. Ahora, cuatro años después, la mitad de los hombres que había conocido estaban muertos; el ejército alemán se batía en retirada del terreno que había conquistado y su regimiento de Cambridgeshire había vuelto a avanzar casi hasta las puertas de Ypres. Quizá lo consiguieran aquella misma noche, de modo que el contingente entero estaba pronto para el ataque.

A su alrededor, en la penumbra del ocaso, todos los hombres aguardaban un tanto inquietos, ajustando a la espalda el peso de fusiles y macutos. Conocían bien aquella tierra. Antes de que los alemanes los hicieran retroceder, habían vivido en aquellas trincheras y refugios subterráneos. Amigos y hermanos yacían enterrados en la espesa arcilla de Flandes.

Barshey cambió el peso de pie haciendo un ruido de succión en el barro. Su hermano Charlie había resultado mutilado, y había muerto allí, desangrado, en la primavera de 1915, poco después de los primeros ataques con gas mostaza. A Tucky Nunn también le habían dado sepultura en alguna parte de allí, igual que a Plugger Arnold y a muchos otros procedentes de los pueblos cercanos a Selborne St. Giles.

Había movimiento a la izquierda de Barshey Gee, así como a su derecha. La orden de saltar el parapeto no tardaría en llegar. Joseph permanecería atrás, como hacía siempre, listo para atender a los heridos, llevarlos a los hospitales de campaña, hacer compañía a quienes padecían dolores insoportables y velar a los que agonizaban. Con frecuencia pasaba el día escribiendo cartas a la patria, dirigidas a mujeres a quienes informaba de que habían enviudado. Desde hacía un tiempo los soldados eran cada vez más jóvenes, algunos de sólo quince o dieciséis años. Contaba a sus madres cómo habían fallecido, tratando de brindarles alguna clase de consuelo: que



habían sido valientes, que sus compañeros los apreciaban, que no estuvieron solos al morir y que el tránsito había sido rápido.

Joseph metió la mano en el bolsillo y apretó la carta que había recibido aquella mañana de su hermana Hannah desde la casa familiar en Cambridgeshire. Aún se resistía a abrirla. Los recuerdos podían confundirlo, llevárselo a kilómetros del presente y dispersar la concentración que necesitaba para mantenerse con vida. No podía pensar en el viento del atardecer en las hojas de los álamos de detrás del huerto, como tampoco en los olmos que se erguían incommovibles en los campos, recortados contra el cielo del ocaso, ni en las bandadas de estorninos revoloteando como manchitas negras a contraluz. No podía permitirse respirar el silencio ni el olor a tierra, ni tampoco observar el lento avance de los caballos de tiro regresando por los senderos tras la jornada de trabajo.

Aún tendrían que transcurrir semanas, meses tal vez, antes de que todo hubiese acabado y que los que quedaban pudieran regresar a un país que jamás volvería a ser como lo habían dejado y al que habían soñado volver.

Más hombres pasaban entre las sombras. Las trincheras aliadas eran menos profundas que las alemanas. Tenías que mantener la cabeza gacha o corrías el riesgo de que te alcanzara la bala de un francotirador. El suelo era fangoso. Joseph recordaba los peores momentos, cuando el barro era lo bastante profundo como para que un hombre se ahogara y tan frío que algunos habían llegado a morir congelados. A aquellas alturas, buena parte del enjaretado estaba podrido, pero las ratas seguían allí, a millones, algunas grandes como gatos, y el hedor era el mismo en todas partes: muerte y letrinas. Alcanzabas a oler el frente varios kilómetros antes de llegar a él. La pestilencia cambiaba de un sitio a otro, según la nacionalidad de los combatientes. Los cadáveres olían de manera distinta según lo que comiera la tropa.

Barshey tiró la colilla de su cigarrillo.

—Calculo que volveremos a tomar Passchendaele antes de una semana —dijo, y echó una mirada a Joseph apurando la luz mortecina.

Joseph no contestó, consciente de que no era preciso. La memoria los había unido en un mudo dolor. Asintió con la cabeza, miró un momento a Barshey, luego se volvió para reanudar su camino por el maltrecho enjaretado y dobló el recodo hacia el tramo siguiente. El revestimiento que impedía que las paredes se desmoronasen estaba combado, como si fuese a reventar. Todas las trincheras se habían trazado en zigzag de manera que si el enemigo las tomaba por asalto no pudiera eliminar a toda una sección de un solo golpe. Encontró a Tiddly Wop Andrews justo debajo del peldaño de fuego, su perfil delineado un instante contra el pálido cielo antes de que volviera a agacharse.

—Buenas, reverendo —dijo en voz baja. Comenzó a decir algo más, pero el creciente ruido lo ahogó cuando a cien metros a la izquierda las ametralladoras empezaron a tabletear.



Había llegado el momento de que Joseph retrocediera hasta el hospital de campaña donde podría ser de ayuda para los heridos que llevarían allí. Se cruzó con otros hombres que conocía e intercambió unas pocas palabras con ellos: Snowy Nunn, con su pelo casi albino oculto por el casco; Stan Tidyman, sonriente y silbando entre los dientes; Punch Fuller, reconocible al instante por su nariz prominente, y Cully Teversham, inmóvil como un poste.

Igual que cada regimiento, al principio el de Cambridgeshire lo conformaban oriundos de una misma región: hombres que habían jugado juntos de niños y asistido a los mismos colegios. Pero ahora, con tantos muertos y heridos, también lo integraban soldados de muchos otros regimientos, mezclados para constituir juntos alguna clase de fuerza. Más de la mitad de los hombres que ahora saltaban el parapeto hacia el rugido de los cañones eran prácticamente desconocidos para Joseph.

Llegó al final del recodo y enfiló la trinchera de conexión hacia la línea de abastecimiento para dirigirse al puesto de socorro. Ya era de noche cuando lo alcanzó. Normalmente ese puesto no habría presentado demasiada actividad. Los heridos eran evacuados al hospital en cuanto estaban en condiciones de trasladarse, y los médicos, enfermeras y camilleros estarían aguardando la llegada de más heridos. Pero con tantos prisioneros alemanes afluyendo a través de las líneas, agitados, vencidos y en muchos casos lesionados, aún había una veintena de heridos allí.

A lo lejos, más columnas de soldados avanzaban acercándose a las trincheras. Si seguían ganando terreno a ese ritmo la línea de combate no tardaría en desplazarse más allá de los viejos terraplenes. En campo abierto el número de bajas sería mucho mayor.

Joseph comenzó su acostumbrada labor de atender a los heridos leves. Estaba enfrascado en esa tarea en la tienda de admisiones cuando Whoopy Teversham se asomó a la puerta de lona; la luz del farol iluminaba su rostro manchado de sangre.

—Capitán Reavley, más vale que venga —dijo con expresión de temor—. Hay dos hombres dando una paliza a un prisionero alemán. Si no los detiene, para mí que lo matan.

Joseph gritó a un auxiliar que lo relevara y salió detrás de Whoopy, casi pisándole los talones. Sus ojos tardaron un momento en adaptarse a la oscuridad, luego echó a correr hacia la parte de atrás de la tienda donde funcionaba el quirófano. El suelo estaba cubierto de baches, huellas de cureñas y restos de cráteres de bombardeos anteriores.

Los tenía delante de él, era una media docena de hombres apiñados; los heridos leves montaban guardia. Sus voces sonaban bruscas y agudas. Joseph los vio arrimarse a empellones, un brazo que daba un puñetazo y alguien que trastabillaba. Una bengala alumbró por un momento el cielo, perfilándolos desvaídamente durante varios segundos antes de caer y apagarse. A Joseph le dio tiempo de ver la figura en



el suelo, medio acurrucada con la cara en el barro como si hubiese intentado protegerse.

Los alcanzó y se dirigió al único hombre que había reconocido en los instantes de claridad.

—Cabo Clarke ¿qué está ocurriendo aquí?

Los demás se paralizaron, pillados por sorpresa.

Clarke tosió y se enderezó.

—Un prisionero alemán, mi capitán. Parece que está herido. —Su voz sonó vacilante, y Joseph no veía el rostro del hombre en la oscuridad.

—¿Parece herido? —preguntó Joseph en tono mordaz—. Y entonces, ¿qué hacen plantados aquí dándole puñetazos? ¿Necesita una camilla?

—¡Es un prisionero alemán! —exclamó alguien con tono de ira—. Habría que acabar con «su sufrimiento». Estos cabrones se han pasado cuatro años matando a nuestros muchachos, y ahora de repente se piensan que pueden levantar las manos y que echaremos los bofes vendándoles las heridas y cuidándolos. Sus compañeros están ahí delante —alzó un brazo en dirección a la línea de fuego— y siguen intentando matarnos. Peguémosle un tiro.

Hubo cierto grado de acuerdo en forma de airados murmullos.

—¡Cuánta valentía! —dijo Joseph con sarcasmo—. Diez de vosotros matáis a patadas a un prisionero desarmado mientras vuestros camaradas se adentran en la tierra de nadie y se enfrentan a enemigos con armas.

—¡Lo hemos encontrado así!

El sentimiento de injusticia saltó como una chispa. Otros se mostraron de acuerdo con vehemencia. Se volvieron, mirándose unos a otros.

—¡Estaba huyendo! —explicó alguien—. Volvía con los suyos para decirles dónde estamos y cuántos somos. ¡Había que detenerlo!

—¿Nombre? —inquirió Joseph.

—Turnen.

—¡Turner, mi capitán! —le espetó Joseph.

—Turner, mi capitán —obedeció el soldado hoscamente—. Aun así, estaba huyendo.

El resentimiento era latente en su voz. Joseph era capellán, y por ende no combatiente, y aquel soldado lo consideraba inferior. Joseph había agravado ese sentimiento al interferir con actitud de beato, interrumpiendo el curso de la justicia natural.



—¿Y hacen falta diez de ustedes para detenerlo? —inquirió, dejando que su voz revelara incredulidad.

—Dos de nosotros —respondió Turner—. Yo mismo y Culshaw.

—Vayan a reunirse con su unidad —ordenó Joseph—. Teversham y yo lo llevaremos al puesto de socorro.

Turner no se movió.

—Es alemán, señor...

—Ya me lo ha dicho. Nosotros no matamos a prisioneros desarmados. Si merece la pena, los interrogamos; si no, los dejamos en paz.

Alguien murmuró un comentario que Joseph no entendió. Se oyó una risa entrecortada, luego silencio.

Whoopy Teversham apuntó con la bayoneta y pinchó al hombre que tenía más cerca. A regañadientes se hicieron a un lado y Joseph se agachó junto a la figura tendida en el suelo.

El hombre seguía respirando, pero saltaba a la vista que estaba malherido. Si lo dejaban allí mucho más rato moriría.

Lentamente uno de los demás hombres se acercó y ayudó a levantar al prisionero de modo que Joseph pudiera cargar con él al hombro y llevarlo al menos hasta el puesto de socorro, donde hallaría un poco de luz y auxilio. Quizá tan sólo sirviera para brindarle la ocasión de morir con cierta dignidad.

El alemán no pesaba mucho; tal vez el hambre se había cobrado su cuota. Muchas personas, tanto militares como civiles, se veían privadas de comida. Aun así resultaba trabajoso llevarlo, y el suelo que pisaba Joseph era muy desigual. Le constaba que estaba causando dolor al prisionero, pero no podía hacer nada para mitigarlo.

Ya casi había llegado de nuevo a la tienda de admisiones cuando un camillero salió corriendo a su encuentro y lo ayudó a entrar al herido. Joseph se quedó anonadado al ver el rostro del soldado alemán. No podía tener más de dieciséis años y acusaba los estragos del hambre. Había recibido tal paliza que sus rasgos eran casi indiscernibles. Tenía roto el brazo izquierdo y presentaba un profundo tajo en el muslo que de tan copiosamente como sangraba resultaba imposible decir si la herida era de metralla o de bayoneta. Los ojos, hundidos por su estado de shock, miraban aterrorizados.

—No te preocupes —le dijo Joseph en alemán—. Te curaremos la herida de la pierna y te limpiaremos un poco, luego te mandaremos a un hospital.

—Me rindo —dijo el muchacho con voz sorda en el mismo idioma, las palabras poco claras por los desgarros y la hinchazón de la cara—. Me rindo.



—Ya lo sé —lo tranquilizó Joseph—. Tenemos a muchos de los vuestros. Cuando te hayamos vendado y entablillado el brazo te pondremos con los demás.

—¿Van a hacerme preguntas?

El miedo seguía asomando a sus ojos.

—No. ¿Por qué? ¿Tienes algo que decirme?

—No. Me rindo.

—Eso me parecía. Ahora estate tranquilo hasta que venga el médico.

Joseph lo dejó a cargo de los auxiliares sanitarios y se fue a atender a los demás, pero no logró apartar el incidente de su cabeza. No podía pasarlo por alto.

Sin embargo, hasta muchas horas después no tuvo ocasión de dirigirse a la línea de combate en busca de Bill Harrison, el oficial responsable de Culshaw y Turner. Conocía a Harrison desde 1915 y le caía bien. Era un hombre tranquilo, con un agudo sentido del humor, que se había ganado el ascenso desde el grado de soldado raso.

Amanecía en gris con una brisa de levante que empujaba jirones de nubes en el cielo y rizaba el agua de las charcas diseminadas por el barrizal. Joseph tuvo que abrirse camino entre tocones de árboles muertos, muchos de ellos chamuscados por el fuego, y bordeando cráteres donde cañones oxidados asomaban a través de la superficie oleosa. Los huesos de los soldados y los caballos muertos habían sido enterrados y desenterrados por sucesivos bombardeos a lo largo de los años. Los intentos por darles sepultura habían resultado vanos. El hedor atoraba la garganta, pero Joseph ya estaba acostumbrado. Encontró a Harrison en cucullas en un angosto refugio excavado en la trinchera de avituallamiento. Se había preparado una taza de té en una perola y se la estaba tomando a pequeños sorbos. Joseph supo con toda precisión qué sabor tendría: agua amarga y restos de estofado en lata Maconochie's.

—Buenos días, capitán —saludó Harrison de manera inquisitiva, viendo que Joseph se agachaba a su lado—. ¿Qué hace en una posición tan adelantada? —Estudió el rostro de Joseph sabiendo que tenía que haber algún problema que lo hubiese llevado tan cerca de la línea de fuego—. Hemos perdido a Henderson. Me gustaría escribir a su familia para decírselo yo mismo —agregó con una nota de disculpa en la voz.

Joseph había sabido que sería así. Era la clase de cosa que Harrison no delegaría en terceros. Tales noticias siempre deberían ser dadas por alguien que como mínimo hubiese conocido al finado. Por bueno que fuese el capellán del regimiento, una carta suya seguía siendo, en cierto modo, impersonal.

—Se trata de Culshaw y Turner —le dijo Joseph.

Harrison frunció el ceño y aguardó a que Joseph prosiguiera.

—Sorprendieron a un prisionero alemán que intentaba escapar —dijo Joseph, resumiendo el caso en la medida de lo posible—. Un chaval de unos dieciséis años,



hecho un fideo. Casi lo matan de una paliza. Whoopy Teversham los sorprendió y lo impidió.

Harrison clavó la mirada en el tocón y los restos de un caballo que tenían delante. Joseph sabía que Harrison adoraba a los caballos. Le gustaban incluso las tercas y desgarradas mulas del regimiento.

—Es difícil ponerle fin —dijo al cabo de un rato—. Esto sigue sin tregua, una muerte tras otra. Los hombres están enojados porque se sienten impotentes. No hay contra qué arremeter. El padre de Culshaw estaba en la armada, igual que su hermano mayor.

—¿Estaba? —preguntó Joseph aun sabiendo lo que Harrison iba a decir.

—Ambos se hundieron el año pasado —contestó Harrison—. Su hermana perdió a su marido, también. No sabe qué le aguardará en casa..., si consigue regresar.

—Nadie lo sabe —dijo Joseph en voz baja. Pensó en su propio hogar, llevándose la mano instintivamente al bolsillo un momento. Sabía que la carta seguía allí.

El marido de Hannah, Archie, estaba al mando de un destructor. ¿Sobreviviría las pocas últimas semanas o meses de guerra? ¿Lo lograría alguno de ellos? Joseph seguía con vida, ileso salvo por el dolor sordo que el frío le despertaba en los huesos y que le recordaba el brazo aplastado y la profunda herida de metralla en la pierna que lo habían mandado de permiso a casa el verano de 1916. Entonces estuvo tentado de quedarse en Inglaterra. Con su edad podría haberlo hecho.

Tampoco era que eso le hubiese hecho feliz. Sí habría supuesto una traición a sus hombres que seguían en el frente, así como a las mujeres que los amaban y que confiaban en que él acompañaría a los heridos, que no los dejaría morir solos.

—Nunca volverá a ser lo mismo —agregó Joseph en voz alta mostrando su acuerdo con Harrison—. La Inglaterra por la que hemos luchado ya no existe. Todos los sabemos.

—Antes enseñaba teología en Cambridge, ¿no es cierto? —preguntó Harrison—. ¿Volverá a hacer lo mismo?

Su rostro reflejaba curiosidad y una sorprendente amabilidad.

Joseph sonrió ante la inocencia de la pregunta. Su decisión de ir a enseñar a la universidad había sido una especie de huida. Eleanor había fallecido de parto junto con el hijo que esperaban. La aflicción le resultó insoportable, la fe no bastó para sostenerlo. La idea de atender a las necesidades humanas de una congregación lo abrumaba y corrió a refugiarse en el ámbito puramente intelectual de la enseñanza de idiomas bíblicos.

—No, no lo haría —dijo en respuesta a la pregunta de Harrison—. Eso está un tanto divorciado de la realidad de la vida.



¡Menuda carga de rechazo contenía aquella frase! Cuando acunabas a un hombre en tus brazos mientras moría desangrado en el barro gélido la teoría no valía nada, por más hermosa que fuese para la mente. Sólo contaba estar presente, permanecer a su lado pasara lo que pasase, por más que tú también te helaras y estuvieras aterrado, y te sintieras tan solo como él. La promesa —«No te abandonaré»— era lo único que merecía la pena mantener.

Harrison lo miró de soslayo. Había más luz ahora, fría y blanca, y ambos se veían las caras. Encendió un cigarrillo protegiendo la breve llama entre sus manos.

—Todo ha cambiado en casa. Ahora las mujeres hacen la mitad de los trabajos que antes hacíamos nosotros. Era inevitable: los hombres están lejos o muertos. O, por supuesto, lisiados. Pero eso no quita que sea diferente. —Miró los posos de su té—. ¡Dios, qué repugnante! ¿Pero hasta cuándo el agua clara y la ausencia de cañones nos bastarán, capitán? Seremos forasteros, la mayoría de nosotros. Ahora mismo somos héroes porque todavía combatimos, pero ¿qué ocurrirá dentro de seis meses o un año? Siempre hay algo de que hablar: la gente que conocemos, las noticias, lo que ponen en los cines. ¿Querremos saber si alguien ha leído un buen libro? Pero eso no puede prolongarse para siempre. Un buen día tendremos que ocuparnos de las cosas cotidianas. Nos acostumbraremos a estar juntos, nos dejaremos de cortesías y atenciones. ¿De qué hablaremos entonces? Cuando ahora voy a casa de permiso la gente se desvive por mí. Me dan lo mejor de sí mismos.

Joseph sabía con toda exactitud a qué se refería Harrison, la amabilidad deliberada, las conversaciones banales, los silencios que nadie osaba llenar.

—Entiendo...

—Todavía tengo pesadillas cuando estoy de permiso —dijo Harrison en voz baja exhalando humo—. Oigo los cañones aun cuando no están ahí. Pienso en los hombres que no regresarán y veo esa terrible mirada en los rostros de demasiados soldados que dan sensación de entereza hasta que les ves los ojos. Nos da miedo que nos maten durante estas últimas semanas, y también nos da miedo regresar a casa y vernos desplazados, solos, porque ya no encajamos allí.

Pero para Joseph eso era mejor que la vacuidad del desierto que le aguardaba a él, la banalidad, la atormentadora soledad. Nunca sería capaz de volver a enfrascarse en estudios académicos. Constituían una parte muy pequeña de la enormidad de la vida. Necesitaba el contacto entre la mente y el corazón, la pasión de la amistad.

Joseph aguardó varios minutos antes de contestar. Todo lo que había dicho Harrison era cierto. A él también le daba miedo regresar para encontrarse con el vacío. Aquí, en cambio, lo necesitaban, lo necesitaban desesperadamente, tanto que a veces la carga que ello conllevaba resultaba aplastante.

—Es verdad —dijo al fin—. A todos nos da miedo el futuro porque no sabemos cómo será. Pero no podemos permitir que los hombres maten a patadas a un



prisionero alemán, se sientan como se sientan. Si caemos tan bajo, ¿para qué habrán muerto diez millones de hombres?

—Hablaré con ellos —prometió Harrison. Apagó el cigarrillo y tiró los posos del té al suelo—. No volverá a suceder.

* * *

El día siguiente, 12 de octubre, Joseph se hallaba de nuevo en el puesto de socorro con más prisioneros. Llegaban a diario cruzando las líneas. La mayoría eran obligados a marchar a los campamentos donde los retendrían mientras el ejército avanzaba hacia el este sobre los viejos campos de batalla hasta la frontera de Alemania. Los pocos que estaban heridos de gravedad permanecían en los hospitales de campaña hasta que podían ser trasladados sin que sus vidas corrieran peligro.

A veces cabía sonsacarles información aunque ahora apenas resultaba útil. El territorio había sido disputado en sucesivas ofensivas y retiradas y era conocido con todo detalle, cada refugio, cada trinchera. Sólo los cráteres eran diferentes bajo el fuego incesante de la artillería que removía la arcilla, los cadáveres y los restos de los carros blindados. Los movimientos de tropas cambiaban con tanta frecuencia que el testimonio de un soldado caído preso la víspera no servía para anticipar cómo sería el despliegue del día siguiente.

Joseph se ocupaba mayormente de hablar con los prisioneros sobre asuntos médicos traduciendo a los doctores sus necesidades y luego los tratamientos que éstos prescribían a los prisioneros. Joseph hablaba alemán con soltura desde antes de la guerra. Había pasado algún tiempo estudiando en Alemania, y había cobrado afecto por aquella tierra y sus gentes. Como a tantos otros ingleses, la idea de luchar contra Alemania le había resultado penosa y perturbadora. Le constaba que los soldados del otro lado del frente eran muy parecidos a los hombres de su propio pueblo con quienes hablaba cada día.

Eran los gobiernos, el curso de la historia los que eran distintos de un país a otro.

Joseph había estado tras las líneas enemigas y tuvo ocasión de ver a la gente corriente, de comprobar su hambre y su miedo. Recordó a los soldados alemanes que los ayudaron a poner una rueda improvisada a la vieja cureña en la que llevaban al hombre que él y Edgar Morel habían ido a buscar. Les ofrecieron *schnapps* y juntos cantaron canciones. El hambre, el miedo y las heridas eran iguales en cualquier idioma, así como el hastío y el amor a la patria.

Ahora se encontraba en la tienda de reanimación hablando con un prisionero con una pierna amputada. La lluvia batía intermitentemente la lona. El soldado tendría poco más de veinte años, los ojos hundidos por el dolor y la impresión de verse de



pronto mutilado, su país derrotado y él mismo rodeado de desconocidos. La nacionalidad parecía carecer de importancia.

Joseph había intentado transmitir toda la tranquilidad posible sin faltar a la sinceridad: que el soldado recibiría el mejor tratamiento médico disponible, alimento, transporte cuando hubiese recobrado las fuerzas y que nadie le iba a hacer daño.

Joseph sabía que debería atender a los heridos de su propio regimiento, aunque ninguno de ellos estuviera gravemente enfermo, pero no lograba dejar a un lado el terror que reflejaban los ojos de aquel hombre. Guardaba cierto parecido con el hijo mayor de Hannah; el mismo color de ojos, la misma frente. Joseph hacía tareas menores como ayudar a trasladar heridos o llevar recados y siempre regresaba junto al hombre que permanecía inmóvil bajo la sábana; todavía le salía sangre del muñón de la pierna.

—¿Cuándo llegarán a Alemania sus ejércitos? —preguntó el prisionero poco después de medianoche.

—No lo sé —dijo Joseph con franqueza—. Todavía se combate con dureza en muchos frentes. Es posible que la guerra termine antes de que llegemos a la frontera.

—Pero ustedes nos ocuparán, habrá decenas de miles de soldados...

Dejó la frase en suspenso, como si no supiera cómo terminarla. Tenía el semblante sudoroso a pesar del frío y apretaba tanto los dientes que se le tensaban los músculos de la mandíbula, visibles bajo la piel cenicienta.

De repente, con un sentimiento de culpa, Joseph supo que el temor de aquel hombre no era por sí mismo. La desesperación de su lucha no había sido fruto del odio o de las ansias de una victoria germana, sino simplemente del miedo cerval a lo que ocurriría a su familia cuando las tropas enemigas invadieran la patria de quienes habían matado a sus camaradas, a sus amigos y hermanos, y encontrasen servida en bandeja la ocasión de vengarlos. Quizá supiera lo que había sucedido en Bélgica en 1914 y que se había repetido una y otra vez en cada pueblo y ciudad. Cabía que se hubiese consternado tanto como los soldados británicos al ver a la gente vencida y desconsolada, las granjas quemadas y los ojos de las mujeres violadas.

Si la marea había ido en sentido opuesto, y había habido años en que pareció inevitable que lo hiciera, las tropas alemanas habrían marchado sobre los pequeños pueblos de Cambridgeshire: Selborne St. Giles, Haslingfield, Cherry Hinton, y todos los demás. El enemigo habría pisado los adoquines de las calles en las que Joseph había crecido. Los soldados alemanes habrían dormido bajo los tejados de paja, destrozado las huertas, quizá matado a los animales para alimentarse, disparando contra quienes opusieran resistencia. Mujeres a quienes conocía de toda la vida se verían confundidas y humilladas, avergonzadas de sonreír o de ser vistas mostrándose amables.



Vio el miedo en los ojos del alemán, así como la amarga conciencia de haber sido incapaz de proteger a sus mujeres, quizás a sus hijos. Hubiese preferido morir en batalla. Y, sin embargo, ¿de qué iba a servirles muerto? ¿De qué le serviría a nadie siendo un prisionero y con sólo una pierna?

¿Acaso podía Joseph decirle sin pecar de insincero que sus mujeres no serían violadas ni sus casas quemadas? Después de cuatro años de un horror inconcebible para quien no lo hubiese soportado y de una carnicería que nublaba todo raciocinio, ¿era lícito afirmar que los vencedores no se lo harían pagar con sangre y lágrimas? Había hombres que conservaban su humanidad incluso a las puertas del infierno. Joseph lo había visto. Podría nombrar a cientos de ellos, tanto vivos como muertos. Pero eso no valía para todos los hombres, ni mucho menos.

¿Debía consolar a aquel hombre que tenía delante diciéndole mentiras? ¿O merecía la verdad? Un dudoso honor.

¿Qué querría él si se hallara en su lugar? ¿Querría pensar que Hannah estaría a salvo aunque no fuese verdad? ¿Y sus hijos, los chicos y Jenny? ¿Y Lizzie Blaine, con quien había trabado tan buena amistad cuando estuvo en casa herido en 1916? La idea de saberla asustada y avergonzada por un soldado alemán le resultó tan espantosa que le revolvió el estómago y por poco dio una arcada.

Hacía algún tiempo que no recibía noticias de ella. Había procurado no contar cuánto, pero lo sabía con toda exactitud: seis semanas y dos días. Nunca hubiese esperado que le doliera tanto, pero cada reparto de correo sin una carta suya era como si le asestaran un golpe en una parte que ya estuviera lastimada.

El alemán seguía observándolo, dudando que fuese a darle alguna clase de respuesta.

—¿Dónde está tu familia? —le preguntó Joseph.

—En Dortmund.

Joseph sonrió.

—Pasaré mucho tiempo antes de que lleguemos tan lejos. —Trató de mostrarse confiado—. Lo peor habrá pasado para entonces. Volverá a haber cierta disciplina. Serán tropas regulares. Casi todos los voluntarios habrán regresado a casa. Todos estamos cansados de esta guerra. La venganza sabe a poco cuando la sangre comienza a enfriarse.

El alemán pestañeó apretando los párpados; las lágrimas surcaban sus mejillas. Estaba demasiado débil para levantar la mano y enjugarlas.

—Gracias por no mentirme —dijo en voz baja—. Si me hubiese dicho que los soldados británicos no hacen tales cosas no le habría creído.

—La mayoría no las hacemos —dijo Joseph.



—Ya lo sé. La mayoría de nosotros tampoco —repuso el prisionero en tono desafiante pero sin acritud en la mirada.

—Todos hemos cambiado —dijo Joseph con tristeza—. Casi nada es como antes.

El alemán cerró los ojos y se retiró en un pesar o un dolor demasiado íntimos como para que un extraño pudiera acertar a descifrarlos.

Joseph aguardó un rato más por si había alguna otra cosa que el prisionero quisiera decir y al cabo se volvió y lo dejó a solas. La lluvia había arreciado y retumbaba en la lona. Joseph buscó cobijo en el corredor que unía las tiendas. El suelo estaba mojado, la luz brillaba en los charcos.

Sus pensamientos volvieron a Lizzie Blaine. Le resultaba imposible pensar en el regreso a casa sin que ella los presidiera. La recordó haciéndole de conductora todo el tiempo que él estuvo allí dos años atrás, convaleciente de unas heridas que le impedían manejar un coche por sí mismo. A pesar del asesinato de su marido, había sabido hallar fuerzas y coraje para ayudarlo a buscar al hombre que tan espantosamente los había traicionado a todos ellos, y a encararse con él cuando por fin ya no pudieran seguir evitando la verdad.

A Joseph le había caído bien desde el principio, encontrando grata su compañía porque entendía el sentimiento de pérdida y nunca lo eludía con comentarios trillados. Sabía cuándo había que hablar y cuándo guardar silencio y permitir que prevaleciera la pena, para luego asimilarla despacio y superarla.

Y sabía ser divertida. Su sentido del humor era agudo y mordaz. Le costaba poco reír y la risa brillaba en sus ojos, muy azules a pesar de ser de pelo moreno. Si alguna vez se compadecía de sí misma se lo reservaba para ella, sin culpar a los demás. Y, sin embargo, era lo bastante imperfecta como para ser vulnerable y cometer errores. De vez en cuando necesitaba ayuda.

¿Por qué no le había escrito?

¿Habría percibido el afecto que crecía en él y sabía que no podía volver a amar, al menos no a un hombre que había pasado cuatro años en las trincheras y que estaba tan inmerso en el horror que había cambiado para siempre? ¿Acaso no cambiaban todos los hombres? ¿Podría alguno de ellos volver a estar lo bastante sano y cuerdo como para hacer feliz a una mujer? Ninguna mujer deseaba sufrir de por vida. Las mujeres creaban vida, la afirmaban, amaban pasara lo que pasase. Necesitaban nutrir y comenzar de nuevo.

Tal vez sólo mujeres como su hermana Judith, que estaba allí, en el frente, podrían comprender y hablar a los soldados como a iguales, podrían soportar las pesadillas y los chistes malos, las miserias que desgarraban el corazón y que resultaba imposible dejar a un lado. Olvidar a los muertos sería traicionarlos, y eso era imperdonable. Equivaldría a negar el honor, negar la amistad, hacer que todas las heridas y las pérdidas dejaran de ser reales.



Judith lo entendía. Había estado allí desde el principio de la guerra, conduciendo su ambulancia con los heridos y los muertos, enfrentándose al hambre y al frío, igual que el resto de ellos. Resultaba irónico que pudiera hablar con Judith aunque al mismo tiempo no tenía necesidad de hacerlo porque ella lo sabía todo, igual que él.

La lluvia fina y fría mojó el semblante de Joseph cuando se encaminó a la tienda de admisiones para ver si había algún recién llegado que precisara ayuda.

¿Sería capaz de ofrecer algo de ternura o sinceridad a una mujer que no tuviera ninguna experiencia de la guerra? ¿O acaso el abismo que los separaría sería imposible de salvar por culpa de los fantasmas de todos los amigos que habían fallecido en sus brazos, todas las incursiones en la tierra de nadie desgarrado por el terror y el pesar, las noches interminables ensordecido por los cañonazos?

«Lizzie, ¿por qué no me escribes? ¿Ya no sabes qué decirme? ¿Qué horror puede haber en el futuro tan terrible como el que ya hemos soportado con el asesinato de Theo y la traición de Corcoran?»

Se paró en seco con los pies cubiertos de barro. Aún no estaba preparado para entrar en la tienda. Necesitaba un breve respiro antes de encontrar al próximo hombre a quien tendría que hablar con ánimo de confortarlo o, si tal no era el caso, al menos ayudarlo a beber agua o cambiar de costado para darle un poco de alivio.

Hasta aquel momento no había reconocido ante sí mismo que Lizzie significase tanto para él; mucho más que amistad, más que la alegría o el consuelo de alguien en quien confiar. La idea de que quizá no volvería a escribirle lo llenó de una soledad para la que no estaba preparado. Carecía de sentido eludirlo, aun cuando fuere posible: la amaba.

* * *

En Londres el hermano de Joseph, Matthew Reavley, estaba sentado en el despojado e impersonal despacho de Calder Shearing, su jefe inmediato en el Servicio Secreto de Inteligencia.

—Un mes —dijo Shearing, y apretó los labios—. A lo sumo un par de semanas más si los alemanes resisten en torno a Ypres, pero no mucho más. Todavía hay enfrentamientos violentos en Menin, en Courtrai y, por supuesto, en Verdún. Las cifras de bajas son atroces en ambos bandos.

No necesitaba mirar los nombres en el mapa, los conocía todos, mejor que los muebles de su propia casa o que el jardín descuidado de atrás.

—¿Conversaciones a primeros de noviembre? —preguntó Matthew—. ¿Alto el fuego?



—Seguramente —contestó Shearing—; pero aún no estamos preparados. Seguimos discutiendo con Wilson y con los franceses.

Hablaba con voz ronca de emoción. Había una gran carga de enojo en ella, aunque contenida porque así tenía que ser. Aquella había sido la guerra más devastadora de la historia. Se había extendido casi hasta todos los rincones del mundo. Treinta y cinco millones de personas desaparecidas, muertas o heridas; un continente en ruinas. El equilibrio político alterado para siempre. El antiguo régimen barrido. El káiser derribado, el Imperio Austro-Húngaro se desmoronaba. En Rusia se había producido una revolución aún más terrible que la que había derrocado a la monarquía borbónica en Francia. Estados Unidos había emergido como una nueva potencia mundial.

—Los catorce puntos de Wilson —dijo Matthew con gravedad.

Era un asunto polémico. El presidente de Estados Unidos, Woodrow Wilson, se había erigido en árbitro entre las fuerzas contrarias, y desde el mes de enero había planteado los principios que debían regir las negociaciones de paz.

La mano pulcra y fuerte de Shearing se cerró en un puño encima de su escritorio.

—No lo discuta, Reavley. Ahora no.

—Le falta una comprensión cabal de la historia —dijo Matthew, y no era la primera vez—. ¡Imponer sus condiciones a Alemania será como echar los cimientos de otra guerra tan sangrienta como ésta!

—¡Ya lo sé! —soltó Shearing tensando los músculos de su rostro—. Todos lo sabemos, pero ese hombre no nos hará caso. Tiene la mentalidad de un maestro rural y el alma de una mula del ejército. Pero lo que importa es que tiene el poder de una nación que no entró en la guerra hasta que faltaba poco para el final, cuando el resto de nosotros ya estábamos de rodillas. Nos rescató y, con toda cortesía, no tiene intención de permitir que lo olvidemos.

—Si al menos fuese un maestro rural europeo no tendría importancia —dijo Matthew secamente, recostándose en su asiento. Se sentía a sus anchas en el despacho de Shearing desde hacía muy poco, cuando por fin entendió por qué no había ningún toque personal en ese lugar—. Al menos comprendería las razones de nuestras antiguas desavenencias y sabría que no se nos puede obligar a superarlas mediante el sentido común, sobre todo con la idea que tenga un forastero sobre lo que es sensato.

—¡Ya lo sé! —repitió Shearing bruscamente—. Dermot Sandwell ha intentado señalar que si destruimos la industria pesada alemana con restricciones excesivamente gravosas deterioraremos la economía de todo el continente. Una recesión acusada en Alemania podría crear un vacío que, con el tiempo, acabaría por engullirnos a todos. Dentro de cinco o seis años podríamos sufrir una depresión económica sin precedentes.



—¿Y Sandwell tiene razón? —preguntó Matthew con un repentino escalofrío.

—Sabe Dios —contestó Shearing—. Seguramente. Y, no obstante, si no impedimos que se rearmen volveremos a estar como al principio y lo tendremos bien merecido. —Sonrió. Fue un ademán muy breve pero no libre de afecto, incluso se diría que fue una momentánea revelación de algo muy próximo a la amistad—. Supongo que todavía no sabe quién es ese «Pacificador» suyo, ¿verdad?

Matthew inhaló profundamente, sobresaltado por la sensación de derrota que lo embargó.

—No —admitió.

—Lo siento —dijo Shearing en voz baja—. Me figuro que si pudiera ayudarle me lo habría hecho saber.

Resultaba irónico que Shearing fuese un hombre reservado y vehemente que nunca hablaba de sí mismo. Matthew se había enterado por terceros de la trágica y heroica historia de la familia de Shearing. Fue a partir de entonces cuando por fin confió en él y comprendió su inquebrantable lealtad para con su patria de adopción. No conservaba ni el más leve rastro de su acento original. Su inglés no era sólo correcto sino completamente coloquial. Nada lo delataba salvo la oscuridad de sus ojos y una ocasional tristeza en su sonrisa. Antes de eso, en muchas ocasiones Matthew había temido que el propio Shearing fuese el Pacificador.

Ahora había una chispa de humor en los ojos con que Shearing miraba a Matthew. Quizá también supiera eso o lo adivinase.

—Sí. Y si se me ocurre algo, se lo diré —dijo Matthew.

Shearing ordenó los apuntes que tenía delante y los guardó en su escritorio bajo llave. Era una medida innecesaria puesto que el despacho también quedaría cerrado, pero tenía la costumbre de ser muy cuidadoso con sus notas pese a que, suponiendo que alguien diera con ellas, ninguna otra persona las sabría descifrar.

—Tráigame novedades en cuanto las tenga —ordenó a Matthew.

—Sí, señor —dijo Matthew levantándose—. Buenas noches, señor.

—Buenas noches, Reavley.

Matthew regresó a su despacho, guardó sus papeles bajo llave y recogió el impermeable. Al salir a la calle oscura torció a la izquierda y echó a caminar a paso vivo por la acera. Tardaría una media hora en llegar a su piso y para entonces, con la fría llovizna, estaría bastante mojado. Aun así era mejor que buscar cualquier clase de transporte. Los autobuses iban repletos y pasaban con irregularidad. Los taxis escaseaban. Todo el mundo pugnaba por la poca gasolina disponible y no le costaba nada recorrer aquella distancia a pie. En realidad, después de casi todo el día sentado frente a su escritorio pasando información por la criba le alegraba la extraña sensación de libertad que le daban las calles oscuras. Estaban atestadas de otras



personas que también iban con prisa a sus casas, con la cabeza gacha y los cuellos levantados. A cada tanto los faros de un coche brillaban en las superficies mojadas: asfalto liso o adoquinado irregular, el filo de un bordillo.

Habría encontrado el camino con los ojos vendados. Pasó ante la tabaquería de la esquina. El hijo mayor del dueño había fallecido en Gallipoli y otro más joven había perdido un brazo en Verdún. Su yerno había quedado ciego en Messines. El hijo del verdulero estaba en el Real Cuerpo Aéreo. Por el momento seguía ileso, pero su madre había muerto durante el ataque aéreo de un zepelín. Y así sucesivamente. Todo el mundo había perdido a alguien, aunque fuese un amigo de toda la vida en vez de un pariente.

Cruzó la calle dando la cara al viento. La lluvia había arreciado. El «Pacificador» al que Shearing había aludido era el nombre en clave que Matthew y Joseph habían puesto al hombre que había concebido un disparatado plan para evitar la guerra en el ya lejano verano de 1914.

Matthew recordaba con toda claridad el soleado campo de críquet aquella tarde en Cambridge, como si hubiese sido ayer, y, sin embargo, en cierto modo parecía que hubiese ocurrido en otra vida. No era un partido importante, sólo un encuentro amistoso. Aún veía el cielo despejado y el blanco resplandor de los pantalones de franela y las camisas. Las mujeres llevaban vestidos de muselina pálida. Amplios sombreros protegían sus rostros y todas lucían elaborados peinados. Había sido una tarde perfecta que se diría dispuesta a prolongarse para siempre.

Él había ido allí para hacerla añicos, al menos en lo que a su familia concernía. Tenía que decirle a Joseph que sus padres, John y Alys Reavley, habían fallecido en un accidente de coche en la carretera de Hauxton. Aquella noche, estando sentados en la silenciosa y extrañamente vacía casa familiar, el agente de policía del pueblo acudió a presentar sus condolencias y refirió casi con indiferencia la noticia de que en Sarajevo el archiduque y la duquesa de Austria habían sido asesinados por un serbio loco.

Las muertes de John y Alys Reavley también resultaron ser un asesinato. John Reavley había hallado una de las dos copias de una propuesta de tratado entre el káiser Guillermo y el rey Eduardo. Se permitiría que Alemania invadiera Inglaterra, Francia y Bélgica absorbiéndolas en un Imperio Alemán en expansión que con el tiempo también abarcaría el resto de Europa. El precio se traducía en ayuda alemana para recuperar las antiguas colonias británicas de Estados Unidos y, por supuesto, conservar el resto del Imperio Británico: India, Birmania, África, Australasia y las distintas islas diseminadas por el planeta. El resultado sería de hecho un Imperio anglo-germánico mayor que cualquiera que el mundo hubiese conocido hasta entonces. Traería la paz global pero a costa del honor nacional y de la libertad individual.

John Reavley iba de camino a Londres para mostrar el tratado a Matthew quien, debido a su trabajo, podría informar a las personas adecuadas haciendo imposible



que llegara a firmarse. John había muerto por ello. Pero antes de salir de Cambridge había escondido el tratado y, por más que los hombres del Pacificador lo buscaron, no lo habían encontrado. Matthew y Joseph lo habían descubierto la víspera del estallido de la guerra. Seguía oculto en su escondite dentro del cañón de un trabuco en su casa de Selborne St. Giles. Sin ambas copias, el Pacificador no había tenido ocasión de presentarlo para que fuese firmado por el rey, y no había habido tiempo suficiente para estampar la firma del káiser en otra.

Una vez comenzada la guerra el Pacificador había dirigido sus esfuerzos, y los de sus seguidores, hacia restablecer la paz lo antes posible. En los primeros años su intención fue sabotear con propaganda el reclutamiento británico, que en aquel entonces aún era voluntario. Luego había saboteado inventos científicos que quizás habrían salvado miles de vidas en el mar, tanto en la marina mercante como en la Armada, y decenas de toneladas de suministros vitales tanto de alimento como de munición.

Más tarde había vuelto a servirse de la propaganda. Las crónicas sobre la baja moral de la tropa, el aumento de las víctimas, el sinsentido de tantas muertes por un ideal viciado desde el principio estaban diseñadas para menoscabar la determinación y la productividad británicas.

Matthew se había preguntado si la espantosa explosión ocurrida en Halifax, Nova Scotia, había sido, de un modo u otro, obra del Pacificador. Había tenido lugar el 6 de diciembre del año anterior. El *Mont-Blanc*, cargado con más de dos mil quinientas toneladas de explosivos destinados a la campaña militar, había colisionado contra un buque noruego en el estrecho de la entrada del puerto. Abandonado por su tripulación, el *Mont-Blanc*, en vez de explotar de inmediato, tal como habían esperado, se adentró en el puerto por su cuenta hasta quedar abarloado a uno de los muelles. Entonces explotó con tanta violencia que los pedazos del barco, en forma de restos descuajeringados y en llamas, cayeron sobre iglesias, casas, escuelas, fábricas, dársenas y otros barcos. Más de doce mil casas resultaron dañadas. Y mucho más importante, bastantes más de cuatro mil personas acabaron muertas o heridas. Fue la mayor explosión provocada por el hombre que jamás hubiese ocurrido.

La devastación fue tremenda y sus efectos duraderos.

Pero lo que más vivamente dolía a Matthew eran los asesinatos de individuos: sus padres, el hombre que había robado el tratado para traerlo a Inglaterra, Gustavus Tempany, Owen Cullingford, Theo Blaine. Le constaba que era una estupidez. Ningún hombre o mujer tenía mas que una vida que dar, o perder. Pero la muerte de alguien cuyo rostro conoces, cuya voz te resulta familiar, cuyas penas y alegrías has compartido, hiere una parte distinta de tu sensibilidad, y la razón no es suficiente para curarla. Recordó a Shanley Corcoran con una punzada de dolor excepcional porque su final había sido peor que la mera muerte.



Y, por supuesto, recordó a Detta Hannassey, la hermosa Detta que se movía con tanto garbo y que ahora no volvería a caminar con soltura y gracia. Eso era diferente, y tal vez no cupiera culpar al Pacificador, aunque no aliviaba el dolor.

Ahora, en octubre de 1918, Matthew seguía sin saber quién era el Pacificador y sólo podía adivinar qué más podría haber hecho sin que el SIS se enterase. Quizás hubiera otras cien conspiraciones, un millar.

Matthew cruzó la calle oscura. Un taxi pasó veloz, los faros brillaron en los charcos negros y las ruedas salpicaron agua sucia. Matthew dio un salto hacia atrás levantando las manos como para desviarlo, empujado en sudor al recordar las dos ocasiones en que los hombres del Pacificador casi lograron matarlo. Una había sido en una calle en lo que habría podido pasar por accidente de tráfico. Se alisó el impermeable y siguió su camino sintiéndose estúpido.

Por supuesto había pasado más horas de las que podía contar tratando de averiguar la identidad del Pacificador para detenerlo. Había sospechado de varias personas, descartándolas una tras otra, sólo para encontrarse con que los datos de que disponía quedaban en entredicho por nuevas informaciones contradictorias. Lo más penoso, además de ser lo más comprometedor, era que hubiese sido Calder Shearing. Las pruebas contra él se habían acumulado. No fue hasta el año anterior que Matthew finalmente comprobó su inocencia.

También había sospechado de Ivor Chetwin, antaño amigo de John Reavley. Cuando el hundimiento del *Lusitania* en 1915 había retenido a Matthew en Inglaterra, Joseph había ido en su lugar a las playas de Gallipoli en busca de la prueba definitiva y descubierto que su sospecha era infundada.

Ambos habían creído que podía ser Aidan Thyer, el director de St. John's en Cambridge. Todavía abrigan sospechas sobre Thyer, así como sobre el secretario de estado Dermot Sandwell, muy próximo al núcleo del gobierno.

Ahora todo indicaba que la guerra tocaría a su fin y que nunca lo sabrían. Eso significaría victoria y paz, pero un tremendo fracaso en el ámbito personal. Había defraudado a su padre.

John Reavley nunca había querido que su hijo ingresara en los servicios de inteligencia. Ése fue el motivo de su riña con Ivor Chetwin. Su padre siempre había detestado la arteria, el secretismo y las mentiras que ese trabajo conllevaba, la manipulación y la traición inherentes a sus métodos para recabar información.

Los soldados que luchan cara a cara tienen cierto honor.

Además soportan un horror físico que es todo lo próximo al infierno que un ser humano es capaz de concebir. El sufrimiento, no sólo corporal sino, quizá peor todavía, mental, pertenecía a un reino ajeno a la imaginación de los hombres cuerdos. Matthew había oído hablar de él, pero ni siquiera las palabras de los poetas, y había habido algunos de los más destacados de la lengua inglesa, alcanzaban a evocarlos.



Los hombres que venían de permiso no hablaban de él, ni siquiera su propio hermano Joseph. John Reavley habría estado orgulloso de Joseph; silenciosa y dichosamente orgulloso de él. Joseph había cumplido la palabra dada a sus hombres en todo momento, tragándose su propio sufrimiento y siguiendo adelante una y otra vez.

¿Qué habría dicho John Reavley a propósito de Matthew? ¿Habría entendido la vital importancia del trabajo que realizaban los servicios de inteligencia? ¿Cuántas vidas había salvado, en silencio, desde el anonimato y sin recompensa alguna?

Ya sólo le faltaban unos doscientos metros para llegar a su casa. Pronto podría quitarse la ropa mojada y prepararse una taza de té bien caliente. De buena gana se hubiese tomado un whisky pero comenzaba a ser difícil de encontrar y lo reservaría para más tarde. Había escasez de casi todo: comida, gasolina, carbón, ropa, papel, jabón y velas.

Dentro, el piso estaba frío. Puso la tetera a calentar y se preparó un par de emparedados de queso a los que añadió una buena cucharada del *chutney* casero de Hannah que se había agenciado en su última visita a Cambridgeshire. Se había mostrado tan generosa como siempre, ofreciéndole toda clase de cosas que Matthew sabía que en realidad no le sobraban.

Se sentía sola, con Archie casi todo el tiempo en la mar. Estaban mucho más unidos desde el verano de 1916, cuando Hannah había visto tantas pérdidas y obligado a su marido a contarle mucho más sobre cómo era en verdad su vida al mando de un destructor en el Atlántico Norte. Hasta entonces se había contentado con no tratar de imaginar siquiera ningún detalle realista.

Matthew entendía por qué y la admiraba por haberse decidido a dar aquel gran paso adelante. Pero Hannah aborrecía casi todos los cambios que la guerra había propiciado. Nunca había deseado los derechos, ni las responsabilidades que traían aparejadas, que tantas mujeres ahora se veían obligadas a aceptar, fuese de buena gana o a regañadientes. No se parecía en nada a Judith, que se había marchado a Francia sin el menor titubeo para conducir una ambulancia. Hannah era feliz con sus hijos en el pueblo. Había ocupado el lugar de su madre, asumiendo la organización de actividades vecinales, el conocimiento de las lealtades y necesidades de las familias, las constantes pequeñas atenciones que cohesionan una comunidad y le hacen posible superar las pérdidas más terribles. El final de la guerra sería una bendición para Hannah. Por fin podría dormir sin tener pesadillas sobre Archie o sobre el alistamiento de su hijo mayor, que ansiaba emular a su padre antes de que fuese demasiado tarde para combatir por su patria.

Matthew se comió los bocadillos despacio. El queso estaba un poco rancio pero el *chutney* lo disimulaba. Volvió a pensar en tomarse un whisky, pero sabía que el té le sentaría mejor. A pesar de la escasez, era demasiado fácil dejar que un whisky se convirtiera en dos e incluso en tres.



Para Judith el final de la guerra sería bastante diferente. De repente volvería a encontrarse sin un norte, faltándole poco para cumplir treinta años y ante un panorama de pretendientes casi desprovisto de hombres jóvenes. Los que quedasen preferirían a alguien de trato más fácil que ella: menos apasionada, menos exigente, seguramente hasta menos valiente o inteligente. La nación estaba cansada. La belleza resultaba agradable a la vista pero también inquietante y agotadora de mantener. ¿Qué haría con todo el fuego que ardía en su interior?

El ruido del timbre lo sacó bruscamente de sus divagaciones. Se quedó desconcertado, y volvió a sonar antes de que se levantara y fuera al vestíbulo a abrir. Incluso entonces vaciló. Pasaba muy poco tiempo en su piso. Trabajaba mucho, su horario era irregular y cuando tenía uno o dos días libres se marchaba a la casa familiar de Cambridgeshire. Recibir visitas allí era de lo más inusual.

Abrió la puerta despacio, manteniendo al menos la mitad de su peso tras ella para poder cerrarla a la fuerza en caso necesario.

—Comandante Reavley. —Fue un aserto, no una pregunta. El rostro insulso del hombre que tenía delante no albergaba la menor duda. Era de estatura mediana, de pelo moreno pero ralo, cejas descoloridas y rasgos anodinos con la salvedad de los ojos. Su mirada era firme y penetrante. Llevaba el traje soso y el alzacuello blanco de un hombre de la Iglesia.

—¿Sí? —contestó Matthew sin moverse para dejarle pasar.

El hombre esbozó una sonrisa, más con los ojos que con la boca.

—Traigo un mensaje para usted que quizá carezca de sentido para cualquier otra persona, pero que si cayera en manos equivocadas podría costarme la vida —dijo en voz baja—. Y lo que es mucho más importante, si no se lo transmito a usted, podría alterar la paz que nos aguarda. El resultado de la guerra ya es inevitable, pero no así lo que venga después. Todavía hay mucho en juego. —Esta vez la sonrisa le alcanzó los labios—. Me imagino que dentro hace el mismo frío, pero sería más discreto.

Para Matthew sólo había una decisión posible.

—Adelante —ofreció echándose atrás y dejando que el hombre entrara antes de cerrar la puerta de nuevo y echar el cerrojo—. Si tiene frío, quizá le apetezca un té o un poco de whisky. ¿Quiere un bocadillo? Sólo llevan queso y *chutney*, pero el *chutney* está muy bueno.

—Gracias, tengo poco tiempo. No me atrevo a demorarme aquí mucho rato, pero un bocadillo sería de agradecer.

El hombre tenía un leve acento, como si su lengua materna fuese el alemán.

Matthew puso a hervir la tetera otra vez mientras preparaba un bocadillo que luego le sirvió con el té.



—¿Qué mensaje es éste? —preguntó sentándose delante del hombre. A la luz de la lámpara resultaba patente que tenía cuarenta y bastantes años, y había arrugas de tensión y cansancio en su rostro, sobre todo en torno a los ojos y la boca—. ¿Tiene algún sentido que pregunte cómo se llama?

—Lo cierto es que no. Sólo soy un mensajero —contestó el hombre engullendo con apetito.

—Capellán del ejército, a juzgar por su atuendo —señaló Matthew—. ¿Eso significa algo?

—No. Sólo es una forma conveniente de viajar. Pero, igual que usted, tengo un hermano que lo es o, mejor dicho, lo era. Murió el año pasado en el Somme.

—Lo lamento. —Matthew lo dijo en serio. Podía muy bien imaginar lo que significaba perder a un hermano. Leía las listas de bajas. Tenía pesadillas sobre ello.

El hombre terminó de dar cuenta del emparedado y apuró su taza de té antes de seguir hablando.

—Gracias. Me figuro que sigue usted interesado en conocer la identidad del Pacificador, según creo que lo llaman.

Matthew notó que el sudor le perlaba la piel y, no obstante, al mismo tiempo lo invadió un frío interior. Ningún desconocido podía saber el nombre que le habían puesto. ¿Quién era ese hombre? El silencio que reinaba en la habitación era tan profundo que llegaban a oírse los pasos de los peatones en la calle.

—Por la muerte de sus padres —prosiguió el hombre, muy atento al semblante de Matthew—, pero también porque ejercerá una muy notable influencia sobre las exigencias británicas en las negociaciones de paz que ahora no pueden tardar más de unas pocas semanas. Calculo que se celebrarán hacia la segunda semana de noviembre. Si tomamos una decisión errónea lo pagaremos muy caro en toda Europa, quizás en un mundo mucho más sangriento y terrible que el actual. No sólo se habrá perdido esta generación sino también la de nuestros hijos, con armas que ni siquiera hemos soñado todavía.

—¡Ya lo sé! —dijo Matthew con aspereza. Le dolía el pecho. Le costaba respirar. El peso de la aflicción le resultaba aplastante. Recordaba a su padre tan vivamente que podía oír su voz y oler el ligero aroma a tabaco de pipa y tweed Harris que solía acompañarlo.

Fue consciente del hombre que le observaba desde la otra butaca viendo su intolerable pena y se contrarió.

—Debemos impedir que eso ocurra —dijo el hombre en voz baja—. Y si usted no detiene al Pacificador, reconstruirá sus planes de crear un Imperio anglo-germánico de las cenizas de esta guerra, y entonces habrá otra guerra porque Europa nunca dejará que eso ocurra. Gran Bretaña no lo consentirá. Ahora lo sabemos de sobra. Si hubiésemos sido más sensatos, quizá siempre lo habríamos sabido.



—El Pacificador... ¿Quién es? —inquirió Matthew.

—Su nombre no le sirve de nada sin pruebas.

—¿Pues a qué ha venido usted en ese caso?

Le constaba que estaba siendo injusto, pero había aguantado cuatro largos y amargos años para aquello y visto morir a demasiados buenos amigos a manos del Pacificador. Que por fin le brindaran esa información, sólo para captarla y encontrarse con un espejismo, era como si se mofaran de él abiertamente.

—A decirle que su homólogo alemán está dispuesto a atravesar las líneas y viajar a Inglaterra para desenmascarlo, aun pagando con su vida si es preciso, con tal de impedir que un holocausto semejante caiga sobre Europa otra vez.

Matthew pensaba a toda prisa. ¿Podía ser cierto? ¿O se trataba de una quimera más, otro truco para lograr una última oportunidad para la destrucción?

—Siga, por favor...

—Usted no tiene nada que perder trayéndolo aquí y escuchándolo —dijo el hombre con un cansancio infinito en la mirada—. Estamos vencidos. Alemania ha perdido más de un millón y medio de hombres sólo en los campos de batalla. El pueblo está hambriento y deshecho, la tierra devastada, el gobierno arruinado. Nadie que ame Alemania y esté en su sano juicio quiere volver a ver esto otra vez. Manfred vendrá a través de las líneas si le dice dónde y cuándo. Pero tiene que ser pronto. No hay tiempo para discutir ni para sopesar y considerar. Si se reúne con él, dele protección. Regresará con usted a Londres y le referirá a su primer ministro en persona la conspiración entera desde el principio. Usted ya está al corriente de buena parte de ella. Me figuro que todavía conserva el original del tratado o que al menos sabe dónde está.

De nuevo no fue una pregunta. Seguramente no esperaba que Matthew contestara.

—Este hombre... ¿Cómo se llama? —preguntó Matthew. ¿Debía vacilar? ¿Había alguna otra cosa que preguntar, alguna respuesta que comprobar? Estaba habituado al doble juego, al triple juego; era propio de su profesión. Si aquel hombre le estaba tendiendo una trampa, se llevaría consigo al menos un dato que pudiera contrastar. Su honestidad significaba muy poco. Hasta los aficionados se servían de una verdad para verificar las demás mentiras.

El hombre también vaciló.

Matthew sonrió. La situación no dejaba de resultar cáustica, al tiempo que absurda, en aquella última fase con mares de sangre ya derramada.

—Manfred von Schenckendorff —contestó el hombre—. ¿Por dónde debe cruzar el frente?

Sólo había una respuesta posible. Joseph estaba en Ypres, como desde el principio de la contienda. Tenía amigos allí, personas de confianza.



—Ypres —contestó Matthew—. Allí donde se encuentre el regimiento de Cambridgeshire. Ahora cambian de posición a diario.

—Por supuesto. Su hermano.

—¿Usted ya sabía que está allí?

Matthew se quedó sorprendido y ligeramente desconcertado. Ese hombre poseía demasiada información para ser un mero mensajero. ¿Acaso aquello era un último acto de venganza orquestado por el Pacificador porque Matthew y Joseph habían sido responsables de muchos de sus fracasos? ¡No, eso era absurdo! Sin duda había urdido más planes de los que ellos podían siquiera imaginar. Un sinfín de personas los había entorpecido o contribuido a llevarlos a cabo. Era absurdo pensar que Matthew y su familia ocuparan un lugar destacado en la mente del Pacificador, y ahora menos que nunca.

Y, sin embargo, era John Reavley quien había visto y sustraído el original del tratado, frustrando la conspiración para traicionar a Francia y así evitar la guerra de buen principio. Tal vez el Pacificador nunca se lo perdonaría.

El hombre aguardaba su respuesta sin quitarle el ojo de encima.

—Lo hemos planeado con mucho cuidado —dijo finalmente—. Supusimos que optaría por el frente de Ypres para contar con el apoyo del regimiento de Cambridgeshire. Aunque si hubiese preferido otro lugar, lo habríamos aceptado sin rechistar. Será tan pronto como pueda venir. No es fácil. Dos días. Tal vez tres. No podemos permitirnos más.

Se puso de pie y se quedó plantado un momento antes de tenderle la mano.

Matthew también se levantó y le estrechó la mano con firmeza. Tuvo la tentación de preguntarle quién era y por qué sabía tantas cosas, pero ya estaba convencido de que no obtendría más respuesta que la misma sonrisa cansada y enigmática. De modo que lo dejó correr y acompañó al hombre a la puerta.

Luego, de nuevo a solas, se quedó en pie contemplando el piso en silencio, los muebles más bien viejos, su cuadro favorito de vacas en la pared, los estantes de libros. En cuestión de días conocería por fin la identidad del Pacificador. Esta vez no lo averiguaría por deducción, con su consabido margen de error; tendría información fehaciente. Qué apropiado que al final el Pacificador fuese traicionado por uno de los suyos, un hombre que prefería el compromiso a la dominación, el honor al poder, una paz difícil que quizá sería duradera.

A la mañana siguiente Matthew iría a informar a Shearing y acto seguido saldría hacia Ypres, en el frente occidental. Debía estar allí cuando Schenckendorff cruzara las líneas. En verdad aquello era el principio del fin.

Pensó en su madre y su padre circulando por la carretera de Hauxton para llevarle el tratado, casi cuatro años y medio atrás, durante aquel último verano dorado en



que el mundo parecía tan impecablemente inocente. Por más que intentó contenerse, los ojos se le arrasaron en lágrimas.



Capítulo 2

En otro barrio de Londres, en Marchmont Street, el hombre en quien Matthew pensaba como el Pacificador estaba de pie en su sala de estar del primer piso con las luces apagadas y las cortinas descorridas, mirando la calle. Apenas veía nada pese a que sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, en realidad poco más que esporádicos reflejos de faros sobre la resplandeciente calzada húmeda cuando de vez en cuando pasaba un coche.

El final de la contienda estaba al caer. Sólo quedaba una mano más que jugar y luego todo habría acabado. Ahora era inevitable la paz, si cabía llamarla así, pero distaría mucho de ser como la que el mundo pudo haber tenido si sus planes hubiesen llegado a buen puerto en 1914. Había presenciado el horror de la Guerra de los Boers durante el cambio de siglo. La masacre, la sensación de inutilidad y la vergüenza de aquel triste episodio no lo habían abandonado jamás. Había jurado que tales cosas nunca volverían a ocurrir si había alguna cosa, al precio que fuese, que él pudiera hacer para impedirlo.

Lo había intentado. Dios sabía bien que había hecho cuanto estuvo en su mano y sacrificado el tiempo y la sustancia de su vida por la causa. Y aun así la guerra había estallado, prolongándose cuatro interminables años. Él y su primo Manfred von Schenckendorff casi lo habían impedido cuatro años y medio atrás. Les faltaban días para alcanzar el éxito cuando John Reavley, un parlamentario jubilado y antiguo inventor, oriundo de un pueblo de Cambridgeshire, se tropezó con el tratado y entendió lo que significaba. Impulsado por un patriotismo gazmoño, no dudó en robarlo. El Pacificador se enteró de lo ocurrido y ordenó que lo mataran antes de que tuviera ocasión de mostrárselo a alguien. Pero a pesar de su empeño no consiguió recuperar el tratado, y la única copia que tenía no bastaba para presentárselo al rey.

Entonces se produjo en Sarajevo aquel asesinato idiota y Europa se precipitó a la guerra. Algunas estimaciones cifraban las víctimas, entre muertos, lisiados, mutilados y aquellos con problemas psíquicos, en más de treinta y cinco millones. La fútil y rematada idiocia de todo ello le hacía hervir la sangre con una rabia tan intensa que llegaba a causarle dolor corporal.



Había hecho cuanto había podido y había fracasado. Si ahora no conseguía obligar a las potencias Aliadas a establecer una paz justa, todo volvería a repetirse. Bastaría un puñado de años para que se fomentara una nueva guerra como se incubaba una enfermedad en el cuerpo, y una nueva generación sería masacrada tal como lo había sido aquélla.

Había probado con la persuasión, pero no lo escuchaban. El presidente Wilson no tenía noción de política europea ni comprendía la historia. Quería dismantelar la industria pesada de Alemania, destruir su ejército y su marina, hacer pedazos el corazón de su pueblo y agobiarlo con una deuda que nunca podría ser satisfecha. No acertaba a ver el daño que eso haría a toda Europa, quizás al mundo entero.

El torrente de su desesperación se vio interrumpido por el ruido de unos pasos en la escalera. Sabía que Mason habría venido a pie, pero ¿cómo no lo había visto en la calle? Llevaba toda la tarde esperándolo.

— ¡Adelante! — dijo bruscamente en respuesta a la llamada.

La puerta se abrió y el sirviente anunció a Richard Mason.

El Pacificador asintió y el sirviente se hizo a un lado para dejar entrar a Mason. Habían realizado aquel ritual tantas veces a lo largo de los últimos cinco años que sobraban palabras.

El Pacificador regresó junto a la ventana, corrió las cortinas y luego encendió las lámparas próximas a los dos sillones. La luz amarilla brilló con viveza en el semblante de Mason. Era dorada en sus altos pómulos y ancha boca, haciendo que la nariz se viera aún más pronunciada y los ojos más oscuros, con arrugas en torno a ellos que acentuaban su cansancio. Tenía el pelo espeso y negro hasta el punto de no parecer inglés, aunque en realidad era oriundo de Yorkshire y amaba sus valles y llanuras anegadizas y las tempestades en la costa. Los amaba como un hombre sólo puede amar la tierra donde se hunden sus raíces.

El Pacificador no tuvo necesidad de hacer la pregunta que tenía en mente. Él y Mason se conocían desde los tiempos de la Guerra de los Boers. Habían visto los mismos horrores y hecho los mismos pactos con el futuro, y ambos habían fallado.

— Tres o cuatro semanas como máximo.

Mason acababa de volver del frente occidental donde ahora las tropas avanzaban tan deprisa que costaba estar al día de las cifras de prisioneros y de la tierra ganada. La línea de combate se adelantaba sin cesar y las bajas seguían siendo numerosas. Cada nuevo informe se parecía mucho al precedente; lo único que cambiaba eran los nombres de las poblaciones.

El equilibrio entre esperanza y tragedia resultaba especialmente penoso. Como periodista, encontraba difícil escribir sin poner de manifiesto su ira, y eso no se lo permitía. El continente entero había padecido lo indecible, y aún habría mucho más sufrimiento y aflicción, más que lo que la mayoría de la gente pudiera sospechar. Las



secuelas de la guerra sofocarían enseguida el primer júbilo desaforado que traería el alto el fuego.

A diferencia del Pacificador, sentado delante de él en su elegante y seguro salón, Mason había pasado los últimos cuatro años informando desde todos los campos de batalla del mundo. Había convivido con la violencia y el miedo, el frío, el hambre y el hedor de la muerte. La guerra no era una simple idea y un conjunto de emociones para él; era una terrible realidad.

Observó el rostro del Pacificador a la luz de lámpara, con un lado en sombra, igual que el suyo, sin duda, y de pronto el desequilibrio de aquél fue inquietantemente visible para él. En el lado iluminado estaban los sueños y la compasión de los primeros años, la visión del remedio; en el lado en sombra, que daba al resto de la estancia, estaban la arrogancia y la indiferencia ante los límites de la ética, la negativa a aceptar los sueños de los demás. El Pacificador había formulado una y otra vez que la mayor bondad del fin justificaba las menores maldades de los medios.

Joseph Reavley había dicho que los medios estaban vinculados de manera inextricable al fin puesto que eran parte de éste. Siendo capellán, lo había expresado en términos religiosos. Había dicho que si aprehendías y usabas las herramientas del diablo, ya habías servido a su propósito porque usarlas te había cambiado y eso era precisamente lo único que él deseaba.

Mason lo había considerado descabellado, un sermón fácil. Ahora, sentado en aquella habitación silenciosa, supo que era verdad. El Pacificador había dejado de ser el hombre con quien Mason trazara tan nobles planes cinco años atrás. Habían utilizado medios que aborrecía y aun así no habían alcanzado su alto fin, la paz. Habían luchado en una guerra inconcebible incluso una década antes, y traído una destrucción que parecía infinita e irreparable. El arte, la sociedad y la fe habían cambiado para siempre. En cierto modo se había perdido la inocencia.

Recordó cómo el Pacificador había concebido la revolución en Rusia: como el nacimiento de un nuevo orden social que barrería a la antigua tiranía y pondría en su lugar a la justicia para el hombre común. Mason había estado en Rusia y visto la sangre y la violencia, y las mismas armas de opresión, secretismo y engaño. Todo igual de zafio y, desde luego, no más clemente.

Por encima de todo percibía en el Pacificador un desequilibrio de juicio, unas ansias de gloria que le llenaban de inquietud. Sus visiones eran de un orden que desoía las pasiones y la vulnerabilidad de los hombres.

El Pacificador rompió el silencio que se interponía entre ellos inclinándose un poco hacia delante.

—¡Ahora tenemos que influir sobre las condiciones del armisticio! —dijo con apremio—. Antes de que Wilson logre imponer un acuerdo punitivo contra Alemania suscitando una crisis económica que arrastrará consigo a Europa entera. Alemania es la clave, Mason. ¡No lo olvide nunca! Volverán a levantar cabeza. Que lo



hagan en calidad de amigos, no como nuestros enemigos. Piense en el futuro. Al margen de sus opiniones acerca de la moralidad de todo ello, la simple y pura verdad es que no estamos en condiciones de buscar venganza.

»El soldado raso alemán es igual que el soldado raso británico. ¿Cuántas veces me lo ha dicho usted mismo? Las madres y las viudas de una ciudad alemana son las mismas que las de Londres, Cambridge o cualquier otra parte. ¡Piénselo, Mason! Use su inteligencia, no su sentimentalismo.

La determinación de Mason había sido firme; sin embargo, con un breve discurso el Pacificador le había quitado el suelo que pisaba, haciendo que se tambaleara. Venganza era lo último que quería Mason. No quedaba nada que arrebatarse, nadie a quien hacer más daño del que ya había padecido. ¿Cómo había estado tan convencido tan sólo unos minutos antes?

—No hay nada que yo pueda hacer —dijo. Era una evasiva, una huida de la responsabilidad, y lo tuvo claro antes de terminar de decirlo.

—Por el amor de Dios, Mason, ¡puede intentarlo! —gruñó el Pacificador torciendo el gesto, preso de una súbita furia. Acto seguido, haciendo un esfuerzo tan grande que la tensión resultó visible, se obligó a recostarse y bajar la voz—. Si no conseguimos una paz justa, una paz sobre la que construir una nueva Europa unida, el caos económico desbaratará cualquier posibilidad que tengamos de fortalecer lo que queda de nuestra civilización. Debemos reparar el espíritu de nuestro pueblo para devolverle las ganas de trabajar y la fe en que lo hace por un propósito que merece la pena.

»¿No se da cuenta? —Estaba muy pálido, los ojos le brillaban—. ¿Acaso tengo que explicarle lo que le ocurre a una nación si se la despoja de su identidad, de sus medios para regenerarse, la fe en su propia valía y en el destino? —El Pacificador flexionó sus largas y finas manos—. Si Alemania acepta unas condiciones justas, podremos ser aliados en el futuro. De lo contrario, nos odian. En secreto, con violencia, planearán la venganza y poco importará lo que tarden, pues al final la obtendrán. Nada bueno se construye sobre el odio.

Mason sabía que aquello era cierto, pero el uso de la palabra «aliados» le causó un estremecimiento que despertó todas las alarmas que no había visto o entendido la primera vez, antes de que John y Alys Reavley fuesen asesinados, o Sebastian Allard, Owen Cullingford, Gustavus Tempany, Theo Blaine..., y todos los pueblos de Gran Bretaña que lloraban a sus jóvenes.

Se puso de pie sorprendiéndose de lo entumecido que estaba.

El Pacificador levantó la mirada hacia él e inquirió:

—¿Qué?

—Meditaré qué cabe decir que trascienda de la mera emoción y haga entrar en razón para contemplar la realidad del futuro que nos aguarda —contestó Mason.



El Pacificador también se levantó. Era unos centímetros más alto que Mason.

—No hay tiempo para sopesar ni medir nada —dijo hoscamente—. Eso me suena como la evasiva de un cobarde moral que no se atreve a decir «no» en la cara.

En otra ocasión, incluso meses atrás, Mason se habría enfurecido ante semejante acusación. Ahora estaba demasiado cansado, con las entrañas demasiado revueltas por la realidad de la muerte como para reaccionar ante unas palabras hirientes. Sonrió.

—Y a mí eso me suena a intento de manipulación por parte de un guerrero de salón que está acostumbrado a derramar la sangre de otras personas —contestó—. Como he dicho, voy a reflexionar y actuaré en consecuencia. Soy tan consciente como usted del poco tiempo que hay.

Y sin volverse a ver si el Pacificador torcía el gesto con furia o pesar, o si la sorpresa lo había dejado perplejo, abrió la puerta, bajó la escalera y salió a la calle oscura y ventosa.

* * *

A última hora de la tarde del día siguiente, Mason se encontraba de nuevo en Yorkshire, en la tierra que amaba. Había reservado habitación en una pensión de un pueblo sito en North Riding y, después de cenar salchichas caseras, sin preguntar qué contenían en aquellos tiempos de escasez, se puso unas buenas botas de excursionista y salió a caminar bajo la luz del ocaso. Desde aquellas alturas se extendía ante él todo el panorama de los valles, las vaguadas ya en sombra, las laderas altas doradas de sol. El púrpura del brezo se iba apagando y el bronce oscuro de los helechos daba al color una súbita profundidad. Jirones de nubes rasgaban el cielo hacia el oeste y el aire fresco transmitía la dulzura de las grandes distancias y los vientos limpios.

El paisaje del sur era amable con sus grandes árboles y sus campos de cultivo, sus serpenteantes senderos y sus tornasolados cielos de otoño. Era demasiado complaciente, demasiado acogedor.

El norte era diferente. Allí los huesos de la tierra se ofrecían desnudos, con una belleza descarnada. Podías plantarte en un estrecho camino como aquél y contemplar la sucesión de colinas, pliegue tras pliegue, azotada por el viento, hasta el horizonte. En cuestión de un mes, cuando por fin reinara la paz en el mundo, caerían las primeras nieves con su blanco resplandor. El aire olería a invierno. Los pájaros llegarían volando en grandes bandadas, batiendo las alas, para pasar la estación fría. Los carrizos se erguirían en las aguas rizadas de las lagunas de montaña. Los forasteros se esfumarían y sólo los hombres que amaban aquellos parajes recorrerían sus sendas.



Columnas de humo de leña se alzaban por debajo de él. Más allá de las colinas alcanzaba a ver, quizás a unos ocho kilómetros, los tejados del pueblo siguiente dominados por la aguja de la iglesia.

Se volvió y prosiguió su ascenso. Estaría cansado cuando regresara a la pensión, y aterido de frío, pero no iba a perderse en aquellas tierras altas. Sólo había un camino y lo conocía desde hacía mucho tiempo. Necesitaba estar a solas en la noche con el viento y las estrellas.

Pensó en Judith Reavley. Tendría que desprenderse de tan doloroso recuerdo. Su última despedida un año atrás había parecido definitiva y, sin embargo, no se la quitaba de la cabeza. Él no podía cambiar con el fin de agradarle. Los sueños de ella, como los de Joseph, no se apoyaban en la realidad. Libraba batallas que no podía ganar, por ideales que estaban arraigados en la religión más que en la naturaleza del hombre o de las naciones.

Y, no obstante, su rostro lo tenía obsesionado. Se sorprendía observando a mujeres que caminaban como ella, con el mismo garbo, el mismo paso una pizca demasiado largo para ser femenino y, no obstante, lleno de su propia gracia. Oía reír a alguien, se volvía esperando verla y entonces el chasco lo hería en lo más vivo al caer en la cuenta de que era una mujer a quien no había visto antes pero que, por un instante, le había parecido ella.

Deseaba que sus ridículas esperanzas fuesen alcanzables y estaba enojado porque sabía que no lo eran y que siempre saldría mal parada. También estaba enojado con Joseph Reavley por no haberle enseñado a protegerse mejor. Aunque, a decir verdad, ¿acaso podía? Joseph era tan ingenuo como Judith. Quizá Matthew, su otro hermano, fuese más realista. Al menos no era un predicador tratando de alentar la creencia en Dios en las trincheras. Esa misión sólo cabía encomendársela a un soñador.

Dio media vuelta y emprendió el descenso colina abajo con el frío viento nocturno en la cara. El firmamento resplandecía de estrellas de horizonte a horizonte, tan bajo en el cielo despejado que daba la impresión de tenerlo al alcance de la mano.

A la mañana siguiente tomó el autobús hasta Harrogate y almorzó en el Rat and Parrot con Robert Oldroy, que se había jubilado de la enseñanza el mismo año en que Mason comenzó a trabajar. Oldroy contaba ya casi noventa años, tenía el pelo ralo e iba encorvado, pero seguía mostrándose interesado por todo y tan inquisitivo e irascible en sus opiniones como siempre.

—Leí tus artículos —dijo Oldroy asintiendo lentamente sin apartar la vista de Mason. Estaban sentados uno frente al otro en una mesa pequeña cerca de la ventana—. Lo hiciste bien, muchacho. No quería que se te subieran los humos a la cabeza, pero tienes una manera muy pintoresca de expresarte. Dices lo que quieres sin tonterías, sin ridículas pretensiones de hacerte inmortal. Nos haces sentir como si estuviésemos allí contigo. —Alcanzó el vaso de sidra con su mano nudosa y le dio un buen trago antes de proseguir—. Me hubiese gustado estar contigo, una o dos veces.



—¿En serio, señor? —dijo Mason dudoso. Agradecía el cumplido. De niño admiraba a Oldroy en grado sumo. Una sola palabra de encomio suya era tan valiosa como las alabanzas de todos los demás. Si Oldroy se percataba de que existías cualquier esfuerzo valía la pena. Te crecías, y todos los sueños eran posibles. De eso hacía ya media vida, pero el recuerdo persistía con una inocencia que Mason creía desdeñar y, no obstante, por alguna razón seguía aferrándose a él—. Casi siempre ha resultado bastante desalentador.

—Pues claro —corroboró Oldroy olvidándose de su almuerzo de pan con queso—. ¿Crees que no lo sé? —apostilló en tono desafiante.

Eso era precisamente lo que Mason pensaba, y el enojo con aquel anciano que no se había movido de casa se avivó en su fuero interno. Las falsas ilusiones de gloria y la ignorancia de cómo era realmente la muerte en el barro y el terror de las trincheras eran lo que hacían posible una guerra como aquélla.

—¿Dónde le habría gustado estar exactamente? —preguntó Mason, para acto seguido arrepentirse. La crueldad no serviría de nada. Oldroy pertenecía al pasado. Carecía de sentido tratar de arrastrarlo a la cruda luz del presente. Pronto moriría de viejo sin haber comprendido nada.

—¿Un lugar? —preguntó Oldroy a su vez, frunciendo el ceño meditabundo, los ojos casi perdidos entre los pliegues de la piel—. Me hubiese gustado entrar en Jerusalén el año pasado, con Allenby. Me lo imaginé a la perfección con lo que escribiste, pero tú estabas allí, tú lo viste. El once de diciembre. No contaste gran cosa acerca de la gran victoria que protagonizó en Meggido el mes pasado al frente de la caballería. Damasco ha caído y Alepo no tardará. Pero Jerusalén es diferente; siempre será diferente. Entró en la Ciudad Santa como debe hacerlo un hombre. —Miró a Mason—. La Puerta de Jaffa, si no me equivoco; con esa gran torre cuadrada encima y las murallas almenadas. Atestadas de gente, escribiste. Todas las miradas puestas en un inglés, solo y a pie.

—¿Eso escribí? —Mason pensó que sonaba sentimentaloides y se despreció por ello.

Oldroy le observaba atentamente, juzgándolo.

—Sí, en efecto. ¿Acaso mentiste?

Mason estaba demasiado hastiado como para ofenderse. Cogió su trozo de pan para comérselo.

—No. Así es como fue. Sólo que suena..., predecible.

—¿Y no debería? —preguntó Oldroy—. ¿Esperabas algo distinto?

—Me parece que no esperaba que llegara a ocurrir de ninguna manera —dijo Mason con bastante franqueza—. Después de tanto polvo y tanta sangre todo aquello parecía demasiado pedestre; hombres cansados y doloridos haciendo cosas a las que hemos terminado por acostumbrarnos. Nada de trompetas, nada de redobles, sólo un



inglés calvo de mediana edad con uniforme del ejército. Aparte de los distintivos de su graduación, presentaba el aspecto de un hombre corriente. —Mordió el pan y prosiguió con la boca llena—. En realidad andaba pensando en el futuro de Oriente Próximo cuando el Imperio otomano haya desaparecido. ¿Quién gobernará qué, y cómo? ¿Vivirá mejor el ciudadano de a pie, se verá liberado del hambre y la opresión?

—Los héroes son personas corrientes, Mason —le dijo Oldroy—. No miden tres metros. Es su interior lo que es distinto, no su aspecto. Podrías cruzarte con Cristo por la calle si no anduvieras buscándolo. —Suspiró—. Ahora que lo pienso, la mayoría de nosotros lo hacemos.

—Quizá sea por eso por lo que solemos representarlo en una cruz —dijo Mason hoscamente—. Al menos eso es distinto. Aunque me resulta extrañamente apropiado como símbolo de la humillación y el sufrimiento gratuito. No es de extrañar que Europa le rinda culto. Nos vemos a nosotros mismos, a toda nuestra raza, en una imagen de la derrota definitiva.

Oldroy se inclinó hacia delante, las manos entrelazadas, el semblante tan grave que la piel le tiraba sobre los huesos descarnados de las mejillas debajo de los ojos hundidos.

—¡Es aquello por lo que lucha un hombre lo que lo define como tal, muchacho! Y un hombre que no ame nada lo bastante como para pagar su precio no merece tenerlo. A veces cuesta dolor, sangre y terror. A veces años de llorar en silencio. A veces hay que aguardar en la oscuridad sin rendirse. —Pestañeó como si por un instante viera otros tiempos, otras personas—. Mi abuelo luchó contra Napoleón en Waterloo en mil ochocientos quince. Mi padre combatió en Crimea, Batalla del Alma, en mil ochocientos cincuenta y cuatro. Yo tenía veintitrés años. Oí a Campbell decirnos: «De aquí no nos retiramos, señores. Deben morir defendiendo sus posiciones.» Murió en mis brazos. Mi hijo perdió las dos piernas en la guerra zulú, mil ochocientos setenta y nueve, en Rorke's Drift; ciento treinta y nueve de nosotros contra cuatro mil zulúes. Mi nieto cayó en Passchendaele. Perdimos a cincuenta mil el primer día.

Mason no dijo nada. Muy a su pesar, el nudo que tenía en la garganta estaba muy prieto y no se lo podía tragar.

Oldroy pestañeó.

—Claro que perdemos a veces. ¿Y eso qué más da? No es ganar o perder lo que te dice quién eres, es el coraje que te hace resistir, con la mirada al frente, y luchar por aquello que amas. Nunca abandonar la esperanza. Las victorias reales ocurren de una en una, y son sobre el enemigo que llevamos dentro. Si no conseguí enseñarte eso, muchacho, entonces no te enseñé nada.

Mason levantó la mano y se apartó el pelo de la frente.



—Me recuerda al capellán que tienen los de Cambridgeshire en Ypres y a una conductora de ambulancia que conozco.

—¿Una mujer? —le preguntó Oldroyd en voz baja.

—Sí.

Mason se sorprendió. El rostro de Judith estaba tan claro en su mente como si se hubiesen separado unos días antes en vez de después del consejo de guerra de hacía más de un año.

—Ya decía yo. —Oldroyd asintió con la cabeza—. Las mujeres son tan valientes como los hombres. Mueren para salvar a los suyos, sin pensárselo dos veces. Pero eso es el amor, ¿no es cierto? Lealtad. Las mujeres nunca se rinden, no cuando se trata de alguien a quien aman. De lo contrario, más de un niño no estaría en este mundo. —Oldroyd tomó un sorbo de sidra—. Pero una buena mujer luchará por cualquiera que esté herido. La necesidad del prójimo las hace reaccionar, cualquier cosa vulnerable.

Aquello era justamente lo que hubiese dicho Joseph Reavley. Mason lo tuvo claro estando sentado allí, rodeado de voces y risas en la atestada taberna que olía a cerveza y serrín, con la luz relumbrando en las jarras de peltre que colgaban encima de la barra y en los medallones de latón de la pared. Aquella pasión era lo que Judith buscaba en un hombre porque la había visto y entendido en su hermano. La había sentido ella misma y había cargado con ella durante años.

Entonces, casi de repente, se dio cuenta de que pese a todo su peso aquella pasión era mucho menos aplastante que la duda y el pesar que él soportaba. Andaba buscando algo que había perdido. No era sólo ella lo que había perdido; era parte de lo mejor de sí mismo. Por más difícil que fuese, por más que le costara renunciar al consuelo de la rendición, y a veces resultaba más fácil dejar de luchar, tenía que cambiar. Tenía que convertirse en quien quería ser: un hombre a quien pudiera mirar en el espejo con cierto grado de respeto, al menos por sus aspiraciones cuando no por sus logros.

—Sí, tiene razón —dijo.

Oldroyd pestañeó una vez más.

—Claro que tengo razón, muchacho —dijo con amabilidad—. Sólo que estaba un tanto fuera de mí cada vez que he pensado que podría enseñarte algo a ti o a cualquiera. Puedes hablarle a la gente, pero ya está. Lo que enseña o deja de enseñar es la vida. Es muy de agradecer que tengas ocasión de esforzarte más. ¿Adónde irás ahora?

—Vuelvo a Ypres —contestó Mason sin vacilar—. Tengo cosas que hacer allí, antes del final. ¿Le apetece otra sidra?

Oldroyd apartó el vaso medio vacío.

—Buena idea. No me vendría mal.



* * *

Matthew Reavley cruzó el Canal de la Mancha la noche del 13 de octubre. Sólo le había comunicado a Shearing que estaba recabando información sobre un colaboracionista británico, cosa que de todas formas era parte de lo que se proponía hacer. Habría tiempo de sobra para hablar sobre el Pacificador si Schenckendorff realmente aportaba pruebas sobre su identidad.

Bajo un cielo encapotado, soplaba viento fresco y el mar estaba picado, pero la incomodidad de la travesía no era nada comparada con el miedo al peligro constante de un ataque con torpedos. Incluso en aquella etapa final en que la rendición era tema de semanas, la guerra en la mar proseguía. Los barcos seguían hundiéndose con toda su tripulación.

Matthew recordó su breve estancia a bordo del *Cormorant*, el destructor de Archie, antes de que se fuera a pique en la Batalla de Jutlandia en 1916. Todavía se despertaba en plena noche con el olor del corticeno en la nariz y los gritos de los hombres atrapados en las torretas incendiadas, por encima del estrépito del metal y el silbido del vapor. Sobre todo recordó a Patrick Hannassey en la barandilla y el impacto cuando Matthew lo golpeó. Hubo un momento de incredulidad en que cruzaron las miradas; Hannassey supo que iba a caerse para ser aplastado por la proa del destructor alemán, al que su propia estela había retirado, cuando volviera a arremeter. Se estampó contra el casco del *Cormorant* con Hannassey entre ambos buques.

Sólo más tarde Matthew descubrió que Hannassey era un asesino y un espía, pero no el Pacificador.

Ahora estaba de pie en la cubierta con la mirada fija en la oscura costa de Bélgica y se obligó a no pensar en ello, a no pensar en Detta. Nunca habrían sido felices juntos. Por encima de todo, ella era una patriota irlandesa. Vivía por la cruzada; si no por la independencia de Irlanda, por cualquier otra cosa. Si alguna vez venciera la batalla, sólo sería para buscar otra antorcha que llevar en alto.

Desembarcaron en Dunkerque hacia el alba y Matthew aguardó en una gélida estación ferroviaria el primer tren que salía hacia el este para dirigirse a Ypres. El convoy se detuvo varios kilómetros antes de llegar porque los bombardeos habían destrozado las vías.

Estaba cansado, tenía frío y mucha hambre, pero el rancho escaseaba y estuvo agradecido cuando en la cabeza de línea un cocinero del ejército le dio un tazón de té. Optó por no preguntar con qué lo había preparado.

Iba de uniforme, aunque se había arrancado la insignia de teniente coronel, un ascenso reciente, sustituyéndola por la de comandante, que era menos llamativa. No



se atrevía a decirle a nadie la verdad. En el pasado habían aprendido que el Pacificador tenía aliados en los lugares más insospechados.

Cualquier rango de oficial bastaba para pedir un transporte hacia el frente.

—Servicio de inteligencia—había dicho sonriente para explicar su falta de armamento—. Estoy dando caza a un traidor.

—Antes de que sea demasiado tarde ¿eh? —le había contestado un joven conductor con complicidad—. ¿Sabe dónde quiere que lo lleve, mi comandante? Si puedo ayudarlo, será un placer. No hay nada peor que un hombre que se vuelve contra los suyos.

—Estoy reuniendo información. El hombre a quien tengo que ver estará a un paso de la línea de combate.

Matthew dio a la manivela para arrancar el motor y ocupó el asiento de delante. Empezaron la marcha por la carretera que ya a tan temprana hora estaba atestada, mayormente por soldados heridos que regresaban del frente camino de los hospitales.

—¿Busca a alguien en concreto?

El conductor dio un volantazo con suma pericia para esquivar a un perro que corría detrás de los pequeños grupos de heridos que avanzaban a pie.

—Comenzaré por el capellán del regimiento de Cambridgeshire. —No venía a cuento ser reservado en lo que respectaba a Joseph. Tendría que pedir indicaciones para dar con él. Las evasivas se habían convertido en un hábito para él. No le gustaba porque se había dado cuenta de que a veces se mostraba discreto aunque no hubiera razón para ello.

—¡Hombre! ¿El capitán Reavley? Antes ha dicho que se llama usted Reavley. ¿Es pariente suyo?

—Es mi hermano.

Se sintió orgulloso al decirlo, sobre todo allí, tan cerca del combate.

El muchacho asintió con la cabeza y se concentró en la carretera. Estaba embarrada y llena de baches en los mejores tramos; en los peores sembrada de hoyos y escombros del fuego de mortero. En la cuneta se veían ruedas y ejes rotos de camión, cajas viejas medio podridas y, de vez en cuando, incluso cuerpos de animales en descomposición, sobre todo caballos. Eso fue algo que revolvió las tripas de Matthew mucho más de lo que hubiese imaginado. Parecían muy vulnerables tras haber seguido lealmente a los hombres hasta aquella fútil carnicería.

Olió el frente mucho antes de llegar. Denso y empalagoso, aquel hedor no se parecía a nada que hubiese conocido hasta entonces. La mezcla de aguas residuales sin tratar con el olor dulzón y enmohecido de la carne putrefacta le dio arcadas.

El conductor se volvió.



—Ya se acostumbrará —dijo alegremente—. Seguro que se marea las primeras veces que tropiece con un cadáver escupido por el barro, sobre todo si ha estado uno o dos años ahí y se da cuenta de que es uno de los nuestros. Pero ya se irá haciendo a ello. —Se sorbió la nariz—. Y de todas formas, si lo que dicen es cierto, no durará mucho más. Si entra en la tierra de nadie, cuidado con los cráteres. Algunos son bastante profundos y sabe Dios lo que habrá flotando dentro. Ahora casi no queda gas, pero es pesado, se queda en las partes hondas, así que manténgase en alto y todo irá bien. Sobre las alambradas no hace falta que le diga nada, seguro que sabrá manejarse por su cuenta.

Matthew lo observó ahora que ya era pleno día. Era teniente y a juzgar por su constitución y la fina textura de su piel tendría dieciocho o diecinueve años. Pero el hastío de sus ojos y el cáustico humor que traslucía su voz eran propios de un hombre mayor que hubiese dejado tiempo atrás la flor de la vida.

—Gracias —contestó Matthew—. Seguramente sólo hablaré con la gente, prisioneros que lleguen atravesando el frente. Pero tomo nota de sus consejos.

—Tendrá que encontrar a los prisioneros antes de hablar con ellos —señaló el conductor—. El capellán aparece a cada tanto por el hospital de campaña, pero casi todo el tiempo está en primera línea. Lo llevare tan lejos como pueda.

Matthew le dio las gracias de nuevo.

Prosiguieron en silencio cruzándose con columnas de hombres que caminaban despacio en sentido contrario. Avanzaban como si estuvieran medio dormidos y sus ojos parecían no ver nada. Daban un paso tras otro arrastrando los pies por la calzada desigual y sus semblantes estaban desprovistos de expresión. De haber estado tendidos en vez de erguidos, Matthew los habría supuesto muertos.

De repente vio el coste humano no ya en cifras de millones sino individualmente, cada hombre una pérdida irrecuperable. Había dejado de percibir el hedor, así como el rumor distante de los cañones más allá del horizonte plano mientras los ejércitos avanzaban inexorablemente, acercándose a los antiguos campos de batalla para luego, por fin, marchar hacia la propia Alemania.

Ahora no abrigaba el menor deseo de hablar, como tampoco le importaba que el joven conductor pensara que era la aprensión lo que lo mantenía callado. Cuando llegaron al hospital de campaña le dio las gracias y se despidió.

Dentro preguntó a un sanitario si sabía dónde podría encontrar al capitán Reavley. Como no tenía ni idea, pasó a la persona siguiente y así sucesivamente. Finalmente fue un afable voluntario estadounidense llamado Wil Sloan quien supo darle razón y le ofreció, si se avenía a ganarse el pasaje echando una mano en el transporte de camillas, a llevarle hasta el hospital de campaña más cercano de la línea de combate, donde era más probable que encontrara a Joseph.



—Conozco al capellán desde la Navidad del catorce —dijo Wil sonriendo en cuanto se pusieron en marcha—. Casi siempre conduzco con su hermana. Supongo que también será hermana suya, ¿eh?

Matthew tragó saliva. Le sobrepasaba pensar en Judith inmersa en aquel lodazal bajo la lluvia, trabajando día tras día tratando de hacer lo imposible, viendo hombres morir por todas partes. Nunca le había hablado de ello en las pocas ocasiones en que había ido a casa de permiso. ¿Se había esforzado por olvidar? ¿O simplemente creyó que él nunca entendería la realidad y pensaba que permitir que alguien no le diera la dimensión debida equivalía a traicionar el coraje y el sufrimiento? Si había pensado eso, había acertado de pleno.

Ahora bien, él tampoco hablaba nunca sobre su trabajo porque no estaba autorizado a hacerlo. Su labor se fundamentaba en la mentira y la trampa.

Tres veces quedaron atascados en cráteres anegados de agua, y Matthew tuvo que aparearse y ayudar a cavar mientras Wil forcejeaba con el volante y el renuente motor para arrancarlo de nuevo. Cuando por fin llegaron al hospital de campaña donde se encontraba Joseph, Matthew estaba arañado, magullado y salpicado de barro. El hospital no consistía más que en una serie de tiendas con unas cuantas tablas de enjaretado que las comunicaban entre sí. Antes incluso de localizar a Joseph, no obstante, tenía que cumplir con su obligación con Wil y ayudar a cargar las camillas en la ambulancia.

Trabajó duro, patinando y trastabillando entre la tienda de evacuación y la zona de aparcamiento, intentando por todos los medios que no se le cayera nadie. Las camillas no eran tan pesadas como había supuesto. Muchos de los heridos no eran más que chavales de huesos ligeros apenas cubiertos de músculo. Sus rostros presentaban la mirada perdida por el trauma de guerra. Daba la impresión de que todo estuviera manchado de sangre.

Matthew vio a Joseph. Reconoció su silueta por el ángulo de sus hombros y su manera de estar de pie, favoreciendo de modo inconsciente su pierna derecha. La izquierda aún le dolía cuando estaba cansado; seguramente siempre sería así. Joseph no daba señales de haberlo reconocido a él pero, por otra parte, tampoco contaba con ver a su hermano Matthew allí. Estaba absorto en su trabajo y parecía saber con toda exactitud dónde ir, qué decir y cuándo podía ayudar.

Matthew se quedó asombrado. Se trataba de su hermano, a quien conocía de toda la vida, y, sin embargo, era un desconocido cuyo coraje moral empujaba el suyo propio. ¿Cómo era concebible que un hombre conservara la cordura allí en medio? Había cuerpos rotos por doquier, rostros cenicientos, heridas curadas con prisa de las que seguía manando sangre. Vio a un soldado de no más de dieciocho o diecinueve años con un muñón escarlata donde debería haber tenido una pierna.

Finalmente la puerta de la ambulancia se cerró y, tras una sacudida, un frenazo y una arremetida despidiendo rociones de barro, por fin arrancó, cobró velocidad y se



esfumó entre la lluvia. Matthew fue caminando hacia donde estaba Joseph con los últimos heridos capaces de caminar por sí mismos.

— Buenas tardes, capellán — dijo en voz baja.

Joseph se quedó paralizado. Luego se volvió poco a poco. Lo miró un momento con incredulidad y, acto seguido, al ver que Matthew sonreía, con una inmensa satisfacción.

— ¡Matthew!

Le cogió la mano y la estrechó tan fuerte que le estrujó los dedos, y Matthew tuvo que esforzarse para no soltar un grito. En casa le habría dado un abrazo, pero allí, en medio de tan absurda mezcla de caos y disciplina, le pareció poco apropiado.

— Hola, Joe — contestó, sonriendo de oreja a oreja.

— ¿Qué estás haciendo aquí? — inquirió Joseph—. ¿No se habrá terminado la guerra, verdad? — Manifestó un fugaz desconcierto—. Siguen luchando como demonios ahí delante.

Joseph hizo un gesto hacia el este en dirección al campo de batalla de Ypres Salient y, tras éste, Passchendaele, que estaba a punto de ser vuelto a tomar. La frontera alemana aún quedaba a kilómetros.

— Todavía no — contestó Matthew—. Otras tres o cuatro semanas como mucho. No he venido por eso.

Su voz traslucía una excitación que no lograba controlar.

Joseph lo miró buscándole los ojos y no hallando pesadumbre en ellos, ni un atisbo de sombra que su hermano precisara compartir con él.

— ¿El Pacificador? ¿Has dado con él?

Su mano volvió a apretar la de Matthew.

— Casi — contestó Matthew—. Lo sabremos en un par de días. Encárgate de que esos hombres reciban asistencia y te lo contaré.

Joseph estaba perplejo.

— ¿Por qué has venido en lugar de escribir? ¡Es imposible que esté aquí!

— Te lo contaré — repitió Matthew—. Lleva a tus heridos a donde tengan que ir.

Estaba plantado en medio del barro y la lluvia arreciaba.

Joseph obedeció a regañadientes, sabiendo cuáles eran los casos más urgentes. Ya oscurecía cuando se sentaron juntos en el bunker de Joseph, tiritando ante un recipiente de té tan turbio como caliente.

— ¿Y bien? — inquirió Joseph.



El ruido sordo de la artillería sonaba en la lejanía, pero de vez en cuando uno de los grandes cañones lanzaba un obús tan pesado como tres hombres adultos; explotaba cerca de ellos, haciendo temblar el suelo y levantando por los aires enormes bolas de tierra.

—Vino a verme un mensajero. —Matthew tragó saliva y procuró disimular la repugnancia que le daban los residuos de aceite mezclados en el té. Al menos estaba caliente y relajaba la tensión de sus músculos—. Un sacerdote, o al menos así iba vestido. Dijo que el homólogo del Pacificador en Alemania, Manfred von Schenckendorff, iba a cruzar las líneas por el punto que yo le indicara. Naturalmente, le dije que lo hiciera por aquí. Se entregará para que podamos llevarlo a Londres a desenmascarar al Pacificador ante el gobierno. Quiere hablar con Lloyd George en persona.

—¿Qué? —Joseph lo miró con una expresión de incredulidad casi cómica a la luz amarilla de la lámpara—. ¿Y le creíste? Matthew...

De repente la euforia de Matthew se disipó. ¿Tenía tantas ansias de justicia, antes de que fuese demasiado tarde, que había perdido toda noción de la realidad?

—¡Piénsalo! —dijo con voz ronca notando el calor que le encendía el rostro—. Media Europa está en ruinas. ¡Estados Unidos ha perdido más de trescientos mil hombres entre muertos, heridos y desaparecidos, pero nosotros hemos perdido más de un millón! Alemania ha perdido el doble y Austria-Hungría incluso más. La estimación sumando ambos bandos se sitúa por encima de los treinta y cinco millones. Por Dios Todopoderoso, Joe, ¿qué hombre con un mínimo de luces podría soportar la idea de que esto vuelva a suceder?

—Nadie..., nadie... —Joseph cerró los ojos, abrumado por la visión.

—El Pacificador tiene intención de promover un acuerdo que permita a Alemania remontarse y comenzar todo otra vez —prosiguió Matthew—. No ha olvidado su sueño de dominio, el que nos impondría una paz forzosa, una servidumbre de espíritu y el lento amordazamiento del individuo bajo el imperio de una ley establecida por personas para quienes somos forasteros.

—¿Y eso es lo que cree ese tal Schenckendorff? —preguntó Joseph—. ¿Por qué ahora? ¿Por qué no años atrás o de buen comienzo?

Matthew se devanó los sesos y respondió con renuencia.

—Quizá fuese un sueño con cierto grado de nobleza al principio. Si yo alguna vez hubiese visto la guerra, una guerra auténtica como ésta, tal vez habría hecho casi cualquier cosa con tal de impedir que ocurriera otra vez.

—¿Vender a tus compatriotas sin preguntarles si eso era lo que querían? —dijo Joseph en voz baja, adoptando un aire sombrío—. ¿O si entendían el precio?

—Nadie lo entiende —repuso Matthew—. Imaginar esto... ¡es imposible! —Levantó el brazo con un gesto vago en dirección al campo de batalla que quedaba



más allá de las paredes de arcilla del refugio subterráneo—. Es un matadero humano. No sé si todavía crees en el cielo, ¡pero seguro que creerás en el infierno!

Joseph esbozó una sonrisa.

—Creo en las noches de verano con el cielo cuajado de estrellas, y en los álamos al anochecer, y en los bosques de hayas en primavera con una alfombra de jacintos silvestres tan tupida que no puedes pasear sin pisarlos. Creo en el agua clara y en una cama envuelta en silencio, en la buena disposición y los momentos de alegría. Creo que algunos hombres tienen el coraje y el honor de enfrentarse a cualquier cosa y morir sin quejarse ni compadecerse de sí mismos. Creo que es posible la amistad, el amor que nunca traiciona. Eso es lo más cercano al cielo que soy capaz de captar ahora mismo.

Matthew suspiró.

—Schenckendorff cruzará el frente por aquí. Sabe tu nombre, como es natural. Parecía el lugar más apropiado para hacerlo. Deberías escuchar lo que tenga que decir. Espero que tu alemán sea mejor que el mío; coloquial, cuando menos. El mío está un poco oxidado. No lo practico. Y quizá necesite tu ayuda en los aspectos prácticos para llegar hasta él y asegurarme de que puedo sacarlo de aquí y llevármelo a Londres. —Miró a Joseph muy serio—. Estamos tan cerca del final que sería muy fácil olvidar que el Pacificador tal vez siga pensando que todavía tiene una baza que jugar y que podría aprovechar la ocasión para matarlo a él y a nosotros.

Joseph hizo una mueca.

—Supongo que podría. ¿Por qué iba nadie a creerse a salvo aquí?

Matthew comenzó a reír, pero se calló casi de inmediato.

—No podemos hacer nada más que aguardar.

Joseph se terminó el té como si fuese de primera calidad.

* * *

Joseph tenía uno de los mejores refugios subterráneos, de modo que pudo hacerle un sitio a Matthew. Al menos estaba seco. Pero esa noche durmió mal, excitado como siempre por haber visto a Matthew, preguntándose si éste dormía o sólo fingía. Le preocupaba el bienestar de su hermano en aquel entorno inmundo y peligroso al que él se había acostumbrado tiempo atrás. Joseph estaba tendido a oscuras y sabía dónde estaba todo: la mesa desvencijada, la única silla, el estante con libros y el retrato de Dante Alighieri, que con tanta brillantez había escrito sobre un infierno distinto.

Joseph era el mayor de los cuatro hermanos. Era bastante consciente de que estar preocupado por ellos se había convertido en un hábito y que éste había ido a más



después de la muerte de sus padres. No estaba preparado para asumir la responsabilidad de cuidar de los otros tres, prever peligros, consolar las pérdidas, hallar una razón y una respuesta para el sufrimiento. Tal respuesta no existía, pero eso no se lo decías a las personas que amabas y que habían aprendido a confiar en ti. Se había equivocado al obedecer a la llamada de la Iglesia, pero eso ya no tenía remedio.

¿Y si Schenckendorff era una trampa más del Pacificador? Matthew había mostrado tanto entusiasmo, tanta esperanza... ¡y todo porque un hombre se había personado en su puerta en Londres diciendo que era sacerdote! Cualquiera podría decir eso. Que el cielo lo asistiera, el propio Joseph había dicho exactamente lo mismo cuando él y Morel cruzaron las líneas alemanas en busca de Geddes antes del consejo de guerra del año anterior. Y también le habían creído.

Deseaban con toda su alma encontrar al Pacificador y el tiempo se estaba acabando. Cuando la guerra hubiese terminado, ¿qué probabilidad tendrían de lograrlo? Aunque a decir verdad, ¿qué probabilidad habían tenido jamás? ¿Cabía que las ansias de venganza del Pacificador fuese el acto final de destrucción de la familia Reavley?

Se sumió en una duermevela y tuvo sueños extraños. Al cabo, sin previo aviso, ya era de día. Frío y entumecido, haciendo el mínimo ruido posible, se levantó, se afeitó y comenzó su larga rutina del papeleo, las cartas de condolencia y el auxilio a los heridos. Intentaba confortar, aconsejar, ayudar en cosas prácticas como comer y beber con las manos vendadas o sin ellas, vestirse con un brazo o una pierna destrozados, tareas simples que de pronto cobraban dimensiones descomunales.

Matthew se levantó tarde y enseguida se fue en busca de algo que comer.

No había noticia alguna de ningún prisionero alemán que hubiese preguntado por Joseph o Matthew, y había tantos que cruzaban las líneas en la zona de Ypres que resultaba imposible comprobar todos los nombres. Joseph continuó con sus deberes habituales. Las más de las veces se hallaba mucho más allá del hospital de campaña, traspasada incluso la línea de trincheras, siguiendo el avance de las tropas. Aquel día el ejército británico tomó Messines y siguió avanzando sobre Menin.

Matthew pasó el día inquieto, tratando de fingir que estaba recabando información para justificar su presencia con las labores de inteligencia que le había referido al coronel Hook, el oficial al mando del regimiento. Hablaba con prisioneros alemanes, pero éstos no podían decirle nada de provecho, y la farsa pronto perdería credibilidad.

Fue a media tarde del día dieciséis cuando Snowy Nunn fue a decirle a Joseph que el coronel Hook quería verlo.

—Ahora mismo, capellán —agregó Snowy torciendo el gesto con aprensión—. Es otro prisionero alemán. No sé qué le han hecho a éste. Creo que es un oficial, por el



uniforme y el porte. Tiene un pie hecho trizas, parece que se lo hayan aplastado o algo así.

—De acuerdo —dijo Joseph. El alma le cayó a los pies. Otro caso de brutalidad al azar, algo tan absurdo como comprensible—. Enseguida voy.

Snowy asintió muy serio con la cabeza.

—Habrán un montón más para el hospital, me parece. Algunos de esos pobres diablos están hechos puré. Traen unas pintas que da pena verlos. Pensaba que ganar no era muy divertido después de todo, y no será que no lo hayamos esperado bastante. Pero me da que perder es aún mucho peor. Ahora mismo, capellán, ha dicho el coronel.

—Ya voy —dijo Joseph con impaciencia. Le molestaba que Hook lo mandara llamar por una violación de la disciplina. Iban a darse muchos casos de pérdida del autocontrol. Sabía de personas que habían cuidado de sus seres queridos durante años hasta que les llegó la muerte, sin quejarse jamás. Luego, cuando todo había terminado y por fin podían relajarse, de repente se sentían agobiadas y perdían el coraje y la generosa resistencia que había gobernado sus vidas durante el prolongado sacrificio. Ahora percibía las mismas ansias de paz y el miedo al cambio. Deseaban regresar a casa y encontrar las cosas tal como las habían dejado, aquello que la maldita guerra había pretendido salvaguardar pero que ya no estaría allí. El pasado nunca espera. La Inglaterra por la que tan alto precio habían pagado había dejado de existir.

Caminó a paso vivo por el barro, acostumbrado a mantener el equilibrio, sin resguardarse de la lluvia puesto que ya estaba empapado y carecía de sentido.

Encontró al coronel Hook en el bunker de mando, unos dos kilómetros más al este. Se le veía cansado y estaba aún más delgado que un año antes, durante el consejo de guerra.

—Hombre, Reavley. —Levantó la vista de sus mapas extendidos sobre una caja de embalaje—. Ha ocurrido algo muy raro.

Parecía más desconcertado que enojado, y era de lo más inusual que se hubiese dirigido a Joseph llamándolo por su nombre y no por su rango o vocación.

Joseph se puso firmes.

—Usted dirá, mi coronel.

—Tengo a un oficial alemán, dice que es coronel, pero me parece que podría tener una graduación más alta, aunque mi alemán no es lo bastante bueno para que esté seguro. Conozco bastante bien el lenguaje cotidiano pero no las diferencias de clase y cultura. Y el caso es que ha pedido hablar con usted.

—¿Está muy malherido?

Joseph se sorprendió. Snowy Nunn sólo había mencionado un pie aplastado.



—Qué va. Debe de dolerle, sin duda, pero ni siquiera ha aludido a eso — respondió Hook—. No es que haya pedido un capellán, se refirió a usted por su nombre, Reavley. Daba la impresión de contar con que estuviera usted aquí.

La exigencia de una explicación fue patente en la mirada de Hook.

¿Sería el aliado del Pacificador en Alemania por fin?

—No sé qué decir, señor —dijo Joseph con voz ronca. Carraspeó para aclararse la garganta—. Iré a hablar con él. ¿Dónde está?

—En el hospital de campaña —contestó Hook—. Tiene un pie destrozado. Parece que alguien se lo clavó al suelo con una bayoneta. —Hizo una mueca de disgusto—. A quién se le ocurre hacer algo así. Si creyera que tengo la más remota posibilidad de atrapar al responsable, no se libraría de una acusación en toda regla.

—¿Cómo se llama, mi coronel? —preguntó Joseph. El corazón le palpitaba. ¿Era posible que por fin estuvieran tan cerca del Pacificador?

—¡Ni idea! —exclamó Hook impaciente—. Sólo tienen a un coronel. ¡Vaya y pregunte por él!

—Sí, señor.

Joseph se puso firme para saludar pero titubeó. Entendió que Hook quería decir algo más. Sus ojos se encontraron un momento, Joseph sonrió.

Hook se encogió de hombros.

—Márchese —dijo en voz baja—. Vaya a averiguar qué quiere ese pobre diablo. Nada de favores.

—Sí, señor.

—Querrá decir «no, señor» —lo corrigió Hook.

Ahora le tocó a Joseph encogerse de hombros. Se marchó sin contestar.

Volvía a llover con ganas, igual que el año anterior y el otro. Las rozaduras del uniforme mojado le habían dejado la piel del cuello en carne viva y para cuando alcanzó las ambulancias le estaban saliendo ampollas nuevas en los pies. Había muy pocos hombres por allí. Casi toda la tropa había avanzado y se encontraba más allá de Ypres. Joseph recordaba bien la ciudad, lugares donde en 1914 y 1915 habían comido bastante bien y bebido buen vino, e incluso cantado en torno al piano en uno o dos de los mejores *estaminets*. Se preguntó cuántos de sus habitantes seguirían vivos después de la ocupación. ¿O acaso la mayoría habría huido del ejército alemán buscando refugio en Francia? ¿Cuántos edificios se tendrían todavía en pie después de los incesantes bombardeos? Había oído decir que Passchendaele estaba en ruinas; no quedaba nada más que un montón de piedras y madera quemada.

Desanduvo el camino que había tomado a la ida pasando por la carretera sembrada de cráteres. Media hora después se hallaba de nuevo en el hospital de



campana junto al catre de un oficial alemán cuyo pie estaba envuelto en vendas sanguinolentas, con el rostro blanco y rígido como una careta por el esfuerzo para dominar el dolor.

—Capitán Reavley —dijo Joseph a modo de presentación—. Tengo entendido que deseaba verme, coronel.

El hombre miró el uniforme de Joseph como si tratara de entender su insignia, la Cruz Militar y la Medalla por Servicios Distinguidos. Éstas eran condecoraciones de primera línea y, sin embargo, seguía siendo capitán.

—¿Ha sido degradado? —dijo en alemán. Habló en voz muy baja, el asunto era delicado, y sus ojos reflejaban compasión.

Era Schenckendorff, Joseph estaba seguro. Creía que estaba hablando con Matthew y por eso había esperado ver a un comandante. Y sin duda el alzacuello de capellán también lo confundía. Sólo el nombre encajaba con lo que le habían dicho.

Pero Joseph debía andarse con cuidado.

—¿Cuáles son su nombre y su rango? —preguntó—. ¿Por qué me ha hecho avisar?

El hombre estaba agotado, y rendirse debía de resultarle casi intolerable. Su acento era distinguido, el propio de una persona muy culta. Seguramente hablaba inglés por más que ahora prefiriera no hacerlo. Pero si realmente era el aliado alemán del Pacificador, tenía que ser el hombre que había conseguido que el káiser firmara el tratado original y, sin lugar a dudas, pertenecería a la antigua aristocracia.

—¿Por qué ha preguntado por mí? —repitió Joseph.

—He preguntado por el comandante Reavley —contestó el hombre antes de inhalar bruscamente al sobrevenirle otra punzada de dolor—. No sabía que fuese un hombre de iglesia. No acabo de verle el sentido.

—Tiene todo el sentido del mundo —le dijo Joseph acercándose un poco pero permaneciendo de pie. Uno no se sentaba en el estrecho catre de un hombre herido; la mera alteración del peso podía doler lo indecible—. Soy capellán en el regimiento de Cambridgeshire, y lo que queda de él sigue estacionado aquí, en Ypres. Rehusé el ascenso porque preferí quedarme con mis hombres, no quería trasladarme al Cuartel General del Regimiento. —Schenckendorff hizo ademán de asentir con comprensión y respeto en los ojos—. Me parece que es a mi hermano, el comandante Matthew Reavley, a quien quiere usted ver, coronel Schenckendorff—agregó Joseph.

El hombre tensó el rostro. Habría sido imposible que se pusiera más pálido. Joseph se dio cuenta, con una súbita y demoledora lástima, de lo mucho que tenía que haberle costado tomar aquella decisión. Era un hombre que amaba a su país y que antaño había creído con fervor que éste podría dominar y gobernar el mundo con una paz duradera. Ahora estaba cruzando las líneas para traicionar a su vez la confianza que le había engañado. El coraje y el pesar de tal acto resultaban abrumadores. Por primera vez Joseph entendió en toda su magnitud el significado de



la derrota, no sólo de una nación sino de los individuos y los sueños por los que habían vivido y muerto. Tal vez sólo cupiera medir el heroísmo en quienes habían perdido y se habían enfrentado sin pestañear a la última verdad.

—Sí — confirmó Schenckendorff por fin—. Le quedaría muy agradecido si pudiera hablar con él. Es..., necesario.

—Está aquí —le dijo Joseph—. Lo haré venir tan pronto como pueda. Pero como habrá constatado, no nos atrevemos a decir a nadie más quién es usted ni por qué es tan importante. —Schenckendorff no contestó—. No debe decírselo a nadie —dijo Joseph con apremio bajando todavía más la voz—. Pase tan inadvertido como le sea posible, actúe igual que los demás prisioneros. No sabemos si el Pacificador... —vaciló—, su homólogo, tiene aliados aquí—se corrigió. Su franqueza resultaba brutal pero no podía permitirse ser poco claro—. Es posible que haya supuesto que usted se ha entregado y sin duda lo verá como una traición intolerable.

—Lo sé —dijo Schenckendorff con poco más que un suspiro—. Me matará. Tal vez lo haga de todos modos. Para él la causa siempre fue lo primero. —Hablaba con dificultad—. Quizás ése sea el germen de su decadencia moral, que no puede ver que algunas armas destruyen a los hombres que las empuñan de una manera más sutil y profunda que el enemigo que matan al usarlas. Seré extremadamente cuidadoso, capitán Reavley. —Un esbozo de sonrisa asomó a sus labios—. Tengo que sobrevivir para decirle a su primer ministro lo que mi..., homólogo..., ha hecho. Sólo lo creerá si se lo cuento yo. Aunque quizás incluso a mí me costará convencerlo. Será preciso que usted esté presente y que dé testimonio de la existencia del tratado original del que su padre se apoderó. ¿Todavía lo conserva?

Joseph sonrió brevemente.

—¿Quién es el Pacificador? —preguntó.

Schenckendorff correspondió a su sonrisa. Fue un gesto contenido y doloroso aunque no desprovisto de humor y comprensión.

—El tratado ayudará —dijo eludiendo la pregunta. La voz se le estaba debilitando, como si el dolor del pie roto, el trauma de los huesos y la abundante pérdida de sangre, sumados sin duda a varios días de amarga deliberación antes del esfuerzo de atravesar las líneas, hubieran agotado sus reservas de energía física y mental. Se había arriesgado a ser fusilado como desertor.

Joseph consideró si debía decir al médico a cargo del puesto que Schenckendorff era de especial importancia y que se ocupara de que no muriera por desatender su herida. Eso era posible que ocurriera habida cuenta de la ingente multitud de prisioneros alemanes que llegaban a través de las líneas y que ya se contaban por decenas de miles. Lamentablemente, no todos recibirían alimento, tratamiento y cuidados. Y los soldados aliados siempre tenían preferencia. Pero no podía dar un buen motivo. Los médicos se veían acosados hasta el agotamiento. Hacerles cargar



con secretos era una locura, más aún tratándose de algo que no iban a comprender. Resultaría más arriesgado que ventajoso. Optó por no hacerlo.

—Haré que mi hermano venga a verlo esta tarde —dijo en cambio—. Descanse todo lo que pueda. Procure dormir.

Los ojos de Schenckendorff brillaron con una chispa de agradecimiento por no haber recurrido a lugares comunes.

—Que tenga un buen día, capellán.

* * *

Joseph se las arregló para localizar a Matthew y hacerle llegar el mensaje. Llegó al puesto de socorro a la caída de la tarde. Vio a Schenckendorff un momento, pero ahora el herido tenía fiebre y padecía un intenso dolor. El pie presentaba muy mal aspecto. Había perdido mucha sangre y se temía que contrajera septicemia.

—Más vale que empieces a rezar —dijo Matthew en tono grave cuando encontró a Joseph en la tienda de intendencia. Estaba revisando el material y poniendo un poco de orden con vistas a la noche que se avecinaba—. Ese pie tiene muy mala pinta. Espero que no tengan que amputárselo. Sería complicado trasladarlo. No convenceremos a nadie si no lo llevamos a Londres.

—¿Te ha dicho quién es el Pacificador? —preguntó Joseph volviéndose de la mesa donde había dispuesto vendas, hilas, desinfectante e hilo de sutura.

Matthew lo miró fijamente.

—No. ¿Te ha preguntado si aún conservabas el tratado que padre sustrajo al Pacificador?

—Sí. Pero no le he contestado.

Matthew se mordió el labio.

—Joe, ¿piensas que en realidad es eso lo que quiere? ¿Sigue estando de parte del Pacificador y necesitan recuperar ese tratado antes del armisticio por si acaso los delatamos entonces?

A Joseph le había pasado la idea por la cabeza y no conseguía descartarla.

—Quizá —dijo con tristeza—. Tal vez sea mejor que no digamos nada a Judith hasta que sepamos más. Maldita sea. —Tragó saliva—. ¡Maldita sea! Había empezado a creer que ya era nuestro.

Matthew agarró a Joseph del hombro con fuerza.

—A lo mejor es así.

Joseph lo miró.



—¿Has pensado lo que le costaría a un hombre en la posición de Schenckendorff volverse contra los suyos de esta manera? A duras penas logro imaginarme el coraje y la fuerza moral para hacer frente al hecho de que has dedicado tu vida a una causa que fallaba por su base, y que te entregarías al enemigo para deshacer tus propios esfuerzos y luego aceptar lo que sea que decidan hacer contigo.

—Yo tampoco —coincidió Matthew—. Y en parte es por eso que no me atrevo a creérmelo aún. O es un auténtico héroe, o un embaucador de primera. En cualquier caso, es un hombre valiente. —Suspiró—. Y podría morir por culpa de ese pie. ¿Qué se lo dejó así, Joseph?

—Bayonetas, a juzgar por el aspecto.

—¡Santo cielo! ¿Para qué? ¿Qué sentido tiene eso ahora?

Joseph no contestó. Para un hombre que había visto morir a la mitad de los soldados que conocía, la rabia que empujaba a cometer un acto semejante era fácil de comprender, aunque imposible de explicar.



Capítulo 3

Fue otra larga noche de bajas. Más prisioneros alemanes llegaban a través de las líneas, voluntariamente o capturados en desesperadas batallas perdidas de antemano. Joseph trabajó repartiendo su tiempo entre el hospital de campaña y el puesto de primeros auxilios.

Finalmente, hacia la una y media de la madrugada, se tomó un respiro y se tumbó en su refugio. Estaba agotado y muy sucio, pero allí al menos estaría seco. Matthew estaba acurrucado; al parecer dormía, y Joseph puso cuidado en no molestarlo.

Se despertó con un sobresalto para encontrarse con Tiddly Wop Andrews inclinado sobre él. Un hilo de luz diurna bajaba por los escalones de la entrada. Vio que el apuesto Tiddly Wop tenía el rostro demacrado por la fatiga y algo que Joseph reconoció como sufrimiento; ahora, además, lo surcaban arrugas fruto de una nueva ansiedad.

—¡Capellán! —dijo con apremio Tiddly Wop—. ¡Despierte! El coronel quiere verlo ahora mismo.

Joseph trató de emerger al estado de vigilia; la cabeza le palpitaba.

—¿Por qué? ¿Qué pasa ahora? —Su primer temor fue que Schenckendorff hubiese fallecido. Entonces cayó en la cuenta de que Hook no tenía ni idea de hasta qué punto era importante el prisionero. Se incorporó con esfuerzo. Le dolían todos los músculos y huesos del cuerpo—. ¿Qué ha sucedido, Tiddly? ¿Te han herido?

Antes de la guerra Tiddly Wop solía llevar el pelo largo, y cuando estaba preocupado se lo apartaba de la frente como si siguiera llevándolo así. Ahora hizo ese gesto tan suyo de manera inconsciente.

—Sólo un tajo en el costado, capellán. Nada grave. Y no sé qué ha pasado, capellán, pero tiene que ser malo. Está que echa chispas, digo, el coronel. Algo en el hospital de campaña, es lo único que sé. Más vale que vaya enseguida. Por eso ni siquiera le he traído un tazón de té. No hay tiempo.

De repente Joseph se quedó helado.

—¿Has visto a la señorita Reavley? —inquirió con la boca seca. Ése era siempre su primer pensamiento.



—Sí, y está bien, señor. Pero más vale que vaya enseguida —insistió Tiddly Wop.

Joseph sintió que lo invadía de nuevo el calor como si el corazón volviera bombear sangre. Qué absurdo. Judith llevaba allí cuatro años y por lo general conseguía no pensar en lo que soportaba su hermana, pues de lo contrario se vería incapaz de actuar. Era la única forma de sobrevivir.

Se obligó a levantarse y salió detrás de Tiddly a la exangüe y brumosa luz del día. La lluvia había cesado y un sol deslavazado se reflejaba en el barro. Aquí y allí brillaba en la superficie lisa de un cráter haciendo que pareciera de acero bruñido.

Había una caminata dificultosa de un cuarto de hora hasta el búnker donde Hook tenía el puesto de mando. Joseph bajó los peldaños de hormigón y apartó la arpillera que cubría la entrada. Pidió permiso para entrar. Cuando le fue concedido pasó al interior y se puso firmes. Aquel refugio estaba más cerca del frente que el hospital de campaña. Era un antiguo búnker alemán, más profundo que los británicos. El suelo estaba seco y las paredes forradas de madera en bastante buen estado.

—Siéntese —ordenó Hook señalando una caja de munición puesta boca abajo. Los alemanes debían de haberse llevado las sillas cuando se retiraron. Tiddly Wop estaba en lo cierto, el aspecto de Hook era espantoso—. Me temo que se ha producido una muerte en el hospital de campaña —dijo apesadumbrado—. No tengo más remedio que avisar a la policía militar, pero quiero que esté usted presente. Sabe conservar la sangre fría para manejar estos asuntos.

Joseph estaba confundido. Había muertes a diario; en las trincheras, en la tierra de nadie, en las ambulancias, en los puestos de primeros auxilios, en los hospitales de campaña, en los campos y en los márgenes de las carreteras, muertes siempre violentas y desesperadas. Un hospital era el mejor sitio para morir, no el peor.

—Una de las enfermeras —agregó Hook—. Sarah Price.

—Lo lamento —dijo Joseph de manera automática—. Escribiré a su familia. ¿Qué le ha ocurrido?

—¡Por el amor de Dios, Reavley! —espetó Hook casi fuera de sí—. ¡No le habría despertado para contárselo si hubiese sido un accidente! ¡A la pobre chica la han apuñalado con una maldita bayoneta!

Por segunda vez desde que se había levantado, el asombro dejó a Joseph paralizado por completo. Intentaba asimilar lo que Hook le acababa de decir y, no obstante, sus palabras habían sido bien claras. Habían asesinado brutalmente a una enfermera. Por supuesto se había avisado a la policía, no cabía hacer otra cosa.

—Sí, señor —dijo lentamente.

—Vaya allí, por favor —pidió Hook—. Los hombres van a tomárselo muy mal. Y no quiero —buscó la palabra apropiada—..., no quiero venganza. Supongo que fue uno de los prisioneros alemanes, pero hay que evitar una masacre. Haga lo que pueda, Reavley.



—Sí, mi coronel.

Joseph se puso de pie y se cuadró. A su mente acudió con nitidez la figura de Schenckendorff. ¿Cómo iban a sacarlo de allí? A Hook no podía decirle que era preciso llevárselo. Quizá descubrirían de prisa lo que había ocurrido y todo quedaría resuelto en un par de días, para entonces la fiebre de Schenckendorff habría remitido y estaría en condiciones de viajar. Sufriría dolores pero, al fin y al cabo, a decenas de miles de hombres les sucedía lo mismo. En la guerra se sufría, de una manera o de otra.

Hook tomó aire como para decir algo más, pero no lo hizo.

Joseph se despidió y fue en busca de Matthew antes de dirigirse al hospital de campaña.

Matthew estaba de pie con un grupo de hombres en torno a una pequeña fogata con la que calentaban una perola de agua. Se disponía a preparar té. Joseph lo llamó. Se volvió y miró a su hermano con cara de preocupación. No preguntó qué ocurría, pero resultaba patente que también tenía a Schenckendorff en mente.

—Más vale que vengas —dijo Joseph simplemente.

Matthew dio las gracias a los hombres por el té que no había llegado a tomar y fue tras los pasos de Joseph caminando en fila india entre los viejos cráteres. Cuando por fin pudieron avanzar uno al lado del otro Joseph le contó lo que le había dicho Hook.

—¿Seguro que sabe lo que dice? —preguntó Matthew subiéndose el cuello de la guerrera—. Eso nos traerá complicaciones para llevarnos a Schenckendorff, ¿no? Cundirá el descontento con los prisioneros alemanes, incluso con los heridos. ¡Y a mí que me preocupaba que fuera a morir! —Apretó los labios—. Supongo que lo único bueno es que estaba demasiado enfermo como para que sospechen de él. ¡Qué desdichada ironía!

—No estaba tan enfermo como para no tenerse en pie —repuso Joseph—. Al menos no lo estaba a última hora de la tarde. Te sorprendería lo que un hombre es capaz de hacer, incluso herido de muerte.

—¿Asesinar a una enfermera? —Matthew alzó la voz con incredulidad—. ¿Para qué diablos? ¡Va camino de Londres para delatar a su aliado y muy probablemente ser ahorcado!

—En el hospital de campaña eso no lo sabe nadie —señaló Joseph—. Al menos, Dios quiera que nadie lo sepa. Confiemos en que ese sacerdote tuyo fuera cuidadoso.

Matthew avivó el paso camino del hospital de campaña. Todos los hombres se dirigían en fila hacia la primera línea que no paraba de avanzar: carrromatos con cajas de munición, dos tanques envueltos en el mismo barro que sus enormes orugas levantaban por los aires y yuntas de mulas tirando de cureñas.



* * *

Judith Reavley detuvo su ambulancia en el barro, tan cerca del hospital de campaña como pudo, y se apeó. Estaba cansada y entumecida después de conducir casi toda la noche. Más que nada en el mundo deseaba una bebida caliente para quitarse el frío de dentro y luego buscar a Matthew. Wil le había dicho que estaba allí, que le había llevado en la ambulancia, pero en los días transcurridos desde entonces había estado demasiado atareada durante las horas diurnas como para buscarlo; la afluencia de alemanes heridos empeoraba el caos reinante en el hospital de campaña. Primero debía ayudar a descargar a los heridos y luego, cuando estuvieran a salvo, revisar el motor, que estaba fallando. Cuando había estado allí a las tres de la madrugada con Wil Sloan pensó que iba a quedar averiado sin remedio. Ahora el día apenas despuntaba y ella estaba sola. Wil se había quedado por el camino para ayudar a una ambulancia que un obús había volcado. La neblina flotaba sobre los cráteres suavizando los contornos de las viejas trincheras de avituallamiento que en aquel momento se asemejaban más a rodadas de vehículos que a los tajos en la tierra que en realidad eran.

Judith fue volviéndose despacio en busca de alguien que pudiera ayudarla. Hacían falta dos hombres para llevar una camilla. Alguien tenía que haberla visto llegar. Un médico pasó con prisa a unos cincuenta metros de ella, avivando el paso hasta correr, pero no reparó en su presencia. Se dirigió hacia la tienda de admisiones. Se hallaba a medio camino cuando salió otro médico a quien reconoció de inmediato. Era Cavan, uno de los mejores cirujanos del ejército, un hombre con quien había trabajado en algunas de las peores noches durante las batallas de Ypres y Passchendaele, así como en los largos y desesperados días que se sucedieron después. Su valentía le había hecho merecedor de una Cruz Victoria..., que después perdió.

Cavan la vio, retrocedió hasta la entrada de la tienda y gritó algo hacia el interior. Aparecieron otros dos hombres que fueron corriendo hacia la ambulancia. Cavan fue al encuentro de Judith con el semblante serio, los ojos hundidos y con ojeras fruto del agotamiento. Ella supuso que había perdido a muchos heridos a lo largo de la noche. Carecía de sentido decirle algo para confortarlo. Ambos habían pasado por aquello tantas veces que no necesitaban palabras para entenderse y, además, nada que pudiera decirle iba a ser de ayuda. Incluso si la tarea había sido inútil porque los hombres habían quedado demasiado mutilados como para sobrevivir, seguía tratándose de muertes.

—¡Judith! —dijo Cavan en cuanto quedaron fuera del alcance del oído de los heridos—. Ha pasado algo espantoso. Han matado a Sarah Price.

La tomó del brazo y se lo estrechó, casi como si temiera que fuera a desvanecerse.



—Lo siento —dijo Judith con sinceridad. Sarah nunca había sido muy de su agrado, pero en cierto modo resultaba más duro haber llegado hasta allí para acabar muriendo cuando faltaban pocas semanas para que terminara la guerra. En cuestión de un mes todo podría haber terminado—. ¿Qué ha ocurrido? Ahora no caen muchas bombas tan lejos del frente.

—No ha sido un bombardeo —dijo Cavan—. La han asesinado. —Fruncía el ceño y torcía el gesto con angustia—. Ha sido algo brutal. La rajaron con una bayoneta, en la boca del estómago, y la arrojaron donde tiramos la basura.

—¿Quiere decir?... —se interrumpió. Trató de imaginarse a Sarah Price tendida en el barro detrás de la tienda quirófono, donde tiraban los vendajes empapados en sangre, las lavazas, los desperdicios que no podían reutilizarse de ninguna manera, la ropa mojada y los miembros amputados de los heridos más graves—. ¿Quién ha sido? —El horror le revolvió el estómago y acto seguido dio lugar a la ira. Sarah era frívola, se burlaba de cosas importantes, se reía demasiado, flirteaba tontamente, luciéndose ante los muchachos. Pero también era atenta y generosa, siempre estaba dispuesta a compartir incluso una simple galleta o a fingir que no había oído un chiste antes y encontrarlo divertido una vez más—. ¿Quién ha sido? —repitió levantando la voz bruscamente liberando el brazo que le sujetaba Cavan.

—No lo sabemos —contestó Cavan—. Uno de los soldados alemanes, me figuro.

—Supongo que es la única explicación —admitió Judith—. ¿Por qué no los vigilan como es debido? —Pero mientras lo decía recordó puntuales momentos de rabia que asomaban a través de lo que parecían bromas llevadas un pelín demasiado lejos, comentarios soeces que permanecían en la mente, pequeñas crueldades que delataban un desdén subyacente. Dios quisiera que hubiese sido obra de un alemán, pero Judith no las tenía todas consigo—. ¿Qué se está haciendo al respecto? —preguntó.

—Avisar a la policía, supongo —dijo Cavan encogiendo un poco los hombros—. En realidad nadie lo sabe. Tiene que haber sucedido en algún momento de la noche. Espero que nadie se lleve una buena por no haber vigilado a los prisioneros. Lo cierto es que son demasiados para tenerlos bajo vigilancia. Y la mayoría cruzó las líneas por voluntad propia. Los pobres diablos están encantados de que la guerra haya terminado, al menos para ellos. —Hizo un gesto atribulado—. Quizá se imaginaron que teníamos más comida que ellos.

Resultaba imposible seguir pensando en los prisioneros como enemigos. Judith había encontrado perturbador su sentimiento de compasión; se parecían demasiado a los soldados británicos. En más de una ocasión su mente se había vuelto hacia el Pacificador llevándola a preguntarse cómo sería él. Incluso había pensado que de haberlo conocido como hombre en lugar de como responsable del asesinato de tantas personas que ella había amado, quizás hubiese sido de su agrado. Por lo menos habría entendido sus sueños. ¿Era eso deslealtad para con sus padres y Owen Cullingford, a quien también había amado? Cada uno de los muertos era



irremplazable para alguien. Era de una arrogancia despreciable imaginar que tus seres queridos, entretejidos en tu vida de tal modo que su pérdida la hacía pedazos, fueran realmente más importantes que todos los demás.

¿Qué le había pasado a Sarah Price? Podría muy bien haberle ocurrido a la propia Judith o a cualquiera de las otras mujeres destacadas allí. Ahora una bebida caliente se le antojaba trivial y casi se olvidó de ella. La falda mojada que le azotaba las piernas, fría y pesada, ya sólo era una mera incomodidad. Sonrió a Cavan, parodió un saludo marcial y se dirigió hacia la tienda de admisiones y los grandes entoldados, levantados para dar cobijo a los heridos alemanes además de a los propios.

En cuanto cruzó el umbral vio a Joseph, que se volvió al oír sus pasos sobre las tablas. Judith sintió una súbita punzada de ansiedad al ver lo cansado que estaba. Iba a tener que lidiar con la aflicción de los hombres ante aquella nueva pérdida, así como con el miedo y el sentimiento de culpa que la seguirían.

—¡Judith! —Joseph se despidió del auxiliar sanitario con quien estaba hablando y corrió a su encuentro, empujándola hacia un rincón donde nadie los oyera, de tal modo que quedó atrapada contra un montón de cajas y camillas puestas de pie—. Han matado a Sarah Price —comenzó.

—Ya lo sé —interrumpió Judith—. Cavan me lo ha contado. Asesinada con una bayoneta. —Tragó saliva; tenía un nudo en la garganta—. Es horrible, aunque supongo que no debería sorprendernos. Aquí la victoria y la derrota están muy cerca una de otra, y ambas traen consigo su propia ración de amargura. La guerra seguramente es lo peor que podemos hacernos unos a otros, pero nos hemos acostumbrado a ella. No sé tú, pero a mí me da un miedo espantoso regresar a casa. —Lo miró a los ojos buscando una chispa de comprensión en ellos, y alegría, y dolor. Ahora se conocían como jamás se habrían conocido si hubiesen pasado la vida entera en casa.

—Eso no es todo, Judith —dijo Joseph en poco más que un susurro—. Matthew está aquí. No he tenido un momento de intimidad para decírtelo antes. Lo dejé durmiendo. El homólogo alemán del Pacificador ha cruzado las líneas para delatarlo antes de que tenga ocasión de influir sobre los términos del armisticio para que la guerra vuelva a comenzar dentro de pocos años.

—Wil Sloan me dijo que Matthew estaba aquí. No he tenido ocasión de buscarlo. ¿Pero ya sabéis quién es el Pacificador? —Estaba llena de asombro, la excitación crecía dentro de ella, el corazón le latía más deprisa, la sangre le palpitaba en las sienes.

—Todavía no. —Joseph estrechó la mano con que le agarraba el brazo—. El alemán está aquí pero no confía lo bastante en nosotros como para darnos el nombre del Pacificador. Viajará a Londres y se lo dirá a Lloyd George. Debemos mantenerlo a



salvo hasta que podamos marcharnos. Está malherido en un pie y cuando me reuní con él anoche tenía fiebre, pero el auxiliar dice que ahora está mejor.

—¿Nos marchamos? —Sin detenerse a pensarlo dos veces se había incluido—. Necesitará una ambulancia. ¿Podemos explicárselo al coronel Hook?

Joseph vaciló sólo un instante. Antes de la guerra habría evitado responderle para protegerla; ahora le constaba que era una mujer muy fuerte.

—No. Creo que Schenckendorff es sincero, pero no podemos estar seguros —dijo—. Y aunque lo sea, es posible que el Pacificador sepa que ha cruzado las líneas, y sólo puede haber un motivo para hacerlo. Seguro que no correrá riesgos.

—¿Y matarlo a él también? A su propio... —Judith se interrumpió al darse cuenta de lo que estaba a punto de decir, y se mordió el labio—. ¿Schenckendorff?

—Sí. Al parecer alguien ya le ha atravesado el pie varias veces con una bayoneta.

Judith tomó aire para blasfemar, pero recordó la sensibilidad de su hermano y se contuvo.

—¿Así que Matthew está aquí con esta misión secreta?

—Hace cinco días Schenckendorff le envió un mensaje a Londres preguntando por dónde debía cruzar y si Matthew estaría aquí.

Judith sintió un frío que nada tenía que ver con las faldas mojadas que le envolvían las piernas. Ahora entendía por qué Joseph tenía miedo de que fuese una trampa, un último intento de vengarse de los Reavley por haber frustrado sus planes desde el principio.

Joseph sin duda percibió su miedo.

—Lo sacaremos de aquí —aseguró—. Pronto habrá acabado todo. La muerte de Sarah Price es una calamidad, pero quizá se resuelva deprisa. De todos modos, no podemos demorarnos. Se lo explicaré al coronel Hook si es preciso. El rango de Matthew debería facilitarnos las cosas. Acaban de ascenderlo a teniente coronel, pero de momento finge ser comandante para no llamar la atención. Tendrá que arriesgarse y explicar quién es.

Judith asintió con la cabeza.

—Tengo que ver si consigo arreglar el motor antes de que vuelva a necesitarlo. Tendré suerte si resiste hasta el final de la guerra. Me faltan algunos repuestos.

—¡Suerte! —dijo Joseph secamente.

—¡La suerte no me sirve! —replicó Judith—. Necesito un amigo con las manos largas dispuesto a liberar unas cuantas bujías y alguna otra cosilla vital.

Joseph había dejado de molestarse en advertirle que tuviera cuidado. Esbozó una sonrisa y se marchó.



Judith pasó la hora siguiente sacando varias piezas de su motor, limpiándolas y tratando de hacerlas funcionar otra vez. Finalmente se dio por vencida y aceptó el hecho de que sin bujías nuevas no conseguiría nada. Abandonó la tarea y fue en busca de un tazón de té caliente y algo que comer, aunque sólo fuese un mendrugo de pan y un poco de estofado en lata Maconochie's.

En el hospital de campaña reinaba una extraña tensión. Se cruzó con auxiliares sanitarios que iban pisando fuerte por los caminos de enjaretado desde la tienda de los heridos leves a la de los graves, apartando los ojos como si no osaran mirarla. Estaban avergonzados porque era conductora de ambulancia, cosa que no era muy diferente de ser enfermera. Era como si de alguna manera la relacionaran con la víctima. Abrió la boca para dirigirse a uno que conocía bien, pero éste se cruzó con ella sin mirarla y no reaccionó a tiempo.

Encontró a las enfermeras Allie Robinson y Moira Jessop en una tienda almacén. Estaban hirviendo agua en un fogón portátil. El lugar estaba lleno de cajas apiladas y un atado medio abierto de sábanas.

—¿Acabas de llegar? —preguntó Moira a Judith. Era una muchacha escocesa de pelo rojizo y ojos grandes.

Judith negó con la cabeza.

—Se me han quemado las bujías —dijo con resignación—. ¿Hay suficiente para un té? —Miró la perola.

—Por supuesto. Supongo que te habrás enterado de lo de la pobre Sarah —preguntó Moira.

Allie Robinson soltó un gruñido.

—¡Lo que me gustaría saber es qué se le había perdido allí! Habían advertido a todo el mundo, ¡como si eso fuese necesario! ¿Pensaba que los prisioneros alemanes iban a respetarla y a tratarla como a una dama? —Al ver la sorpresa de Judith, la miró a la defensiva—. ¡Claro que lo siento por ella! —espetó ruborizándose—. Todos lo sentimos. Pero flirteaba como una loca con los alemanes, los engatusaba como una... —se calló justo antes de decir la palabra que tenía en mente—. Cada cual debe asumir alguna clase de responsabilidad —concluyó—. Ahora todo Dios anda muerto de miedo y todos los hombres serán sospechosos hasta que se demuestre quién lo hizo.

—¿Por qué los hombres? —preguntó Judith.

Allie y Moira cruzaron una mirada.

—Por la manera en que la agredieron —contestó Moira—. Fue como una violación, pero con una bayoneta.

Judith se lo imaginó y se sintió mareada.



—Perdona —se disculpó Moira—, pero es que era bastante..., casquivana. La última vez que la vieron estaba con alguien, sólo que no sabemos con quién.

—¿Estáis seguras? —Judith intentaba negarlo, resistiéndose a creerlo.

—¡Claro que estamos seguras! —espetó Allie—. ¡Deja de hacerte la inocente!

Judith vio el miedo y la ira de su rostro y supo con una escalofriante familiaridad que era su propio temor el que hablaba. Despreciaba a Allie por sus críticas simplistas, como si algo de aquello alterase la tragedia, pero al mismo tiempo lo entendía. Si en cierto modo había sido culpa de la propia Sarah, si de haberse comportado de otra manera no se hubiese producido el suceso, el resto de ellas hallaría la manera de estar a salvo.

—No importa lo tonta que fuese, ¡no merecía acabar así! La usaron y la tiraron... ¡como si fuese basura, Allie! —dijo Moira indignada.

Allie apartó la vista.

—A todas nos usan y nos tiran —repuso Judith con amargura—. Sólo que esta vez va contra la ley, eso es todo. Vendrá la policía. No averiguarán nada, pero supongo que tienen que intentarlo. ¿Por dónde van a empezar? Los hombres van y vienen sin parar, nuestros propios heridos, prisioneros alemanes, voluntarios, médicos, gente que trae provisiones, hasta grupos de dolientes que asisten a entierros. Esto es como Piccadilly Circus.

—Bueno, obviamente fue un prisionero alemán —dijo Moira con impaciencia—. Sólo es cuestión de descubrir cuál. ¡Flirteaba con todos, la muy tonta! —El agua hervía y preparó tres tazones de té. Le pasó uno a Judith—. Siento que no haya leche, pero es té, más o menos.

—Gracias. —Judith agarró el tazón y dio unos sorbos con vacilación. Había olvidado cómo sabía el té de verdad, y aquél al menos estaba caliente—. Supongo que no sabréis de nadie que tenga bujías en condiciones.

—¡Buena suerte! —dijo Moira atribulada.

—Prueba a preguntar a Toby Simmons —sugirió Allie—. Pone mucha imaginación en lo de conseguir cosas. Al menos es una forma de decirlo. —Torció el gesto con asco—. Gwen Williams dice que es quien está detrás de esto. Siempre andaba haciendo comentarios vulgares y Sarah no renunciaba a flirtear con él. Demasiado abiertamente, si quieres saber mi opinión.

—Nadie te ha preguntado —le dijo Moira.

—Tú no, desde luego, ¡porque te gusta! —replicó Allie—. Siempre has dicho que no veías nada malo en lo que hacía, ni siquiera cuando lo pillaron en un quirófano vacío con Erica Barton-Jones.



—¿En serio? —Judith no salía de su asombro. Toby era guapo, y a veces divertido, pero Erica Barton-Jones era de muy buena familia y estaba cantado que se casaría con un aristócrata, o al menos con un hombre rico.

—Eso son tonterías —dijo Moira enseguida con el rostro colorado—. Sarah hizo correr la voz por rencor.

—¿Por qué haría algo así? —preguntó Allie.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Aburrimiento, miedo, soledad, pura estupidez —soltó Moira—. ¿Por qué hacemos las cosas que hacemos? Estaba sola, y no la esperaba nadie en Inglaterra. Tampoco es que a muchas de nosotras nos esperen. —Allie guardó silencio y su rostro se pintó de una repentina y abrumadora aflicción. Moira miró a Judith—. Es como si algo se hubiese..., roto —dijo en voz baja—. Ayer todos guardábamos la compostura y hoy nadie sabe qué hacer ni decir. En realidad no sé cuánta gente apreciaba a Sarah, pero era una de nosotras, y nadie debería ser usado de esa manera y abandonado..., a la vista de todos de esa manera. —Se rodeó el cuerpo con los brazos, cruzándolos con ademán protector—. Yo también me siento..., desnuda, como si cada hombre que la mira me estuviese viendo a mí también. Sé que es una idiotez, pero no puedo evitarlo.

—Todo irá mejor en cuanto descubran al culpable —dijo Judith tratando de tranquilizarla, aunque mucho temía estar diciendo una mentira. Quizá cabía descartar las sospechas, pero ¿acaso uno las llegaba a olvidar del todo? La confianza rota es difícil de enmendar; a veces ni siquiera es posible—. Gracias por el té. Tengo que ir a ver si encuentro las dichas bujías.

Dejó el tazón encima de una caja y, despidiéndose con un gesto contenido de la mano, salió a la fría luz de media mañana.

* * *

Joseph se presentó a Cavan en la tienda de reanimación vacía para preguntar en qué podía ayudar. Conocía bien a Cavan y sentía un profundo respeto por él. Tras el asesinato del comandante Northrup, había sido Joseph quien salvara la vida de Cavan en el consejo de guerra, aunque no pudo salvar la Cruz Victoria para la que había sido recomendado por su extraordinario coraje en combate. Naturalmente, ahora no hablaron de ello; un caballero no mencionaba semejantes cosas.

—Me alegra que haya venido —dijo Cavan sinceramente. Estaba sentado en una caja vaciando una lata de estofado y tenía un tazón de té encima de la mesa improvisada. Llevaba uniforme de oficial de carrera y su bata blanca manchada de sangre estaba colgada en el respaldo de una silla de madera—. Necesitamos tanta ayuda como sea posible para mantener esto bajo control.



Levantó la vista hacia Joseph. Tenía treinta y tantos años, el rostro anguloso, el pelo rubio, los ojos con los párpados hinchados por el cansancio y los pómulos altos. Con un buen reposo y buena alimentación habría sido un hombre guapo. No se molestó en dar explicaciones; sabía que Joseph estaba al quite.

—La policía ya está aquí. Es un puñetero fastidio porque nadie puede marcharse hasta que hayan resuelto el caso. Significa que se nos amontonan los prisioneros alemanes, y ese tipo, Jacobson, no permite siquiera que las ambulancias vayan y vengan con el personal de costumbre, excepto las mujeres, por si ha sido uno de ellos. —Se le veía agotado y profundamente hastiado—. ¡Dios, qué jodienda! Perdona, Reavley. Vea si puede echar una mano. Jacobson está en la primera tienda empezando por el fondo.

—Sí, señor.

Joseph estaba fuera, sobre los listones que formaban los senderos de conexión entre las tiendas, antes de ser plenamente consciente de lo que Cavan había dicho: nadie se podía marchar. Él, Matthew y Schenckendorff estarían inmovilizados allí hasta que se esclareciera el crimen. Seguramente sería cuestión de un par de días, pero ya era 17 de octubre. ¿Y si el asunto se prolongaba?

Hacía frío, soplaba un viento cortante del este. Caminaba rápidamente, sus botas hacían traquetear los tablones de madera, pero éstos sujetaban con firmeza su peso, no como el enjaretado del suelo de las trincheras, que siempre se estremecía y que sólo en los mejores tramos estaba cubierto con tela metálica para evitar que los hombres resbalaran cuando estaba mojado.

Llegó a la tienda y llamó golpeando con los nudillos el marco de la puerta. Oyó la orden de entrar y la abrió. El interior había sido vaciado de casi todo el material sanitario que solía guardarse allí, sin duda porque lo habían necesitado, así como para acomodar a la policía. Jacobson, el hombre sentado a la tosca mesa de madera, tenía un rostro poco agraciado con el pelo moreno peinado hacia atrás y un hirsuto bigote recortado. Parecía de estatura mediana. Lo más destacado de su aspecto eran las manos con las que sostenía un lápiz sobre una hoja de papel en blanco. Eran finas y largas, con las uñas particularmente bien formadas. Su insignia decía que era capitán.

El otro hombre que había en la tienda era más rubio, tenía la nariz un poco torcida como si tiempo atrás se la hubiese roto, quizá jugando a rugby en sus años mozos. Se mantenía en pie a escasa distancia de la silla de Jacobson y miró a Joseph con manifiesta curiosidad.

—¿Sí? —inquirió Jacobson. Estaba muy pálido y su voz sonó aguda. Saltaba a la vista que estaba nervioso y Joseph supuso que seguramente era un civil reclutado hacía muy poco para servir en el frente. El hedor debía de revolverle el estómago y la dimensión de la muerte por doquier sería algo sobre lo que había leído pero cuya realidad jamás hasta ahora hubiese imaginado.



—Capitán Reavley, señor—contestó Joseph—. Capellán. El capitán Cavan pensó que tal vez podría ser de ayuda.

El semblante de Jacobson se relajó; incluso la tirantez de sus hombros pareció ceder un poco.

—Ah. Muy bien. Sí, capitán. Se lo agradezco. Este asunto es muy peliagudo y sólo estamos Hampton y yo para ocuparnos del caso. —Indicó al otro hombre con un breve ademán—. Tenemos que interrogar a todo el mundo: médicos, auxiliares, enfermeras y, por supuesto, a los pacientes..., los hombres..., los heridos. —Parecía no estar muy seguro de qué término emplear—. Le quedaré agradecido si puede ayudarnos. Quizá sepa mejor cómo abordarlo, qué decir. El coronel Hook dice que usted tiene..., experiencia.

Obviamente no acertaba a comprender qué significaba aquello.

—Sí, por supuesto. Tendrá que facilitarme los datos de que disponga para que mis preguntas no vayan descaminadas —confirmó Joseph. No tenía intención de contar a Jacobson los demás crímenes que había resuelto, como tampoco las decisiones y pesares del pasado.

Hampton pasó el peso de un pie a otro, pero no interrumpió, y Jacobson lo ignoró.

—Sarah Price —dijo Jacobson con gravedad—. Enfermera de veinticinco años. Según la hoja de servicios, llevaba aquí poco más de un año; bastante atractiva y buena en su trabajo. Turner, un herido leve que estaba de guardia, la encontró detrás de la tienda quirófano, en el suelo, junto al lugar donde se tiran..., los desperdicios para su posterior recogida. —Daba la impresión de estar avergonzado porque no se le ocurría ninguna palabra digna para describir lo que sabía eran miembros amputados de soldados heridos, partes de sus cuerpos que no podían salvarse. El esfuerzo por controlar la emoción hizo que se estremeciera—. ¿Qué —tragó saliva— ..., qué hacen con eso..., con los desperdicios?

—Enterrarlos —contestó Joseph—. Tan hondo como podemos.

—Para que nunca se encuentren —dijo Jacobson aliviado—. A lo mejor quien la mató esperaba que ocurriera lo mismo con ella. Eso podría explicar por qué la dejaron allí.

—Tal vez —concedió Joseph tratando de no poner en evidencia los sentimientos de Jacobson. Pero acto seguido se dio cuenta de lo falso que era hacerlo. No podían permitirse andarse con remilgos, ni siquiera por compasión—. Los cadáveres vuelven a la superficie, señor, con bastante frecuencia —prosiguió—. Nuevos bombardeos, nuevos cráteres, incluso al cavar nuevas tumbas. No cabe suponer que el asesino quisiera ocultarla. Es más probable que la dejara allí porque allí fue donde ocurrieron los hechos.



Por el rabillo del ojo Joseph vio que Hampton asentía. Parecía llevar más tiempo en el frente que Jacobson. Probablemente no pertenecía al Departamento de Investigación Criminal y lo habían trasladado temporalmente para aquel caso.

—¿A qué hora fue hallada? —preguntó Joseph.

—Poco después de las seis y media de esta mañana. —Jacobson se puso de pie—. Más vale que venga a ver el cuerpo y el lugar donde apareció. —Hizo una seña para que Joseph lo siguiera—. Hampton procederá a investigar las pruebas materiales.

Sin molestarse siquiera en mirar a Hampton, salió de la tienda.

Joseph había visto más hombres muertos de los que podía contar: enteros, blancos e inmóviles. No daban la impresión de estar dormidos; resultaba sumamente evidente que el espíritu que los hacía únicos y les insuflaba vida ya los había abandonado. Y había visto a hombres que habían muerto sufriendo y aterrados, hombres despedazados, la mitad de su cuerpo arrancado de cuajo, empapados en sangre, mutilados hasta el punto de ser irreconocibles. Algunos de ellos habían sido hombres a quienes conociera en vida, amigos que le importaban y con quienes había compartido emociones profundas e inolvidables. A algunos los había sostenido entre sus brazos mientras agonizaban. Aun así nunca había visto un cuerpo que le impresionara tanto como aquél.

Nadie había intentado adecentarla, a propósito, para que verla suscitase ira y piedad, de modo que quien la viera tan desgarrada y ultrajada jamás olvidara ni perdonara lo que le había ocurrido. Las partes más íntimas de su condición de mujer estaban laceradas y expuestas como si quien la había agredido no la hubiese odiado sólo a ella sino a todo el género femenino. La imagen era grotesca y Joseph la contempló como si todas las mujeres que había conocido y amado estuvieran destrozadas encima de aquella mesa de madera, y todo lo relacionado con el acto sexual, degradado. En efecto, la habían violado con la cuchilla de una bayoneta, casi con toda certeza encajada en la punta de un fusil.

No era de extrañar que Jacobson pareciera mareado. No se trataba tan sólo del hedor de las letrinas, ni de los ciento cincuenta kilómetros de cadáveres putrefactos que se habían acumulado en el barro durante los últimos cuatro años; era aquella profanación del origen de la vida humana.

—Cúbrala —dijo Joseph con voz ronca—. ¡Por el amor de Dios, no había ninguna necesidad de dejarla así!

—Sí que la había, capitán —dijo Jacobson a su espalda—. Necesito su ayuda. No quiero ningún sentimiento de misericordia por el asesino, ninguna lealtad a nadie ni compasión por los vivos, ni ideas de paz y perdón que le inciten a dejar suelto a ese hombre. Usted ha estado en combate y yo no, pero un hombre capaz de hacerle esto a una mujer debe ser detenido. Si decimos que no pasa nada y que no tiene importancia, prefiero no vivir en la Inglaterra que llevamos cuatro años defendiendo con nuestras vidas.



Joseph se quitó la guerrera y la puso sobre la parte inferior del cuerpo de Sarah Price. Sin abrigo empezó a tiritar, pero no se lo pensó dos veces. Cualquier cosa era mejor que dejarla de aquella manera. Se preguntó a quién había perdido Jacobson: hermanos, quizás incluso un hijo. Muchos de los nuevos reclutas apenas contaban catorce o quince años. Pasaban hambre y morían como todos los demás. Tal vez por eso las trincheras habían impresionado tanto a Jacobson. Pensaba en alguien en concreto.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó Joseph.

Jacobson suspiró.

—El capitán Cavan me dijo que usted ha resuelto otros asesinatos aquí. No se extendió en detalles, sólo dijo que se le daba bien descubrir la verdad. En principio pensaba que podría ayudarnos a controlar la situación. Todo el mundo está consternado. Ya tienen bastante con lo que les exige la guerra a diario; sólo les faltaba esto. Pero cualquier otra clase de ayuda será bien recibida. Tenemos que cerrar el caso lo antes posible; restaurar la cordura en la medida en que haya algo de cordura aquí.

—¿Qué está buscando? —preguntó Joseph—. ¡Hay una bayoneta en la punta de cada fusil del frente occidental! Y sangre en todas ellas. Y en la mayoría de nosotros, y en los que trabajan en los hospitales de campaña. —Tragó saliva como si se estuviera atragantado—. Nada indica que hubiera un motivo personal. Más bien parece obra de alguien que odia a todas las mujeres. Un loco.

Mientras lo decía pensó que era un comentario banal. ¿Quién podía mantenerse cuerdo allí, cuando la expectativa de vida de los hombres podía contarse en semanas? La vida tenía un significado diferente.

Jacobson se abstuvo de contradecirlo. Tal vez reparase en que Joseph se arrepentía de sus palabras.

—Oportunidad, para empezar —contestó en cambio—. Ver a quién podemos descartar así. Eliminar de la lista de sospechosos a quienes tengan coartada para toda esa noche. No serán muchos, pero quizá más que en la vida civil. De entrada, cuento con que los médicos estarían trabajando y que podrán demostrarlo, y a lo mejor algunos conductores de ambulancia también. ¿Auxiliares? Tengo entendido que usted habla alemán bastante bien.

—Sí. Lo aprendí antes de la guerra y he tenido muchas ocasiones para practicarlo desde entonces. ¿Quiere que comience por los prisioneros alemanes?

Jacobson lo meditó unos instantes antes de contestar.

—Tratemos de reducirlo un poco primero. De todos modos no podemos contar con que nos digan la verdad, ¿no le parece? Intentarán echarnos la culpa a nosotros, y nosotros a ellos. Es lo natural.



—Será difícil —advirtió Joseph—. La gente va y viene toda la noche en un hospital de campaña. Por lo general casi todos son heridos y conductores, pero ahora mismo también están los prisioneros. No es un recinto vigilado, salvo en lo que atañe a los prisioneros alemanes, y la guardia la hacen hombres con heridas no lo bastante graves como para enviarlos a casa, pero que ya no son aptos para combatir. A veces los hombres traen a un amigo o a alguien que han encontrado o rescatado, o vienen a visitar a algún enfermo que no puede ser trasladado, pero veré qué averiguo.

Jacobson apoyó una mano en el brazo de Joseph.

—Primero hable con unas cuantas enfermeras, capellán. Estarán muy alteradas. Lo conocen. Están acostumbradas a verlo por aquí. Quizá le cuenten cosas que no me dirían a mí. Intente averiguar dónde estaba la gente. Descubra cuanto pueda acerca de esa chica. —Hizo un gesto en dirección a Sarah Price, tumbada en la mesa—. Y llévese su guerrera, hombre. Se congelará, y lo necesitamos. Me encargaré de que la cubran como es debido.

Joseph salió del barracón con la guerrera puesta, fría por el cuerpo muerto en vez de caliente por el suyo propio. Llevaba una mancha oscura de sangre en la camisa causada por la tela que había tocado el cuerpo de ella.

El viento era cortante aun no siendo gélido, pero soplaba con fuerza cruzando las llanuras del este y escocía en la piel. ¿Quién albergaba un odio tan intenso como para hacerle algo como aquello a una mujer? ¿Tan baratas se habían vuelto la vida y la muerte?

Caminaba despacio por el sendero de tablones cruzándose con enfermeras que le sonreían nerviosas. Un par de ellas incluso bajaron al barro para evitar pasar tan cerca de él. Él era capellán y además lo conocían; ¿qué debían sentir ante los demás?

¿Qué subyacía tras la ferocidad que había acometido a un hombre hasta hacerle perder cuanto en él había de decencia, toda la bondad, todo el respeto por la vida, la dignidad y la esperanza? ¿Lo había cambiado la guerra o era tan sólo que ésta lo había despojado del barniz que ocultaba la barbarie que siempre había estado ahí, sólo que oculta a la vista?

¿Conocía a ese hombre y no había sabido darse cuenta? ¿Qué clase de sacerdote no reconoce el infierno cuando lo tiene delante, cara a cara? ¿Un hombre tan embotado por la visión, el sonido y el olor del sufrimiento que se ha encerrado en sí mismo para protegerse del dolor, un hombre que se niega a ver porque ver hace daño? Ver te obliga a admitir que tú también tienes que actuar. La excusa de la ignorancia pierde consistencia dejándote desnudo ante la pura verdad.

Se detuvo ante la tienda de preoperatorios. Aún no estaba preparado para rodearla y dirigirse a las tiendas de tratamiento, y eso que sentía tanto frío que tenía los músculos tensos y los dientes apretados.



¿Quién había hecho aquello? Un hombre debía pagar por haberlo hecho. ¿Pero era un solo hombre el responsable o lo eran todos por haber cogido a hombres jóvenes para enseñarles que era necesario luchar y matar para que la nación sobreviviera? ¡Y es que era necesario! Rendirse no era sólo cuestión de dejar de combatir, era perder el derecho a todas las libertades que te brindaban la oportunidad de elegir entre el bien y el mal, a ti y a tus hijos, y quizás incluso a los hijos de éstos. El aprisionamiento de la mente se transmite durante generaciones.

Tal vez el modo en que luchabas era lo que marcaba la diferencia. O quizá parte de los soldados que sobrevivían y regresaban a casa fueran tan víctimas de guerra como los muertos. ¿Qué había hecho la guerra al hombre que había rajado a Sarah Price de aquella manera? ¿Alguna vez lograrían sanarlo y devolverle la entereza? ¿O debían limitarse a ejecutarlo por el bien de la sociedad? ¿De quién era la culpa?

Hablaría con las enfermeras por separado. Debía poner un poco de orden en sus ideas; enterarse de cuanto pudiera acerca de aquella noche. Primero eliminar lo imposible. ¿Dónde había estado trabajando Sarah y con quién? ¿Había otras personas que pudieran corroborarlo más allá de toda duda fundada? Era un lugar transitado; hombres yendo y viniendo todo el tiempo, pero con la atención puesta en los heridos y en sus propias tareas, siempre tan urgentes.

Ahora bien, si lograba establecer la hora en que la habían matado, entonces sería posible eliminar a un montón de sospechosos y los hechos comenzarían a cobrar sentido. Por descontado, averiguaría todo lo posible acerca de la propia Sarah, sólo por si acaso hubiese algún factor personal en su muerte, aunque su tragedia podía muy bien haber sido precisamente el hecho de estar sola a oscuras en el momento menos oportuno.

Primero se dirigió a la tienda de admisiones avanzando contra el viento, y en la explanada encontró a Judith a resguardo de la tienda almacén poniendo con cuidado bujías nuevas al motor de su ambulancia.

—¡No me preguntes de dónde las he sacado! —le advirtió Judith—. Créeme, preferirás no saberlo.

Joseph no tenía intención de preguntar. Ahora era mucho más prudente que un par de años atrás. Resultaba curioso que tu propia familia fuese la última en percatarse de que habías crecido o aprendido de tus errores.

—¿Dónde estuviste anoche? —le preguntó.

Judith le sonrió. Tenía la cara manchada de aceite de motor y con bastantes salpicaduras de barro, pero aun así conservaba la firmeza de su mirada, los pómulos altos y la boca apasionada y vulnerable. ¿Qué diablos iba a hacer en St. Giles después de la guerra? ¿Casarse con algún notable del pueblo que jamás llegaría a comprenderla?

Joseph repitió la pregunta.



—Conducir desde el frente, sobre todo —contestó Judith—. Dejé a un grupo de heridos aquí hacia las tres, ayudé a trasladarlos, tomé una taza de té y algo de comer. Limpié la ambulancia. Calculo que volví a marcharme hacia las cuatro y media. Me perdí en alguna parte cerca de Polygon Wood, me parece, aunque podría haber sido cualquier otra colina con unos cuantos tocones. Regresé aquí hacia el amanecer.

—¿Estás segura de las horas?

Judith frunció el ceño.

—Eso creo. ¿Por qué? ¿Fue entonces cuando la..., mataron?

Lo dijo con dificultad, y Joseph percibió el dolor que traslucía su voz.

—Todavía no lo sé —contestó—. ¿Cuántos heridos trajiste?

—Seis, como de costumbre.

—¿Muy graves?

—Sí. ¿Es importante todo esto?

—Todavía no lo sé. Es probable que el culpable fuese uno de los prisioneros alemanes, pero tenemos que estar seguros. ¿Iba contigo Wil Sloan?

—¿Wil? —Judith se quedó pasmada—. Sí, claro que iba conmigo. ¡Cómo puedes sospechar de él, por Dios bendito!

—Tengo que ubicar a todo el mundo, Judith, o no habrá manera de encajar las piezas. Alguien le hizo algo espantoso a Sarah Price.

Judith apartó la vista.

—¡Ya lo sé! Tuvo que ser un prisionero alemán. Apuesto a que nos odian a todos. Parecen iguales que nosotros ¿verdad?, sobre todo cuando están heridos y cubiertos de barro y sangre. ¡Aborrezco esta situación!

Joseph le tocó el brazo suavemente.

—Pronto habrá terminado. O al menos esta parte. Pero hay que descubrir quién le hizo eso a Sarah. Aparte de hacer justicia y de impedir que se repita, es preciso que Matthew y yo llevemos a Schenckendorff a Londres. No van a demorar la negociación del armisticio por culpa de este follón.

—¿No habría manera de explicárselo al coronel Hook para que os dejara marchar? —preguntó Judith.

—Creo que no. No sabemos quién es el Pacificador ni qué aliados puede tener aquí. Es posible que sepa que Schenckendorff ha cruzado las líneas. No hace falta ser un genio para adivinar que podría estar aquí. Seguramente sabe que Matthew ha venido desde Londres.

Judith abrió mucho los ojos, presa de un súbito miedo.

—¡Joseph, ten cuidado!



—Lo tengo. Háblame de Sarah Price sin tapujos. No tenemos tiempo de limar asperezas con remilgos.

Judith frunció los labios.

—No la conocía bien; dudo que alguien la conociera en realidad. Era un poco veleidosa, le gustaban las bromas y los chistes aunque fuesen estúpidos. Parecía no tomarse las cosas muy en serio y eso molestaba a según quien. Parecía espantosamente superficial. —Apartó la vista un momento, dirigiéndola al borde de la luz de los faroles, y luego miró a Joseph con dolorosa franqueza—. Creo que decidió dejar de sentir cuando sus hermanos murieron en combate. No iba a permitirse sufrir esa clase de pérdida nunca más. Se tomaba a la ligera prácticamente todo, y bebía bastante más de lo que le convenía. Flirteaba y engatusaba a la gente, pero la mayoría sabíamos que sólo era su manera de ser. Cada cual reacciona al dolor y a la pérdida de una forma distinta. Esa era la suya.

Un auxiliar sanitario pasó cerca y Judith aguardó a que estuviera de nuevo a una distancia prudente antes de proseguir.

—No cotilleaba ni contaba cuentos chinos. Y era generosa con las cosas. Me parece que había dejado de valorarlo todo, así que le era más fácil regalarlo. Casi como si supiera que quizá nunca volvería a casa. —Apretó los labios—. Aunque no estoy segura de que tuviera un hogar. Recuerdo que una vez me dijo que sólo le quedaba una abuela. No sé qué les sucedió a los demás. Su madre murió durante el invierno de 1916 y perdió a sus dos hermanos en el Somme.

Tomó aire entrecortadamente y lo soltó estremeciéndose.

—Demonios, Joseph, me parece que yo también bebería y me portaría como una idiota si estuviera en su lugar. ¡Atrapa al bruto que le hizo eso!

—Lo intentaré. Pero tenemos que llevarnos a Schenckendorff a Londres.

—Ya lo sé. Al menos tenemos a Matthew aquí para que nos ayude.

Joseph se quedó con ella un rato más y luego fue a hablar con algunas de las enfermeras. Todas le dijeron más o menos lo mismo que Judith, aunque fueron menos francas con él, y algunas menos amables.

Entró en la última tienda de la hilera sin esperanzas de averiguar nada nuevo o siquiera remotamente útil. Dentro sólo había una enfermera, de pie dándole la espalda, limpiando los instrumentos quirúrgicos que había dispuesto sobre una mesa de madera. Llevaba el pelo moreno recogido en un moño, pero sus rizos naturales hacían imposible domeñarlo. Tenía el cuello esbelto y la curva de sus hombros presentaba una belleza exquisita. Le recordó algo amable y feliz que no ubicó de inmediato.

Sin duda ella oyó sus botas en el entarimado porque se volvió. Abrió como platos los ojos azules y le cayó de las manos el bisturí que estaba limpiando.



Joseph se paró en seco con el corazón palpitando. Era Lizzie Blaine. Era absurdo. Estaba temblando y tenía las manos agarradas y pegajosas a pesar del frío.

—Hola..., capellán... —dijo Lizzie con torpeza.

—Lizzie..., enfermera..., Blaine —respondió Joseph encontrándose patoso, y sus palabras idiotas, banales. Pues claro, después de que asesinaran a su marido en 1916, ella le había dicho que a lo mejor se alistaba. Entonces Joseph pensó que tan sólo andaba buscando algo que hacer, que sólo era una idea, no un firme propósito—. Yo... —tragó saliva—. Yo creía que ibas a ser conductora.

Recordó el sinfín de kilómetros que condujo para él durante aquel tiempo de pesadilla en que estuvieron dando caza a un traidor. Lizzie había sido la única parte buena de aquel verano.

Ella se agachó para recoger el bisturí y lo conservó en la mano para que no se mezclara con los limpios.

—Así empecé, pero necesitaban enfermeras. —Sonrió—. Soy bastante buena en carreteras normales, pero esto de aquí es radicalmente distinto, y no se me dan muy bien las tareas de mantenimiento. Me falta inventiva.

—¿Hace mucho que estás en esta sección? ¿Cómo es que no te había visto antes ni que tan sólo supiera que estabas aquí?

—Unas pocas semanas. Trasladan a la gente de un sitio a otro sin parar para ocupar las vacantes. ¿Has venido por lo que le ocurrió a Sarah Price?

—El coronel Hook me pidió que echara una mano, si podía. ¿Viste a Sarah ayer noche?

—Sí, por supuesto. Ambas trabajamos en la tienda de admisiones y luego en la tienda quirófano. Luego ella estuvo un rato en la de reanimación. Tiene más —se interrumpió y tomó aire— ..., tenía más experiencia que yo.

—¿Recuerdas a qué hora la viste por última vez?

Pestañeó, entendiendo con toda exactitud por qué se lo preguntaba.

—La verdad es que no. La vi yendo y viniendo hasta que llegó un grupo nuevo de heridos a eso de las dos y media o las tres. Entonces me fui a admisiones. —Bajó la mirada, evitando sus ojos—. Esto es espantoso. Me siento inútil y nunca estoy segura de estar tomando la decisión acertada. Algunos mueren sin que el médico haya tenido ocasión de verlos.

Se calló de golpe, su rostro reflejaba una intensa emoción.

—Te comprendo —dijo Joseph con ternura. Esta vez sí que la tocó, apoyando tan sólo las puntas de los dedos en su brazo, abrumado por las ansias de consolarla que ardían en su fuero interno.

Lizzie levantó la vista.



—Sí, ya me lo figuro. Debes pasar muchas horas aquí haciendo lo que buenamente puedes. Perdona, es que...

Se calló otra vez, sabiendo que no había modo de terminar la frase.

—¿Conocías a Sarah? —preguntó Joseph—. ¿Puedes contarme algo sobre ella?

Joseph valoraría su sentido común. Era mayor que muchas de las demás enfermeras, y Joseph había constatado su madurez dos veranos antes, cuando mostró una singular entereza en medio de su propia aflicción. Ella misma había sido sospechosa de haber matado a su marido de un modo terrible porque sabía que su talento podría haber salvado miles de vidas. Quizás incluso hubiese alterado el curso de la guerra. Lizzie había pasado miedo, pero en ningún momento sucumbió a la ira o la amargura. Qué dulce resultaba ese recuerdo ahora. Era como un repentino rayo de sol en un paisaje invernal.

—No mucho —contestó Lizzie—. Parecía bastante buena chica, un poco veleidosa. —Durante un momento adoptó una expresión perdida—. Pero, por otra parte estaba sola, sin nadie ni nada que la aguardara a su regreso —dijo con un ligero temblor en la voz—. Sus padres están muertos, y sus hermanos también, sólo le quedaba una abuela. Se lo oí contar y, por un instante, vi algo más que la persona más bien frívola que aparentaba ser.

Apartó la vista un momento y Joseph se fijó en que trataba de dominar sus sentimientos. Deseó decir algo sensato y amable que la reconfortara. Deseaba con toda el alma alargar el brazo y tocarla, pero eso habría sido completamente impropio. La asustaría y se avergonzaría; peor aún, sería un abuso de la confianza que necesitaba tener en él como capellán, de modo que cruzó las manos en la espalda y las apretó con tanta fuerza que llegaron a dolerle.

—¿La viste flirtear, dar a entender a alguien que...?

Joseph no supo cómo terminar la frase.

Lizzie le sonrió con los labios apretados mirándolo a los ojos. Entonces, al ver que se ruborizaba un poco, sonrió con más franqueza.

—Seguramente —reconoció Lizzie—. Pero eso no es excusa.

Naturalmente, Lizzie no había visto el cuerpo. Su bestial intimidad inundó la mente de Joseph con una revulsión tan violenta que le hizo sentirse mareado.

Lizzie se percató y, sin un titubeo, dio un paso al frente y apoyó una mano en su manga.

—Lo siento. ¿Tan atroz fue?

—Sí. —Ella había visto el cadáver de su marido. Era enfermera. Joseph debería ser capaz de confiar en su entereza—. Sí, fue horrible. Por favor, ten mucho cuidado.

Estaba completamente fuera de lugar decir algo así. La idea de que le ocurriera algo malo a ella era peor que si le hubiese ocurrido a él mismo. ¿Cómo no se había



dado cuenta de que Lizzie era mucho más que una amiga, más incluso que la mejor amiga con quien uno podía hablar de las cosas más íntimas o guardar silencio y aun así sentirse arropado por la confianza? Había cruzado una frontera dentro de sí y no había modo de desandar lo andado, aun suponiendo que quisiera hacerlo. Una parte de Joseph lo deseaba; tenía miedo de volver a implicarse tanto con alguien. De hecho, tenía más miedo porque en su fuero interno se habían abierto nuevos abismos cuya profundidad no había conocido antes, una emoción que no era parte de su ser sino su ser entero.

—Todas tenemos cuidado —dijo Lizzie con ironía—. Ninguna va sola a ninguna parte. Es de lo más ridículo y desagradable. Me encuentro hablando con alguien tranquilamente, un médico o un auxiliar o un conductor, o incluso con un herido que no esté lisiado. Entonces de repente me acuerdo y constato que él también, y los dos nos quedamos sin saber qué decir. Me entra miedo y vergüenza, y él se da cuenta y lo siente por mí o se enfada porque estoy siendo injusta. Es horrible.

Joseph asintió con la cabeza. Nunca hasta entonces se había enfrentado a una situación como aquella e intentaba imaginársela.

—No será por mucho tiempo —dijo—. Pronto estaremos en condiciones de demostrar que sólo pudieron hacerlo unas cuantas personas y todas las demás quedarán fuera de sospecha.

Dios quisiera que fuese verdad. Aparte de otros motivos desagradables y peligrosos, había que resolver el asesinato para poder llevarse a Schenckendorff a Londres. Ahora bien, por su propia seguridad, no se atrevió a contárselo a Lizzie.

—¿Es eso lo que estás haciendo? —preguntó ella—. ¿Colaborar con la policía?

—Sí. ¿Puedes responder por alguno de los hombres de anoche, de las tres en adelante, o concretar cuándo viste a Sarah por última vez?

Lizzie reflexionó antes de contestar.

—Estuve trabajando con dos auxiliares durante casi dos horas cuando llegó el nuevo grupo de heridos. Creo que no estuvieron fuera de la tienda de admisiones por más de unos minutos cada vez, y cuando salían era para llevar a los recién llegados a la tienda de preoperatorios.

—¿Nombres? —preguntó Joseph.

—Carter y Appleby. Me parece que los cirujanos estuvieron operando si parar, o con soldados operados en la tienda de reanimación. —Miró a Joseph ansiosa, escrutando sus ojos—. Vi a otras personas después de eso, claro, pero hacia las cinco o las seis de la mañana. No miras el reloj cuando estás tratando de impedir que la gente se muera. Y todo el mundo iba manchado de sangre. Siempre es así.

Joseph asintió. No había nada que decir. Tomó unos apuntes de lo que ella le había contado y luego, a regañadientes, la dejó para ir a interrogar a los heridos británicos que habían estado allí la noche anterior.



El primero a quien vio fue al comandante Morel. Se conocían desde que Morel llegó a Cambridge como alumno de Joseph en 1912 para estudiar lenguas bíblicas. Había estado allí cuando murió Sebastian Allard. Aquella había sido su primera experiencia con el shock y la confusión emocional de un asesinato.

Habían servido cuatro años en el frente, presenciando el mismo horror, padeciendo la misma aflicción ante la pérdida de hombres que ambos conocían. Morel había sido el cabecilla de quienes estuvieron a punto de amotinarse un año atrás, y juntos, él y Joseph habían viajado al este y cruzado las líneas hasta territorio alemán para traer de vuelta al único hombre culpable de asesinato. Después de aquello lo habían ascendido a comandante.

La noche anterior lo habían herido en el hombro y aún se estaba reponiendo. Joseph lo encontró recostado en un catre de una de las tiendas de tratamiento. Estaba muy pálido y con las mejillas hundidas, pero no se debía tanto a la herida como a los cuatro años de agotamiento y hambre en las trincheras. Tenía los ojos negros irritados y parecían enormes.

—Hola, reverendo —dijo con media sonrisa—. ¿Ha venido a cumplir con su sagrada obligación o a averiguar si maté a esa pobre mujer? Ruego a Dios que no fuese uno de los nuestros. Qué lamentable manera de acabar la guerra.

—¿Piensas que pudo hacerlo uno de los nuestros? —le preguntó Joseph.

—¡Claro que no! —dijo Morel con impostado horror. Como siempre, se debatía entre el intelecto y los sueños. Deseaba con toda el alma que no hubiese sido uno de sus hombres. A pesar de su coraza de cinismo y de su ingenio cáustico e irreverente, la preocupación por sus hombres era más profunda de lo que podía imponer ninguna lealtad o sentido del deber. Habían pasado juntos por un infierno indescriptible, presenciando la muerte de la mitad de sus amigos, y aquello aún no había terminado. Quienes sobrevivían se veían agobiados por los fantasmas de las vidas perdidas, cargaban con las alegrías y los sinsabores que ya nunca sentirían quienes habían visto truncada su oportunidad de vivir.

Joseph lo miró. Allí donde el uniforme solía cubrirla, la piel aparecía clara y suave salvo por los arañazos y las picaduras de piojo que todos ellos tenían. Los huesos de los hombros eran frágiles y, sin embargo, los ojos eran los de un hombre mayor. Todos presentaban el mismo aspecto, pero Joseph conocía a Morel y eso lo hacía distinto.

—¿Te refieres a los británicos o a los de Cambridgeshire? —preguntó.

Morel hizo una mueca.

—Soy realista, reverendo. A los de Cambridgeshire. Me consta que mucha gente anda diciendo que tuvo que ser un alemán y, puesto que no están encerrados porque no hay donde meterlos, es una idea que viene muy bien. Pero pudo haberlo hecho prácticamente cualquiera. No le envidio la tarea de averiguar quién fue, aunque



supongo que no tiene alternativa. De todos modos lo hará. —Hizo un gesto de dolor—. Usted no es de los que dejan correr algo así, ni siquiera cuando nadie más es consciente de que hay un problema.

—He aprendido —dijo Joseph con bastante aspereza.

De pronto el semblante de Morel se suavizó dejando traslucir un sincero afecto.

—Ya lo sé. —Volvió a endurecer la expresión—. Pero tengo entendido que esta vez hay una pareja de policías, así que no podrá ocultar nada. ¡No se le ocurra intentarlo!

—¡No tengo la más mínima intención de hacerlo! —soltó Joseph—. En este caso no cabe ninguna ambigüedad moral.

Mientras lo decía se dio cuenta de que tal vez no fuese verdad. ¿Acaso alguna vez era todo blanco o negro? ¿El hombre que había hecho aquello era violento, un bestia de nacimiento? ¿O quizás el ejército le había enseñado a odiar y que matar era la respuesta a la furia? ¿Había creado la guerra al ser que era ahora?

Morel puso los ojos en blanco y refirió lo que sabía sobre las idas y venidas de los hombres durante la noche, a partir de la hora de su llegada, dolorido pero perfectamente consciente y observador.

Joseph le dio las gracias, preguntó qué podía hacer por él y luego pasó al hombre siguiente que, según constató, no pudo decirle nada.

* * *

Aquella noche Joseph se reunió con Matthew en el refugio subterráneo. No había camas libres en el hospital de campaña ahora que sólo los heridos más graves podían ser trasladados. Cualquiera que fuese capaz de sostenerse en pie se quedaba recluido por orden de Jacobson. Habían juntado a los alemanes que se apiñaban a duras penas resguardados, salvo por aquellos a quienes el quedar expuestos a las inclemencias del tiempo podía suponerles la muerte. Ni siquiera Wil Sloan y otros dos compañeros suyos del cuerpo de voluntarios estaban autorizados a marcharse.

—Esto no puede durar —dijo Matthew hoscamente, tratando de encender una vela dentro de una lata para improvisar un fogón con el que hervir agua—. Por fin he visto a Judith —gruñó—. Está un poco delgada pero conserva intacto el espíritu. —Tiró otra cerilla—. ¡Maldita sea! ¿Cómo demonios te las apañas?

Joseph encendió la vela con la soltura de la práctica.

—Gracias —dijo Matthew secamente—. Confío en marcharme de aquí antes de que se me dé tan bien como a ti.



—Cuento con cuatro años de experiencia —respondió Joseph—. Aunque por lo general gorroneo de algún otro.

Matthew le miró con gravedad.

—Tú quieres a estos hombres, ¿verdad, Joe?

Fue una observación; no hubo interrogación en su voz.

—Pues claro —contestó Joseph sin vacilar—. Si puedes pasar por todo esto con ellos sin cobrarles afecto, no eres digno de ser considerado humano. Es una clase de amistad que nunca se forjaría viviendo a salvo, por años que pasaran. No volverá a haber nada semejante en nuestras vidas. Dejamos una parte de nosotros aquí con quienes nunca volverán a casa: una obligación, una deuda.

Tragó saliva; le escocían los ojos. Había demasiados, hombres como Sam Wetherall, el amigo a quien más había querido, que no estaba muerto y que, sin embargo, tampoco regresaría jamás. La guerra despojaba a los hombres de cosas muy diferentes. En el caso de Sam fue su identidad y todo lo que ella representaba. Eldon Prentice, en 1915, se había encargado de que fuese así; otra víctima del Pacificador.

—Hay que resolver esto y llevarse a Schenckendorff a Londres cuanto antes —concluyó Joseph—. Hoy tenía el pie un poco mejor. Parece que la fiebre remite.

—Ésa es la última de nuestras preocupaciones —contestó Matthew enfurruñado—. Alguien hizo una carnicería con esa chica, cosa que sería bastante mala en cualquier momento, pero aquí a las enfermeras se las considera casi como ángeles. Son el único vínculo de estos hombres con las mujeres que aman y que representan el hogar y la dignidad, y todo aquello por lo que están combatiendo. He hablado con un par de soldados y es como si algo dentro de ellos también hubiese sido violado.

Joseph lo miró fijamente al caer en la cuenta de que eso era lo que había visto en Morel y en otros con quienes había hablado. Daban por supuesto que era una violación aunque nadie lo hubiese dicho así. Esa clase de violación también era una profunda herida interna para cualquier hombre decente.

La vulnerabilidad era distinta, pero estaba ahí, con demasiada frecuencia ignorada, y sin cicatrizar.

Matthew encogió un poco los hombros.

—Si no lo resolvemos pronto, Joe, habrá una escalada de violencia, seguramente contra los prisioneros alemanes. Nuestros hombres desean que haya sido uno de ellos, no uno de los nuestros. He oído cosas muy feas. El barniz es muy fino; no tardará mucho en romperse.

* * *



Fue otra noche terrible, pero casi todas las bajas fueron enviadas a un hospital de campaña situado a unos ocho kilómetros de allí, más cerca de la línea de combate que avanzaba sin tregua hacia el este. Joseph encontró a Matthew esperándolo fuera de la tienda de los heridos leves. Tenía el semblante demacrado y el uniforme empapado de lluvia. En cuanto vio a Joseph fue a su encuentro a grandes zancadas, chapoteando por el fango con absoluta indiferencia.

—Joe, esto está empeorando —dijo Matthew con brusquedad—. Ha habido más violencia. Tres o cuatro soldados británicos han dado una paliza de muerte a media docena de prisioneros alemanes. Lo peor es que el oficial al mando no ha hecho nada por impedirlo. Ni siquiera los ha castigado después. ¡Por Dios! ¿Qué significa toda esta..., esta maldita carnicería —tendió el brazo abruptamente a su alrededor tratando de abarcar el campo de batalla entero—, si nosotros mismos terminamos portándonos como bárbaros? Ya puestos podríamos habernos rendido de buenas a primeras. No teníamos nada que mereciera la pena salvar. —Estaba tan afectado que las manos le temblaban y no podía parar quieto—. Tenemos que sacar a Schenckendorff de aquí —prosiguió, bajando deliberadamente la voz—. Si es que todavía piensa que merecemos salvarnos.

Joseph comprendió su ira. La visión y la pestilencia de tanto sufrimiento, y de tantísimos hombres muertos, había desbaratado su circunspección habitual. Estaba acostumbrado a las tensiones intelectuales de la espera, a jugar mentalmente al gato y al ratón, pero la inmediatez física del frente era algo nuevo para él.

—¿Quiénes han sido, lo sabes? —preguntó Joseph.

—Dos de ellos son Black y Youngman. No sé quiénes son los demás.

—Hombres de Bill Harrison. Iré a hablar con él.

—¡El oficial ya lo sabe! —dijo Matthew con impaciencia—. Como te he dicho, le ha importado un bledo y lo ha dejado correr.

—Me ocuparé de ello —prometió Joseph; dio media vuelta y se marchó.

Encontrar a Harrison fue sorprendentemente fácil. La casualidad quiso que se hallara en el hospital de campaña. Stan Tidyman, uno de sus hombres, había perdido una pierna, y él había venido a ver si seguía vivo para ofrecerle consuelo.

Joseph miró el rostro gris y los ojos hundidos de Stan, y aguardó hasta que Harrison estuvo listo para irse.

Aguardó fuera y habló con Harrison en cuanto salió al sendero de tablones, donde el viento soplaba con fuerza. El hombre tenía una expresión tensa y apenada, y pareció sentir cierto alivio al ver a Joseph.

—Poca cosa podrá hacer ahora, capellán —dijo en tono grave—, pero se alegrará de verlo.

Joseph sintió una punzada de culpabilidad.



—En realidad era a ti a quien estaba buscando —contestó—. Anoche cuatro hombres dieron una paliza a prisioneros alemanes heridos. Al menos dos de ellos pertenecen a tu unidad, Black y Youngman. Hay que poner fin a eso, Bill. Según parece el teniente que estaba de servicio no hizo nada al respecto. Y eso no puede ser.

—No lo sabía —dijo Harrison con pesadumbre—. Los han puesto de guardia y están resentidos. Sólo tienen heridas leves y querrían entrar en combate con el resto del regimiento. —Esbozó una sonrisa atribulada—. Les hemos estado diciendo que salieran a matar alemanes durante los últimos cuatro años, capellán. Algunos detestaban tanto hacerlo que casi los paralizaba la idea de hacer pedazos el cuerpo de otro hombre, aunque fuese alemán. Son iguales a nosotros, caminan y hablan, tienen hogares, padres, mascotas, cosas que les gusta hacer. —Saltaba a la vista que estaba afligido y que en su fuero interno sentía una profunda repugnancia, pero se negó a eludir el asunto—. He tenido que castigar a hombres que no podían apretar el gatillo, y me odié por hacerlo. —No temblaba, aunque llovía con ganas—. He visto a cientos de hombres apuntar hacia arriba a propósito. Y también he visto a los que no lo hacían, y las pesadillas que han tenido después. —Negó con la cabeza—. Damos medallas a los que pueden hacerlo sin pestañear.

»Eran hombres corrientes cuando vinieron aquí, panaderos y herreros, empleados de banca, granjeros, conductores de autobús. Muchos de ellos han perdido hermanos, amigos, incluso padres en casa por los bombardeos. —Bajó la voz—. Las esposas han sido infieles después de pasar solas cuatro años, las enamoradas han encontrado a otros. Eso duele. No parece justo castigarlos ahora por ser aquello en lo que los hemos convertido. —Sus ojos grises miraban fijamente a los de Joseph con una franqueza que no cejaría ni se acomodaría—. Hablaré con ellos, pero no voy a castigarlos, señor.

Joseph admiró su lealtad, por más testaruda que fuese, y quizá técnicamente errónea. Podía comprenderla, y tratándose de Bill Harrison tendría que haber contado con ella.

—¿Y si tardamos en descubrir a ese hombre? —preguntó—. Encerrados aquí como estamos, estos incidentes pueden ir a peor, sobre todo si esta vez se salen con la suya. Me consta que lo que le hicieron a Sarah Price fue brutal, pero eso no es el motivo de lo que está sucediendo, es el pretexto. La próxima vez alguien puede acabar malherido o incluso muerto. Entonces tendremos que acusar de asesinato a quien haya sido, porque dar una paliza mortal a un prisionero herido y desarmado es asesinato, Bill. Lo sabes de sobra, y ellos también. Igual que los alemanes, por cierto.

Harrison se irguió y cuadró los hombros.

—Hablaré con los hombres, capellán. No permitiré que eso ocurra.

—Bien.

¿Debía confiar en él? ¿Y si se producía otro estallido de violencia y esta vez mataban a Schenckendorff? No se atrevió a decir nada. El Pacificador tenía ojos y



orejas en toda clase de lugares, seguidores que a menudo eran buenas personas cuyos sueños eran más apasionados que su comprensión de la naturaleza humana o la fuerza de los individuos, y que el coraje empecinado del hombre corriente. Pero mataban por la visión de otro hombre, y Joseph no podía tolerar eso. Estaban muy cerca. Aquella sería la última mano que iban a jugar contra el Pacificador, ganasen o perdiesen.

No era en el honor de Harrison en lo que no podía confiar sino en su sensatez, en su incapacidad de ver el mal donde tenía todo el derecho de contar con que no lo hubiera.



Capítulo 4

Llegó el turno de Judith para ser interrogada por Jacobson. Sabía que tenía que pasar por ello y procuró estar preparada. Jacobson estaba hablando con todas las mujeres, preguntándoles dónde estaban a la hora de la muerte de Sarah y de qué hombres podían dar cuenta. ¿Alguien estaba preocupado últimamente, o habían reparado en que alguien tuviera un comportamiento extraño? Era lo más normal en tales casos, pero aun así Judith estaba incómoda cuando recibió la orden de entrar en la tienda que habían levantado a toda prisa para el detective. Le habían conseguido una mesa, dos sillas y una caja para que guardara sus papeles. El suelo era de tablones, pero hacía un frío glacial.

Judith entró y cerró la portezuela a sus espaldas. Se puso firmes, no porque sintiera un respeto especial sino para señalarse como parte del ejército en una tácita declaración de unidad con los demás. Jacobson era civil por más que la policía militar lo hubiese contratado para aquel delito en concreto.

—Le agradezco que haya venido, señorita Reavley —dijo Jacobson sin expresión. Señaló la silla de madera del otro lado del escritorio—. Puede sentarse.

Judith lo pensó un momento. Estaría más cómoda, pero hacerlo la pondría al instante al mismo nivel que él y la despojaría de toda semejanza que tuviera con un soldado.

—Gracias, pero prefiero quedarme de pie —respondió. Tampoco iba a llamarlo «señor»—. Paso mucho rato sentada —agregó—. Conduzco una ambulancia.

—Sí, ya lo sé. —Indicó una hoja de papel que tenía delante de él sobre la mesa—. Lleva aquí mucho tiempo.

—Desde el principio.

—En ese caso conocerá bien a la gente de aquí. Habrá conocido a Sarah Price.

—No mucho. Soy conductora, no enfermera —señaló Judith.

—¿No trae a los heridos aquí para que los atiendan? —preguntó Jacobson.

Judith pensó que era poco agradecido, pero en otras circunstancias no le habría resultado antipático. Su rostro traslucía inteligencia.



—Sí —contestó—. Los auxiliares me ayudan a descargarlos de la ambulancia, luego doy media vuelta y regreso a por más.

Jacobson pestañeó.

—¿No se ocupa de ellos por el camino?

—¡No puedo conducir una ambulancia a través del barro y de los bombardeos y atender a los heridos al mismo tiempo! —dijo Judith con aspereza.

—¿No tiene a nadie que la ayude?

La miró concentrado.

—Sí, casi siempre.

—¿Personas formadas para dar asistencia médica?

—Por supuesto, de lo contrario servirían de muy poco. —A Judith le estaba costando mantener la compostura. Era injusto contrariarse con él, nada de aquello era culpa suya, pero no dejaba de ser un intruso que, siendo civil, investigaba sin comprender el terror, el sufrimiento y la lealtad de los soldados.

—¿Enfermeras? —cuestionó—. ¿Auxiliares?

—Voluntarios —contestó Judith.

—¿Qué ocurre si la ambulancia se avería?

—¡La arreglo! —dijo Judith enarcando las cejas.

—¿Usted misma?

—Por supuesto. No hay nadie más.

—Debe de ser usted muy competente —dijo Jacobson—. ¿Dónde efectúa las tareas rutinarias de mantenimiento?

Judith por fin vio adónde quería ir a parar.

—Normalmente aquí. Pero no suelo ver a muchas enfermeras. Ninguno de nosotros tiene mucho tiempo para entretenerse.

—Pero verá a muchos auxiliares, otros conductores, médicos, soldados...

—Por supuesto. Pero no tengo ni idea de quién atacó a Sarah Price. Si lo supiera se lo diría.

—¿En serio, señorita Reavley?

—¡Pues claro! —La ira se adueñó de ella. Era una pregunta estúpida además de ofensiva—. ¡Ninguna persona decente defendería a un hombre que ha matado a una enfermera! Ni a ninguna mujer, ya que quiere saberlo. —Se puso aún más tiesa—. Trabajamos juntos, señor Jacobson. Lo hemos hecho en las circunstancias más espantosas que pueda imaginarse. Usted no se hace cargo. Puedo verlo en su cara. Nos une una lealtad mutua que es imposible que surja en tiempos de paz.



La sombra de una sonrisa cruzó el semblante pesaroso de Jacobson.

—No me cabe duda, señorita Reavley, por eso pienso que uno de ustedes podría muy bien defender a un hombre con quien ha compartido peligros y sufrimientos, alguien que a lo mejor hasta le ha salvado la vida, porque no puede creer que hiciera lo que ha hecho. Usted tendrá un criterio sobre el bien y el mal diferente del mío, y deudas de honor que escapan a mi comprensión.

Con un asombro parecido al rescoldo de un fuego en su interior, Judith se dio cuenta de lo que Jacobson estaba diciendo.

—¿Piensa que defendería al hombre que ha hecho esto? —dijo con incredulidad. Notó que estaba perdiendo los estribos—. ¡Tengo tantas ganas como usted de que lo encuentren y lo arresten! ¡Lo peor que puede pasarle a usted es no conseguirlo! —Ahora le temblaba la voz y le faltaba el aire—. Yo podría ser asaltada o asesinada, o ambas cosas. ¡Igual que mis amigas! ¡Claro que quiero verlo detenido..., y..., deshacerme de él..., como de..., las aguas fecales!

—¿Incluso si fuese su amigo Wil Sloan, por ejemplo? —preguntó Jacobson—. ¿Un hombre que sin duda nunca le haría daño?

Judith notó que el rubor le encendía el rostro.

—Esto es repulsivo. A Wil ni se le ocurriría hacer algo así.

—¿Y qué clase de hombre lo haría, señorita Reavley? ¿Sabe quién sería capaz de hacerlo y quién no?

La había atrapado, aquel vulgar civil que no sabía nada sobre la realidad de la guerra. Judith había caído de cabeza en su trampa verbal sin percatarse siquiera de cómo se la tendía. Titubeó, incapaz de formular una respuesta. Jacobson tenía razón: estaba intentando proteger a quienes más le importaban porque no podían ser culpables, no porque temiera que lo fuesen. Pero cualquier contestación en ese sentido sonaría ridícula.

—No, desde luego que no —dijo al fin—. Lo único que sé es quién no pudo hacerlo porque estaba en otra parte.

Lo que dijo sonó muy pobre.

—¿Y Wil Sloan estaba en otra parte? —preguntó Jacobson con fingida indiferencia.

Judith se devanaba los sesos. ¿Cómo podía decir algo válido sin convertirlo en sospechoso? Ni siquiera sabía cuándo había ocurrido el asesinato ni si Jacobson ya había hablado con Wil. La única vez que ella y Wil habían estado juntos en el hospital de campaña fue entre las tres y las cuatro y media. Si no hubiese sido entonces, ¿acaso se lo estaría preguntando Jacobson?

—¿Señorita Reavley? —insistió Jacobson.

Judith procuró aparentar inocencia. No debía parecer demasiado inteligente pues eso bastaría para que Jacobson desconfiara de ella.



—Pasamos casi toda la noche en la ambulancia —contestó—. A kilómetros de aquí.

—Pero no la noche entera —señaló Jacobson—. Trajeron a los heridos de vuelta. Seguro que ése era su cometido.

—Sí, por supuesto. Estuvimos aquí un par de veces, poco antes de medianoche y luego alrededor de las tres.

—¿Y a qué hora se marcharon cada una de esas veces?

El rostro de Jacobson era casi inexpresivo.

—La primera vez hacia la una menos cuarto, la segunda hacia las cuatro y media, más o menos.

—Así que durante un par de horas estuvieron los dos aquí —señaló Jacobson.

Judith tenía ganas de decir algo sarcástico aludiendo al cometido de Jacobson, pero se mordió la lengua.

—Sí. Hay que descargar a los heridos y llevarlos a la tienda de admisiones, luego limpiar la ambulancia y repostar combustible.

Faltó poco para que agregara que tuvo que hacer alguna tarea de mantenimiento, pero como eso lo hacía sin Wil, se metería de nuevo en la boca del lobo. ¿Dónde había estado Wil aquella segunda vez? No lo sabía. Pero era imposible que hubiese matado a Sarah. A nadie que conociera a Wil le pasaría por la cabeza semejante idea. Se mostraba irascible en contadas ocasiones, y nunca contra las mujeres. Era generoso a más no poder, un idealista, de lo contrario ni siquiera estaría allí. Era estadounidense y había venido en 1915, cuando su país no pintaba nada en aquella guerra. Como tantos otros, simplemente había creído que era lo que había que hacer y obró en consecuencia. Era paciente, divertido, demasiado sincero, un poco ingenuo y una de las mejores personas que conocía.

Jacobson volvió a pincharla, más bruscamente esta vez.

—¿Señorita Reavley?

Decidió jugársela.

—No sé dónde estuvo a medianoche —contestó—. Lo estaba pensando pero, que yo recuerde, fue a la tienda con los heridos leves. Tendrá que preguntarle a él. —Reparó en la falta de interés del semblante de Jacobson. De modo que a Sarah la habían matado entre las tres y las cuatro y media. Se le heló la sangre en las venas. Corrió el riesgo, convencida sin asomo de duda de que Wil habría hecho lo mismo por ella—. La segunda vez tuve que limpiar las bujías de la ambulancia. Se ensucian bastante a menudo y entonces no funcionan. Tardamos un rato en trasladar a los heridos y después de eso fue a buscarme un poco de té y pan con mermelada. La mermelada está racionada, ahora, así que no es cosa fácil. Luego me sostuvo el farol. El motor estaba bastante sucio y necesitaba las dos manos.



—Entiendo.

La estaba mirando con más detenimiento, casi entrecerrando los ojos, como si tratara de discernir algo acerca de ella. Logró que se sintiera incómoda. ¿Sabía que estaba mintiendo? ¿Había dicho algo distinto Wil?

—¿Nunca se ha visto en apuros, señorita Reavley? ¿Alguna atención no deseada? —preguntó.

—¡No! —dijo Judith, y enseguida se dio cuenta de que había contestado demasiado deprisa.

Jacobson abrió más los ojos. Era evidente que no le creía.

Judith notó que se sonrojaba.

—¡Nadie se ha portado mal conmigo! —dijo de manera cortante—. Atiendo a los hombres heridos en el campo de batalla, señor Jacobson. Todos tenemos un objetivo común: impedir que se mueran y llevarlos al puesto médico más cercano. Nadie tiene tiempo ni ganas para mucho más.

No era culpa suya no saber nada sobre el frente y era injusto enojarse con él por ese motivo, pero aun así estaba enojada. Y, además, tenía miedo y se sentía culpable por mentir, aunque fuese necesario. Sus amigos estaban en aprietos, y Jacobson era un intruso que no comprendía nada.

—Está claro que eso no es cierto, señorita Reavley —dijo Jacobson con firmeza—, pues de lo contrario yo no estaría aquí. Y si bien no he combatido en las líneas, he visto a muchos hombres sometidos a presiones. Las emociones afloran. A veces resultan en violencia, y las personas que están cerca de la muerte quieren sentir la vida y todos los placeres que ofrece, a veces incluso la fuente de la vida. —Bajó un poco la voz—. En esas ocasiones no tiene por qué ser alguien a quien amas, cualquiera sirve. Por favor, no me diga que no es consciente de eso o que la deja anonadada. Usted ha presenciado cuatro años de guerra. No puede ser ciega a la realidad de los miedos y las necesidades de los hombres, ni a los extremos de la muerte.

Estaba roja como un tomate y lo sabía. Jacobson había metido el dedo en la llaga y, sin saber por qué, sentía la apasionada necesidad de defender la desesperada vulnerabilidad que había visto tantas veces.

—¡Por supuesto que no! —Le estaba gritando aunque lo hiciera sin querer. Se oía a sí misma, pero no podía parar—. Todos somos...

De pronto no supo qué decir, y él la seguía mirando fijamente.

—No quieren traicionar a nadie cuya debilidad han visto y entendido —acabó Jacobson por ella—. Se protegen unos a otros. Aparte de la lealtad y el honor debido a hombres de cuya valentía puede depender su vida, no pueden permitirse volverlos en su contra. —Su rostro reflejaba amabilidad, incluso lástima—. Tendrá que trabajar



con ellos en el futuro, y con otras mujeres que a lo mejor los aman o los odian. Pero debo recordarle, señorita Reavley, que también trabajará con otras mujeres que pueden convertirse en sus víctimas en el futuro. Me doy cuenta de que tiene un conflicto terrible a propósito de sus obligaciones.

—¡No es verdad! —dijo acaloradamente—. ¡Yo no sé nada!

Jacobson no le creyó. Se le notaba en los ojos y en el amago de sonrisa que le torció las comisuras. Debía dominarse o aún estaría más convencido de que mentía. Se irguió muy tiesa, con las manos en los costados, tocando la costura de la falda, como si fuese un soldado en posición de firmes.

—Ya, señorita...

—Si me entero de algo que pueda serle útil, señor Jacobson, le informaré de inmediato. ¿Hemos terminado? Porque si es así, quisiera volver a mis obligaciones.

—Por el momento, sí, señorita Reavley. Pero, por favor, no se vaya de aquí. Tendré que volver a hablar con usted.

—A no ser que me necesiten—le contestó. Y antes de que pudiera protestar, dio media vuelta y salió pisando fuerte. Había mucho que hacer. Las enfermeras nunca daban abasto y los hombres requerían más cuidados de los que ellas podían darles. Gran parte de sus tareas no exigían más preparación de la que ella tenía. Como mínimo habría recados que hacer.

* * *

A media mañana encontró a Lizzie Blaine desempacando material sanitario. No la conocía muy bien. Lizzie se había mudado a Selborne St. Giles con su marido cuando Judith ya se había marchado a Francia. Sabía de Lizzie por Joseph, que a todas luces tenía muy buen concepto de ella y le profesaba un afecto mayor del que solía inspirar un vecino amable. Judith había coincidido un par de veces con ella y le había caído bien por instinto. Lizzie tenía una penetrante franqueza con la que Judith se sentía cómoda porque no sólo la mostraba con los demás sino también consigo misma. Nunca ponía excusas ni cargaba las culpas al prójimo, y ni su amistad ni su valentía resultaban ostentosas.

—¿Puedo ayudar? —se ofreció Judith.

—Por favor. —Lizzie señaló una caja sin abrir—. Hay que comprobar que contenga lo que pone. A veces ponen las cosas cambiadas de sitio. —Volvió a mirar a Judith, arrugando un poco la frente—. ¿Estás bien? Te veo un poco alterada.

—Furiosa, más bien —dijo Judith un tanto contrita agachándose para abrir la caja—. Acabo de hablar con Jacobson, el policía. Ha malinterpretado todo lo que le he



dicho y al final he hablado más de la cuenta, y ahora piensa que sé más de lo que le he dicho.

—¡Qué tontería! —Lizzie se volvió para seguir desempacando—. ¡Tú no defenderías a alguien a quien creyeras culpable!

—Él no piensa lo mismo —explicó Judith—. Supongo que podría mentir sobre un pequeño incidente que tuviera mala pinta, pero no he creído que realmente lo fuera. Ese hombre no entiende qué significa la amistad cuando estás aquí, y me ha sacado de quicio.

Lizzie sonrió.

—¿Y luego te has sentido culpable por eso? Sé a qué te refieres.

—Supongo que nos pasa a todos. —Judith comenzó a vaciar la caja, comprobando cada artículo con atención—. Pero cosas como éstas no suceden sin previo aviso. Quienquiera que sea tiene que haber molestado a otras personas de vez en cuando, aunque sólo fuese con comentarios estúpidos o siendo demasiado largo de manos. Aunque no sabemos si la violó o no. Sólo pensamos que lo hizo porque corre el rumor de que fue esa clase de asesinato.

—Seguramente —dijo Lizzie con voz inexpresiva y apartando la mirada.

—Todo el mundo hace estupideces alguna vez —prosiguió Judith—. Te das cuenta de por qué y, si la cosa no es grave, lo olvidas.

—Sí.

Los dedos de Lizzie apretaban con fuerza la tapa de un bote. Se le escurrió de la mano y las pastillas se desparramaron por la mesa, cayendo unas cuantas al suelo. Tomó aire bruscamente, como para soltar un taco, pero se mordió la lengua.

Judith se agachó a recogerlas. Las miró un momento, dudosa.

Lizzie tendió la palma de la mano.

—Aunque hayan caído al suelo, con la cantidad de tierra y barro que comemos, son demasiado valiosas como para desperdiciarlas y que tal vez alguien muera por no tomarlas.

Examinó las pastillas y luego las envolvió con un papel, anotando qué eran.

Judith la observó con más detenimiento. Había algo distante en ella, algo oculto y doloroso, como si tuviera miedo.

—¿Sabes de alguien a quien hayan molestado? —preguntó Judith con tanta amabilidad como pudo.

—No —dijo Lizzie enseguida sin levantar la vista de lo que estaba haciendo—. Y si lo viera, tampoco sé si me daría cuenta. Sarah flirteaba como una loca, y no tengo ni idea de lo lejos que fue, pero no voy a decírselo a Jacobson. Ya hay bastante gente diciéndome que lo merecía. —Se había sonrojado y tenía blancos los nudillos de la mano



con la que agarraba el frasco. Cuando siguió hablando lo hizo con voz ronca y enojada—. ¡Decir eso es idiota y malicioso! Lo que le ocurrió no fue por llevar un coqueteo demasiado lejos, fue algo violento y brutal, un crimen cometido por un hombre sin un ápice de dignidad. Se ha rebajado hasta lo inhumano. Por favor, hablemos de otra cosa. Yo apreciaba a Sarah, por más tonta que fuese a veces. Sólo intentaba sobrevivir.

—Perdona —dijo Judith de inmediato. Por un momento había olvidado que Lizzie seguramente había conocido a Sarah bastante bien. La amistad se trababa deprisa allí; malas experiencias compartidas, un acto de bondad y se creaba un vínculo—. Hablo más de la cuenta porque Jacobson me ha hecho enfadar y me he portado como una tonta. Y además tengo miedo.

Lizzie la miró y de pronto sonrió.

—Todas lo tenemos —admitió.

* * *

No obstante, aquella noche Judith conducía de nuevo su vehículo en compañía de otro voluntario que no se hallaba en el hospital de campaña cuando mataron a Sarah. Iban camino de la línea de combate, que se desplazaba sin cesar con cada nueva ofensiva, prolongando las rutas de avituallamiento.

Judith rememoró su conversación con Lizzie. Lizzie tenía miedo, y Judith cada vez veía claro que era algo personal lo que la asustaba, pues no sólo se lo ocultaba a Jacobson sino también a las demás mujeres. ¿Tenía miedo de alguien en concreto, un hombre por quien sentía afecto o, peor aún, que la había amenazado? Era una idea repulsiva que allí hubiese alguien culpable, o que lo pareciera, y que otra persona soportase la carga de ese conocimiento. De ser así, cabía que su vida también corriera peligro. Todos estaban acostumbrados a la muerte; el lugar estaba saturado de muerte. Ya no espantaba ni horrorizaba a nadie.

El bombardeo aumentaba a lo lejos, por la parte de Courtrai. Las carreteras estaban en peor estado allí. Veía enormes cráteres bajo la luz intermitente de las bengalas.

Tal vez todos fingieran no saber nada precisamente por ese motivo. ¿Cómo podía Jacobson ni nadie proteger a un testigo? Allí no había protección de ninguna clase. Deseó que Lizzie hubiese confiado en ella. Tuvo una profunda sensación de haber fallado. Tendría que haberse esforzado más, haberse mostrado más amable y menos preocupada por sí misma.

Judith tenía la gran suerte de haber sido autorizada a salir del hospital de campo aunque Jacobson le había dicho que no lo hiciera, y se había negado a que Wil la acompañara. Pero los enfrentamientos continuaban y había más víctimas que traer de



vuelta. La guerra se precipitaba inexorablemente hacia sus últimos días. Las vidas individuales nunca habían importando en tales circunstancias.

Siguió conduciendo, atravesando la oscuridad hacia el resplandor y el fragor de los cañones en el este.

* * *

Aquella noche también llegaron prisioneros alemanes, algunos bastantes malheridos. Otros vinieron por su propio pie, con un aire de desesperada perplejidad. La mayoría fue enviada a la retaguardia de inmediato sin pasar por el hospital de campaña. Les vendaban las heridas apresuradamente, muchos renqueaban o estaban medio ciegos, y los hacían marchar penosamente a través del barro hacia la cabeza de línea donde los trenes se los llevarían a Francia. Sólo se quedaban allí los heridos que no podían trasladarse sin poner en peligro su vida.

Aquella situación no podía prolongarse por muchos días más. La tensión iba en aumento, no sólo por el hacinamiento de heridos graves y las crecientes expectativas de paz sino sobre todo porque los incesantes interrogatorios de Jacobson suscitaban sospechas y enojos sobre toda clase de antiguos amores y traiciones, miedos a perturbaciones demasiado profundas para nombrarlas o enfrentarse a ellas. Más allá de la cuestión de quién era el culpable, la especulación sobre una posible violación resultaba más divisora de lo que nadie se había imaginado.

Judith se encontró con que algunas personas que conocía desde los primeros años de guerra y a cuyo lado había combatido enfermedades, desastres y aflicciones, tenían opiniones que ella no podía aceptar. Incluso Cavan la sorprendió. Sentía una viva admiración por su coraje, tanto físico como moral. Después de la hazaña que le valió ser propuesto para la Cruz Victoria y luego el asesinato del comandante Northrup, un año atrás Judith había corrido el riesgo de enfrentarse al pelotón de fusilamiento por ayudarlo a escapar. Los demás hombres huyeron, pero Cavan decidió quedarse y someterse a juicio. Esa decisión la había enfurecido, pero Cavan no dio su brazo a torcer. Ella supo que obedecía a un supremo sentido del honor y el deber, cosa que nunca olvidó.

Ahora Cavan se encontraba ante la mesa de operaciones; acababa de amputar un pie aplastado. Estaba agotado y llevaba la bata blanca manchada de sangre en el pecho y las mangas. Tenía salpicaduras hasta en el rostro. Estaba pálido y con los ojos hundidos de agotamiento.

—Gracias —dijo a Bream, el auxiliar. Miró a Gwen Williams, la enfermera que le había asistido—. Avíseme si le sube la fiebre, pero creo que debería estar bien.

Judith se había quedado para ayudar después de traer al soldado. Cavan ya la había felicitado por haberlo traído con vida.



—Le traeré un poco de agua —dijo volviéndose para salir.

—¡No puede ir sola! —Bream hizo un ademán brusco cuando Judith llegó a la portezuela de la tienda—. Ya la traeré yo, después de llevar al herido a reanimación —agregó señalando al paciente inconsciente.

—Sólo son cincuenta metros —protestó Judith—. Estaré absolutamente a salvo.

Bream abrió la boca para protestar. Tenía unos veinte años. Antes de la guerra era oficinista en Londres, y tenía los pies demasiados planos como para servir en la infantería.

—¡Por el amor de Dios! —interrumpió Gwen—. No va a pasarle nada.

—¡Puede pasarle a cualquiera! —repuso Bream con los ojos muy abiertos—. Bueno, a cualquier mujer. Tenemos a un loco rondando por aquí, y nadie sabe quién es.

—No, a ella no —le contradijo Gwen meneando la cabeza con irritación—. Algunas mujeres se buscan problemas, de una clase u otra. Si una es prudente, no engatusa a nadie ni se porta como una..., con perdón, fulana, la gente no se forma una idea equivocada.

—¿Y cuál sería la idea correcta? —preguntó Judith con crispada cortesía. Pensaba que Gwen le caía bien. De repente ya no era así. Su cultura y creencias eran dispares, y sólo estaban aliadas por la exigencia de unas circunstancias extraordinarias.

Gwen también la miró como si la viera claramente por primera vez.

—Me sorprende que la hermana del capellán necesite que alguien le diga cómo hay que comportarse —dijo con frialdad.

—No estábamos hablando de mi comportamiento ni del de Sarah —señaló Judith—. Hablábamos de quien la mató, que, según has dicho sucintamente, tenía «una idea equivocada».

—Judith, déjelo correr —dijo Cavan cansinamente—. Ya pasó. Es una tragedia que no podemos remediar, igual que casi todas las demás muertes inútiles que vemos a diario. Algún desdichado olvidó que sólo está permitido matar al enemigo, que lleva un uniforme distinto y va armado. Un enemigo que lleve un vestido y cuya arma sea la lengua debe tratarse de otra manera. Alguien lo olvidó o simplemente dejó de importarle.

Judith lo miró fijamente. Pensaba que lo conocía tan bien como cupiera conocer a cualquier persona. Había presenciado su valor bajo el fuego enemigo, su inagotable y desinteresada manera de trabajar, sin rendirse nunca ante nadie por más mutilado o enfermo que estuviera. Lo había visto compartir su comida, pasar la noche entera en vela para vigilar y reconfortar a los hombres, lo había visto alentar a quienes aprendían enfermería, a los médicos jóvenes temerosos de emprender intervenciones que les parecían imposibles y también ofrecerles solaz e impedir que se culparan



cuando fracasaban. Y, no obstante, estaba aludiendo a aquel horror como si tan sólo fuese una tragedia previsible más. Incluso había mostrado cierta compasión por el agresor.

Cavan le devolvió la mirada con firmeza. Sus ojos azules no vacilaron lo más mínimo aunque ahora hubiese un atisbo de remordimiento en ellos y un leve color le asomara a las mejillas.

—No podemos enseñar a un hombre a destripar a otro con una bayoneta y luego contar con que dominará su genio cuando sienta que alguien se ha burlado de él — dijo con gravedad—. Cuando el miedo te ha reducido a nada ante tus propios ojos, el desprecio por ti mismo no se cura sólo porque alguien diga que la guerra ha terminado. Algunos de nuestros hombres poseen una cordura tan profunda que nada puede quebrarla, pero eso no vale para todos. —Negó con la cabeza apretando los labios—. La gente puede perder la fe en todo. Cuando ven que los buenos mueren de la forma más espantosa, hay quien siente que no queda nada a lo que aferrarse. Deje que Bream traiga el agua. No vaya usted sola. Es arrogante pensar que su virtud la protegerá. —Se volvió hacia Gwen Williams—. O a usted —agregó fríamente.

—Usted no conocía a Sarah —replicó Gwen un tanto ruborizada—. Se insinuaba a los hombres. Flirteaba y les tomaba el pelo. —Se le agudizó la voz—. No digo que lo tuviera merecido, por supuesto que no, nadie merece algo así. Pero eso no quita que se portara mal, tontamente. Nunca había ocurrido nada igual hasta ahora ni a ninguna otra, y eso debería decirle algo.

Bream se estremeció.

—A mí me dice que hasta ahora nunca habíamos tenido prisioneros alemanes — dijo convencido—. Al menos no tantos como para no poder tenerlos encerrados. Se equivoca, doctor, no fue ninguno de nuestros muchachos el que agredió a la señorita Price. Puede que a veces sean un poco vocingleros, incluso que tengan la mano un poco suelta, pero nada más. Se están preparando para regresar a casa y nadie sabe quién lo logrará, ni siquiera ahora. Faltando tan poco, da miedo pensar que a lo peor terminas quedándote en este barrizal para siempre.

—Nadie se queda en el barro para siempre, Bream —le dijo Judith con delicadeza—. Al menos... —de pronto sonrió de oreja a oreja—, al menos en el sentido en que todos lo haremos y, cuando llegue el momento, no veo que el barro de Flandes sea mejor ni peor que el barro de Londres o de Cambridgeshire. La cuestión es que la parte de ti que importa se va a la eternidad en cualquier caso.

Bream la miraba como si de repente se hubiese transmutado en un animal completamente distinto delante de sus narices.

Cavan también sonrió, iluminándosele el rostro con un súbito afecto.

—Es la hermana del capellán, Bream. Tendrá que disculparla. Seguramente ha oído predicar desde la cuna. Oraciones con gachas, sin duda.



—Matemáticas, en realidad —le corrigió Judith.

—¿Oraciones con matemáticas? —preguntó Cavan incrédulo.

—¡Matemáticas con gachas! —explicó Judith—. Mi padre era matemático. No me pregunte de dónde le vino a Joseph la vocación religiosa; no tengo ni idea.

Gwen los miraba a uno y otra con la sensación de que se la estaban tomando a la ligera, pero tuvo claro que sería inútil intervenir. Se volvió hoscamente hacia Judith.

—Puedes mofarte cuanto quieras, pero aquí hay un hombre malvado que fue empujado a la violencia por algo que Sarah Price tuvo el poco tino de hacer, y por lo que pagó un precio espantoso. Tanto si es alemán como inglés, sigue estando aquí. Pero si te portas con decencia, estarás perfectamente a salvo. Te lo voy a demostrar. Iré yo a buscar agua para el doctor Cavan.

Y sin aguardar a que alguno intentara discutirsele, Gwen salió de la tienda a grandes zancadas internándose en la oscuridad.

Judith no titubeó. Fue tras ella sin demora, alcanzándola a los pocos metros.

—¡No tienes por qué! —dijo Gwen levantando la voz.

—Lo prefiero. —Judith le mantuvo el paso por los tablones no sin dificultad; los pies le resbalaban sobre la madera mojada y hacían mucho ruido—. ¿De verdad piensas que Sarah se lo buscó? ¿Alguna vez viste que alguien la importunara? O sea ¿tenía alguna aventura con alguien?

Gwen la miró de reojo una vez y siguió caminando.

—No tengo ni idea. Sólo sé que normalmente tenía una actitud bastante descocada, lo cual era estúpido además de vulgar. Supongo que tendría que haberle advertido, pero pensé que no me haría ningún caso y que se enfadaría. Me equivoqué, ¿no es verdad?

Su voz traslucía un agudo sentimiento de culpa.

Sin previo aviso la ira de Judith se desvaneció, siendo reemplazada por la lástima. Gwen no era una persona de trato fácil; en realidad muy pocas personas la apreciaban. Casi todos se mostraban tolerantes con ella y la contaban como una más porque eso era lo que había que hacer; era un hábito de supervivencia.

—No —dijo Judith con tacto manteniendo el paso a su lado—. Podría muy bien haber ido a más, sólo para fastidiarte. Quizá todas deberíamos haberle dicho algo.

—Yo lo veía venir —arguyó Gwen. Hablaba tan bajo que Judith apenas la oía por encima del ruido de succión que hacía el barro una vez que bajaron del sendero de tablas. Ahora estaban tan lejos de la línea de combate que el ruido de los cañones sólo era un rumor en lontananza.



Curiosamente, a medida que la batalla se alejaba, Judith no sentía alivio sino que tenía la sensación de que la estaban dejando atrás, de que ya no estaba dando todo lo que podía dar.

—Quizá todas lo veíamos —contestó—. No era tu responsabilidad.

Gwen le lanzó una mirada rápida, luego llegaron a la bomba del agua y se puso a llenar el cubo que había traído consigo.

—¿No eres la cuidadora de tu hermano? Tu hermano no estaría de acuerdo con eso —dijo irónicamente—. Hazme el favor de ser franca, Judith. Aparte de la crueldad del suceso, mentir no dará resultado porque sé lo que piensas en realidad. No se te da bien ocultarlo.

Judith se sintió escarmentada. No había sido consciente de que resultase tan evidente lo poco que le gustaba Gwen, como tampoco de haber manifestado tan abiertamente sus opiniones. Habría sido mejor mostrar un poco de tacto y amabilidad.

—Perdona —dijo sinceramente, y acto seguido se preguntó si aquello también sonaba falso. Entonces Gwen le sonrió y Judith supo que aceptaba su disculpa, al menos de momento.

* * *

Habían transcurrido tres días desde el asesinato de Sarah Price y Jacobson no parecía estar más cerca de saber quién la había matado. Las sospechas iban en aumento, con frecuencia del modo más absurdo. Se sucedían breves arranques de ira y violencia, pero los prisioneros alemanes no volvieron a ser objeto de palizas.

A diario llegaban noticias del frente. Los británicos avanzaban sobre Lille y los belgas habían ocupado Zeebrugge y Brujas. Alguien anunció que las fuerzas británicas en Siria habían entrado en Homs. El cerco se iba cerrando para forzar la rendición alemana, pero ésta aún no había tenido lugar. La propia esperanza resultaba extraña en sí misma, era una idea a la vez excitante y perturbadora: pese a su inminencia, los hombres seguían muriendo día tras día y el número de bajas era enorme.

La tercera noche después de la muerte de Sarah el combate fue tan duro que se necesitaron todas las ambulancias. Judith y Wil Sloan fueron más allá de Menin a recoger a unos heridos muy graves. El cielo estaba nublado, pero no llovía. Al cabo de un rato escampó y el claro de luna reveló el paisaje devastado y los edificios en ruinas. Los tocones de los árboles se alzaban adustos, inmóviles pero como si se contorsionaran señalando hacia arriba, con miembros medio amputados, clamando por una ayuda que nunca acababa de llegar. Los faros mostraban roderas anegadas.



En los cráteres relucían ruedas reventadas, incluso algún que otro tanque hundido con sus inmensas orugas en alto salpicadas por las siluetas oscuras de cañones rotos.

Judith sabía que también había cadáveres flotando entre dos aguas, pero nadie podía distinguir sus perfiles embarrados en los ribazos y los caminos.

—Me figuro que hasta los Badlands¹ parecerán bonitos después de esto —dijo Wil con una media sonrisa—. Main Street será una señora avenida.

—Seguro que sí —afirmó Judith—. Sobre todo, los días soleados.

Wil permaneció un rato callado. Judith lo miró y a la luz de las bengalas percibió la gravedad de su rostro. Cuando Wil llegó a finales de 1914 era aún muy joven, apenas tenía veinte años. Transcurrió algún tiempo antes de que le dijera que en realidad había huido de su pueblo natal, incluso de Estados Unidos, tras un feo incidente en el que había perdido los estribos y pegado a un hombre.

Ahora el mundo era diferente, y el propio Wil parecía mucho mayor. No había ganado peso, nadie engordaba con el rancho del ejército, pero su flacura se había convertido en músculo y su rostro presentaba una grave madurez. Aun no habiendo perdido el acento del Midwest había incorporado a su habla muchas expresiones inglesas que, si bien al principio usaba con humor, ahora formaban parte de su carácter hasta el punto de que ni él mismo era consciente de usarlas.

—Te echaré de menos —dijo de pronto.

—Será por poco tiempo —concedió Judith sin saber qué otra cosa decir.

—Mi pueblo no será el mismo del que me marché —prosiguió Wil. Se mordió el labio—. En parte eso es bueno. A lo mejor habrá otras cosas en que pensar en vez de en lo idiota que fui.

—¿Todavía te preocupa? —preguntó Judith sorprendida—. ¡Vamos, Wil! Eso fue hace años. El mundo entero es más triste y sensato desde entonces.

—Tú no conoces a la gente de pueblo —replicó Wil—. Son capaces de guardarte rencor durante generaciones.

—Claro que sé cómo es la gente de pueblo —dijo Judith riendo—. ¿Cómo crees que es de grande Selborne St. Giles? ¡Todo el mundo está emparentado y lo ha estado durante mil años! Si entras a la tienda por la mañana lo más probable es que sepan qué has tomado para desayunar. Y por descontado saben quién está enemistado con quién y por qué.

Wil sonrió, y lo hizo con una expresión franca e inusualmente encantadora.

—A lo mejor me quedo en Inglaterra. ¿Crees que podría?

¹ Zona desértica de Dakota del Sur y Nebraska, en Estados Unidos. (*N. del T.*)



—Desde luego, y serías bienvenido. ¿Pero no quieres regresar a tu país? —Apartó la vista de la carretera un momento, pero la sacudida de una rodada hizo que se concentrara de nuevo en la conducción—. ¿Tanto miedo te da, realmente?

—¡No! —Titubeó—. Bueno, es posible. Nunca dije nada de dónde me iba, y ahora tendrán héroes de verdad, hombres que habrán combatido, incluso algunos que habrán muerto. Quizá no de nuestro pueblo pero sí de los alrededores.

—Cada pueblo tiene algún vecino que ha muerto —contestó Judith.

—Supongo que vosotros tendréis uno en cada calle ¿eh? Perdona. —Bajó la voz—. Es que ya no sé cuál es mi sitio.

—Nadie lo sabe.

Judith se dio cuenta de hasta qué punto lo decía en serio. Antes de la guerra nunca había acabado de encajar en la sociedad local ya que no le contentaba la perspectiva de casarse como era debido y dedicarse a ser una buena ama de casa como hacían las demás chicas de su edad. Pero de todos modos aquel mundo ya no existía. Aunque ¿qué clase de mundo era ahora? Mujeres, ancianos, niños, un millón de soldados desaparecidos y casi dos millones más de heridos o lisiados necesitados de cuidados. Los empleos que habían desempeñado las mujeres durante los últimos cuatro años tendrían que ser devueltos, en su mayor parte, a los hombres que regresaban. Tendría que ganar su propio dinero. De ningún modo iba a permitir que Joseph la mantuviera. Además, se aburriría como una ostra sin nada que hacer. Wil Sloan no era, ni de lejos, el único que no sabía a qué atenerse.

—Hay algo vagamente cómodo en el lugar al que te has acostumbrado a estar —agregó Judith en voz alta—. Aunque sea hundiéndote en el barro mientras te disparan.

—Sólo un anglo podría decir algo así. —Wil mantuvo la vista al frente. Sus ojos brillaban cuando los alumbraron los faros de una ambulancia que venía en sentido contrario—. Y te echaré de menos —repitió.

A Judith no se le ocurrió nada apropiado que decir a cambio, o que le transmitiera el afecto que sentía por él. Iban a perder una amistad que ninguna otra podría reemplazar. Nunca volverían a vivir nada como aquello, a Dios gracias, pero quienes sobrevivieran compartirían sueños y pesadillas que ninguna otra persona entendería jamás.

* * *

Joseph estaba de pie ante la tienda de reanimación cuando oyó un ruido tras él y al volverse vio a Lizzie en la entrada. Pese a que su rostro reflejaba ansiedad, el placer de verla le aceleró el pulso. Tomó aire para preguntarle si lo buscaba a él, pero



entonces cayó en la cuenta de que seguramente necesitaba a un médico. Uno de los pacientes debía estar mal para que ella se hubiese apartado de su lado.

—¿Quieres que vaya a buscar a alguien? —dijo en cambio—. Sé dónde está Cavan.

Lizzie mostró desconcierto.

—En realidad no... —comenzó, y acto seguido, como molesta consigo misma, enderezó la espalda y le miró con más frialdad—. En realidad no es preciso —contestó—. Seguro que estará ocupado.

Dio media vuelta para regresar de nuevo al interior de la tienda.

—¿Puedo ayudar? —dijo Joseph enseguida, no porque pensase que pudiera hacerlo, sino porque no podía dejar que se marchara sin alguna reacción. Lizzie titubeó, como si la decisión le resultara difícil.

—¿No hay nadie que te necesite con urgencia? —Parecía enojada consigo misma, como si la pregunta fuese estúpida pero enmendarla sólo fuera a empeorar la situación—. El soldado Fields está volviendo en sí. Cuando despierte no sentirá la pierna. No se la han amputado, pero seguro que se asustará...

—Voy contigo —dijo Joseph echando a andar de inmediato hacia ella de modo que le pisaba los talones cuando entraron en la tienda. Sin duda era a él a quien buscaba de buen principio, o quizás, a algún otro, a alguien que conociera a Fields. Joseph no lograba ubicarlo.

Había varias camas ocupadas, pero Lizzie fue derecha a la más alejada, junto a la lona de la otra punta de la tienda. El muchacho que estaba tendido en ella era de tez clara, contaría a lo sumo dieciséis años, y tenía la pierna izquierda envuelta en gruesos vendajes. También presentaba cortes en ambos brazos; la sangre se filtraba a través de las gasas. Joseph miró a Lizzie a los ojos de manera inquisitiva. Tenía que saber a qué atenerse para decidir qué decir.

El abismo que los separaba desapareció. Lizzie lo entendió tan bien como si le hubiese dicho en voz alta cuanto quería decir.

—Múltiples heridas de metralla —dijo en voz baja—. Se curará. Pero sufría muchos dolores. Tuvieron que darle morfina. No sé si se creará que sigue conservando la pierna.

Se abstuvo de agregar que el muchacho creería a Joseph, pero su certidumbre era evidente. Aunque ella pensaba en el muchacho, no en él.

Lizzie bajó la vista cuando el muchacho despertó, respirando más pesadamente, y abrió los ojos pestañeando. Le sobrevino una oleada de miedo al percibir el dolor y darse cuenta de la presencia de ella. Quería hablar pero no sabía qué decir.

—Duele mucho ¿verdad? —dijo Joseph en voz baja dando un paso hacia la cama—. La metralla me hizo cisco la pierna en mil novecientos dieciséis. Pero se curó. Ahora no me duele casi nunca, sólo cuando el tiempo es muy frío y húmedo



durante muchos días, o si me canso. Me imagino que a ti te pasará lo mismo. Sólo que tú eres mucho más joven que yo, así que seguramente te irá mejor.

—¿Capellán? —dijo Fields jadeando, volviendo un poco la cabeza y tratando de enfocar la vista—. ¿Sigo..., sigo teniéndola? Pensaba... —Se interrumpió, avergonzado. Deseaba con toda su alma mostrarse valiente.

Joseph asintió.

—Nuestros cirujanos son muy buenos. El hueso está intacto, aunque dudo que eso sirva para que te duela menos.

Fields esbozó una sonrisa.

—Mientras siga conservándola...

—Es la... Te doy mi palabra.

—...lo demás no me importa.

—Te importará —dijo Joseph con buen humor—. Recuerdo cómo me dolía la mía. Creía que no iba a acabarse nunca. En realidad sólo fueron unas pocas semanas, pero me parece que no paré de dar la lata en todo ese tiempo.

—Apuesto a que no es verdad. —Fields cerró los ojos al sobrevenirle otra oleada de dolor. Tenía el semblante ceniciento.

Joseph se agachó y le tocó la mano.

—Nunca te apuestes algo que no puedas permitirte perder. No te lo digo para hacerte sentir mejor. Es la verdad.

Fields intentó sonreír y casi lo consiguió.

Lizzie le apartó el pelo húmedo de la frente con las puntas de los dedos. No tenía nada que darle para aliviar el dolor. Lo único que podía hacer era ir a verlo tantas veces como tuviera ocasión. Lizzie miró a Joseph un momento con los ojos brillantes de agradecimiento y pasó a atender al hombre siguiente.

Joseph se quedó con Fields como una presencia silenciosa, una mera compañía, hasta que el muchacho volvió a sumirse en el sueño o la inconsciencia. Temeroso de que fuese lo segundo, le buscó el pulso en la muñeca. No era fuerte pero sí regular.

Debía regresar a la tienda de admisiones, pero no sin antes hablar con Lizzie. Quería preguntarle por qué no había contestado a sus últimas cartas, aunque si había estado siguiendo un curso de formación en un hospital lejos de St. Giles quizá no las había recibido. Y luego, allí en Flandes seguro que no le llegaron. Incluso era posible que creyera que él había dejado de escribirle y que hubiese preferido no hacer nada al respecto. Lo habría considerado una falta de tacto y quizá tuvo miedo de que él leyera en sus respuestas un afecto que no deseaba corresponder. ¡Nada más lejos de la verdad!



Ahora se sentía torpe por si acaso era él quien había supuesto ir demasiado deprisa más allá de la simple amistad.

Lizzie, que estaba en la mesa de las medicinas, oyó que se aproximaba y se volvió de golpe. Tenía miedo en los ojos.

—Se ha dormido —la tranquilizó Joseph—. Tiene el pulso débil pero regular. Al menos podrá descansar un rato. Debo regresar a la tienda de admisiones.

—Lo sé. Gracias por venir. No tener miedo ayuda..., un poco.

Joseph sonrió.

—A veces.

Lizzie apartó la mirada, levemente ruborizada.

—Nunca fuiste un pesado, ¿sabes?

—Pregunta a Hannah. Dudo que esté de acuerdo contigo, si hace honor a la verdad.

—¡Nunca te delataría!

—Lizzie, ¿por qué dejaste de escribirme?

Fue preguntarlo y arrepentirse de haberlo hecho, pero intentar desdecirse o explicarse sólo empeoraría las cosas. De todos modos prefería no saber la respuesta; quizás ésta fuese lo que temía oír.

—Porque finalmente vine aquí —dijo Lizzie con un hilo de voz—. Para empezar a darme cuenta de cómo era esto en realidad. Quería ser conductora, como Judith, pero necesitaban enfermeras. Empecé mi preparación en Cambridge, en realidad hace bastante tiempo. No te lo dije porque me pareció..., trivial en aquel momento. A salvo en casa. Luego, una vez aquí, me han ido trasladando sin cesar. No sabía si me seguías escribiendo o no. No tenía a nadie que me reenviara el correo.

—Lo hacía. —Para que no pareciera una acusación, se apresuró a agregar—: Aunque ahora no importa.

Deseaba añadir algo más, algo que reprodujera la ligereza de antaño, la soltura con que se habían tratado en St. Giles cuando recorrían los caminos persiguiendo una verdad terrible y la pierna le dolía como una muela infectada.

—Gracias por venir —repitió Lizzie para romper el silencio como si tuviese miedo de lo que él pudiera decir si le daba pie—. Ha sido justo lo que esperaba que hicieras. Sé que tienes que volver a la tienda de admisiones. Seguro que te necesitan allí.

Lo miró un instante más y se volvió de nuevo hacia la mesa de las medicinas.

Fue terminante, y Joseph no pudo hacer otra cosa que regresar a la tienda de admisiones tal como había dicho que debía, con el corazón palpitando en el pecho y una mezcla de esperanza y confusión en la mente.



* * *

Richard Mason estaba sentado en un hospital de campaña al este de Messines con un colega que se disponía a regresar para entregar sus artículos en Londres. Fuera de la tienda de admisiones llovía e incluso dentro hacía un frío glacial.

—Un tanto irreal ¿no? —dijo Harper meditabundo—. Nos habíamos hecho a la idea de que nunca iba a acabar y ahora ya casi la damos por terminada. Las cosas sólo pueden ir en una dirección, y todo el mundo lo sabe. Pero seguimos disparando contra quien se nos pone a tiro como si aún hubiera algo por lo que combatir que fuera a cambiar las tornas. Es como si la locura nos hubiese creado ese hábito y fuésemos incapaces de parar.

—Seguro que en parte es así—observó Mason—. ¿Alguna vez te has detenido a pensar en cómo vamos a imponer de repente el respeto a la ley y a decir que ya no es lícito disparar contra el prójimo, o clavarle una bayoneta, por más que pienses que lo merece?

—¿Te refieres a ese incidente sanginario en el regimiento de Cambridgeshire cerca de Ypres? —preguntó Harper torciendo el gesto con asco, aunque bien pudo ser el final de su té lo que causara la mueca. Mason había evitado los sedimentos del fondo dejando los últimos sorbos sin beber, pero sabía de otras ocasiones el mal sabor que tenían.

—¿A qué te refieres? —preguntó distraídamente.

—¿No te has enterado? —Harper volvió a hacer una mueca—. Un maldito loco mató a bayonetazos a una enfermera en el hospital de campaña más próximo a Ypres. No se sabe quién lo hizo ni el porqué. Todo muy violento y desagradable. Matar a una mujer está mal, pero que la víctima sea una de nuestras enfermeras voluntarias es intolerable.

A Mason empezó a darle vueltas la cabeza. Tenía la boca seca y un repentino fragor sin sentido le tapó los oídos, como si estuviese en medio de un río.

—¿Voluntaria?

Apenas fue capaz de articular la palabra.

—Sí. Enfermera, conductora de ambulancia o algo por el estilo —contestó Harper—. Como he dicho, de lo más vil. No me extrañaría que pegaran un tiro a ese cabrón cuando lo encuentren. Hablabas de la dificultad general de acomodarse otra vez a la vida civil...

Mason tragó saliva con dificultad, como si tuviera una piedra en el pecho.

—¿Cómo se llamaba la voluntaria?



Se sentía magullado y mareado.

—No lo sé —respondió Harper—. Me parece que no lo han divulgado. Lo primero es informar a la familia de la chica, de todos modos. Qué manera tan asquerosa de morir. —Frunció el ceño—. ¿Tienes familia por allí? Lo siento mucho. No lo sabía.

—No —dijo Mason con un sentimiento que parecía indicar lo contrario. Judith no era de su familia. Tendría que haberlo sido.

—Sigue siendo atroz —respondió Harper—. Dudo que puedas escribir un artículo decente sobre eso, o al menos algo que deba publicarse ahora mismo. Pero por descontado no seré yo quien te impida ir allí si es lo que quieres hacer. La agonía de la batalla y todo eso.

Mason apenas lo escuchaba. Hizo un comentario banal, se despidió de Harper y salió a preguntar por cualquier clase de transporte que pudiera llevarlo hacia Ypres. Estaba dispuesto a marchar hasta allí por su propio pie, si era necesario.

Estaba impaciente. Pidió dos o tres veces que lo llevaran, pero le negaron asiento porque las ambulancias iban llenas y los coches de mando se dirigían a otras partes. Mientras el ocaso cubría con su manto la desolación de los campos y los bosques, echó a caminar dejando atrás la ciudad en ruinas, bombardeada y abandonada, un cúmulo de esqueletos negros contra un cielo plomizo.

Adelantó columnas de soldados heridos. Esta vez eran más nutridas debido a los miles de prisioneros alemanes, tan demacrados y traumatizados como los británicos. Los había visto antes, decenas de miles de soldados alemanes, y aún despertaban en él una profunda compasión, pero no disponía de tiempo para ahondar en sus sentimientos. Debía encontrar a Judith.

Iba de un puesto de primeros auxilios al siguiente valiéndose de sus credenciales de periodista. Su nombre le había granjeado un considerable respeto de modo que la gente estaba dispuesta a ayudarlo. Querían hablar con él, preguntar qué noticias tenía y cuándo creía que acabaría la guerra. Los movimientos de tropas habían dejado de ser un secreto, los periódicos informaban sobre ellos porque suponían una victoria tras otra, un avance tan implacable como el de la marea creciente. Mason procuró contestar con la franqueza que aquellos hombres merecían, recordando que algunos habían pasado allí cuatro largos y desesperados años y perdido secciones enteras de amigos. Algunos eran los últimos supervivientes de regimientos reclutados en fábricas, barrios y pueblos. Regresarían a una patria de calles desiertas y persianas cerradas.

Se abstuvo de decirles que sabía que había un fuerte contraataque alemán en el río Selle, o que finalmente Dunkerque había sido bombardeado por cañones de largo alcance. Sí les refirió en cambio que corría el rumor de que en Berlín había manifestaciones a favor de la paz.



En cada sitio preguntaba si Judith Reavley se contaba entre el personal de ambulancias. Muchos la conocían, pero los acontecimientos se sucedían tan deprisa que ya nadie estaba seguro de nada.

Un regimiento que había estado allí un par de días antes ahora se encontraba más al frente, y las ambulancias iban allí donde fuese preciso.

—Podría estar en el hospital de campaña clausurado —dijo con gravedad un cabo primero—. Hubo un asesinato, según dicen. No sé a cuento de qué arman tanto revuelo. Ha habido treinta millones de asesinatos según los últimos cálculos.

Mason se estremeció.

— ¿A quién mataron?

—A media Europa —replicó el cabo primero.

—En el hospital de campaña —repitió Mason sin sentirse el pulso. El pecho le apretaba tanto que le costaba respirar. Pensó en todas las veces que había visto a Judith desde su primer encuentro en el Hotel Savoy de Londres en 1915. Se celebraba una reunión para tratar de coordinar a las mujeres que deseaban colaborar en la campaña solidaria de la población civil, convertir el caos en algo útil. Ella estaba presente porque era conductora de ambulancias voluntaria en el frente occidental y sabía lo que realmente hacía falta. Lucía un vestido de raso azul que se ceñía con elegancia a las curvas de su cuerpo. Mason aún era capaz de ver su manera de andar con la grácil desenvoltura de quien una mujer tan absorta en su objetivo que le importaba un bledo lo que los demás pensarán de ella. Judith apenas le dedicó una mirada, pero eso bastó para que también la pasión de su rostro lo cautivara.

Luego fue su vulnerabilidad. En una ocasión la había encontrado desplomada sobre el volante de la ambulancia, detenida a un lado de la carretera, justo detrás de la línea de combate. Le entró pánico al pensar que quizás estuviera herida, incluso muerta. Experimentó un alivio indecible al comprobar que respiraba. Luego vio su rostro, los ojos desprovistos del ardor y la voluntad que siempre habían transmitido. La sacó en brazos del asiento del conductor y la obligó a caminar por la carretera, hablándole con un falso tono enojado, discutiendo con ella, haciendo lo posible para devolverle la presencia de ánimo. Cuando al final lo logró, la tomó entre sus brazos y la hizo girar en el aire por la pura alegría de haberla recobrado.

Y luego, un año atrás, habían reñido. No fue una discusión acalorada, eso en cierto modo hubiese tenido remedio, sino serena y rotunda. Ella seguía empeñada en defender contra viento y marea los mismos ideales ingenuos que abrigaba al principio, y él sabía que eran meras ilusiones condenadas al fracaso.

Salvo que quizá no lo fuesen. Tal vez el viejo Oldroyd llevara razón y esa fe, tanto si se fundamentaba en un sueño como en la realidad, fuese lo único por lo que mereciera la pena luchar y morir. O, más importante aún, lo único por lo que mereciera la pena vivir.



No obstante, ahora Mason sabía que si fuese ella quien hubiese sido asesinada en el hospital de campaña, para él sería como si la luz se hubiese apagado en todas partes. No le quedaría nada que ganar o perder.

El cabo primero no sabía a quién habían matado; sólo le habían dicho que era una enfermera.

Mason siguió adelante, casi todo el trayecto a pie. Siempre lo acompañaban el olor a muerte y la consciencia del frío y el dolor, el rumor de los cañones a lo lejos y el ruido de succión de otros pies en el barro a su lado.

La encontró en el estacionamiento de ambulancias del hospital de campaña que ahora quedaba a varios kilómetros de las líneas, en algún lugar detrás de Ypres. Estaba inclinada sobre el motor, murmurando para sí, con un trapo aceitoso en las manos y el pelo mojado tapándole parte de la cara.

El alivio fue abrumador. Mason tuvo ganas de reír y gritar y correr hacia ella a través de la tierra y las piedras, estrecharla entre sus brazos, hacerla girar en el aire y besarla tan fuerte y tanto rato que tuviera que pelear para respirar. Por supuesto, no podía hacerlo. Se habían separado como enemigos, al menos en cuanto a ideología. Él había negado todo aquello en lo que ella creía, y su lealtad para con sus sueños era mayor que para con él. Tal vez ésa fuera la manera de sobrevivir. Quizá Judith sería una de las pocas que saldría de aquel infierno conservando su entereza.

Anduvo hasta ella y se detuvo. Judith no levantó la vista.

—¿Estropeado? —preguntó Mason—. ¿O sólo lo estás limpiando?

Judith se paralizó, luego, muy despacio, se volvió y lo miró. Abrió los ojos asombrada, pero acto seguido aparecieron la decepción y el dolor. A Mason se le encogió el corazón. Aquello era lo que amaba de ella: la pasión y el coraje para que las cosas le importaran lo bastante como para estar dolida sin amargarse ni huir.

Judith se irguió e inspiró profundamente.

—Hola, Mason. ¿Has venido a informar sobre nuestro asesinato? ¿O sólo vas de camino al frente? Creo que ahora ya estamos bastante más allá de Menin.

Parecía nerviosa, a la defensiva.

Mason se obligó a sonreír procurando fingir que estaba relajado. ¿Se creería la impostura? Tal vez. Judith no tenía una idea real de lo que él sentía. No había certidumbre en sus ojos, ni rastro de la confianza de una mujer que se sabe amada.

—Eso me han dicho —contestó Mason—. He venido por el asesinato. En realidad... —¿Debía decirle la verdad? Quizá no fuese prudente, pero no había tiempo para retirar una mentira. En un par de semanas la guerra habría terminado. ¿Lograría encontrarla después? Judith aguardaba—. En realidad me he enterado cerca de Messines, pero no sabían quién era la víctima, sólo que era una voluntaria. Tuve miedo de que pudieras ser tú.



El rostro de Judith apenas cambió. Bajo la luz reflejada de los faroles no podía ver si se ruborizaba o no.

—Estoy bien —dijo Judith apartando la mirada—. Sólo que todos lo estamos pasando muy mal porque no sabemos quién lo hizo, así que nos miramos de reojo y malinterpretamos la mitad de las cosas que decimos. No quieres pensar que sea alguien que conoces, pero no puedes dejar de preguntártelo. —Se calló otra vez, con la cara aún ladeada como si estuviera concentrada en el motor—. Lo peor es que te das cuenta de que hay personas que tienen ideas muy distintas de las que creías que tenían. Era más feliz cuando no estaba enterada de algunas creencias que tienen sobre..., la violación. —Se incorporó y le plantó cara con los ojos encendidos de enfado—. Y como escribas algo de esto no te lo perdonaré nunca.

Mason estuvo a punto de decir que no lo había perdonado la última vez, pero se mordió la lengua. Debía empezar de nuevo sin recordar su fracaso. Estaba aturdido por lo abrumadoramente importante que se había convertido el conquistarla y lo difícil que iba a resultarle. Se negó a plantearse siquiera la posibilidad de no tener éxito.

* * *

Matthew se sorprendió cuando le ordenaron que fuera a ver a Jacobson, que seguía interrogando a la gente sin que se apreciara ningún progreso en sus pesquisas. Matthew no había referido más que a Joseph su verdadero rango y su posición en el Servicio de Inteligencia Secreta. Con los contactos del Pacificador y su red de informadores, no podía permitirse confiar ni siquiera en quienes aparentaban la mayor inocencia. La gente traicionaba incautamente, hacía un comentario de pasada, se confiaba en quien creía conocer bien, y luego era demasiado tarde para lamentarlo. Sería mucho mejor que Jacobson lo tomara por el oficial de menor graduación que estaba fingiendo ser.

—Comandante Reavley —comenzó Jacobson—. Siéntese. —Le indicó la silla. El sargento Hampton estaba de pie detrás de él con el semblante inexpresivo—. Usted no pertenece al regimiento de Cambridgeshire, de hecho no es un militar de carrera de ninguna clase. ¿Qué está haciendo aquí, señor?

Fue un comienzo más directo de lo que Matthew había esperado y desde luego más inmediato. No le dejaba más alternativa que contar parte de la verdad.

—Pertenezco al Servicio de Inteligencia Secreta, inspector. No puedo comentar el motivo de mi estancia aquí.

—¿En serio? —preguntó Jacobson escéptico—. ¿Puede demostrarlo, comandante?



—Podría, por supuesto, pero tendría que ponerse usted en contacto con el coronel Shearing en Londres, y debería enviar ese mensaje de manera segura. Si no, puede preguntar al capellán. Responderá por mí.

—¿Se refiere a su hermano? No puede decirse que sea un testigo imparcial — señaló Jacobson—. Y no me ha dicho a qué ha venido aquí. El hecho de que usted sea alguna clase de oficial de inteligencia no significa automáticamente que no pueda haber cometido un crimen. Quienquiera que lo hiciese está al servicio de Su Majestad de un modo u otro.

Matthew se quedó perplejo. Ser sospechoso era una posibilidad que ni siquiera se había planteado. Y, no obstante, lo que Jacobson decía era verdad. Quien fuese culpable seguramente tendría una buena hoja de servicios, tal vez incluso excelente, a aquellas alturas de la contienda.

Jacobson aguardaba. Detrás de él, Hampton pasó el peso de una pierna a la otra.

—No puedo contarle por qué estoy aquí —repitió Matthew—. Haría peligrar mi misión, con el riesgo de condenarla al fracaso.

—¿Está diciendo que desconfía del inspector? —preguntó Hampton con cierta aspereza.

—No hacemos excepciones —le dijo Matthew—. Con nadie. Me sorprende que no lo sepa. Nunca coincidí con Sarah Price ni supe de su existencia antes de su muerte. No sé quién la mató. De haberlo sabido, ya se lo habría dicho. Tampoco estoy al corriente de los movimientos de nadie aquí esa noche. Estaba durmiendo en un refugio subterráneo a un par de kilómetros de aquí, de modo que no puedo darle ninguna información útil.

—¿Estaba solo? —preguntó Jacobson.

—No. Con mi hermano.

En cuanto lo hubo dicho, Matthew se dio cuenta de que Joseph había llegado muy tarde y que, estando acostumbrado a aquellas condiciones de vida, había dormido varias horas de un tirón. No podría dar fe de que Matthew hubiese pasado todo ese tiempo allí con él.

—¿Dormido o despierto? —inquirió Hampton.

Lo pillarían en una mentira, sobre todo si preguntaban a Joseph sin que éste conociera el motivo. Contestaría con sinceridad.

—Dormido.

—¿Toda la noche? —preguntó Jacobson.

Matthew vaciló. Se había levantado dos veces para salir a fumar un cigarrillo. Sabía que el humo molestaría a Joseph y, además, el búnker le resultaba claustrofóbico. La segunda vez había recorrido un buen trecho a lo largo de la trinchera.



—¿Toda la noche, comandante? —repitió Jacobson.

Alguien tuvo que haberle visto.

—No —contestó Matthew—. Me levanté un par de veces y di un paseo por la línea para fumar un cigarrillo. Pero estaba a más de un kilómetro de la tienda de admisiones y anduve en la dirección opuesta. No estuve fuera más de un cuarto de hora.

—¿Alguien lo vio? —Matthew trató de recordar con toda exactitud lo que había ocurrido. Había estado concentrado en Schenckendorff y en la posibilidad de que fuese una trampa más del Pacificador. Por otra parte, si Schenckendorff era realmente quien decía ser, ¿cómo se aseguraría Matthew de llevarlo con vida a Londres?—. ¡Comandante Reavley! —dijo Jacobson impaciente—. ¿Vio a alguien o no? ¿En qué quedamos?

Matthew recordó una imagen vívidamente, tal vez porque no la había comprendido en su momento. Estaba cansado, mareado por el hedor, tiritando de frío, pero bajo el resplandor de las bengalas a lo lejos había visto a un hombre y a un chico forcejeando. Hubo una arremetida, como con bayoneta, luego el chico se desplomó y el hombre lo recogió y lo llevó en brazos. Había visto el rostro del hombre un instante, de perfil. Tenía la nariz grande. Había hecho que Matthew pensara, estúpidamente, en las historietas de Mr. Punch.

—Sí— dijo bruscamente a Jacobson—. Vi a un hombre con un perfil como el de Mr. Punch, y a un chico.

—¿Soldados? —dijo Jacobson escéptico.

—Por supuesto. ¿Quién estaría ahí fuera si no?

—¿Qué estaban haciendo? ¿Habló con ellos? —apostilló Hampton.

—No. El chico estaba herido. El hombre lo llevaba en brazos —contestó Matthew, todavía tratando de dar sentido a la escena.

—¿Le ofreció ayuda? —insistió Hampton.

—No. No tengo ninguna formación médica. De todos modos se dirigía hacia el hospital de campaña.

—¿No podría haber ayudado a llevarlo? —Hampton no iba a rendirse.

—¡No era más que un crío! —protestó Matthew—. Habría resultado más difícil llevarlo entre dos que uno solo.

Hampton se encogió de hombros.

—Entiendo. —Jacobson asintió con la cabeza—. Y ha puesto cuidado en decirnos que no conocía ni había oído hablar de la señorita Price hasta que se enteró de su muerte, ¿correcto?

—Sí.



—¿Está seguro de eso, comandante Reavley? —Esta vez fue Hampton quien habló.

—Sí, claro que lo estoy —dijo Matthew un tanto tenso. Le parecía una pregunta estúpida—. ¿Cómo iba a conocerla? Es la primera vez que estoy en el frente. Casi todo mi trabajo se hace en Londres.

—¿De veras? —Jacobson enarcó las cejas—. Es que la señorita Price no llevaba aquí demasiado; de hecho, menos de un año. Y además ha ido a casa de permiso durante ese tiempo.

—Permiso que ha pasado en Londres —agregó Hampton.

—Hay cuatro o cinco millones de personas en Londres —replicó Matthew con sarcasmo—. Curiosamente, que yo sepa, mi camino y el de la señorita Price nunca se han cruzado.

Hampton dio un paso al frente.

—Eso no es verdad, comandante Reavley. Al revisar sus efectos personales encontré no sólo una fotografía de usted y ella juntos, tomada antes de la guerra a juzgar por la ropa y el ambiente general, sino también una nota suya, sin fecha. Habida cuenta del tono que emplea, queda bastante claro que ustedes tenían una relación afectuosa, incluso íntima. Tuvo que ser estupendo encontrar a una vieja amiga aquí, en este erial de barro y muerte. Pero resultó que ya no era tan amiga. ¿Cómo ocurrió, señor?

Matthew se quedó anonadado. Aquello se estaba volviendo grotesco.

—¡Quizá se parezca a mí, pero yo ni había oído hablar de ella hasta que la mataron! —protestó.

Hampton apartó una hoja de papel que estaba encima de la mesa al lado de Jacobson y cogió una fotografía que puso donde Matthew pudiera verla. En ella aparecía una muchacha, muy guapa, de pelo rubio y sonrisa generosa. Miraba a la cámara y a su vera había un joven apuesto que posaba con cierta timidez. Él también era rubio, de ojos claros, mirada firme y rasgos marcados no muy distintos de los de Joseph. Se trataba obviamente de Matthew en sus tiempos de universitario. Llevaba un pulóver de jugar a criquet con la insignia de Cambridge. Rodeaba con el brazo a la chica. Sarah Gladwyn. La recordaba bien. Había sido novia de un amigo suyo, pero luego resultó que prefirió a Matthew y el noviazgo terminó. Todo ello fue bastante embarazoso y a Matthew le constaba que él tampoco se había portado bien.

—Sarah Gladwyn —dijo en voz alta con voz ronca—. No se llamaba Price. Yo no... No las había relacionado. ¡Eso fue hace años!

—Sí, comandante, ya lo vemos —confirmó Hampton—. Pero usted ha dicho que no la conocía de nada.

—¡Y así era! ¡Cómo iba a conocerla con el nombre que me han dado! —protestó Matthew.



—Eso dice usted —aseveró Hampton con incredulidad—. Pero la mataron poco después de que usted llegara y nadie puede dar testimonio de sus movimientos. La única persona que podría responder por usted es su propio hermano, el capellán. Si se me permite decirlo, es un hombre más bien idealista, y está obligado por su vocación a pensar lo mejor de la gente, por no mencionar su relación con usted. — Hampton dio un par de pasos en torno a la mesa—. Le aconsejo que no haga un escándalo, comandante. Lo arresto por el asesinato de Sarah Gladwyn Price. Informaremos al capellán, de modo que pueda hacer los preparativos que usted estime convenientes para su defensa.

Matthew tomó aire, pero volvió a soltarlo sin decir nada. Todo aquello era una pesadilla. Las paredes de lona de la tienda comenzaron a dar vueltas y difuminarse en una espantosa irrealidad. Y, sin embargo, las manos con que Hampton le agarraba los brazos eran absolutamente reales.



Capítulo 5

Joseph estaba sentado a la mesa de su búnker escribiendo cartas de pésame para poner al día la correspondencia atrasada. El sinsentido de la masacre resultaba aún más penoso ahora que faltaba tan poco para el final. Anocheceía deprisa y se encontró forzando la vista bajo la luz de la lámpara ya que veía borrosos los trazos de tinta en el papel. Soltó la pluma un momento y pestañeó. Se sentía más cansado que de costumbre. Aquellas últimas semanas estaban resultando ser las más duras. Qué disparate. Tendrían que haber sido las más llevaderas, con el alto el fuego tan cercano.

Además, por fin sabrían quién era el Pacificador. Joseph había perdido toda esperanza a ese respecto hasta que Matthew había llegado, y comenzó a creerlo realmente posible después de que Schenckendorff consiguiera cruzar las líneas. Por suerte, parecía que el pie se le estaba curando. La hinchazón había menguado y la infección que tanto temían no había llegado a producirse. En cuanto Jacobson averiguara quién había matado a la pobre Sarah Price, Joseph y Matthew, y tal vez Judith, podrían marcharse llevándose a Schenckendorff con ellos. Todavía estaban a 21 de octubre. Seguramente aún dispondrían de un par de semanas.

Oyó ruido de botas en el umbral y acto seguido alguien llamó golpeando el dintel. Sin darle tiempo a recobrase del sobresalto, Barshey Gee apartó la arpillera. Tenía el rostro manchado de barro y saltaba a la vista que estaba muy alterado.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Joseph asustado, levantándose.

Barshey Gee entró y dejó caer la arpillera.

—Capellán, ese policía majadero ha arrestado al comandante Reavley por la muerte de la enfermera. Lo tiene encerrado en el barracón contiguo al de los prisioneros alemanes.

—¡Eso es absurdo! —Joseph se negó a creerlo. Barshey tenía que estar equivocado—. Matthew es oficial de inteligencia. Ni siquiera está destinado aquí. ¿Qué diantre...?

Hizo ademán de apartar a Barshey para salir, pero éste le agarró el brazo, sujetándolo con firmeza.



—No, capellán. Según me han dicho, ese otro policía, Hampton, revisó las cosas de la señorita Price y encontró una foto del comandante Reavley con ella, de antes de la guerra, y le ha dado la impresión de que se conocían bastante bien. —Barshey estaba sumamente incómodo—. Pero asegura que el comandante lo negó. Y encima resulta que no puede decir dónde estaba cuando la mataron... Bueno, sí puede, pero el único testigo sería usted, y como estaba durmiendo... De todas formas, al tratarse de su hermano tampoco da mucho valor a lo que usted diga, con perdón.

No tenía ningún sentido ofenderse, y no había tiempo que perder. Tenía que demostrarle a Jacobson que Matthew era inocente. No sabía por dónde comenzar y mucho menos a qué conclusión llegar. La idea era ridícula, pero también era obvio que Jacobson no conocía a Matthew.

Joseph se concentró. ¿Cabía ponerse en contacto con Shearing en Londres y hacer que éste empleara su autoridad para convencer a Jacobson? Pero Matthew había dicho que Shearing no sabía a qué había ido al frente. ¿Y acaso los hombres al mando de unidades de inteligencia salían de su anonimato para hacer algo semejante? ¿Le haría caso la policía, además?

Joseph no sabía casi nada sobre el trabajo de Matthew. Nadie lo sabía. Por su propia naturaleza, así tenía que ser. Nadie daba apoyo a los agentes de inteligencia. Combatían en secreto y nunca había elogios para ellos, excepto los de sus colegas y superiores.

Si la policía no lograba culpar a un alemán, Matthew sería el chivo expiatorio perfecto: un hombre de uniforme que permanecía en Londres, alejado del peligro, durmiendo en su propia cama cada noche. Ni siquiera se había manchado los zapatos de barro, y mucho menos conocía el dolor de la metralla o una bayoneta en el cuerpo.

—¿Qué va a hacer, señor? —preguntó Barshey, que volvió a ponerse en posición de firmes con cuidado de no golpearse la cabeza contra el techo. Lo dijo como si aguardara órdenes para ayudar.

A Joseph de pronto se le aclaró la mente.

—Creo que la única manera de demostrar que no fue él es descubrir a quién lo hizo.

—¿No lo ha intentado ya? —preguntó Barshey frunciendo el entrecejo.

—No lo bastante —contestó Joseph con gravedad—. Lo dejé en manos de la policía y ya ves la que han armado.

—¿Qué quiere que haga, señor? —dijo Barshey ofreciéndose.

Joseph no estaba seguro ni siquiera de lo que iba a hacer él mismo, y mucho menos aún de cómo podía ayudarlo alguien, pero se resistía a rehusar cualquier colaboración. No tenía a nadie más a quien recurrir, aparte de Judith. La mera confianza de Barshey le daba fuerzas.



—Tengo una idea bastante clara de quienes no pudieron hacerlo porque pueden dar cuenta de dónde estuvieron durante la hora aproximada en que tuvo que ocurrir... —comenzó.

Barshey abrió mucho los ojos.

—¿Sabe cuándo ocurrió?

—Sólo aproximadamente. A las tres estaba viva, y el estado del cuerpo cuando fue hallado en torno a las siete indicaba que no pudo ser mucho después de las cuatro.

No tuvo que explicar cómo cambia una persona muerta durante las primeras horas; todos estaban demasiado familiarizados con ello, pues lo habían constatado en desconocidos, amigos e incluso hermanos.

—Pero no todos tienen una coartada —observó Barshey—. ¿Quiere que trabaje en eso, señor?

Joseph vaciló, preso de la indecisión. Barshey era leal y dispuesto. Sabía que estaba muerta; ¿conocía también la brutalidad e intimidación de la agresión? Un ataque como aquél contra una mujer desgarraba las entrañas de cualquiera de ellos, despertando emociones de las que no eran conscientes siquiera. Pero había otras lealtades que pesaban tanto o más: deudas del campo de batalla, secretos confiados durante las largas horas de guardia en la tierra de nadie entre la vida y la muerte.

—Necesito saber más cosas sobre Sarah Price —dijo Joseph en tono pensativo—. Tal vez la eligieron al azar, pero tal vez no. Quizá tuvo una aventura amorosa que fue lo que inició todo esto. Pensaba que conocía bien a la mayoría de los hombres, pero está visto que no. Contaba con que se produjera algún brote de violencia contra los prisioneros alemanes, pero no algo como esto.

—A nadie le gusta pensar que una cosa así la haya hecho alguien que conoce, Capellán —dijo Barshey con gravedad—. Y, con todo el respeto, señor, a la mayoría nos gusta mostrarle nuestro lado bueno a un hombre como usted. Hombres que siempre andan soltando tacos y blasfemias suelen morderse la lengua cuando usted anda cerca.

—¿Me estás diciendo que no sé cómo son nuestros hombres? Lo sé de sobra, Barshey, pero soy indulgente. —Barshey no parecía convencido, pero era demasiado discreto como para decirlo. Joseph lo vio en su mirada y lo entendió—. De acuerdo, te diré lo que puedes hacer para ayudar. Hazme un retrato lo más sincero posible de los hombres que pienses que he podido juzgar con demasiada indulgencia. Ayúdame a verlos tal como son. Alguien mató a esa chica de una forma bastante obscena. Vi su cadáver. Fue peor de lo que te imaginas.

Barshey primero se asustó y acto seguido se indignó en grado sumo.

—Yo...



—No vivo tan ajeno al mundo como crees —le dijo Joseph en voz baja—. He oído confesiones que te sorprenderían, sobre todo de hombres que sabían que estaban muriendo. Pero no me entra en la cabeza que alguno de los que conozco haya hecho algo así. El asesino sentía un odio inimaginable.

—Espero que no sea nadie de St. Giles. —Barshey torció el gesto como si fuera a recibir un golpe—. Pensaré en ello, y haré preguntas.

—No pienses más de la cuenta, Barshey. Muy pronto será demasiado tarde.

El mero hecho de decirlo en voz alta resultaba doloroso.

—Ya lo sé.

Barshey no agregó ni una sola palabra de consuelo. La creencia en que todo acababa por salir bien hacía tiempo que ya no se sostenía. Uno creía en el honor, la valentía y la amistad, pero no confiaba en la justicia.

Joseph encontró a Judith colaborando con las enfermeras de turno en la tienda donde atendían a los heridos que podían caminar. Hasta entonces la noche había sido más tranquila que de costumbre, quizá porque el frente seguía avanzando hacia el este y los heridos eran trasladados a hospitales de campaña más cercanos a la línea de combate. Había media docena de pacientes, dos de pie y cuatro sentados con distintos grados de malestar. Era obvio que algunos sólo habían recibido los primeros auxilios: un vendaje para contener lo peor de una hemorragia, un cabestrillo para un hueso roto. Otros ya habían sido atendidos y, con las mangas del uniforme cortadas y vendajes limpios, aguardaban a que les dijeran adónde debían dirigirse. Había dos enfermeras, un auxiliar sanitario y un médico joven.

Judith vio el rostro de Joseph y se disculpó ante el hombre que atendía, dejando que el auxiliar la sustituyera. Fue al encuentro de su hermano a grandes zancadas.

—¿Qué pasa? —preguntó con inquietud—. ¿Qué ha sucedido?

Joseph se lo explicó tan sucintamente como pudo mientras ella adoptaba una expresión de horror.

—Lo siento —concluyó Joseph—. No tenemos tiempo para andarnos con sutilezas. Aparte de llevar a Schenckendorff a Londres, que no es poco, tenemos que descubrir al asesino para salvar a Matthew.

—¡Es imposible que le crean culpable! —exclamó desesperada, tratando de verlo tan absurdo como para que no pudiera ir en serio—. ¿Por qué diablos tendría que serlo? ¡Sólo llevaba un par de días aquí cuando la mataron! No tiene ningún sentido, Joseph. Además, ¿de dónde iba a sacar una bayoneta?

—Judith, hay armas por todas partes, oxidadas, rotas, extraviadas. ¿Y qué pinta el sentido en todo esto, además? —inquirió Joseph, sintiendo crecer el pánico en su fuero interno—. ¿Por qué iba nadie a querer hacerle lo que le hicieron? Las autoridades necesitan que alguien cargue con la culpa para poder reabrir este puesto



y continuar con el final de la guerra. Quieren sacar a los hombres de aquí, que vuelva a funcionar con normalidad y, seguramente, trasladarlo. Ahora queda muy lejos de las líneas. Por encima de todo, desean decir que el asunto está zanjado y pasar página.

—¿Culpando a un hombre inocente? ¡Es monstruoso! —Judith agitó las manos, negándose a creerlo. Hizo caso omiso de las miradas de curiosidad del auxiliar y de dos de los heridos.

—¡Mira a tu alrededor! —exclamó Joseph con impaciencia pero sin levantar la voz—. ¿Cuántos hombres han muerto? ¿Qué importa uno más si les permite cerrar el caso y decir que ya está todo resuelto? No conocen a Matthew; no es uno de los suyos.

—¡Pero alguien lo hizo! Alguien...

—Lo sé. —Joseph bajó la voz con esfuerzo, respirando profundamente para recobrar el dominio de sí mismo—. Tenemos que descubrirlo, sea británico o alemán, y tenemos que hacerlo en los próximos dos o tres días, a más tardar. Hay que comenzar por recabar toda la información posible acerca de Sarah Price. No se lo merecía, nadie merece algo así, pero quizás hiciera algo que lo provocó...

Judith tensó el semblante con enfado.

—¿Y qué hay que hacer, exactamente, para «provocar» que te maten a bayonetazos, Joseph? —dijo con fiereza—. ¡Qué curioso que una nunca piense que su hermano pueda ser igual que los demás hombres!

—Ésa es la clave, Judith —respondió Joseph sin apenas alterar su expresión—. Seguramente es alguien que nadie piensa que tenga pasiones violentas o incontrolables, o que esté tan perturbado mentalmente que a veces no se comporte como hace una persona en su sano juicio. Pero alguien lo conoce, ha trabajado a su lado, luchado a su lado, compartido raciones, cartas de casa, todas las cosas que hacemos y que nos ayudan a conocer a la gente.

—¿Por eso has dicho lo que has dicho? —inquirió Judith cambiando sutilmente su expresión—. ¿Para hacerme pensar en eso?

—No del todo —admitió Joseph a regañadientes—. Creo que puede haber dicho o hecho algo que pusiera furioso a alguien. Si fue puro azar, tenemos muy pocas probabilidades de descubrirlo, ¿no?

Judith mudó el semblante, apenada.

—Lo siento. Supongo que no. Prefiero pensar que era tonta a que Matthew pudiera..., pudiera... —No terminó la frase. Suspiró profundamente y apartó un poco la vista—. Me siento culpable porque nunca le presté demasiada atención. Me parecía superficial, una cabeza hueca. Papá siempre me decía que me precipitaba al juzgar al prójimo. Creía que había aprendido. —Se mordió el labio con fuerza—. Tenemos que llevar a Matthew a Londres con ese oficial alemán, como quiera que se llame, porque



tenemos que desenmascarar al Pacificador —prosiguió Judith con una renovada determinación—. ¡Mi guerra no terminará hasta que lo hayamos hecho! Empezaré a investigar de inmediato. Al menos ahora tengo tiempo de sobra, comparado con lo habitual, y tengo una excusa para estar aquí. Me figuro que hasta tengo una excusa para hacer preguntas. Al menos nadie puede decirme que no es asunto mío.

—Debemos tener éxito... —comenzó Joseph.

—¡Ya lo sé! —lo interrumpió Judith. No quería oírle decirlo, pese a que ya había aceptado que era verdad.

* * *

Comenzó al día siguiente por el resto del personal médico, sabiendo que tendría más probabilidad de éxito con ellos que Joseph con los soldados. Ninguno de ellos llevaba allí mucho tiempo ya que el funcionamiento del hospital de campaña exigía que los heridos pasaran por él lo más deprisa posible.

—Ya no hay tiempo para mostrarse benévolo —dijo a Erica Barton-Jones con tono de eficiencia. Estaban en el almacén haciendo acopio de mantas limpias después de haber tirado las que ya no podían usarse por estar demasiado rotas o empapadas en sangre.

—Creía que habían arrestado a alguien —respondió Erica cogiendo una pila de mantas grises. No era guapa, pero su rostro emanaba una gracia y una fortaleza de carácter que la hacían atractiva. Era una mujer muy pragmática y guardaba para sí cualquier pesar o aflicción.

—Así es —contestó Judith—. A mi hermano.

Erica se mostró incrédula.

—¿Al capellán? ¡Qué idiotez!

—No, a Matthew. Es agente de inteligencia. —No tuvo el menor reparo en revelar la verdad—. Ha venido con una misión que, por descontado, no puede contarnos, pero no le creen. No puede demostrarlo porque es secreta. Gajes del oficio.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Erica con inquietud—. Puedes hacer preguntas, por supuesto, ¿pero qué te lleva a pensar que alguien te dirá algo que no haya dicho ya a la policía? Conste que no estoy diciendo que no debas intentarlo.

Sus ojos mostraron una inusual chispa de compasión, quizá porque pensaba que Judith no iba a tener éxito.

Judith montó en cólera. La lástima empeoraba las cosas porque avivaba aún más sus sentimientos.



—Porque sé qué preguntas hacer —espetó airada—. Por ejemplo, antes de que ocurriera la agresión, ¿a quién estaba atendiendo Sarah? ¿Flirteaba con alguno de los médicos y auxiliares? —Percibió el desagrado de Erica—. Y no tuerzas el gesto fingiendo que no es posible. Todos estamos asustados y cansados, y hartos de ver sufrir a la gente sin poder hacer nada por nadie. No llegamos a intimar con ninguno porque trasladan a las tropas sin parar, muchos de ellos mueren, pero aun así no se puede evitar la necesidad de tocar a alguien, sea física o emocionalmente. La vida puede ser demasiado dura, la soledad demasiado insoportable sin eso. La amistad es casi el único medio de contacto con la cordura y las cosas por las que merece la pena sobrevivir.

—Judith...

Erica la miraba fijamente, los ojos ensombrecidos, los labios prietos. Era obvio que las ideas se atropellaban en su mente, que tenía ganas de hablar, pero las palabras la eludían.

—Bien, ¿a quién estaba atendiendo? —repitió Judith—. ¡No me digas que no lo sabes porque sé que lo sabes! Eres la jefa y nunca se te escapa detalle. Eres la enfermera más eficiente de todo Ypres Salient. ¿En algún momento estuvo cerca de los prisioneros alemanes? No he visto la lista de turnos, pero ambas sabemos que no significan gran cosa. La gente va donde la necesitan. Surge una emergencia y todo cambia.

—No está en la lista de turnos —dijo Erica a regañadientes—. Pero estoy bastante segura de que sí. Hubo un momento de pánico por un alemán que había perdido un brazo, creímos que iba a desangrarse, y luego por otro con un pie destrozado, aunque se está reponiendo bastante bien. Perdimos a dos, pero de todos modos no se podía hacer gran cosa por ellos. Ya llegaron aquí en un estado muy grave.

—¿Quiénes? ¿Discutió con alguien, flirteó más de la cuenta? ¿Tuvo poco cuidado? —Judith soltó las preguntas de un tirón, oyendo el tono exigente de su propia voz, consciente de que carecía de sentido. Las respuestas no demostrarían nada—. ¿Regresó allí más tarde?

—Ojalá pudiera decir que sí, pero estuvo casi todo el tiempo con los nuestros —contestó Erica. Estaba muy tiesa; llevaba el vestido gris sucio y arrugado, pero su porte, con la cabeza bien alta y la espalda erguida, le confería cierto estilo—. Mary Castalet se encargó de atender a los alemanes —prosiguió—. Aquí sólo hay unos pocos, ya lo sabes. Unos ocho. Mandaron a la retaguardia a los que estaban en condiciones de andar. Necesitamos las camas. Aun así, algunos están tendidos en el suelo, los pobres. —Una mueca de aflicción torció su distinguido semblante—. Imagínate haber luchado cuatro años aquí —continuó—, perder la guerra, el terror a que tu esposa y tus hijas sean tratados como tú trataste a los belgas... ¡y luego caer herido y estar tendido en el suelo de un hospital de campaña enemigo! No se lo desearía ni a un perro.



Judith se negó a imaginarlo.

— ¿Están bien vigilados? —preguntó.

Erica lo pensó un momento.

— No demasiado, en realidad —contestó Erica mirando a Judith a los ojos—. Casi todos vinieron por voluntad propia. Están heridos y necesitan tratamiento. ¿Por qué iban a escapar y adónde irían, suponiendo que estuvieran en forma para ir a alguna parte?

Judith se obligó a hacer la pregunta siguiente.

— ¿Y qué me dices de que los nuestros entraran y les hicieran daño? Si eso ocurrió, ¿no crees que ellos también podrían salir?

Erica endureció su expresión, aunque su ira no iba dirigida contra Judith sino contra el trágico y ridículo giro de los acontecimientos.

— ¡No seas tonta! Sabes de sobra la respuesta. No disponemos de hombres para proteger a los alemanes de nuestros propios soldados.

— Entonces cabe pensar que un prisionero alemán, uno cuyas heridas no le impidieran caminar, pudo haber salido e ir en busca de alguien vulnerable, como una de nuestras enfermeras —señaló Judith—. Quizás a una lo bastante pueril como para burlarse de él o tratar de flirtear.

— Supongo. Pero los demás prisioneros lo habrían visto. Están apretujados como sardinas en lata.

Judith meditó unos instantes. Las ideas se agolpaban en su mente. Sería más fácil para todos que el asesino fuese uno de los alemanes.

Iba a resultar amargamente doloroso tener que admitir que un soldado británico pudiera haber hecho algo semejante. En tal caso sería alguien a quien conocían, pues no había nadie a quien no conocieran, a cuyo lado no hubiesen combatido, con quien hubiesen compartido raciones, chistes, soledad. Todos deseaban que fuese un alemán.

Pero eso también podría ser más difícil de demostrar. ¿Y tendrían tantas ganas de justificarlo como para caer en la tentación de hacer que lo pareciera, tanto si estaban seguros de ello como si no? No había nada claro. La idea daba rabia, pero no había modo de librarse de ella.

— Descríbeme a Sarah —dijo Judith en cambio, reanudando la tarea de doblar mantas. Eran ásperas y olían a moho—. ¿Cómo era en realidad? Sólo la vi unas pocas veces, cuando ayudábamos a entrar a los heridos y venía a echarnos una mano, o a ofrecernos una taza de té o algo de comer.

Erica titubeó.

— ¿Sarah...?



—¡Venga! —exclamó Judith con apremio, perdiendo la paciencia—. ¿Cómo reaccionaba ante una crisis? ¿De qué hablaba si teníais a un hombre muy enfermo y os tocaba pasar la noche en vela junto a él? ¿Qué la hacía llorar? ¿Estaba ahorrando dinero? ¿Se escribía con alguien? ¿Quién le gustaba? ¿A quién le caía mal?

—¿Puede saberse qué tiene eso que ver con el que la mato? —Erica estaba haciendo un esfuerzo visible por no perder los estribos—. ¡Judith, por el amor de Dios! ¡Nadie lo ha dicho, pero todo el mundo lo piensa! ¡Un hombre se volvió loco y la violó! —Se estremeció al pensarlo—. No fue sólo una discusión y que alguien le diera una bofetada con demasiada fuerza. Estás hablando como si hubiese sido algo razonable. ¡Y no lo es! —Ahora levantaba la voz incontroladamente—. Las personas razonables a veces se pelean. Si son hombres pueden llegar a hacerse bastante daño. Pero esto no fue humano. Había sangre por todas partes. ¡Era como si la hubiese atacado un animal salvaje!

—A veces los zorros hacen eso a las gallinas —contestó Judith—, pero los animales no matan por odio, y menos aún organizan una matanza de los de su propia especie que se prolonga durante años, tras la cual sólo quedan barro y ruinas. Esto fue algo definitivamente humano.

Erica soltó las mantas que estaba sosteniendo. La corriente de aire que entraba en la tienda hizo que el farol titilara. La luz bailó en su semblante, acentuando su tirantez.

—Si contesto a tus preguntas es sólo porque han arrestado a tu hermano —dijo con voz un tanto temblorosa—. Sarah reaccionaba bien en las crisis, el resto del tiempo se portaba como una tonta. Nunca pasé una noche en vela con ella. Ya me encargué de evitarlo. Según Allie y Moira, hablaba de hombres. Y en cuanto a lo que encontraba divertido, era bastante infantil: flirtear, tomar el pelo, hacer que la gente pareciera idiota. Tenía un ramalazo cruel. Pienso que en parte se debía a que sabía que no era muy respetada. —Erica se volvió, con los hombros muy tensos bajo el vestido gris, como disgustada consigo por lo que acababa de decir—. Detrás de la risa fácil y el flirteo, estaba bastante desesperada —prosiguió a media voz—. No tenía a nadie que la aguardara en Inglaterra. Era buena enfermera, pero no se dedicaba a esto por vocación. Para ella sólo era una ocupación.

»¿Qué la hacía llorar? Nada. Nunca la vi llorar. —Endureció su expresión y apartó más la mirada evitando los ojos de Judith—. Aunque pensándolo bien, quizá no se atrevía a hacerlo por miedo a no poder parar. ¿Quién le gustaba? Los hombres, cualquier hombre dispuesto a flirtear con ella. ¿A quién caía mal? A mí. Me tenía por una bruja creída, y así lo dijo, varias veces. Pregunta a cualquiera, no era nada discreta a propósito de eso. Ni de casi ninguna otra cosa.

—Puede decirse que era bastante normal. —Judith dio una leve entonación de pregunta a la frase. Entonces recordó que el hermano menor de Erica, jefe de Escuadrón del Real Cuerpo Aéreo, había muerto abrasado al estrellarse su avión en



Brimy Ridge, y deseó haber sido más amable. Matthew y Joseph aún estaban vivos, al menos por el momento.

—Si ésa es tu conclusión, no me la atribuyas a mí —dijo Erica con aspereza—. Y no digas que yo he dicho que merecía lo que le pasó, porque no es cierto.

—¡No quiero crear problemas! —exclamó Judith—. Me basta y sobra con los que tengo. ¡Sólo intento averiguar quién la mató!

—Lo que intentas es salvar a tu hermano de la horca —repuso Erica volviéndose para mirarla a la cara, con los ojos encendidos y llenos de dolor.

Judith se sintió como si le hubiesen dado una bofetada. Erica tenía razón. Antes de que acusaran a Matthew le había preocupado muy poco quién había matado a Sarah Price. Había tenido la mente ocupada por el regreso de Mason y los sentimientos que su aparición había despertado en ella, sentimientos que había decidido dejar bien enterrados, y también por el asombro de haber encontrado a alguien que por fin identificaría al Pacificador y la consiguiente necesidad de llevarlo a Inglaterra a tiempo. La muerte de Sarah era horrible, pero no le afectaba personalmente.

—Erica, yo...

—Al menos no mientes al respecto —dijo Erica sonriendo tristeza—. Buena suerte. La necesitarás. Cada cual tiene sus propias ideas sobre quién lo hizo, y sobre si quieren saberlo con seguridad o no. Algunos preferimos no saberlo.

Judith acabó la tarea que le habían encomendado con las mantas y luego fue a averiguar quién había montado guardia en la tienda de los prisioneros alemanes la noche en que mataron a Sarah.

Había dejado de llover pero el aire era frío y le sacudía la falda mojada en torno a los tobillos, dejándole los pies y las piernas entumecidos. Los listones del suelo crujían al pisarlos y el viento hacía vibrar la lona y gemía a través de las rendijas que cedían a su empuje.

Le costó tiempo y discusiones averiguar los nombres de los dos hombres que habían estado de guardia. Uno era el cabo primero Benbow, y el otro el soldado Eames. Ambos habían sido heridos recientemente y aún no se habían recobrado lo bastante como para reincorporarse a la línea de combate. Encontró primero a Eames. Estaba en un refugio subterráneo calentando agua en un bote sobre una llamita para preparar té, aguardando pacientemente a que arrancara el hervor. Tenía el pelo rubio y unas muñecas huesudas y largas que la guerrera del uniforme dejaba a la vista. Se movía con rigidez, pues la herida del hombro aún le dolía.

—Estuvimos allí toda la noche, señorita —dijo en respuesta a la pregunta de Judith—. Preferiría con mucho pensar que fuese uno de los alemanes quien le hizo eso, sobre todo teniendo en cuenta que fue al barracón donde están encerrados. Pero Benbow estuvo conmigo todo el rato, y no vi a nadie salir del barracón hasta eso de



las tres de la madrugada, y entonces sólo fue para asomarse un momento afuera y volver a meterse dentro enseguida.

—¿Pero viste a Sarah Price? —preguntó Judith con premura—. ¿Dónde? ¿Con quién? ¿Qué estaba haciendo?

Eames meneó la cabeza sin apartar los ojos de la llama que protegía con una mano para que calentara la perola.

—Estaba sola, señorita. La vi pasar por el entarimado llevando algo en la mano. No pude ver qué.

—¿A qué hora? —Se aferró a aquel atisbo de esperanza—. Estabas de guardia, debes de tener una idea, aunque sea aproximada.

—Alrededor de las dos y media, según recuerdo. O quizás habían dado las tres.

—¿No había nadie cerca de ella? ¡Piensa! Podría ser muy importante.

Saltaba a la vista que Eames estaba pensando, fruncía el entrecejo y estaba ensimismado.

Judith aguardó.

—No lo sé —dijo Eames al fin—. Yo estaba pendiente de los alemanes.

—¿Y antes de eso? —preguntó Judith—. ¿A primeras horas de la noche?

—Fue al barracón de los alemanes —contestó Eames—. Pero volvió a salir y estaba bien. Le dije... —se interrumpió.

—¿Qué? —inquirió Judith—. ¿Qué le dijiste?

Eames se mordió el labio. Seguía con la mirada fija en la llama de la vela.

—Le dije que dejara en paz a esos pobres diablos —farfulló—. No son todos malos, igual que nosotros no somos todos buenos.

Judith tomó aire y lo soltó lentamente.

—¿Por qué dices eso, soldado Eames? —Hizo lo posible por mostrarse paciente. Eames tardó un momento en contestar—. La asesinaron, soldado —lo azuzó Judith.

Por fin apartó los ojos de la llama y la miró con gravedad.

—Ya lo sé, señorita, y no querría que le pasara a nadie. Lo que le hicieron fue horrible. Pero los tentaba de mala manera. Les decía toda clase de cosas que iban a pasarles a sus mujeres cuando nuestros muchachos entraran en Alemania. Ya sé que sólo era una ignorante, señorita, y que había perdido a algunos amigos y parientes, como todos nosotros. —Miró a Judith de hito en hito, olvidándose del té—. Pero ésa no era forma de tratar a personas que no podían defenderse.

Eames se esforzaba por dar con la manera de explicárselo. Entendía su propio código de honor, pero nunca se lo habían expuesto; era algo que se aprendía



mediante actos a lo largo de la juventud, por las cosas que uno veía hacer a los demás.

—Tienes razón, soldado, eso no estuvo bien. —Judith se sintió invadida por un calor semejante al que proporcionaba una taza de té recién hecho—. ¿Podría ser que uno de los alemanes se desquitara con ella?

—No lo sé, señorita. No lo creo. Pero hubo un poco de follón poco antes de las cuatro, y fui a echar una mano.

Judith le dio las gracias y lo dejó preparándose el té.

Al cabo de un rato Judith encontró a Benbow. Era uno o dos años más joven, y estaba visiblemente preocupado. Lo único que logró sacarle coincidía aproximadamente con lo que le había referido Eames. Judith se sorprendió. Parecía un hombre fuerte, un buen soldado. Tenía poco más de diecinueve años, pero había ascendido de soldado raso a cabo primero y se desenvolvía con una desenvuelta seguridad en sí mismo que ni siquiera la leve cojera reducía. La pregunta sobre cuándo había visto a Sarah por última vez, y con quién, lo inquietó, pero no vaciló al contestar.

—Preferiría no decirlo, señorita, pues igual me equivoco.

Judith tuvo que contentarse con eso, tal como refirió a Joseph al anochecer mientras aguardaban en fila con otros cuarenta soldados a que les repartieran el rancho. Hacía una noche despejada, con unos cuantos jirones de nubes que cruzaban veloces el cielo del norte y un viento fresco que aproximaba el fragor de la artillería pesada.

Joseph se mostró abatido.

—A mí me ha ocurrido lo mismo —dijo en voz baja—. Nadie quiere contar cosas que puedan malinterpretarse, y todos tienen ganas de pasar página. No dejo de preguntarme si no haría lo mismo de no ser Matthew a quien han acusado. Si fuese alguien de Londres que no conociera de nada, alguien que hubiese pasado la guerra sentado en su casa, según yo supiera, ¿me importaría que cargara con la culpa?

—¡No digas eso! —soltó Judith con brusquedad—. Sólo porque...

—Ya lo sé —la interrumpió Joseph—, pero así es como lo ven algunos hombres. He estado hablando con Turner, el que el otro día le pegó la paliza al prisionero alemán. Tiene un cuñado que está mal de la vista, o tiene los pies planos, o lo que sea, y que se ha pasado la guerra entera durmiendo en su cama y amasando una fortuna en el mercado negro. Me parece que, si pudiera, Turner haría que lo fusilaran en un periquete.

—Seguramente todos lo haríamos —admitió Judith mientras avanzaban unos pocos pasos—. Pero sólo podríamos vivir con ello si fuese culpable, si fuese uno de los nuestros y no un alemán. ¿Cómo es posible que alguien que parece igual al resto de nosotros de repente se vuelva loco de atar y haga algo así? ¿Qué lo provoca?



Joseph no contestó. Delante de ellos alguien rio a carcajadas y de pronto se calló y se hizo el silencio. Los golpes de cucharones contra metal sonaban alto.

—No estoy seguro de en qué consiste la locura —dijo Joseph finalmente, en voz tan baja que ni siquiera sus vecinos de cola alcanzaron a oírlo—. O quizá lo que quiero decir es que no sé qué es la cordura, o cómo hay que hacer exactamente para no perderla.

El comentario asustó a Judith, pues Joseph siempre había sido la única persona que sabía en qué creía. Aunque era injusto esperar que siempre mantuviera una luz encendida para los demás. También él tendría sus noches oscuras del alma, sin luna ni estrellas como las de los demás, pues de lo contrario, ¿de qué les serviría? Si él no conociera la desesperación, ¿sería real la esperanza de la que hablaba o sólo un concepto intelectual?

—Quizá pierdas de vista lo que está bien —dijo Judith con firmeza—. Pero no pierdes el recuerdo de ello ni la certidumbre de que eso es lo que quieres; eso es la cordura. Quizá tengas que matar, pero lo haces a regañadientes, y sin odio.

Joseph la tomó por los hombros y le dio un breve abrazo en silencio. Pese al frío del viento, la calidez del gesto la reconfortó, aunque sólo fuese mentalmente.

—Según dicen todos no era mala enfermera —prosiguió Joseph, explorando ideas—. Pensaba que a lo mejor había cometido un error que tuvo consecuencias graves, o que contaba chismes, o cualquier otra tontería, quizá provocando que alguien saliera perjudicado, que perdiera un brazo o una pierna, o incluso que muriera. Pero no he encontrado nada. Al parecer era muy competente y, en todo caso, mejor que algunas otras. Bien es cierto que flirteaba y que, en ocasiones, cuando las raciones eran dignas, bebía un poco más de la cuenta y hacía tonterías, aunque no iba más allá de alborotar y ponerse un tanto pesada. A algunos hombres les parecía divertida, incluso. Nadie se aprovechó de ella. Tuvo algún que otro idilio, pero breve, sólo mientras el hombre en cuestión estuvo aquí, por lo general demasiado malherido como para hacer gran cosa, además.

Avanzaron otro paso con la cola.

—Sólo estaba..., aferrándose a la vida mientras podía —añadió Joseph en voz muy baja—. Estaba asustada y sola, como todo el mundo. Según me ha dicho un auxiliar, lo único que en realidad deseaba era casarse y tener hijos. —Se interrumpió—. Al menos eso es lo que él pensaba.

Judith apenas le veía el rostro con la vacilante luz del farol, pero éste reflejaba una profunda comprensión de la pérdida y una dolorosa compasión. Pensó en Eleanor y en el bebé que murió en el parto. ¿Alguna vez sería capaz Lizzie Blaine de ocupar el lugar de Eleanor, o al menos de crear uno nuevo donde las viejas esperanzas pudieran florecer otra vez? En ese instante deseó más que nada en el mundo, más que cualquier cosa para sí misma, que eso sucediera.



Cuando se volvió hacia Joseph y le vio los ojos se dio cuenta de que estaba pensando en Sarah Price, y tal vez en Mason, que había caído tan por debajo del coraje y la esperanza que Judith necesitaba para nutrir su corazón. De repente, los ojos se le arrasaron en lágrimas y apartó la mirada. Resultaba extrañamente doloroso que te conocieran tan bien. Te dejaba las heridas al descubierto. Y, sin embargo, significaba que no estaba sola. Mientras Joseph siguiera vivo, nunca lo estaría.

—Averiguaremos quién lo hizo —dijo Joseph, necesitando decir algo práctico para dejar de pensar en cosas demasiado delicadas. Horas, lugares, quién estaba dónde, quién vio qué, qué datos importaban. Pero ya habían llegado al principio de la cola, y hasta haber recibido su ración de pan y estofado no pudieron buscar un rincón tranquilo en una tienda de pertrechos y reanudar la conversación.

—Seamos prácticos —dijo Judith con firmeza. Tomó un bocado de estofado y procuró no pensar a qué sabía—. Después de descartar a todas las personas que no pudieron matarla porque han demostrado que estaban en otra parte, ¿quién queda?

Joseph sonrió con tristeza, aunque no sin una chispa de humor en los ojos.

—¿Sherlock Holmes? Una vez eliminado todo lo imposible, lo que queda, por improbable que parezca, tiene que ser la verdad —citó Joseph aproximadamente—. Ése es el problema: en realidad queda muy poco. Casi todas las personas pueden dar cuenta de su paradero porque fue una noche bastante ajetreada, pero con la escasa luz y con gente yendo y viniendo sin parar, todavía hay unas cuantas de las que no estoy del todo seguro. —Tomó otro par de bocados de estofado antes de proseguir—. El problema es que pienso que hay varias personas que podrían estar mintiendo. Y lo entiendo. —Miró a Judith por encima del borde de su perola—. Nadie quiere pensar que haya sido alguien que le importa. Tal vez estén en deuda con un amigo y por tanto mienten para protegerlo, convencidos de que no tiene importancia porque de todos modos nunca haría algo así.

Judith bajó la vista de inmediato, notando el sofoco que le enrojecía el semblante por haber mentado acerca de Wil Sloan. Lo había hecho precisamente por ese motivo. Wil nunca haría algo semejante. Ella lo conocía lo bastante como para que ni siquiera le hubiese pasado por la cabeza tal posibilidad, pero los demás no lo conocían y podían echarle la culpa. Jacobson no conocía a nadie y no comprendía a los hombres, a ninguno de ellos, y menos aún a un voluntario estadounidense de sanidad. ¿Sabía Joseph que ella había mentado? No iba a confesárselo, al menos por el momento.

—Sí, es difícil —dijo Judith. Al menos su mentira no afectaría a Matthew, y admitirla haría daño a Wil sin ayudar a nadie más. Mordió su trozo de pan y masticó hasta que pudo tragarlo. Tenía la garganta tensa—. Tendremos que emplearnos a fondo.

* * *



Judith no podía contar a Lizzie por qué Matthew se encontraba allí pero, naturalmente, sabía que lo habían arrestado. Todo el mundo lo sabía. La sensación de alivio general era palpable. En realidad todavía no habían presentado cargos contra él; Jacobson seguía reuniendo pruebas, esperando hallar algo más concreto, testigos que hubiesen visto u oído algo. Pero sólo era cuestión de tiempo.

Llegaban noticias de que el frente avanzaba hacia el este; las poblaciones iban cayendo una tras otra. El combate seguía siendo encarnizado, con bajas terribles en ambos bandos, pero el final no podía tardar mucho más en llegar.

Judith estaba en la tienda de evacuación haciendo sitio para acomodar más heridos.

—Tengo que ver a uno de los prisioneros alemanes —dijo con apremio a Lizzie—. Es importante. Por Matthew. —Estuvo a punto de decirle a Lizzie por qué, pero recordó con una punzada de dolor lo caro que le había salido a Owen Cullingford que ella le hablara del Pacificador, de modo que guardó silencio, acongojada por el agudo sentimiento de pérdida que aún anidaba en su fuero interno.

Lizzie debió percibir la emoción de su voz. No discutió ni pidió más explicaciones.

—Será mejor que vengas conmigo —dijo, y acto seguido apartó la mirada—. Tengo cosas que hacer allí en cuanto haya terminado con esto, aunque me figuro que eso ya lo sabes.

Judith se sintió culpable. Estaba utilizando a Lizzie, a quien enseguida había considerado una amiga, pero habría utilizado a cualquiera con tal de ayudar a Matthew. Quería que Schenckendorff les dijera quién era el Pacificador. La cabeza dictaba que no debían permitirle influir sobre los términos del armisticio; el corazón exigía que respondiera por la muerte de sus padres y de Owen Cullingford.

—Gracias —dijo con sinceridad.

Un asomo de sonrisa suavizó la expresión de Lizzie, que se puso en camino de inmediato. Había dos soldados montando guardia, como de costumbre, pero apenas prestaban atención a las enfermeras que iban y venían y, para ellos, Judith, con su uniforme gris del destacamento de voluntarios, era igual que el resto. Por un momento se preguntó si las enfermeras siempre serían invisibles para ellos. ¿Acaso Sarah había ido y venido por allí sin que nadie reparara en ella? ¿Cambiaría eso las cosas?

Dentro del barracón había ocho hombres tendidos en catres estrechos arrimados entre sí. Mantas oscuras cubrían parcialmente sus cuerpos; los vendajes blancos se veían manchados de sangre. Lizzie se detuvo junto a la primera cama. Judith siguió adelante, buscando a un hombre con el pie vendado.

Lo encontró enseguida, tras equivocarse una sola vez. No era en absoluto como se lo había imaginado. Se lo veía muy delgado, más vulnerable tendido en el catre con



el pelo revuelto a causa de la áspera almohada, el rostro cansado y sin afeitarse, transido de dolor. Judith fue consciente de lo que Joseph había dicho a propósito del coraje que tenía que haberle costado abandonar las creencias y promesas de toda una vida por lealtad a un principio moral más elevado. ¿Cuántas personas serían capaces de hacerlo? La soledad que conllevaba era inimaginable. ¿Ella habría podido dejar atrás todo lo que conocía y amaba en nombre de un principio moral, por profundo que fuese? ¿La acusación de traición, aun siendo falsa, no sangraría dentro de ella para siempre? ¿No flaquearía sabiéndose una extraña, alguien en quien nadie confiaba ni amaba?

¿Y sería él capaz de llevar a cabo su misión, cuando llegara el momento?

Schenckendorff miraba al frente y no se volvió hacia ella porque no esperaba que fuera a hablarle. Judith era un personaje anónimo, sólo otra enfermera, una enfermera británica que sólo estaba allí para cumplir con su obligación. El joven tendido en el catre contiguo no aparentaba más de dieciséis o diecisiete años. Apenas tenía vello en la piel pálida de las mejillas. Miró a Judith con miedo.

—No voy a hacerte daño —dijo Judith en alemán. Quiso añadir que nadie se lo haría, pero le constaba que tal vez no sería verdad.

Schenckendorff la miró, saliendo de su ensimismamiento.

—No es por él por quien teme —dijo en un inglés casi sin acento—. Tiene miedo por su familia. Es de un pueblo que queda en el camino que seguirá el ejército para entrar en Berlín. Su padre murió y sus hermanas sólo son niñas, más jóvenes que él. Ahora están solas. Me disculpo en su nombre. Ha oído historias.

—Es normal que tema por ellas —contestó Judith—. Lo entiendo. Mi hermano está en peligro y tengo miedo por él. —Sonrió al muchacho que la miraba fijamente y que respondió esbozando una breve sonrisa. Judith miró de nuevo a Schenckendorff—. Le han acusado de algo que no hizo, y si no logramos demostrar que es inocente, lo fusilarán. —Los ojos de Schenckendorff revelaron cierta confusión—. Asesinaron a una enfermera —aclaró Judith.

—Ya lo sé —contestó Schenckendorff—. No fue ninguno de nosotros, aunque supongo que es inevitable que ustedes piensen lo contrario. No puedo ayudarla, señorita...

Judith notó que le asomaban las lágrimas a los ojos y se enfureció consigo misma.

—Reavley —dijo en poco más que un susurro.

Schenckendorff tenía el rostro ceniciento por el cansancio y el dolor, pero aun así logró ruborizarse.

—Lo siento —dijo en voz tan baja que Judith más que oírle lo leyó en sus labios.

Se quedó sin saber qué decir. Deseaba aceptar cualquier cosa que pudiera tomar, como mínimo en parte, como una disculpa además de una manifestación de lástima,



pero el rostro de su padre era tan vívido en el recuerdo que la absolución no iba a darse.

—¿Quién es el Pacificador? —preguntó en cambio, pero Schenckendorff permaneció callado—. Están acusando a mi hermano Matthew de haber asesinado a esa chica —prosiguió Judith. Oía su voz ronca de emoción pero no podía dominarla—. Si no conseguimos demostrar que no lo hizo, lo fusilarán. Todo el mundo quiere poner fin a esto. Nos gustaría que fuese uno de los suyos pero, al parecer, no es posible. Para ellos, la segunda opción mejor es que sea alguien como él, que acaba de llegar aquí. Cualquier cosa antes que aceptar que sea alguien conocido de todos.

Schenckendorff frunció el entrecejo.

—¿Por qué creen que fue él? ¿Por qué un agente secreto de Londres, que no la conocía de nada, iría a hacer algo así de repente?

—Porque resulta que sí que la conocía, pero les dijo lo contrario. Fue hace mucho tiempo, y entonces ella no estaba casada. Matthew la conocía por su nombre de soltera y no relacionó ambos nombres.

—¿Y no son capaces de entenderlo? —preguntó Schenckendorff.

—No quieren —contestó Judith. Encogió un poco los hombros con resignación—. Es una respuesta. Si él carga con la culpa, el regimiento estará contento, los policías podrán recoger sus cosas y marcharse, alejarse del hedor, el barro y las raciones secas. Al menos casi todos los bombardeos quedan bastante lejos ahora, y a no ser que se produzca una penetración alemana de primer orden, no corren ningún peligro de ser alcanzados por fuego enemigo. Es como si nos hubiésemos quedado rezagados. —Lo miró de hito en hito, viendo el hastío y un dolor causado por la desilusión mucho más profundo que el que pudiera causar algún factor físico—. ¿Quién es el Pacificador, coronel Von Schenckendorff?

Faltó poco para que añadiera que era lo menos que les debía, pero al final cambió de parecer. Él ya lo sabía, pues de lo contrario no estaría allí.

—Es una información peligrosa, señorita Reavley.

—¿Cree que la vida de Matthew correrá más peligro del que ya corre? Lo fusilarán; o quizá lo ahorquen —dijo Judith con voz entrecortada.

Schenckendorff cerró los ojos.

—Dermot Sandwell —susurró.

Judith se quedó atónita. ¿Sería la verdad? ¿Era posible? Creía que años antes habían demostrado que no podía ser. ¿Se trataba del último y más osado truco del Pacificador, culpar a otra persona? ¿Estaba Schenckendorff dispuesto a sacrificar su propia vida para salvar al auténtico Pacificador y acabar con Sandwell?

Se dio cuenta de que Schenckendorff la estaba mirando, esbozando una sonrisa.



—No me cree —observó—. Por eso es preciso que vaya a Inglaterra, cueste lo que cueste. Saber su nombre no le servirá de nada, señorita Reavley, salvo quizá para que le metan una bala en la cabeza. Debo enfrentarme a él y demostrarlo. Conozco fechas y textos de telegramas, personas, lugares. Tiene que librar a su hermano de esa estúpida acusación, de la manera que sea, y tenemos que ir a Londres. No nos queda tiempo que perder. Por favor...

Judith asintió.

—Gracias. Haré cuanto pueda.

Schenckendorff sonrió más abiertamente.

—Sigue sin estar convencida, ¿verdad? Piensa que podría ser una traición.

Judith estuvo a punto de decir que le creía, pero algo en la mirada de Schenckendorff le dijo que mentir sería mezquino, indigno de ella y para él.

—No sé qué pensar —admitió—. ¿Puedo hacer algo por usted? En realidad soy conductora de ambulancia, pero tengo nociones básicas de enfermería.

Fue una evasiva, una manera de aliviar la tensión que amenazaba con estallar dentro de ella, pero, no obstante, una parte de ella lo decía en serio. Ambos estaban atrapados, y el de Schenckendorff era otra clase de dolor. Lo habría ayudado si hubiese podido.

* * *

—¿Matthew Reavley? —dijo Mason incrédulo—. ¡Es imposible!

Había seguido al regimiento de Cambridgeshire hasta el frente para conseguir unos artículos que justificaran su presencia allí. Hacía un tiempo nuboso, con un viento cortante y algún que otro claro de sol, pero se encontraban más allá del viejo campo de batalla con su red de trincheras entrecruzadas en el páramo. Allí no había nada que los resguardara, salvo el ligero desnivel del suelo y unos cuantos hoyos escarbados en los que dormir.

—Tal vez —dijo el otro corresponsal secamente, cambiando de postura para aliviar el calambre de una pierna. Las armas estaban muy cerca y no había que bajar la guardia. Los francotiradores alcanzaban blancos muy lejanos—. Sin embargo, es verdad —prosiguió—. Sería mucho más conveniente que hubiese sido un alemán, pero al parecer no fue así. Aunque quizá sea mejor así o podría haber un baño de sangre en represalia. Además, ¿quién es ese Reavley? ¿Por qué es imposible? No es una palabra que te haya oído pronunciar a menudo con tanta soltura.

—Lo conozco. —Las ideas se agolparon en la mente de Mason. Judith estaría desesperada. Apenas podía imaginarse cuánto estaría padeciendo. Debía regresar de inmediato al hospital de campaña y hacer algo para ayudarla. Aquellos policías



tenían que ser idiotas. Seguramente una charla con quien estuviera al mando desharía aquel entuerto.

—¿Y nadie que tú conozcas podría cometer un crimen? —dijo el otro corresponsal con tono de mofa—. ¡Venga ya, Mason! ¡Sea quien sea, alguien lo conoce! Es impropio de ti que te pongas sentimental.

Mason se deslizó colina abajo hasta quedar a resguardo de la cresta y entonces se levantó.

—¡Lo conozco muy bien, imbécil! —espetó—. Conozco a toda su familia desde hace años. Para empezar, está destinado en Londres. Ni siquiera conocería a esa maldita mujer. Puedes quedarte con esto —dijo abarcando con un gesto del brazo toda la extensión de la línea de combate—. Yo tengo que averiguar qué hay detrás de..., del desaguisado en el hospital de campaña.

—No puedes... —comenzó el otro periodista, pero al ver que Mason le daba la espalda, lo dejó correr.

Mason se puso a caminar. No había otro modo de desplazarse desde aquella posición tan adelantada, y el puro esfuerzo físico de la marcha le proporcionaba cierto alivio a la furiosa frustración que le recomía las entrañas. ¿Por qué estaba allí Matthew Reavley, de todos modos? ¿Qué lo había traído a Francia o Bélgica faltando tan poco para el armisticio? ¿Por qué no estaba en Londres haciendo lo posible por influir en el curso de los acontecimientos en la dirección que le interesara?

Mason pasó junto a un pelotón que tiraba de un cañón cuesta arriba tras vadear un arroyo. No tuvo tiempo ni para pensar si detenerse a ayudar.

Recordaba vívidamente el último encuentro en Marchmont Street y la manera en que el Pacificador estaba desesperado por evitar un acuerdo punitivo para Alemania que crearía un vacío en la economía de Europa y que tal vez terminaría por engullir a medio mundo. ¿Podía tratarse de algo relacionado con eso? ¿O estaba siendo fantasioso al imaginar que lo que hiciera un puñado de hombres podía alterar seriamente el curso de la historia? ¿No iba a reinar el caos hicieran lo que hiciesen? ¡Delirios de grandeza otra vez, como si alguno de ellos importara!

La artillería disparaba a sus espaldas, el ruido era ensordecedor. Una de las bendiciones que traería la paz sería el silencio. Pisó suelo resbaladizo y faltó poco para que perdiera el equilibrio. Había cráteres por doquier y una neblina baja que emanaba de la tierra mojada. En algunas partes olía a gas viejo, y el penetrante tufo de la descomposición lo impregnaba todo. Pensó en el viento limpio en los prados de los valles altos, el aroma de los helechos, el silencio que se extendía hasta la eternidad, las colinas azules detrás de otras colinas, y el cielo resplandeciente.

Qué irónico sinsentido que aquel policía, quienquiera que fuese, arrestara a Matthew Reavley, ni más ni menos, por un asesinato brutal. Matthew había sido el enemigo más implacable del Pacificador, incluso más que Joseph. Pero aquello no



podía haberlo orquestado el Pacificador, era un absurdo giro del destino. Aquella injusticia final contra los Reavley era fruto del mero azar.

Y, sin embargo, nunca se habían rendido. Se imaginó cómo se estarían esforzando, haciendo todo lo posible, a cualquier precio, para demostrar que Matthew era inocente. Estarían indignados, enardecidos por la estupidez del caso y el miedo, pero sin compadecerse a sí mismos y, desde luego, sin darse por vencidos.

Lo adelantó una ambulancia que transportaba heridos al hospital de campaña más cercano, pero no era allí donde estaba Judith. El curso de los acontecimientos la había dejado atrás. Hasta al cabo de tres o cuatro kilómetros no tendría ocasión de suplicar que le hicieran sitio en algún vehículo.

El barro le succionaba los pies y las piernas le dolían por el esfuerzo de levantarlas una y otra vez.

El Pacificador había comenzado con unos ideales muy elevados y claros. Negociarían la paz, evitarían la masacre y la ruina de la guerra, por un precio relativamente módico. Salvo que, en realidad, el precio no tenía nada de módico. Entonces no habían sabido ver que la ausencia de una guerra abierta no era lo mismo que la paz. Hay que pagar precios internos que generan una clase distinta de guerra, otro tipo de destrucción. El Pacificador había pagado, principio tras principio, hasta que el cruzado que había en él se había convertido en un tirano, decidiendo por otros lo que éstos nunca habrían elegido por sí mismos.

¿Por qué se había unido a él Mason al principio? Para que las atrocidades que había presenciado durante la Guerra de los Boers no volvieran a suceder. Le había partido el alma el sufrimiento que había visto y habría aceptado cualquier sacrificio con tal de evitar que otro ser humano tuviera que vivir semejante pérdida otra vez. La nacionalidad era lo de menos.

Pero el asunto de fondo no era la nacionalidad. Era la pasión y la creencia en el individuo, el derecho a gobernar su vida de la manera que decidiera por sí mismo, la oportunidad de ser diferente, divertido, ingenioso, de aprender lo que quisiera, de cuestionar, de cometer errores y comenzar de nuevo. Y de ser empecinado y valiente y gentil, como la mitad de los soldados rasos que había visto allí. Y como el marinero que había dado su vida durante el regreso de Gallipoli en lugar de traicionar a las personas que habían depositado su confianza en él. Mason nunca lo olvidaría. Todavía podía ver su rostro blanco en el fondo del bote, y luego en el agua. En el momento de morir se había convertido en «cualquier hombre», el soldado británico corriente, el que Joseph Reavley había dicho que nunca entendería ni aceptaría el mundo del Pacificador teniendo que pagar tan alto precio.

Sin darse cuenta, Mason había avivado el paso, chapoteando por el barro en la que esperaba fuese la dirección aproximada hacia el hospital de campaña. Debía ayudar a Judith; sobre eso no albergaba ninguna clase de duda. Su posición o aquello en lo que creyera podía aguardar hasta después.



Capítulo 6

Matthew miraba fijamente las paredes de áspera madera del barracón donde estaba encerrado. Antaño había sido una caseta de herramientas y luego el ejército lo utilizó como almacén de pertrechos. Ahora era el único sitio lo bastante seguro para internar a un prisionero. Le habían dado un catre, dos mantas y un balde, nada más. Le costaba creer que Jacobson realmente lo considerara culpable de haber asesinado a Sarah Gladwyn o, mejor dicho, a Sarah Price, según se llamaba ahora. No había mentido; en ningún momento había relacionado a la enfermera militar del presente con la chica que había conocido en la universidad.

—¡No había vuelto a pensar en ella desde entonces! —había protestado con absoluta honestidad. Resultaba ridículo que Jacobson se mantuviera en sus trece convencido de que mentía, sin el menor atisbo de duda en el rostro.

—Cuesta creerlo, comandante Reavley —dijo de un modo muy poco expresivo—. Una chica guapa. En esa foto no parece que vayan a olvidarse el uno de la otra.

—¿Conoce a muchas chicas guapas, usted? —había preguntado Hampton torciendo levemente la boca, insinuando sin palabras cierta insensibilidad moral por parte de Matthew.

—Sí —espetó Matthew—. De hecho la universidad está llena de chicas. Muchas de ellas son guapas, y algunas también inteligentes. —Acto seguido se arrepintió de haberlo dicho. Era una observación arrogante y, habida cuenta de las circunstancias, extraordinariamente estúpida. Traslucía justamente la clase de indiferencia ante los sentimientos que justificaba que sospecharan de él. La verdad era que había sido un episodio embarazoso. Sarah era guapa y divertida, de un modo superficial, y desde luego a él le había halagado que lo eligiera. La decisión tuvo mucho que ver con derrotar a la competencia, lo cual no era un pensamiento grato y, por añadidura, resultaba muy próximo a lo que Jacobson suponía de él.

En aquellos tiempos había sido fácil llevarse bien con Sarah, tan poco exigente y siempre dispuesta a divertirse. Recordó lo bonito que tenía el pelo, suave y brillante. Sus rasgos eran meramente agradables a la vista, pero bailaba de maravilla, siguiendo sus pasos como si le leyera el pensamiento. Se ruborizó al pensar cuánto



había disfrutado con eso, la soltura del movimiento al unísono, la habilidad para nunca pesar entre sus brazos, para saber dejarse llevar. Pobre Sarah.

Había querido olvidar todo aquello porque no se había portado bien. La adulación había hecho que mirara hacia otro lado sin tener en cuenta los sentimientos de nadie más. Se trataba de una de esas estupideces de la juventud que prefería no recordar, pero eso era un lujo que ahora no podía permitirse.

—Me porté mal —admitió, mirando a Jacobson a los ojos—. Ambos éramos jóvenes, y sólo flirteábamos. No significó nada, no íbamos en serio, sólo queríamos disfrutar el momento. Luego encontró a otra persona, y lo mismo hice yo. Sarah es un nombre bastante corriente. No la vi aquí, y no relacioné a la mujer de la que usted hablaba con la chica que yo había conocido.

Jacobson no dijo nada. El rostro de Hampton revelaba su absoluta incredulidad.

Matthew dio cuatro pasos, se volvió y desanduvo lo andado.

Jacobson le había vuelto a interrogar, brevemente, pero no tenía de dónde tirar. Estaba el soldado que Matthew había dicho ver, apodado Punch, pero éste había negado haber estado cerca de donde estuvo Matthew. Había traído a un soldado herido, un chaval de quince años, pero por la dirección opuesta, naturalmente, de donde se libraba el combate.

Jacobson había presionado a Matthew para que revelara cuál era exactamente su cargo en Inteligencia y qué estaba haciendo allí. Matthew había considerado la posibilidad de contárselo, pero no tenía nada con qué demostrarlo, y al salir de Londres a Shearing sólo le había dicho que iba a recabar cierta información vital, sin concretar de qué se trataba. Si Shearing había leído entre líneas algo relativo al Pacificador, no se lo corroboraría a nadie, y mucho menos a un policía a quien no conocía. El poder del Pacificador estaba demasiado ramificado como para correr riesgos de ese calibre.

El rescate de Matthew dependía de Joseph y Judith. La única solución consistía en encontrar al verdadero asesino de Sarah. El horrible e inquietante pensamiento que no lograba quitarse de la cabeza era que todo aquel viaje fuese la última treta del Pacificador antes de la derrota de Alemania, y la culminación de al menos una parte de su plan.

¿Estaba Matthew más cerca de él, se había convertido en una amenaza mayor de lo que él mismo suponía? ¿O tan sólo se trataba de una venganza por los problemas que los Reavley le habían causado desde el día en que John Reavley había encontrado y robado la copia del tratado en 1914? Si no lo hubiese encontrado o no lo hubiese entendido, ¿habría ahora un imperio anglo-alemán ocupando el hemisferio norte del mundo? ¿Habría habido paz, al menos en superficie, aunque hubiera terror, traición y vidas asfixiadas bajo ella?



No, no habría habido paz. Norteamérica no se habría rendido. Quizás habría sido aplastada por el peso combinado de toda la vieja Europa contra ella, pero no sin un coste espantoso. El derramamiento de sangre habría sido terrible, quizá finalmente tan arrollador como ahora, sólo que en un lugar diferente, con los mismos protagonistas aunque en bandos distintos. Y la deshonra de Inglaterra habría sido irredimible.

Ahora ya casi había acabado. Matthew estaba en Bélgica, encerrado en una caseta cercana al frente, y Jacobson pensaba que había asesinado a una mujer. ¿O acaso sabía de sobra que no lo había hecho pero servía para que el Pacificador satisficiera una venganza final?

Si Joseph no lograba demostrar su inocencia, Matthew sería juzgado y fusilado, o, más ignominiosamente, ahorcado. O quizá los hombres que habían apreciado a Sarah, que habían trabajado con ella y estaban rabiosos por la brutalidad de su muerte, vendrían en su busca y le dispararían «accidentalmente». Por descontado, eso era ilegal, ¿pero qué peso tenía la sutileza de la ley frente a la carnicería que aquellos hombres habían visto perpetrar en los últimos años? Cuerpos de amigos queridos hechos pedazos a su lado, convertidos en una masa sanguinolenta. La muerte era un suceso cotidiano. Si algunos de ellos no soportaran que sus valientes, divertidos y gentiles amigos fueran masacrados mientras un asesino salvaje era trasladado a Inglaterra sin un solo rasguño, tampoco sería de extrañar.

Iba de un lado al otro: cuatro pasos, media vuelta y cuatro pasos. No debía dejarse llevar por el pánico, no debía perder el dominio de sí mismo. ¡Venga, Joseph! ¡Haz algo!

* * *

Judith estaba sentada a solas en un antiguo búnker y se sentía casi asfixiada por la desesperación. Era imposible que Matthew hubiese matado a Sarah Price, y, sin embargo, Jacobson lo había arrestado y parecía creer que era culpable. Quizás era objeto de mucha presión por parte de sus superiores para que hallara una solución y se aferraba a aquella demasiado a la ligera. Pero al margen del motivo, lo cierto era que Matthew estaba encerrado en uno de los pocos edificios que aún se tenían en pie, y que Jacobson y Hampton se afanaban en reunir más pruebas para cerrar el caso. Quedaban días, a lo sumo, para demostrar que estaban equivocados, tal vez sólo horas.

Nadie más quería poner trabas a la conclusión de la investigación policial. El miedo se estaba disipando, las sospechas se desvanecían y el final de la guerra volvía a convertirse en el tema más importante.



Judith estaba al borde del pánico. Aparte de Joseph, la única persona a quien podía recurrir en busca de ayuda era Lizzie Blaine. Confiaba en ella y, más importante que eso en aquel momento, le constaba que tenía inteligencia como para sopesar y evaluar soluciones y para razonar en medio de la maraña de hechos con vistas a desentrañar la verdad. Joseph conocía la valía de Lizzie, y eso daba a Judith confianza en su propio juicio.

Se estremeció de frío y se arrebujó con la capa.

Gracias a Dios, llegaron pocos heridos durante el último par de horas. Joseph se había adentrado en la tierra de nadie. No había tenido alternativa, y aunque hubiese podido permanecer allí, se habían quedado sin ideas sobre a quién más interrogar e incluso sobre qué preguntar.

Era media mañana y, por una vez, el ambiente era frío y seco. Judith estaba tan cansada que le dolía todo el cuerpo, pero no había tiempo para dormir. Había descansado dos o tres horas y tendría que conformarse con eso.

Se levantó con lentitud. Estaba entumecida y con los músculos doloridos. Había dormido en tensión por el miedo y el frío. Subió los peldaños y el viento la golpeó al salir a lo que quedaba de la antigua trinchera. Lizzie se hallaba en otro búnker a unos veinte metros de allí. Era mejor que dormir al raso y además no había sitio en las tiendas.

Le sabía mal despertarla, pero no podía permitirse perder más tiempo y no tenía a nadie más a quien recurrir. Llegó al segundo búnker y bajó los peldaños, que estaban húmedos y resbaladizos, cubiertos por una fina capa de arcilla debido a la falta de uso. Abrió los restos de la cortina de arpillera. Dentro reinaba el silencio y ni siquiera había una vela encendida. Le constaba que Lizzie necesitaba descanso, pero la desesperación venció. Entró y dejó que la luz del día se colara por la estrecha abertura.

Lizzie estaba acurrucada en el catre, el pelo moreno esparcido sobre la almohada dura, envuelta con la manta. Daba la impresión de haberse acostado con frío, y Judith sintió una punzada más aguda de culpabilidad.

—Lizzie —dijo Judith en voz baja. Al ver que Lizzie no despertaba, le tocó el hombro, agarrándola cada vez con más fuerza hasta que se incorporó, se apartó el pelo de la cara y contestó con voz serena—. Perdona —se disculpó, y lo dijo en serio. Si hubiese podido evitar molestarla, no lo habría hecho—. No puedo permitirme esperar. Jacobson está buscando la prueba final para enviar a Matthew a juicio. Al parecer Matthew dijo haber visto a un hombre que, por su descripción, bien podría haber sido Punch Fuller, forcejeando con alguien, pero estaba a unos tres kilómetros de donde Punch dice que estaba él. Podría ser la única coartada de Matthew sobre su paradero a la hora del asesinato de Sarah. Tengo que llegar al fondo del asunto y necesito ayuda. No hay nadie más en quien pueda confiar o que esté dispuesto a



pensar que Matthew podría ser inocente. Todo el mundo quiere pasar página cuanto antes.

Lizzie se restregó los ojos y se echó la manta a los hombros. Estaba tan cansada que tardó un rato en despertarse del todo.

—¿Estaba herido Punch Fuller? —preguntó Lizzie—. No lo recuerdo. ¿Grave?

—No, trajo a un soldado joven, de unos quince o dieciséis años, que estaba herido. Lo llevó en brazos. —A Judith le costó decir la frase siguiente—. Pero no pudo pasar cerca de donde se encontraba Matthew. Eso queda como mínimo a tres kilómetros del camino que siguió para regresar de la línea de combate hasta el hospital de campaña.

Sonaba aún peor dicho en voz alta.

Lizzie ya estaba bien despierta.

—Entonces tiene que haber alguna otra explicación —dijo—. Suponiendo que Matthew no haya mentado, o bien se trata de un error, y puesto que no conoce a los hombres cabe esa posibilidad, o de lo contrario, por una razón u otra Punch Fuller está mintiendo.

—¿Por qué iba a hacerlo? —dijo Judith con abatimiento—. Trajo a un hombre herido, o a un chico, en este caso. ¿Sobre qué podía mentir?

—No lo sé. —Lizzie apartó la manta y se levantó del camastro temblando de frío. Comenzó a ponerse las prendas de abrigo otra vez y alcanzó el cepillo para desenredarse el pelo y recogerlo con horquillas—. Podemos comenzar por preguntar a Cavan, y luego ir a ver al chico. Yo puedo ir a verlo, porque tú no estás autorizada.

Esbozó una breve sonrisa y luego volvió a centrar su atención en ella. La gratitud de Judith fue tan grande que casi fue una sensación corporal. Lo único que pudo decir fue un simple «gracias». Más adelante tendría que buscar la manera de decirle a Lizzie cuánto significaba para ella su gesto.

* * *

—Hodges —contestó Cavan. Estaban de pie en la tienda de preoperatorio. Acababa de incorporarse al turno tras un breve descanso. Cuando había faena los médicos de los hospitales de campaña trabajaban ocho horas seguidas y descansaban cuatro. De esta manera podían atender a dos o tres mesas de operaciones simultáneamente. Cavan estaba recién afeitado y presentaba mejor aspecto del que Judith le había visto en varios días—. Se pondrá bien. En realidad no estaba ni remotamente tan grave como parecía. Creo que más que nada se encontraba en estado de shock.



— ¿Le traje Punch Fuller? — preguntó Judith.

— Sí. Presentaba un cuadro de shock muy agudo. — Cavan torció el gesto con lástima—. Pobre chaval, sólo tiene quince años. Celebró su cumpleaños la semana pasada. Un obús hizo papilla a su mejor amigo. No encontraron suficientes restos para enterrarlo. — Lo dijo con suma claridad, pero tenía los hombros en tensión y los músculos del cuello le sobresalían como cuerdas de guitarra—. Hodges apenas sufrió heridas, sólo un tajo en el muslo — prosiguió—. Un corte abierto, doloroso, pero se curará.

Judith estuvo a punto de preguntar si podía hablar con el chico, pero la prudencia la detuvo a tiempo. Cavan sin duda sabía que Matthew era su hermano y que ella haría cualquier cosa con tal de liberarlo. Debía demostrar más tacto, quizás incluso dejarlo en manos de Lizzie. En cambio preguntó:

— ¿A qué hora fue eso?

Vio el fugaz momento de comprensión y pesar que atravesó el rostro de Cavan.

— No le servirá, Judith. Fuller llegó aquí justo después de las cuatro, y me consta que era esa hora.

— ¿Está absolutamente seguro? — Era consciente de la futilidad de su empeño, pero la dominaba el miedo más que la razón—. ¿Cómo puede estarlo? Estaba muy ocupado. ¿Trabaja pendiente del reloj? No era cambio de turno.

— No, claro que no estoy pendiente del reloj. No era mi cambio de turno, pero sí el de los vigilantes del barracón de los prisioneros alemanes, y suelen ser puntuales. Fue justo cuando Benbow y Eames salían de guardia y Turner y Culshaw entraban.

— ¿Los vio a todos?

Cavan vaciló.

— En realidad vi a Eames en la tienda de reanimación, hizo algún comentario sobre el cambio de guardia. Volví a entrar al cabo de un momento y entonces llegó Punch Fuller con Hodges. Sé lo que dijo su hermano, pero Fuller no pudo haber pasado por allí viniendo de las líneas, llevando a un hombre herido. Lo siento.

Judith quería discutir, cuando menos hallar otra explicación razonable, pero no se le ocurría ninguna. El pánico anidó en su fuero interno. Todo escapaba a su control. Matthew no podía haber matado a nadie, ¿pero cómo iba a demostrarlo? Era como si cada elemento lógico o prueba que tocara se deshiciera en sus manos. Finalmente dio media vuelta sin decir nada más.

Punch Fuller había regresado al frente, y ella tuvo que aguardar una hora hasta que Benbow y Eames entraron de guardia otra vez, y cada minuto se hacía interminable mientras su miedo se iba acrecentando. Entretuvo la espera haciendo mandados, echando una mano aquí y allí. El viento de levante soplaba con más fuerza trayendo lluvia consigo, y el cielo gris apagaba los colores de la tierra. No



había nada a la vista excepto barro y tocones marchitos, los ángulos desgarrados de las tiendas y las charcas irregulares de los cráteres con la superficie rizada por el viento.

Finalmente transcurrió la hora y vio venir a Benbow y Eames para entrar de guardia reemplazando a Culshaw y Turner. En cuanto la patrulla tomó sus puestos, fue al encuentro de Eames. Había intentado idear alguna forma inteligente de abordar el tema, pero Eames sabría por qué lo interrogaba dijera lo que dijese. Quizá la honestidad absoluta fuese lo mejor. Al menos le ahorraría tiempo y el derroche de energía que conllevaba mentir.

Estaban de pie a cobijo de las tiendas de tratamiento. El viento agitaba las lonas. Una enfermera pasó por delante de ellos, a unos veinte pasos de distancia, resbalando en el barro.

— ¿Se acuerda de cuando salió de guardia la noche en que mataron a Sarah Price? — preguntó Judith a Eames tras recordarle quién era ella.

Eames se mostraba incómodo, pero seguramente era por compasión al verse impotente para ayudarla.

— Sí. No vi nada, señorita Reavley, al menos nada que pueda serle útil. Ese policía, Jacobson, ya me ha interrogado.

— Lo que en realidad me interesa son las horas — contestó Judith —. Cuando vio al doctor Cavan después de salir de guardia, ¿eran las cuatro en punto exactamente?

— Bueno..., no estoy seguro, no del todo. — Su evidente desagrado se acentuó.

— ¿El turno no termina a las cuatro?

— Sí, pero hubo un poco de jaleo antes, y esperé para ver lo que era. Había una mujer chillando y pensé que una de las enfermeras estaría en apuros, así que fui a ver. Me parece que fue entonces cuando vi al comandante Cavan. No sé qué hora era, menos de quince o veinte minutos.

— ¿Era la señorita Price quien chillaba? — preguntó Judith de inmediato.

Eames negó con la cabeza.

— No, desde luego que no, pues la vi salir del barracón donde están los alemanes cuando volví. Estaba bien, riendo y la mar de contenta.

Judith se quedó desconcertada.

— ¿Quién era, pues?

— La señorita Robinson. Había tropezado con un tablón.

— ¿Fue mucho antes del cambio de guardia?

— Cosa de..., no sé..., un rato. — Ahora se mostraba tan torpe que Judith tuvo claro que no estaba siendo sincero. No estuvo segura de por qué. Eames se apoyaba



alternativamente en un pie y el otro y se subió el cuello de la guerrera para protegerse del viento—. Pero la señorita Price estaba bien —dijo con seriedad—. Así que no importa ¿no?

—No, supongo que no —concedió Judith y, para alivio de Eames, se fue en busca de Benbow.

Éste parecía menos nervioso, y se mantuvo en posición de firmes mientras Judith le hacía las mismas preguntas.

—Sí, oí gritar a una mujer —confirmó mirándola con gravedad—. Eames fue a ver qué pasaba. Parecía que alguien se hubiese hecho daño, pero resultó ser la señorita Robinson, que sólo había resbalado.

—¿Usted no fue? —No sabía por qué lo preguntaba. Parecía redundante pero quería demostrar que era concienzuda.

Benbow meneó ligeramente la cabeza.

—No lo vi necesario. Después de eso Sarah Price entró al barracón de los alemanes para atenderlos.

Su expresión era adusta, como si estuviera pensando en lo que le había ocurrido, y la ira le brillaba en los ojos.

—Pero volvió a salir ilesa —sentenció Judith, que ya conocía la respuesta.

—Sí. También salió un alemán —agregó Benbow. Torció el gesto un instante, pero Judith no lo supo interpretar.

—Pero usted lo vigiló, me figuro.

—Por supuesto.

—Claro...

No se le ocurría qué más preguntar y finalmente se volvió para irse.

—Ésa fue la última vez que la vi —añadió Benbow—. Con el alemán. Aún estaban juntos cuando acabé el turno de guardia. Volvió a entrar con él.

Procuró que sus ojos y su voz no reflejaran su desdén, pero era un sentimiento muy profundo y Judith lo reconoció enseguida.

—¿Alrededor de las cuatro y cuarto? —preguntó.

Benbow pestañeó, sabiendo lo que había percibido, desalándola a exagerar la importancia del asunto.

—Sí.

Judith tragó saliva. Lo entendió, y una parte de ella estuvo de acuerdo. La compasión por un hombre herido, fuese británico o alemán, era una cosa; flirtear, como si nada se interpusiera, olvidando los años de masacre, era diferente. Respeto,



sí, incluso honor, pero no diversión y un flirteo trivial, como si los muertos no contaran.

Dio las gracias al cabo primero Benbow y se marchó sin volver a mirarle a los ojos.

Encontró a Lizzie saliendo de una de las tiendas de tratamiento. Estaba muy pálida y el apremio de su expresión hacía patente que se había enterado de algo.

—¿Qué pasa? —inquirió Judith. Entonces reparó en que Lizzie padecía una aguda aflicción y que se debatía en la duda de tomar una decisión—. ¿Qué pasa? —insistió Judith—. ¡Al menos dímelo a mí!

Lizzie la cogió del brazo y tiró de ella lejos de la portezuela entreabierta de la tienda. Plantando cara al viento, recorrió un buen trecho hasta cerciorarse de que estaban solas antes de hablar.

—Sé lo que ocurrió, pero no sé qué hacer al respecto —dijo casi en un susurro pese a que no había nadie a menos de cincuenta metros de ellas.

—¿Absuelve a Matthew? —Era lo único que importaba a Judith.

—Sí...

—Pues entonces se lo contaremos a Jacobson y...

—No —la interrumpió Lizzie—. Es muy poco probable que Punch Fuller cambie su historia.

—¡Sí que lo hará! Joseph...

—Calla y escucha —dijo Lizzie con firmeza. Había una carga de emoción tan intensa en su voz que Judith obedeció sin rechistar.

—El amigo de Hodges quedó hecho pedazos a su lado —prosiguió Lizzie—. Sólo tenía catorce años, Hodges acaba de cumplir quince. Era una especie de hermano menor para él. Tuvo que ser un obús. —Tragó saliva—. O algo por el estilo. Hodges perdió el control y echó a correr presa del pánico. Recorrió todo el trecho desde donde estaban, detrás de las líneas, hasta donde Matthew vio a Punch Fuller alcanzarlo. Punch le asestó la cuchillada para que pareciera una herida auténtica, y luego lo llevó en brazos hasta el hospital de campaña como si viniera de las líneas.

Judith asintió con la cabeza. Lo entendió a la primera.

—Sigue, por favor.

—Se aferrará a esa historia para salvar la vida del chico —continuó Lizzie en voz baja—. Si sale a relucir la verdad lo fusilarán por cobarde. No es más que un niño, por el amor de Dios. El otro chico era su mejor amigo, y se siente responsable y culpable por haber sobrevivido, y ahora también por huir. Sabe que Punch le ha salvado la vida y prefiere morir antes que traicionarlo. Y se ve a sí mismo como un traidor. Está aterrado y tan avergonzado que no sabe si quiere seguir viviendo.

Judith se quedó anonadada.



—¿Cómo sabes todo esto? —dijo con voz ronca—. Si Punch no te lo ha dicho, y Hodges no lo traicionaría...

—En parte lo he adivinado —contestó Lizzie con un suspiro. Estaba muy pálida—. Su herida es superficial. Salta a la vista que no es de bayoneta. Un soldado alemán habría arremetido en el pecho o el estómago, no en una pierna donde en realidad causa poco daño. La herida no es autoinfligida, pero tampoco es consecuencia del combate. He atado cabos y luego le he preguntado. No le he permitido mentir, y creo que en cierto modo no quería hacerlo. Es probable que su madre no sea mucho mayor que yo. ¡No tendría que estar aquí! —Una súbita furia se adueñó de su voz con tanta violencia que se puso a temblar—. Si cuentas esa historia lo fusilarán. Y si no, ahorcarán a Matthew, ¡ya lo sé!

Judith inspiró profundamente y volvió a soltar el aire.

—Tenemos que hacer algo. Tal vez Joseph pueda...

—No le creerán —dijo Lizzie con toda la razón—. Es el hermano de Matthew. A ti tampoco te van a creer. Pero si voy yo a hablar con Jacobson, quizá me crea. No puedo hacer que Punch Fuller diga nada, pero si Jacobson quiere atrapar a quien realmente lo hizo, soltará a Matthew. Esto podría demostrar que no fue él.

Judith asintió con la cabeza. Conllevaba un riesgo terrible, cruel, inexorable, pero no hacer nada era peor.

* * *

Jacobson estuvo de acuerdo. La historia de Lizzie encajaba perfectamente con lo que Matthew describía, y entendió lo bastante el terror y el pesar como para deducir cómo ocurrió. Tales cosas debían de haber sucedido infinidad de veces. No dio explicaciones, simplemente dejó que Matthew se marchara. Volvió a interrogar a Eames, a Benbow, a Cavan y varios otros. Luego arrestó a Schenckendorff.

Joseph, Judith y Matthew estaban apiñados en el búnker de Joseph. Fuera llovía sin tregua y el agua chorreaba por los escalones. Las bengalas estallaban demasiado lejos para iluminar el cielo, y los destellos de los fogonazos resultaban invisibles desde aquel lado del parapeto.

—No tiene sentido ir a Londres sin Schenckendorff —dijo Judith en voz baja.

—¡No tiene sentido ir hasta que podamos decirle al primer ministro quién es el Pacificador! —contestó Matthew con amargura.

—Yo podría decírselo —dijo Judith.

Joseph la miró de hito en hito, con el semblante incrédulo a la luz amarilla de la vela.



—¿Cómo lo sabes? Y si vamos sin Schenckendorff, ¿por qué va a creerte?

—Iría a verlo con la copia del tratado que encontró papá, que tiene estampada la firma del káiser, y se la mostraría —contestó Judith—. Luego le diría que el inglés que lo había planeado, con su primo alemán, es Dermot Sandwell. Que el coronel Von Schenckendorff no había acudido en persona porque había fallecido tras resultar herido al cruzar las líneas.

Matthew la miró a su vez, con una momentánea expresión de sorpresa primero y luego de enfado e incredulidad, esforzándose por comprender.

—Schenckendorff está vivo y se va recuperando —señaló Joseph—. Sólo que van a ahorcarlo por asesinato. O más bien a fusilarlo.

—Lloyd George no estará al tanto de eso —repuso Judith con sentido práctico.

—No puede ser Sandwell —dijo Matthew por fin con voz ronca—. Ya lo descartamos. Y seguro que Lloyd George no te creería. Entiendo tu frustración, Judith, pero no puedes lanzar acusaciones como ésa tan a la ligera.

—¡No es una acusación! —exclamó Judith con vehemencia—. Schenckendorff me dijo que era Sandwell. Cuando lo descartamos nos equivocamos. Nos engañó.

—¿Preguntaste a Schenckendorff y te lo dijo? —preguntó Joseph levantando la voz con asombro.

—No fue algo tan escueto —explicó Judith—. Le dije que habían arrestado a Matthew por el asesinato. Creo que se sintió culpable porque Matthew ni siquiera habría estado aquí si no hubiese venido a reunirse con él a petición suya.

—¡Por Dios, Judith! —Matthew apretaba los puños y tenía la espalda tensa—. ¡Ese hombre estaba dispuesto a tiranizar media Europa! No va a sentirse culpable de que me hayan acusado falsamente de un crimen porque vine en su busca para llevármelo a Londres.

—La culpa tiene que ver con la mala conducta, con la hipocresía, no con la enormidad del pecado —le contestó Judith—. ¿No es cierto, Joseph?

Joseph levantó una mano como zanjando el asunto.

—No tengo ni idea, pero ahora no importa. No sabemos si Schenckendorff está diciendo la verdad o no. Por añadidura, ni siquiera sabemos si es quien dice ser. El Pacificador tiene recursos de sobra para darle una identidad falsa, suponiendo que tal cosa sea necesaria para los prisioneros que llegan cruzando las líneas.

Judith frunció el entrecejo.

—¿Y tú crees que con el armisticio tan cerca realmente tiene tiempo de molestarse por nosotros, aunque sea para vengarse?

—Quizá no sea tanta molestia. —Matthew la miró con la cara transida de un miedo que procuraba disimular—. Un solo acto de un alemán que tal vez esté



desesperado y que tenga poco o nada que perder. Fue nuestro padre quien arruinó los planes del Pacificador al principio. Eso no lo habrá olvidado, y dudo que sea un hombre inclinado a perdonar. Si estás perdiendo, el sabor de la venganza puede ser el único que te quede.

Joseph miraba las tablas rotas del suelo y el único trozo de estera vieja que las cubría.

—O tal vez Schenckendorff sea completamente sincero y se haya dado cuenta de en qué se ha convertido el Pacificador, la lenta degradación con que el poder ha ido minando la moralidad de cuando empezó, quizá cuando eran más jóvenes y se conocían mejor...

—Eso no explicaría el asesinato de la pobre Sarah —lo interrumpió Matthew—. Y si lo hizo él, merece que lo ahorquen —agregó con voz ronca de emoción.

Judith sabía que era por su antigua relación con Sarah y también por el vano y violento camino de violencia y ceguera que había terminado a solas en la oscuridad junto a los miembros amputados y los desechos humanos de un hospital de campaña. No era culpa de nadie y lo era de todos. El mundo había cambiado, y buena parte de la brutalidad de ese cambio había alterado para siempre el papel de las mujeres, no sólo para ellas mismas sino también a los ojos de los demás. Ya no había nada seguro y fiable. No cabía confiar en que algo fuese como había sido antes.

—Lo que iba a decir es que tal vez sea exactamente quien dice ser —explicó Joseph—. Pero no habrá sucedido de repente. Es posible que el Pacificador se percatara hace algún tiempo y, en consecuencia, haya golpeado primero.

Matthew lo miró.

—¿Quieres decir que en lugar de matarlo de un tiro montó este plan tan elaborado para que cargara con la culpa de la muerte de Sarah? —Se le crispó el rostro—. ¡Pues entonces aquí hay alguien más al servicio del Pacificador! Fue él quien la mató y está haciendo que Schenckendorff parezca el culpable. ¡Dios Todopoderoso! ¡Qué venganza! Un oficial y aristócrata alemán ahorcado por asesinato, cuando en realidad cruzó las líneas pagando un precio espantoso para consumir el último acto de honor a sus propios principios en vez de a su líder. —Se pasó la mano por el pelo. Suspiró e inhaló profundamente—. ¡Ése es nuestro Pacificador! ¿Qué vamos a hacer?

Joseph miró a Matthew, a Judith y de nuevo a su hermano.

—Lo que nos disponíamos a hacer desde el principio: averiguar con toda certeza, sin dejar lugar a ninguna clase de duda, razonable o no, quién mató a Sarah Price. Lo único con lo que estamos trabajando ahora son las declaraciones de la gente, sobre dónde se encontraban, qué estaban haciendo, a quién más vieron o dejaron de ver, y qué clase de persona era Sarah. —Se inclinó un poco hacia delante, la luz de la vela dorada en su mejilla—. Pero en todo momento estamos pensando en lo que le hicieron.



Matthew se volvió hacia él.

—¿Qué sabes que no sepamos nosotros, Joe? Corren rumores de violación o mutilación, pero si alguien lo sabe, no lo está diciendo.

Judith se estremeció. Se había estado negando a pensarlo con detalle. Nadie había supuesto algún otro motivo que no fuese el sexual, pero eso no era lo mismo que expresarlo con palabras.

Los ojos de Joseph pasaron del uno a la otra con gravedad.

—Es la violación de la intimidad del ser humano lo que resulta insufrible — contestó—. La pérdida absoluta de control sobre tu propio cuerpo y sus pasiones y necesidades, sobre la esencia del modo en que te pertenece. En una mujer se da si es violada por otro; en un hombre se da cuando su propio cuerpo lo traiciona degradando la dignidad que debería tener y lo convierte en una criatura inaceptable para sus semejantes. Todos tenemos miedo de eso. No sabemos cómo impedir que alcance el meollo de la identidad, de la vida. Huimos de la verdad, construimos mentiras con las que poder vivir.

Judith lo miraba con atención y en profundidad. Lo que estaba intentando decir Joseph tenía más calado de lo que ella había pensado, era una idea más dolorosa. Había algo en ella que la tocaba en su propio conocimiento de la pasión y del cambio, de la libertad que había ganado allí, en medio de la masacre, y que no estaba segura de saber manejar una vez que su cuidadosamente delineado trabajo tocara a su fin. Sin una ambulancia..., ni uniforme, ¿quién sería entonces?

—Necesitamos la verdad —concluyó Joseph en un tono casi de disculpa—. Le duela a quien le duela. Fue alguien de aquí. Al investigarlo es posible que también salgan a luz muchas otras cosas que preferiríamos no saber, realmente. ¿Creéis que Schenckendorff es culpable?

—No lo sé —dijo Matthew.

—No —contestó Judith sin el menor titubeo—. Pienso que, de un modo u otro, el culpable es el Pacificador.

* * *

Aquella noche Judith libraba y durmió en el suelo de una de las salas externas del hospital hasta las cuatro de la madrugada, hora en que llegaron los primeros heridos. Estaban a una considerable distancia del combate dado que éste avanzaba hacia el este dirigiéndose a la frontera alemana, y había otros puestos de socorro mucho más cerca del frente. Aquellos hombres no eran sino los que no podían ser atendidos allí.



Trabajó echando una mano a los auxiliares, llevando camillas, ayudando a quienes podían caminar un poco a ir de la ambulancia a la sala de espera o de ésta al quirófano.

Hacia la seis lo peor terminó. Se tomó un tazón de té caliente y un mendrugo de pan reseco; luego fue a ayudar a las enfermeras. No tenía la formación adecuada, pero al menos podía llevar y traer cosas para ellas, también podía realizar las tareas más sencillas. Estaba dispuesta a hacer compañía, con semblante sereno y voz dulce, a aquellos que ya no podían recibir un tratamiento eficaz. Le constaba que Joseph lo hacía con mucha frecuencia. Era muy poca cosa, pero ningún hombre joven debería enfrentarse a solas a la oscuridad final, pasando inadvertido y sin que nadie le manifestara su apoyo y preocupación.

Hacia las ocho estaba compartiendo unas raciones con Lizzie e intentando pensar qué preguntas hacer para desenmascarar las mentiras que pintaban a Schenckendorff como un asesino. Se negaba a aceptar que no hubiera ningún cabo suelto, nadie que supiera algo que finalmente lo aclarara todo.

Moira Jessop se reunió con ellas. Se sentó en un caja vacía sosteniendo su tazón con ambas manos.

—Dentro de un mes podríamos estar todos en casa —dijo alegremente—. Comiendo comida de verdad. Dándonos un baño y durmiendo entre sábanas. Me encantaría sentirme limpia —concluyó poniendo cara de asco. Lizzie respondió con una sonrisa triste—. ¿Y a ti qué te pasa? —preguntó Moira jocosa—. Al menos ahora sabemos que fue un maldito alemán quien mató a la pobre Sarah, y no uno de los nuestros. Ya no tenemos que mirarnos de reojo unos a otros. Ni ir por ahí disimulando el miedo. ¡Y no me vengas con que la mitad de nosotros no lo hacíamos!

Lizzie tragó con dificultad pero, habida cuenta de lo duro que estaba el pan, tampoco era de extrañar.

—La mitad de nosotros tenía miedo de que resultara ser alguien a quien conocíamos bien o que nos gustaba mucho —dijo Lizzie sin mirar a ninguna de las dos.

—¿En serio? —Moira abrió mucho los ojos—. ¿Y a ti quién te gusta?

Lizzie negó con la cabeza.

—Estaba generalizando.

Judith la miró, y no sólo su cara sino el ángulo de sus hombros y su torso, la ligera falta de soltura en el modo de sentarse en la caja de munición, como si le costara trabajo mantener el equilibrio. Ella no sabía que Schenckendorff era importante; seguramente ni siquiera había oído su nombre antes de que las pruebas lo implicaran en el crimen. ¿Por qué no estaba aliviada como todos los demás? Seguro que no era porque creyera saber algo ni porque sospechara de alguno de sus propios hombres.



¿Cómo podría haber permitido que acusaran a Matthew y no decir nada? ¿A quién cabía imaginar que debiera tan alta lealtad?

Moira seguía hablando, fantaseando sobre el regreso a casa una vez hubieran evacuado a todos los heridos, sobre cómo sería volver a vivir tiempos de paz, en qué hospital encontraría trabajo en Inglaterra. Saltaba a la vista que Lizzie no le prestaba atención.

Judith terminó su té y se levantó.

—Vayamos a limpiar el quirófano mientras aún haya ocasión —dijo a Lizzie—. Te echaré una mano.

Lizzie se puso de pie un tanto entumecida.

—Gracias, ¿pero no tienes que ocuparte del mantenimiento de tu ambulancia?

—Todavía no —dijo Judith con firmeza—. Además, es probable que se necesite antes el quirófano.

Pasó delante y Lizzie fue tras ella. Hacía un día radiante y el frío era muy llevadero. En Inglaterra, el final de octubre era una de las épocas favoritas de Judith, con su desgarradora belleza de cielos ventosos, el humo de las hogueras, los encendidos colores de las hojas, las relucientes bayas. Allí, en cambio, era como si la cosecha se hubiese malogrado, como si la tierra yerma estuviera demasiado llena de sangre para dar los frutos del otoño.

La tienda de operaciones estaba desierta, los médicos y auxiliares atendían a pacientes en estado crítico o se habían tomado un respiro echando un sueño o comiendo cualquier cosa.

En cuanto la portezuela se cerró, Judith se volvió hacia Lizzie. No tenía tiempo para andarse con sutilezas. Lizzie le caía mejor cada vez que la veía, y estaba absolutamente convencida de que Joseph la amaba, lo cual era mucho más importante. Además, ahora le estaba sumamente agradecida por la valentía y la resolución con que había ido a ver a Jacobson para que liberara a Matthew.

—¿Qué pasa? —le preguntó a bocajarro—. Todos los demás están contentísimos de que Jacobson haya arrestado a un alemán, pero tú no. ¿Acaso tienes miedo de algún otro, quizá de alguien que creías culpable?

Lizzie levantó la barbilla y la miró sorprendida y consternada.

—¡No! Si hubiese sabido algo así, ¿no crees que te lo habría dicho cuando acusaron a Matthew? Me habría aferrado a cualquier otra respuesta con tal de no explicarle lo de Hodges.

—Sí, por supuesto. Perdona —se disculpó Judith de inmediato—. Pero algo te pasa. Todos los demás se sienten aliviados y en cambio tú das la impresión de que sea peor. ¿A qué se debe?



En cuanto lo hubo dicho se dio cuenta de que estaba siendo impertinente. Nada le daba derecho ni excusaba que exigiera respuestas a lo que tenía visos de ser un íntimo pesar.

Lizzie se volvió y comenzó a limpiar el quirófano, recogiendo palanganas y gasas sucias, vendajes y trozos de tela ensangrentada cortados de los uniformes de los heridos. Era lo primero que había que hacer antes de plantearse siquiera limpiar la sangre del suelo.

—Quizá podrías ir a buscar agua —pidió Lizzie, manteniendo la cara apartada, atenta a lo que estaba haciendo—, si es que encuentras con qué. Tendré esto listo para cuando vuelvas.

Era una manera de zanjar un asunto del que no iba a discutir. Siguió recogiendo, ordenando, doblando. Evitó en todo momento mirar a Judith a los ojos.

Judith obedeció porque comprendió que no iba a contestarle y que presionarla más le granjearía una enemiga cuando lo que quería era todo lo contrario. Fue en busca del agua. No era preciso que estuviera muy limpia ya que sólo se usaría para baldear la sangre y el barro del suelo. Nada que cayera podía volver a usarse sin esterilizarlo previamente.

Anduvo por el sendero entarimado sumida en sus pensamientos. ¿Por qué no confiaba en ella Lizzie? Habían hablado abiertamente hasta entonces. La única respuesta que le acudía a la mente era la que menos deseaba creer. ¿Se había percatado Lizzie de lo profundos que eran los sentimientos de Joseph por ella y se veía incapaz de corresponderle? Quizás aún estuviera llorando a su marido, asesinado en el verano de 1916, y todavía no pudiera amar a otro hombre. Theo Blaine había sido brillante, uno de los mejores científicos de su generación. ¿Cómo iba Joseph a igualarlo en su estima?

Aquél era un pensamiento apabullante que Judith no iba a tolerar. Joseph ya había sufrido bastante con la pérdida de Eleanor. Lizzie lo sabía y le dolería tener que rechazarlo, pero no podía aceptar a alguien por compasión; ésa sería la peor decisión posible. No acertaba a imaginar nada que causara más dolor, pues te privaba de creer en ti así como en el amor que tanto anhelabas.

Llenó el cubo con agua fría, que no era potable pero que valdría para limpiar el suelo, y lo llevó de regreso a la tienda de operaciones. Abrió la portezuela y lo dejó en el suelo dando un golpe. Lizzie levantó la vista hacia ella. El pelo moreno se le estaba saliendo de las horquillas y tenía el cutis desprovisto de color.

—Gracias —dijo en voz baja.

A Judith le encogió el corazón la soledad que traslucía el rostro de Lizzie. Daba la impresión de estar consiguiendo no llorar gracias al más estricto dominio de sí misma. Abrió la boca para ir a preguntarle otra vez pero Lizzie cogió el cubo y se volvió, haciendo que Judith se sintiera torpe.



—Necesitarás más —dijo—. En cuanto hayas usado éste, iré a por otro.

Lizzie no contestó. Parecía temer que le fallara la voz.

* * *

Judith pasó el resto del día conduciendo la ambulancia, llevando hombres que habían llegado después del asesinato al siguiente hospital del frente. Wil Sloan viajaba con ella. Estaba de un humor inusualmente sombrío. Durante el trayecto hacia el sur, estuvo demasiado ocupado atendiendo a los heridos como para que Judith tuviera ocasión de conversar con él, pero en el camino de regreso viajó sentado a su lado mientras la noche cubría los campos con su manto ocultando parte de las cicatrices de la tierra. Avanzaban inmersos en su pequeño mundo ruidoso. A cada tanto los faros hacían resaltar edificios en ruinas, esqueletos de paredes y ventanas recortados contra el cielo del ocaso.

—¿Sigues pensando en regresar a tu patria? —le preguntó Judith tras una violenta sacudida al pasar por un cráter que la pilló desprevenida.

—Oh, seguramente. Tarde o temprano —contestó Wil—. Cuanto más lo demore, más difícil será. Supongo.

Lo miró de reojo, pero la escasez de luz le impidió ver su rostro.

—No me refería a si vas a ir, lo que quería decir es si te sigue preocupando —aclaró Judith—. No debería preocuparte, en realidad. Estarán orgullosos de ti. Habrán olvidado la pelea. Ya es historia. Todo el mundo es diferente ahora. —Lo dijo con firmeza, procurando pensar sólo en lo positivo, con ánimo de convencerlo.

—¿Tú crees? —Wil no apartó la vista del frente.

—¡Por supuesto! Fuiste uno de los primeros en venir, mucho antes que el resto de los soldados de Estados Unidos. Clavaste tu bandera al mástil. No deberías olvidarlo. —Wil frunció el entrecejo—. Es un término naval —explicó Judith sorteando el cráter siguiente, aunque virando en el último momento, de modo que le hizo perder el equilibrio y tuvo que agarrarse al salpicadero—. Significa que la fijas al mástil para no poder arriarla y rendirte, pase lo que pase.

Wil sonrió. Judith reparó en el tono divertido de su voz.

—¡Ya lo sé! Que sea oriundo del Midwest no significa que no sepa nada de historia, aunque viviera a mil quinientos kilómetros del mar.

—Perdón.

Wil guardó silencio un rato, tan obviamente absorto en sus pensamientos que Judith no lo interrumpió.



—¿Crees que alguien perdió los estribos con Sarah porque había tonteado con él y luego le dio un chasco? —preguntó mientras daban un viraje y volvían a enderezarse.

Judith se dio cuenta de que la pregunta iba muy en serio. Wil había huido de su pueblo natal debido a una estúpida pelea en la que la emprendió a golpes contra su oponente haciéndole más daño del que tenía intención de hacerle. Viajó de polizón en un tren de mercancías hasta alcanzar la costa este y allí se embarcó rumbo a Inglaterra para alistarse como voluntario en el servicio de ambulancias.

—¿Wil? ¿Tu pelea acabó peor de lo que me contaste? Dijiste que no fue nada grave, sólo unas magulladuras y una mandíbula rota.

—Y así fue. —Wil seguía mirando al frente, como si ver la carretera fuera a hacerla más segura—. Tuve suerte. Tengo que dejar de engañarme a mí mismo, Judith. Pude haberlo matado. Perdí los estribos, y lo digo en serio. No sabía lo que estaba haciendo ni me importaba. ¿Volverá a pasarme alguna vez?

—¿Qué te lleva a pensar eso? —dijo Judith, desconcertada por la intensidad de los sentimientos del joven. Nunca lo había visto así. ¿Tan insensible la había vuelto la guerra?

—Sarah —contestó Wil al cabo de un momento—. Supongo que en realidad no me había detenido a pensar en..., en esa clase de cosas hasta ahora. Y no me digas que sólo la mataron, como si bastara con que fuese británica. Nadie ha dicho qué le hicieron exactamente, pero me consta que había sangre en cantidad. Puedo adivinarlo. El agresor no eligió a una mujer porque fuera más débil..., hay muchos hombres heridos que no habrían podido defenderse. —Se había puesto colorado. Judith lo vio gracias a los faros de un vehículo con el que se cruzaron—. No es difícil ver que todas las mujeres se sienten..., avergonzadas, amenazadas —prosiguió Wil—. Algunas incluso la culpan porque así tienen la impresión de estar a salvo ya que no hacen lo que ella hacía, aunque están enfadadas con todos los hombres, como si fuese culpa nuestra, cuando en realidad nosotros sólo..., no, supongo que es diferente. —Trataba de encontrar las palabras adecuadas, con torpeza, procurando ser sincero—. Nos da miedo que nos culpen, no que nos pase a nosotros. Pero nos da miedo que pueda ocurrirles a las mujeres que apreciamos. No estoy enamorado de ti, ni nada por el estilo, ¡pero tendría ganas de matar a cualquiera que te hiciera daño!

Puso mucho cuidado en no mirarla ni siquiera un instante.

—Gracias —respondió Judith con gravedad. Le constaba que Wil había estado cuando menos un poco enamorado de ella hacía cosa de un año, pero por supuesto nunca había permitido que él supiera que lo había visto en sus ojos, en su vacilación, en las cosas que no había dicho—. Me gusta pensar que me defenderías, pero no va a pasarme nada. Al menos no esa clase de cosa.

—¿Crees que lo hizo ese alemán?



Detestaba la idea de mentirle.

—No lo sé. No estoy segura del todo. ¿Y tú?

—Lo cierto es que tampoco —admitió Wil—. Es como si la guerra sacara a la luz muchas cosas que ni sabías que estaban ahí. Nunca imaginé que pudiera cabrearme tanto con alguien como para tener ganas de matarlo. Pero si no hubiese sido por los que me contuvieron, realmente habría hecho daño a aquel tipo del bar en el pueblo. Quizá quien mató a Sarah no tuvo a nadie que lo contuviera y simplemente perdió la cabeza..., hasta el punto de que toda la furia y el sufrimiento que había sentido hasta entonces le hicieron hervir la sangre, y para cuando entró en razón ya era demasiado tarde.

Judith no supo qué contestar y se quedó dando vueltas a la idea.

—Tu crees...

—Algunos hombres me han hablado del miedo —prosiguió Wil—. Hombres que querían ser valientes y salir de la trinchera, saltar el parapeto para cargar contra el enemigo; pero los pies no les obedecieron. Se quedaron paralizados de puro terror. Preferirían haber muerto antes que hacer eso, pero no pudieron controlarlo. El cuerpo los traicionó, no la mente o el corazón. —Se volvió hacia ella—. ¿Crees que la rabia o la humillación podrían tener ese efecto también? Quizá si te sientes tan impotente, tan..., tan menospreciado, tan burlado, inferior al resto de los tíos..., de repente arremetas contra lo que sea. Cualquier cosa con tal de volver a tener el control de algo, sin que en realidad te des cuenta de que has perdido la cabeza.

Quedaban menos de tres kilómetros hasta las trincheras. El cielo se había abierto y una tímida luna alumbraba la carretera mojada.

—¿Sabes quién lo hizo, Wil? —preguntó Judith en voz baja—. Creo que deberías decir la verdad.

—No, no lo sé. —No hubo el menor titubeo en su voz—. Pero me temo que hay bastantes que podrían haberlo hecho. El impulso de estar con una mujer puede ser muy fuerte, y a Sarah no le importaba utilizar sus..., sus encantos. Si la menospreciabas en algo, podía tomarla contigo y hacértelas pasar canutas. No digo que eso lo justifique; no es así —agregó enseguida—. Pero si sabes que puedes morir, o quedar tan malherido como para preferir estar muerto porque ninguna mujer volverá a mirarte nunca, o porque tus heridas te han dejado inútil para eso, quizá veas las cosas de otra manera.

—No sólo la violaron, Wil —dijo Judith en voz baja—. ¡Le hicieron una carnicería y la dejaron tirada en la basura como si fuese un desperdicio más en medio de los miembros amputados! Eso va mucho más allá de cualquier frustración que uno pueda sentir. Es odio.

Wil se quedó muy quieto, soltando el aire lentamente.

—¡Jesús! No lo sabía...



Le costaba respirar y por un momento pareció que fuese a vomitar.

—¿Wil? —Judith se volvió para mirarlo y condujo peligrosamente cerca del borde de la carretera, haciendo que la ambulancia diera sacudidas y patinazos entre los cráteres. La enderezó bruscamente—. Perdón.

—¡Yo no lo hice, Judith! —exclamó Wil con voz entrecortada—. Sólo sé que todos están asustados, no sólo las mujeres.

Se pasó el dorso de la mano por la boca.

—¿Sabes si alguien está mintiendo para proteger a un tercero? —preguntó Judith—. ¿Tal vez alguien con quien esté en deuda por algo importante, como que lo hayan sacado de una alambrada o traído de vuelta desde la tierra de nadie? Eso serían cosas por las que pagarías cualquier precio el resto de tu vida ¿no?

—Sí —admitió Wil—. Por eso todo el mundo está tan contento de pensar que haya sido un alemán.

—¿Pero y si no lo fue? —insistió Judith—. No podemos ahorcar a alguien sólo porque sea conveniente. Me niego a que caigamos tan bajo.

—No es tan fácil —contestó Wil—. ¿Nunca has estado en deuda con nadie? ¿Por algo que te pese tanto que apenas te deje respirar? Esas deudas hay pagarlas. No tienes elección.

—¡Tú sabes algo, Wil!

—He oído hablar a los heridos —reconoció—. Tú no, porque vas aquí delante conduciendo, pero yo paso mucho rato con algunos de ellos.

—¿Qué es lo que sabes? No pienso seguir adelante hasta que me lo digas.

—Yo puedo volver a pie mejor que tú.

—¡Wil! —protestó Judith desesperada.

—Sé lo que sientes de algunos hombres —contestó Wil—. Eso es todo. Ya te lo he dicho, no sé quién lo hizo. No tengo ni idea. ¡Demonios, Judith, si lo supiera lo habría dicho cuando arrestaron a tu hermano!

—Sí. Sí, lo sé.

Volvió a engranar la marcha y dirigió las ruedas hacia las rodadas de la carretera. Aún les quedaban más de dos kilómetros antes de llegar.

Cuando Judith detuvo la ambulancia y la aparcó, Wil fue a ayudar a los auxiliares con los nuevos heridos y ella comenzó las habituales tareas de mantenimiento del vehículo. Se encontraba en la trasera ordenando y limpiando las camillas y barriendo el suelo cuando oyó ruido de pasos en el barro, y un instante después una sombra tapó la luz que entraba por la puerta.



Judith levantó la vista e identificó una silueta conocida. Muy a su pesar, el corazón le dio un vuelco y se le hizo un nudo en el estómago. Deseaba no perder el dominio de sus emociones pero, tal como había dicho Wil, su cuerpo la traicionó. Tenía frío y calor a la vez, y las manos pegajosas.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó Mason.

—En realidad no, gracias. Ya casi he terminado —dijo con una pizca de frialdad más de lo que se había propuesto. Aunque tal vez fuese mejor así. No quería abrigar esperanzas ni imaginar que veía en él una ternura o una fe que eran meras figuraciones suyas—. ¿Qué noticias hay del frente? ¿Dónde estamos ahora?

—A unos tres kilómetros de Tournai, según el último parte—contestó Mason—. Se sigue combatiendo con encono.

—Sí, ya lo sé. Aún nos llegan bastantes bajas.

—Me han dicho que habéis descubierto al hombre que mató a la enfermera. Que es un alemán.

Judith seguía mirando las camillas de la ambulancia pese a que ya no había nada que hacer con ellas.

—Lo han arrestado, pero aún no han reunido las pruebas necesarias para acusarlo formalmente. Más bien me parece que está bajo vigilancia por su propia seguridad.

Mason guardó silencio un momento. Judith se apeó de la ambulancia aceptando la mano que éste le ofreció, ya que de lo contrario se habría puesto en evidencia. Se sintió invadida por una absurda timidez. Su proximidad física le dificultaba concentrarse y se enfadó consigo misma por permitirlo.

—¿Pero lo hizo? —dijo Mason al cabo, una vez que ella hubo cerrado las puertas y ambos se dirigieron hacia la tienda donde era más probable encontrar té caliente. Ya era noche cerrada y el viento del este soplaba más frío y con más fuerza.

—No lo sé.

Judith sabía que al admitirlo dejaría en el aire preguntas que Mason sin duda le haría y respuestas que revelarían sus sentimientos en mayor medida de lo que deseaba mostrar, pero se negó a mentirle.

Mason no volvió a hablar hasta que entraron en la tienda.

—Tú no crees que lo hiciera él ¿verdad? —Aquello era un reto—. ¿Por qué? ¿Por qué tienes miedo de que no sea lo que todo el mundo quiere?

—No. Yo...

¿Qué podía decirle que tuviera sentido sin sacar a relucir la identidad verdadera de Schenckendorff? Eso no podía hacerlo, aunque tuviera que mentir. Era sumamente consciente del oscuro punto de vista a propósito de la futilidad de la guerra y del sinsentido del sufrimiento que ésta conllevaba. Lo había constatado



amarga e ineludiblemente después del consejo de guerra del año anterior. El dolor que sintió al darse cuenta de que él no compartía su fe, ciega, lo admitía, en alguna clase de victoria íntima, estaba grabado a fuego en su mente y nunca lo podría olvidar, por más que él le gustara o incluso que lo amara. Joseph había dicho que nunca la haría feliz. Había odiado a Joseph brevemente por atreverse a decirlo, seguramente porque en el fondo de la fe, la pasión y la luz que la hacían ser quien era, ya sabía que era verdad.

Mason estaba aguardando. Sus ojos transmitían un apremio y una gentileza que Judith no había visto hasta entonces. Aguardaba a que ella hablara, deseoso de entenderla.

Judith comenzó por la verdad.

—Hablé bastante con él. Estaba ayudando a las enfermeras. Antes de que lo acusaran, por supuesto. Tenía un pie en muy mal estado, pero al parecer podía soportarlo. He visto a hombres hacer cosas extraordinarias cuando están tan malheridos que ni siquiera cuentan con que sobrevivan, y menos aún que sean capaces de recorrer kilómetros o combatir. El caso es que no había..., ningún rencor en él. Hay que estar terriblemente enojado para violar y acto seguido matar.

Mason le estudiaba el semblante. Judith tuvo que esforzarse por disimular sus sentimientos, guardarse las esperanzas para sí, no fuera ser que él se percatara y lo comprendiera. La amistad lo era todo, eso se lo iba a dar, pero el amor era mucho más peligroso, consumía en demasía la razón, el juicio, el coraje o el empeño de seguir adelante cuando era traicionado.

—¿Qué vas a hacer al respecto? —preguntó Mason finalmente.

Aquello era lo último que Judith esperaba que dijera. Había contado con una arenga sobre los motivos por los que debía dejar el asunto en manos de la policía. Lo miró por si se estaba mofando de ella y vio que no.

—Tratar de descubrir a quien esté mintiendo para proteger a un tercero antes de que se lleven a Schenckendorff de aquí —contestó—. Todo el mundo tiene miedo y existen..., lealtades, deudas que parecen mayores que la culpa por un crimen. Todos queremos que esto acabe de la manera menos dolorosa para nosotros.

Mientras lo decía pensó en Wil. Aún le dolía la sorpresa de los abismos de su fuero interno que había compartido con ella. Veía que había estado ciega a buena parte de Wil más allá de su rostro de sonrisa fácil, su buen humor, el modo en que siempre podías confiar en que estuviera ahí. ¿A cuántas otras personas no se había molestado en comprender?

—Hemos pasado juntos por mucho y creemos conocernos bastante bien —prosiguió Judith—, pero no es así. Conocemos el sentido del deber, la valentía y los hábitos personales. Seguramente ni siquiera nos reconoceríamos por la calle en la vida civil, cuando puedes vestir como quieres, elegir tu trabajo, aunque sólo sea en



parte, trabar amistad con quien te apetezca. Aquí la amistad es lo único que impide que pierdas la cordura. ¿Crees que se prolongará después?

La respuesta a esa pregunta era más importante que casi todo lo demás. Ni siquiera se había atrevido a formularla hasta entonces. Tendría que habérsela hecho a Joseph o a Wil, no a Mason. ¿Qué clase de respuesta esperaba recibir? Tal vez la soledad fuera lo que todos ellos temían cuando todo aquello hubiese terminado. Y para ella era aún peor que para muchos otros. Nunca podría regresar a la vida que una vez había anhelado, a una felicidad doméstica como la de Hannah, o la de su madre, por más que amara a alguien, incluso a Mason. ¿Y acaso algún hombre amaría a la clase de mujer en que se había convertido? La guerra le había dado alas. Para bien o para mal, en cualquier caso ahora era diferente.

—Hay amistades que duran siempre —dijo Mason sosteniendo su mirada—. Las buenas. A veces queremos olvidar esto, pero habrá momentos en que necesitaremos recordarlo, porque hemos visto cosas que otras personas no pueden siquiera imaginar. ¿Con quién las compartiríamos? Es imposible contárselo a quien no lo ha vivido. —Judith lo miraba fijamente—. Necesitaremos a alguien que entienda por qué reímos y lloramos cuando lo hacemos. Por qué vemos un árbol en flor y no podemos quitarle los ojos de encima. Por qué la crueldad contra un caballo nos da ganas de pegar a la persona que le ha hecho daño hasta que no pueda tenerse en pie. Y por qué a veces nos sentimos culpables de estar vivos y gozar de salud, cuando tantos de los mejores hombres que conocimos están aquí, debajo del barro, y nunca regresarán a casa.

Judith asintió, incapaz de hablar por tantos y tan tristes recuerdos. Levantó la mano y le acarició la cara, para acto seguido retirarla azorada.

Mason sonrió lentamente, y la esperanza que traslucían sus ojos la encandiló.

* * *

Al día siguiente Judith condujo a más hombres a los hospitales más grandes del sur y el oeste. Acababa de regresar y poner el freno cuando Joseph fue a su encuentro chapoteando por el barro con el rostro transido de inquietud.

—Se llevan a Schenckendorff pasado mañana —dijo desesperado—. Dentro de apenas treinta y seis horas. Lo juzgarán de inmediato y lo ahorcarán.

Se guardó de agregar los demás pensamientos que cruzaban las mentes de ambos. ¿Era culpable o inocente? ¿Sabía realmente quién era el Pacificador? ¿Decía la verdad y el Pacificador había orquestado deliberadamente todo aquello para disfrutar de una venganza exquisita? ¿O mentía para inducirlos a acusar al hombre equivocado, quizás incluso arruinarlo, y liberar al auténtico Pacificador? ¿O era mera coincidencia, la última farsa de todo el asunto?



Capítulo 7

Sentada en el catre de su búnker, Judith trataba de poner sus ideas en orden. Cada una de las posibilidades que habían contemplado dependía de tantas declaraciones que podían ser mentiras o equivocaciones, que acababa por desvanecerse en cuanto intentaban demostrarla.

Ahora parecía que a Sarah tenían que haberla matado más tarde de lo que pensaban al principio, si Benbow realmente la había visto después de las cuatro de la madrugada. Sin embargo, por el estado del cuerpo, la sangre, la temperatura cuando fue hallada a las seis y media, ya llevaba muerta un mínimo de dos horas. Por consiguiente, tenía que haber muerto entre las cuatro y las cuatro y media.

¿Cabía que alguno de los soldados de guardia estuviera contando la verdad con toda exactitud, fuese adrede o sin querer? Cualquiera de ellos pudo quedarse a solas un rato, si el otro se había ausentado de su puesto por una alarma o emergencia; y si lo habían hecho ambos, entonces era cuando menos posible que cualquiera de los heridos alemanes que estaban en condiciones de caminar, distinto de Schenckendorff, hubiese salido del barracón y matado a Sarah. Si ella se había mofado de ellos a propósito de lo que les sucedería a sus mujeres, les habría dado un motivo sobrado.

Judith se estremeció. El interior del búnker quedaba a resguardo del viento pero era pequeño, cavado en la tierra como una tumba, y las paredes de arcilla siempre emanaban humedad. El aire estaba viciado.

¿Cuánto tardaba un hombre en violar a una mujer y luego matarla a bayonetazos? Judith no tenía ninguna experiencia práctica en nada que se asemejara a esa clase de conducta, ni siquiera para aventurar suposiciones. Sin duda no menos de diez o quince minutos. Joseph había visto el cadáver, pero se negaba a comentar nada al respecto, lo cual resultaba en cierto modo ridículo. Judith era conductora de ambulancia; había visto toda clase de muertes y mutilaciones. Con excepción, por supuesto, de la violación deliberada de una mujer.

Seguía dándole vueltas en la cabeza. Entre las cuatro y las cinco la mayoría de las personas tenía coartadas sólidas y cabía descartarlas. Tiddly Wop Andrews había sufrido un tajo en el costado, pero podía caminar, y en cuanto se lo limpiaron,



cosieron y vendaron, lo cual sucedió mucho antes de las tres, estuvo en la tienda de reanimación, y Cully Teversham lo había confirmado bajo juramento. Había entrado a ver a su hermano Whoopy, herido de metralla en la pierna y el costado. Allie Robinson daba cuenta del paradero de Cavan salvo por unos minutos aquí y allá, desde luego no el tiempo suficiente como para buscar a Sarah, violarla y matarla. Y tampoco era que Judith en algún momento hubiese imaginado siquiera que Cavan fuese culpable.

Los soldados de guardia, Culshaw y Turner, daban cuenta el uno del otro, aunque eso no significaba prácticamente nada. Snowy Nunn había estado en el hospital porque había traído a Stan Tidyman, que había perdido una pierna. Snowy había corroborado la coartada de Barshey Gee, herido en el hombro izquierdo y con una desholladura en la sien, aunque también en condiciones de caminar.

Sólo que aquél era justamente el meollo del asunto. Barshey Gee no había estado en la tienda donde lo situaba Snowy, al menos no todo el tiempo, porque la propia Judith lo había visto a las cuatro y cuarto cerca del acceso a una de las viejas trincheras de avituallamiento. Eso quedaba a una distancia considerable del lugar donde habían matado a Sarah, pero significaba que Snowy estaba mintiendo para protegerlo.

Y si ella lo sabía era porque estuvo allí en persona, no donde había declarado haber estado cuando mintió para proteger a Wil Sloan.

¿Cuántos otros mentían para proteger a alguien que conocían y en quien confiaban, convencidos sin asomo de duda de que era inocente? ¡Y uno de ellos se equivocaba!

Permanecía inmóvil, con frío, agotada por lo enredado del asunto. Antes de que Matthew y Joseph se marcharan habían llegado a hablar de la posibilidad de que Matthew regresara a toda prisa a Londres e intentara convencer a Shearing para que interviniera, que diera un golpe de mano amparado en la prioridad de los servicios de inteligencia, haciéndola prevalecer incluso sobre los requerimientos de la justicia. ¿Pero cómo iban a convencer a Shearing de que Dermot Sandwell era el Pacificador y de que por añadidura estaba a punto de sabotear los acuerdos del armisticio? Si ni siquiera ellos mismos estaban seguros.

Se oyeron unos pasos fuera y la arpillera se movió.

— ¿Se puede? —preguntó la voz de Lizzie, tensa y cansada.

Judith levantó la vista.

—Por supuesto —contestó, y al instante se arrepintió. En aquel momento preciso no tenía paciencia para nadie más. Una incesante e infructuosa ansiedad le ocupaba la mente—. ¿Qué sucede? —preguntó mientras Lizzie bajaba los peldaños del búnker y dejaba que la arpillera se cerrara a sus espaldas. A la luz del único farol Lizzie se



veía muy pálida y ojerosa. Se sentó en el catre como si dudara de que las piernas fueran a sostenerla mucho rato más.

—Dicen que se llevarán al alemán en cuestión de un par de días —dijo con voz ronca—. ¿Qué harán con él?

—Juzgarlo y ahorcarlo —contestó Judith. Resultaba doloroso decirlo en voz alta; aquellas palabras contagiaban una desesperación de la que no había sido plenamente consciente hasta entonces.

—¿Ahorcarlo? —susurró Lizzie. Intentó tragar saliva, pero fue en vano. Tenía la boca demasiado seca—. Pero...

—Consideran que es culpable de un crimen atroz —dijo Judith con dureza—. A Sarah la violaron y la mataron con una bayoneta. No quieren contarlo para evitar que cunda el pánico o que alguien la vengue tomándose la justicia por su mano. Pero es la verdad. Luego la dejaron tirada como a una puta, despatarrada en medio de los desperdicios. ¿No te parece que quien lo hizo merece morir en la horca?

—Si ahorcan a alguien y luego descubren que se han equivocado...

La voz se le quebró y de pronto se encorvó como si le flaquearan las fuerzas, con la mirada perdida, o más bien vuelta hacia dentro, como si viera algo insufrible en su fuero interno.

¿Era posible que Joseph hubiese roto el secreto y le hubiese hablado de Schenckendorff y el Pacificador? Judith se sentó en el otro camastro y se inclinó hacia delante.

—Lizzie... —Lizzie parecía no oírla—. Lizzie —repitió Judith con apremio—. ¿Joseph te ha contado que...? —Se interrumpió. Ante la mera mención del nombre de Joseph, Lizzie se había estremecido. Fue un movimiento tan sutil que casi pasó desapercibido, pero era como si el sufrimiento que anidaba en ella hubiese aumentado. ¿Por qué iba a sentir Lizzie un dolor tan exacerbado si desenmascaraban al Pacificador o fracasaban en el intento? Judith se negó a creer que se tratara de eso. Lizzie era exactamente tal como parecía. Judith se dijo a sí misma que no debía permitir que el Pacificador y las sospechas que éste suscitaba lo emponzoñaran todo.

Lizzie permanecía inmóvil, con los nudillos blancos. Con suma delicadeza Judith apoyó una mano sobre la de Lizzie, sin llegar a cerrarla.

—Creo que será mejor que me lo cuentes. ¿Es culpable Schenckendorff?

Lizzie lo negó moviendo tan poco la cabeza que apenas llegó a ser un gesto.

—¿Estás segura? —preguntó Judith.

—Sí.

Fue una respuesta forzada, como si tuviera la garganta irritada.

—¿Quién lo hizo, Lizzie?



—No lo sé. —Por fin Lizzie miró a Judith a los ojos—. De verdad que no. No tengo ni idea. Sólo que no es Schenckendorff.

—Si no sabes quién es, ¿cómo puedes saber que no es él? —preguntó Judith—. No tiene sentido.

Lizzie no contestó.

Judith aguardó. Se hizo el silencio en el búnker, nada se movía. Fuera el barro pisoteado succionaba las botas de los soldados y llegaban voces de lejos. Finalmente Lizzie inhaló y soltó el aire despacio dos veces.

—Porque hubo otra violación antes de que Schenckendorff cruzara las líneas.

—¡Otra violación! ¿Estás segura?

Entonces, como si una mano de hielo se metiera dentro de ella, Judith cayó en la cuenta de lo que Lizzie había querido decir. La abrazó estrechándola con fuerza, ansiosa por consolarla, a sabiendas de que eso era imposible. ¿Qué clase de consuelo cabía ofrecer? La habían violado, su sufrimiento sería inimaginable. ¿Cómo tuvo que sentirse cuando hallaron el cadáver de Sarah y supo de lo que había sido capaz el hombre que la había violado?

El tiempo pareció detenerse, los segundos se eternizaban. Al cabo Lizzie apartó a Judith y se tapó la cara con las manos, apretándose los ojos.

—Era ya oscuro. De verdad que no le vi la cara. Pero eso no es lo peor. —Se le quebró de nuevo la voz. Temblaba tanto que le castañeteaban los dientes—. Estoy embarazada.

Qué obscenidad.

—¡No puedes saberlo! —le dijo Judith—. ¡Es demasiado pronto! A lo mejor...

—¡Lo estoy! Fue hace más de un mes.

—Más de... ¡Entonces fue antes de que Matthew viniera! ¡Sabías que tampoco podía ser él! ¿Habrías dejado que lo ahorcaran?

—No..., no, claro que no. Si no hubieseis podido demostrar su inocencia, lo habría contado. —Lizzie levantó la vista; tenía los ojos anegados en lágrimas—. ¿Es preciso decírselo a Joseph? Se... No... No me querrá... Ya no me querrá...

A Judith se le partió el alma. La compasión le dolió como una herida en carne viva anulando cualquier otra sensación. Entendía a Lizzie a la perfección. De haber sido ella la penetrada, la mancillada, la aterrorizada de modo tan imborrable que su propia esencia no fuese algo íntimo ni estuviera a salvo, que ya ni siquiera fuese suya, no habría querido que el hombre a quien amaba lo supiera jamás. Se lo habría guardado para sí a pesar de la rabia, la confusión y la terrible y desesperada soledad que conllevara semejante decisión.



De pronto se puso furiosa. Montó en cólera al pensar que una mujer tuviera que endurecerse tanto, que avergonzarse como si fuese culpa suya hasta el punto de no atreverse siquiera a denunciar el delito. No se trataba sólo de las cosas que decían los hombres, ni mucho menos: era lo que las mujeres decían con la misma o incluso mayor mordacidad. El miedo las hacía ser despiadadas en sus acusaciones.

Si le hubiese ocurrido a ella, habría podido decir que se había salido de la carretera con la ambulancia o que se había caído llevando una camilla, cualquier cosa que explicara los cortes y magulladuras de modo que nadie llegara a enterarse de lo que había sucedido dentro de ella. Con el tiempo las heridas se habrían curado y quizá las llegaría a olvidar, al menos en apariencia.

Ahora bien, ¿y si estuviera embarazada? ¡Eso no podría olvidarlo! Soltera y encinta. Lizzie ni siquiera tenía familia. ¿De qué servía ganar la guerra allí, si una mujer no osaba denunciar que la habían violado y la dejaban sola para dar a luz al hijo de su violador?

Jacobson no era mal hombre, no era grosero ni violento pero, no obstante, al interrogar a Judith la había acusado de mentir. Había supuesto que ella era una víctima que no iba a admitir serlo, y Judith se había sentido ultrajada pese a que no era verdad. ¿Qué pensaría de Lizzie? ¿Acaso llegaría a comprender por qué lo había ocultado?

Se agachó y tomó las manos de Lizzie entre las suyas con dulzura, sólo para tocarla, sin apretar.

—No se lo cuentes a nadie por ahora —dijo con ternura—. Quizás encontremos un modo mejor de resolverlo. No hagas nada. No pienso dejarte sola ni ahora ni después.

Mientras le decía esto no tenía ni idea de qué iba a hacer. Por el momento, nadie más lo sabría, pero al cabo de dos o tres meses resultaría evidente. ¿Qué le diría a Joseph entonces? Recordó su aflicción tras la muerte de Eleanor y de su hijo nonato. Se había quedado como atontado, como si se le hubiese paralizado el corazón. Después de todas las demás pérdidas, ¿cómo iba a encajar aquello? Había parecido que él y Lizzie por fin estaban a punto de alcanzar la felicidad, pero les había sido arrebatada y hecha añicos; no tendrían modo de recomponerla.

Judith sentía una pena tan grande como la de estar observando a un ser querido que lucha por respirar y finalmente no lo consigue. No sabiendo cómo actuar, se arrodilló, abrazó a Lizzie y dejó que el tiempo transcurriera.

Ni siquiera sabía cuánto rato había pasado cuando Lizzie la apartó y se puso de pie. No dijo nada. Los labios le temblaban y tenía los ojos arrasados por las lágrimas. Se sacudió con impaciencia. Aquél no era momento para llorar.

—Gracias —dijo Lizzie con voz ronca. Luego se volvió y subió los peldaños del búnker, abrió la cortina de arpillera y salió al aire frío del exterior.



* * *

Judith sabía que sólo tenía que decírselo a Matthew. Joseph tendría que saberlo algún día, pero todavía no, quizá no durante una larga temporada. Tal vez sería mejor cuando estuvieran todos en casa, el Pacificador hubiese sido desenmascarado y las viejas heridas comenzaran a cicatrizar. Cabía que Lizzie no llegara a dar a luz. Con todos los miedos y la violencia de la guerra, con tantas privaciones, era posible que sufriera un aborto. La mayoría de mujeres no daba por seguro un embarazo hasta transcurridos los primeros dos o tres meses. Quizá pudiera permitirse el lujo de no tener que decirle nada a Joseph. Desde luego no tenía por qué hacerlo ahora.

Iba dando vueltas a todo aquello mientras buscaba la ocasión propicia para hablar con Matthew; quería tener la certeza de estar a solas con él y de que nadie los interrumpiera.

Aprovechando que Joseph había acudido al frente para ofrecer su ayuda a los camilleros, fue a su búnker, donde encontró a Matthew dormido. Pese a la apremiante necesidad de demostrar que Schenckendorff era inocente, aquél era un deber que no debía abandonar. Tenía que pensar en los hombres de las granjas y los pueblos cercanos a Selborne St. Giles. Algunos de ellos estaban muy malheridos y quizá morirían. Nunca se sabía; un hombre que aparentaba no tener más que un trozo de metralla clavado en sus carnes podía estar muy debilitado a causa del agotamiento, el shock y la pérdida de sangre o el frío. A veces había otras heridas, ocultas por lesiones más leves, que habían desgarrado la piel y provocado algo más que una laceración de la piel.

Judith bajó los peldaños hacia la oscuridad. Sabía dónde estaba el farol, lo buscó a tientas y lo encendió. Luego lo dejó encima de la mesa que Joseph usaba para escribir cartas de condolencia y también cartas de amor para quienes se expresaban con dificultad, para quienes eran torpes en el manejo de la pluma y para aquellos cuyas heridas les impedían sostenerla.

Matthew dormía. Ni siquiera se movió. Yacía acurrucado incómodamente sobre el estrecho camastro con el pelo rubio revuelto. Lo llevaba más largo que un soldado, pero la suya era otra clase de batalla. Aquella no era su palestra. Tenía que anticiparse, ser más listo que el enemigo, no abrirse paso entre el barro, fusil y bayoneta en ristre, cargando con comida, agua y munición a la espalda.

Lo tocó con cuidado y, al ver que no despertaba, insistió con más firmeza. Matthew gruñó, aún profundamente dormido. Pero no había tiempo para dejarle descansar. Aquel asunto no podía ceder al confort, ni siquiera a la necesidad.

—¡Matthew!



Matthew abrió los ojos y los enfocó con dificultad. Estudió el semblante de Judith en busca de algún indicio de pesar. Al no encontrarlo soltó el aire lentamente. Había tenido miedo de que hubiese venido a decirle que Joseph estaba herido o incluso muerto.

Todos ellos vivían presos de aquel temor sin descanso. Era lo primero que acudía a su mente cada vez que se despertaban sobresaltados.

—Perdona —se disculpó Judith—. Tengo que hablar contigo mientras Joseph está fuera.

—¿Por qué? —Matthew se incorporó y apoyó los pies en el suelo. Iba completamente vestido, salvo por las botas, como todos los otros. Hacía demasiado frío como para quitarse algo más, y el momento de despertarse podía llegar de repente—. ¿Qué ha pasado? ¿Te has enterado de algo?

Carecía de sentido tratar de amortiguar el golpe. Se sentó en una silla.

—Schenckendorff no puede ser culpable —le dijo Judith—. Hubo al menos otra violación antes de que llegara aquí. Según parece la agresión fue lo bastante parecida a la que sufrió Sarah, así que es de suponer que tuvo que hacerlo la misma persona. Menos violento, por supuesto, porque la víctima sigue viva, sólo presenta magulladuras. Quizá Sarah opuso más resistencia, lo cual me figuro que fue estúpido. O tal vez se deba a que está perdiendo la cabeza. La primera fue hace más de un mes.

Matthew pestañeó.

—¿Estás segura? No consta ninguna denuncia. ¿Por qué se ha decidido a hablar? Para absolver a Schenckendorff no será; podría ser para proteger a un tercero que también haya venido hace poco. —Torció las comisuras de los labios—. Obviamente, no lo hace por mí. Armamos una gorda cuando nos pusimos a hacer preguntas otra vez. Presioné bastante a un par de soldados. Y Joseph también.

—Es la verdad —dijo Judith en voz baja. Incluso ahora, consciente de que era necesario, detestaba tener que decírselo. Si pudiera, habría impedido que nadie más conociera el secreto de Lizzie.

Matthew abrió los ojos manifestando un súbito horror.

—¿Judith?

—¡No! —dijo de inmediato—. ¡Yo no! ¡Por Dios, Matthew! ¿Crees que habría permitido que te culparan si hubiese sido yo? —Suspiró profundamente y tragó saliva—. Es Lizzie Blaine. Y está embarazada.

Matthew encorvó los hombros, se echó el pelo hacia atrás y se restregó los ojos con fuerza, como si le dolieran. Soltó una blasfemia entre dientes.

—¿Lo sabe Joseph? —preguntó al fin, levantando la vista hacia Judith.



—No. Por eso te lo estoy contando ahora, mientras está fuera —explicó Judith—. Lizzie no quiere que lo sepa por sí..., por si es más de lo que pueda soportar. Ama a Joseph, y le aterra que esto lo distancie de ella o que lo que era amor se convierta en compasión.

Matthew giró lentamente la cabeza de un lado al otro.

—Judith: ¡Joseph tendrá que saberlo! No puedes... ¿No irá a mentir al respecto, verdad?

Procuró que su voz no trasluciera emoción alguna, aunque sin éxito.

—No, dudo mucho que lo haga, pero, si lo hiciera, no la culparía. ¿Cómo quieres que ame a ese niño, sabiendo como ha sido concebido? Va a necesitar mucho apoyo, Matthew. —Lo miró de hito en hito, deseosa de ver que lo entendía—. Todo el apoyo que podamos brindarle. Me parece que no tiene a nadie más. Primero asesinan a su esposo, ¡y ahora esto! Y si pierde a Joseph le va a doler una barbaridad. Pero después de lo de Eleanor y el bebé, luego nuestros padres, Sebastian Allard y todos los demás amigos, sobre todo Sam Wetherall... ¿Joseph podrá con esto también?

Quería que Matthew la tranquilizara, que le dijera que Joseph estaría bien, que lo aceptaría y sería fuerte. Tal vez si ponía el empeño suficiente lograría incluso convencer a la propia Lizzie.

Matthew permaneció inmóvil sentado en el borde del catre, buscando una respuesta. Finalmente encogió un poco los hombros.

—No lo sé —reconoció—, pero no podemos decírselo, de eso sí que estoy seguro. Todavía no. Bastante tiene Lizzie con su pena, no es preciso que tenga que lidiar con la de Joseph también. De hecho, quizá no sea necesario que sepa que me lo has contado. Haz lo que te parezca mejor. Ya me dirás qué has decidido.

Judith asintió con la cabeza, insegura sobre cuál sería la respuesta, pero contenta de tener libertad para juzgar por sí misma.

—Ahora estamos seguros de que Schenckendorff es inocente —prosiguió Matthew—. Lo cual no significa que sea quien dice ser en lo que atañe al Pacificador, pero no hay modo de poner eso a prueba hasta que lo llevemos a Londres. Tenemos que suponer que lo es y llevarlo hasta allí. Preferiría quedar como un tonto de remate por intentarlo y poner de manifiesto mi equivocación, que ser un cobarde que habría podido atrapar al Pacificador pero le faltaron agallas para someterlo a prueba. Lo que perderíamos como tontos sería de índole personal, y relativamente poca cosa comparado con lo que Europa perdería si no hiciéramos nada.

—Y hay que averiguar quién mató realmente a Sarah Price —agregó Judith—. Sigue rondando por aquí.

—Dejemos que la policía se encargue de eso —contestó Matthew.

Judith lo miró frunciendo el entrecejo.



—Dudo que eso le baste a Lizzie —replicó—. Si se tratara de mí, querría estar segura de que lo encerrasen, no por venganza, sino para tener la absoluta certeza de que no volvería a tomarla conmigo.

Matthew enarcó las cejas con una expresión de horror.

—¡Santo cielo! Cómo no se me ha ocurrido pensarlo. Pobre Lizzie. —De pronto alargó el brazo y estrechó una mano de Judith—. Lo descubriremos, te lo prometo.

Una vez que Judith se hubo marchado, Matthew permaneció varios minutos más sentado inmóvil en el catre. La lámpara de aceite parpadeaba en la mesa alumbrando las paredes de tierra cubiertas de listones para evitar que se derrumbaran, la estantería montada a toda prisa con cajas donde Joseph tenía sus libros y en la pared el retrato de Dante que antes estuviera en su estudio de St. John's. ¿Cómo iba a reaccionar al enterarse de que Lizzie había sido otra víctima del violador? Matthew se guardó ese pensamiento para sí como quien aprieta una herida profunda para evitar que la sangre se lleve consigo las fuerzas que a uno le quedan.

Él y Judith podrían trabajar cuanto quisieran, hora tras hora, sin dormir, pero le constaba que les costaría lo suyo descubrir algo que sirviera para impedir que Jacobson enviara a Schenckendorff a instancias superiores. Le había prometido hacerlo porque era lo que deseaba y para reconfortarla, no porque realmente lo creyera posible. A Joseph no podía decirle nada. Su hermano sabría que le estaban mintiendo, al menos de manera parcial, adivinaría parte de la verdad y finalmente daría vueltas al resto. Necesitaban la ayuda de otra persona. ¿Pero quién más poseía una mente deductiva y no estaba atado por las deudas y lealtades que pesaban sobre todos los demás?

La respuesta le vino a la mente con toda claridad antes de terminar de formular la pregunta. Tenía que ser Richard Mason. Judith quizá preferiría con mucho no tener que involucrarlo, pero las circunstancias no les dejaban otra alternativa. Matthew se levantó despacio, con la espalda entumecida por la dureza del catre y el frío, y se puso las botas. Eran las dos de la madrugada, pero no podía aguardar hasta el alba.

* * *

Mason iba y venía entre el frente y el hospital de campaña escribiendo despachos sobre la ardua tarea de salvar hombres heridos durante las últimas semanas de la guerra. Encerraba cierta ironía combatir hasta la víspera de la paz y perder la vista o un miembro cuando alcanzar la victoria quizá sólo fuese cuestión de días. Y, sin embargo, encontró poca amargura. Una y otra vez el coraje de los hombres le daba una lección de humildad, y le enfurecía que todo aquel disparatado horror hubiera tenido que ocurrir.



La mayoría de oficiales que habían vivido tanto tiempo en aquellos búnkeres ahora estaban heridos o muertos, o habían seguido el avance con el regimiento, adentrándose en la tierra de nadie, hasta las trincheras alemanas. Estas eran mejores que las de los británicos. Las había visto con sus propios ojos: excavadas a mayor profundidad, más secas, muchas de ellas provistas de luz eléctrica y con ciertas comodidades. Por descontado, las líneas se encontraban más adelante ahora, ganando terreno con rapidez, un ejército casi siempre a campo abierto, esforzándose por no interrumpir el trasiego de raciones y munición a lo largo de líneas de avituallamiento cada vez más largas.

Se había acostado obligándose a apartar de la mente a los combatientes y pensando en cambio en Judith. Se despertó con un sobresalto al oír que una voz masculina pronunciaba su nombre con apremio. Un instante después notó una mano en el hombro. Abrió los ojos y vio la lámpara de aceite encendida encima de la mesa y a Matthew Reavley sentado en una caja de munición que hacía las veces de silla. Iba sin afeitar y tenía los ojos enrojecidos, pero estaba bien despierto.

Mason se incorporó despacio.

—¿Qué pasa? —preguntó con el miedo asomando en su fuero interno—. ¿Ha ocurrido algo grave?

No se molestó en preguntar a Matthew cómo había dado con él puesto que mucha gente sabía dónde estaba.

—Necesitamos tu ayuda —contestó Matthew—. Tengo que explicarte por qué, de manera que atiende. No podemos confiar en nadie más y no me fiaría de ti si tuviera elección, pero el caso es que no la tengo. Te he visto con Judith y me he dado cuenta de lo que sientes por ella. Tenemos muy poco tiempo y no podemos hacer esto solos.

Mason no tenía ni idea de lo que le estaba diciendo.

—¿Hacer qué?

—Descubrir sin dejar cabos sueltos quién mató a Sarah Price.

—El alemán. Jacobson ya está casi a punto de presentar cargos contra él —respondió Mason, sabiendo mientras lo decía que Matthew tenía que estar aludiendo a algo de más calado—. ¿Se trata de una misión de inteligencia?

Qué ironía que precisamente ahora, cuando ya era demasiado tarde y había abandonado el bando del pacificador, quizá fueran a confiarle información reservada.

—Supongo que cabe llamarlo así —contestó Matthew—. Pero también es personal. Schenckendorff es inocente, al menos de matar a Sarah Price. No puedo decirte por qué lo sé, pero me consta que es así. Lo que tienes que saber es bastante distinto y comenzó hace mucho tiempo.



Mason tuvo un repeluzno de aprensión, pero lo desestimó por absurdo. Aquello no podía tener nada que ver con él.

—¿Y bien?

Matthew parecía seguir teniendo dificultades para hallar las palabras adecuadas y Mason se percató de lo profundas que eran sus emociones.

—En 1914 —comenzó Matthew—, mi padre encontró una copia de un tratado entre Inglaterra y Alemania que pudo haber evitado la guerra, pero a cambio de traicionar a Francia y Bélgica, para empezar, y con el tiempo prácticamente al resto del mundo.

Mason sintió que la penumbra del búnker comenzaba a dar vueltas y se desdibujaba como si fuera a desmayarse. Sabía con espantosa certeza lo que iba a venir a continuación, pero oírlo en boca del propio Matthew, cargado con su pesadumbre, le confería una realidad que nunca había tenido para él hasta entonces. Por primera vez se encontraba cara a cara con lo que había permitido que se hiciera.

—Estaba firmada por el káiser, pero aún no por el rey —prosiguió Matthew—. Mi padre comprendió lo que significaría y se dirigía a Londres para contármelo cuando él y mi madre murieron en un accidente de coche. Joseph y yo enseguida descubrimos que en realidad se trataba de un asesinato. Un joven alumno de Joseph, cegado por elevados ideales, había sido convencido para sabotear la carretera por la que circulaban. Le costó su propia vida, y luego también la de su hermano, amén de la ruina de su familia. —Mientras Matthew hablaba, Mason tenía la boca y la garganta secas. No habría podido hablar aunque se le hubiese ocurrido algo que decir—. El hombre que estaba detrás de todo aquello —prosiguió Matthew—, a quien llamamos el Pacificador porque desconocíamos su identidad, continuó su campaña contra Gran Bretaña y los aliados a pesar de que la guerra...

—Qué... —Mason fue a protestar, pero se contuvo, dando la impresión de atragantarse.

Matthew, ajeno a la agitación y la confusión de Mason, continuó su relato sumido en su propia ira y aflicción.

—Siempre estuvo tratando de poner fin a la guerra mientras ambos bandos aún eran lo bastante fuertes como para aliarse en un imperio anglo-alemán que dominaría la mayor parte del mundo. Habría paz, pero sin pasión ni individualidad, sin libertad para pensar, para ser diferente, para alentar nuevas ideas o quejarse contra la estupidez y la injusticia, para cuestionar, trabajar y reír. Sería la paz de la muerte.

Mason volvió a tomar aire para interrumpir a Matthew, pero allí, en aquel búnker donde tantos hombres habían hallado una muerte espantosa, cualquier justificación racional de tan presuntuosos temas filosóficos parecía no sólo vagamente obscena sino divorciada de la realidad. Antaño había sido la esperanza por un mundo mejor



y más cuerdo, una manera de evitar aquellas ingentes pérdidas. Ahora parecía la arrogancia de un demente, y tan condenada al fracaso como los sueños de cualquier loco.

—El Pacificador siguió asesinando —continuó Matthew en voz baja—. Al general Cullingford, a Gustavus Tempany, indirectamente a Theo Blaine, uno de los mejores científicos que hayamos tenido jamás. Tal vez incluso peor que el asesinato fue la corrupción, a la que cabría llamar asesinato del alma. A no ser, por supuesto, que la hayamos perdido antes de ser corrompidos. Estamos hablando de actuar en connivencia con nuestra propia destrucción.

Mason no contestó. Todo lo que Matthew estaba diciendo era diametralmente opuesto a los elevados ideales con los que él y el Pacificador habían comenzado, pero Matthew no había estado en África del Sur durante la Guerra de los Boers: la matanza de hombres, el confinamiento de mujeres y niños en campos de concentración donde perecían de hambre. No había tenido las más remota noción de cómo era la guerra total antes del actual conflicto.

Miró el semblante de Matthew a la luz del farol. Finalmente preguntó:

—Si hubieses sabido, en 1914, cómo iba a ser esto, si hubieses predicho el puro horror que se avecinaba, ¿habrías intentado impedirlo? —preguntó, y acto seguido se arrepintió. Parecía que estuviera disculpando al Pacificador, y le asustó el gran impulso que sentía de ser sincero, de quedar limpio de mentiras. Pero ya lo había preguntado y tenía que aguardar la respuesta.

Matthew se mostró sorprendido.

—Tal vez —admitió—. No lo sé. Caso que sí, supongo que lo habría hecho abiertamente. Aunque habría sido en vano. El equilibrio de fuerzas estaba abocado al desastre en Europa. Jamás habríamos mantenido la paz sin coerción y opresión. El Imperio Austro-húngaro se estaba desmoronando. Igual que Rusia, a su manera. Si la pregunta es si supe verlo entonces la respuesta es que no, por supuesto que no, no con claridad suficiente para hacer algo al respecto. ¿Tú lo viste venir?

—No, pero quizá me pasara por la cabeza que sí. —Mason ya se había acercado a la franqueza más de lo que debía—. ¿Y esto qué tiene que ver con descubrir quién mató a Sarah Price ?

—El Pacificador todavía no se ha rendido —dijo Matthew con una risita entrecortada—. Sigue ostentando poder, y hay un armisticio que negociar, unas condiciones que fijar antes de firmar la paz. Si lo hacemos mal podríamos sembrar la semilla de otra guerra tan terrible como esta.

—¿No has dicho que deseaba la paz? —preguntó Mason recordando todo lo que el Pacificador había dicho acerca de aplastar la industria alemana y crear un vacío en la economía de Europa que podría engullirlos a todos.



—La paz con sus condiciones —enmendó Matthew—. Todavía no ha aprendido que no se puede forzar a la gente sin destruirla al mismo tiempo. Quizá sea un idealista, pero eso no excusa sus mentiras ni que traicione la confianza depositada en él. Es de una suma arrogancia cegarnos para poder conducirnos a donde le dé la gana sin que tengamos recursos para oponer resistencia. El hecho de que crea estar en lo cierto es irrelevante. Todos creemos estar en lo cierto. Algunos incluso lo estamos.

Mason esbozó una sonrisa apenas insinuada.

—¿Quieres el derecho a irte al infierno a tu manera?

Una sombra de humor vacilante asomó al rostro de Matthew.

—Si quieres expresarlo así, sí. La cuestión es que uno de los aliados del Pacificador en Alemania ha cruzado las líneas y está dispuesto a viajar a Londres para identificarlo ante Lloyd George.

Ahora Mason entendió con una claridad espantosa lo que Matthew estaba haciendo allí, en el frente, y por qué le preocupaba tanto que Schenckendorff no fuera ejecutado por un crimen que al parecer no había cometido. Era probable que aun habiéndolo cometido, el precio fuese demasiado alto, al menos para los Reavley. Mason se preguntó qué pensaba Joseph al respecto.

Matthew malinterpretó su silencio.

—Me consta que no es sencillo —dijo con seriedad—. Buena parte de lo que deseaba el Pacificador está bien, y tal vez al principio él fuese el más clarividente, el más cuerdo de todos nosotros, pero usurpó un poder al que no tenía derecho. Ese hombre tiene una flaqueza de consecuencias funestas: el ansia de poder. Con una visión certera o errada, no cabe confiar en que no traicione, no mate, no corrompa con tal de conservar en sus manos el poder que ya tiene. Y una vez que lo tiene es demasiado tarde para cambiar las cosas si te encuentras con que no tienes modo de controlarlo o de volvérselo a arrebatar.

»Nuestra guerra ha sido mucho peor de lo que podíamos figurarnos —prosiguió Matthew sin dejar de mirar fijamente a Mason—. ¿Pero cómo habría sido su imperio? ¿Y cuánto habría durado? No lo sé. No tomamos una decisión a sabiendas de lo que venía; nadie lo hace. Vamos paso a paso, haciéndolo tan bien como podemos cada vez, tratando de ver adónde estamos yendo. A veces nos equivocamos. Pero decidir en nombre de los demás, contra su voluntad, es de una arrogancia inadmisibile. Ningún hombre posee la sabiduría o la moralidad necesarias para ostentar un poder semejante, o para renunciar a él cuando corresponde.

Mason estaba sumamente tentado de descargar su maltrecha conciencia contando la verdad sobre su participación en aquel asunto. Tenía ganas de explicar lo que había visto en África y por qué había hecho lo posible para evitar que se repitiera; por qué había compartido la visión del Pacificador y creído en él. Supondría un gran



alivio hablar con franqueza, justificar al menos sus creencias por mal que hubiesen acabado. Pero ése era un lujo que no podía permitirse: un egoísmo para aligerar el peso de su propia culpa. Era una excusa demasiado endeble de la causa, habida cuenta del inconmensurable sacrificio de los demás. El mero desasosiego era tan trivial que resultaría inmoral mencionarlo.

Por fin levantó la vista y miró a Matthew a los ojos.

—Por eso necesitas que Schenckendorff sea absuelto y vaya a Londres. ¿Cómo puedo ayudar?

Podría haberles dicho quién era el Pacificador, pero entonces tendría que contarles por qué lo sabía y por qué debían creerle. Daría la impresión de actuar por propio interés. El Pacificador lo negaría todo, por supuesto. Mason se quedó perplejo ante su propia credulidad; ni siquiera ahora tenía alguna prueba. Nunca había habido nada por escrito. El Pacificador siempre decía que era para protegerlos a los dos y, por encima de todo, a la causa; pero tal vez su prioridad fuese su propia seguridad. No confiaba en nadie. Resultaba curiosamente doloroso comprender ahora que ese nadie incluía al mismísimo Mason. Si los Reavley supieran qué papel había desempeñado, no se atreverían a confiar en él. Les costaría creer que al final hubiese admitido el craso error cometido, y constatado su futilidad, su extrema fealdad.

No debía decir nada a Matthew, por más que la culpa le royera las entrañas y lo dejara apartado y solo.

—Ayúdanos a descubrir quién mató a Sarah Price —le dijo Matthew—. O cuando menos a demostrar irrefutablemente que no fue Schenckendorff.

La decisión de Mason no presentó ni un asomo de duda. Era un largo camino de regreso, que quizá no llegara a completar, pero sabía dónde comenzaba.

—¿Cuándo empezamos?

* * *

Joseph regresó del frente con más heridos. En cuanto los hubo dejado en manos de los auxiliares sanitarios fue en busca de Matthew. Dieron un paseo bajo la luz del ocaso que salpicaba de rojo y rosa los charcos de lo que había sido la tierra de nadie. Era uno de los pocos lugares donde no los interrumpirían.

—No lo hizo Schenckendorff—dijo Matthew—, pero no por saberlo estamos más cerca de saber quién es el asesino.

—En ningún momento pensé que fuera él —dijo Joseph con tristeza, contemplando los colores chillones del barro. El sol poniente refulgía en el cielo hacia el noroeste. Quizá fuese una tontería, pero había esperado algo más concreto que aquello. Estaba fatigado, le dolía todo el cuerpo y tenía varios cortes en los brazos



causados por los trozos de alambrada vieja que aún había incrustados en la arcilla—. ¿No ha servido para demostrar quién lo hizo? ¿Cómo estás tan seguro? —Entonces hizo la pregunta cuya respuesta hubiese preferido no saber—. ¿Quién mintió?

El rostro de Matthew resultaba casi invisible en la penumbra, pero contestó con la voz tomada.

—Lo sé porque otra mujer fue violada con la misma violencia casi un mes antes de que Schenckendorff cruzara las líneas.

Joseph soltó el aire, imaginando a duras penas el horror que eso entrañaba.

—No me preguntes quién —agregó Matthew enseguida—. No puedo decírtelo. Tengo motivos para creer que es verdad, y no es preciso que nadie más se entere.

—Lo entiendo. Pobre mujer. —Joseph podía comprender perfectamente que la única forma de superarlo fuese conservando el anonimato, la certidumbre de que ninguno de sus amigos y colegas tuviera conocimiento de lo ocurrido, y menos aún que ella fuese la víctima—. ¿Podrás ayudarla? —También entendió por qué había elegido a Matthew para explicarlo, siendo como era un desconocido. Quizá le resultara demasiado difícil, demasiado humillante, referírsele a un hombre que conociera, aunque fuese el capellán.

—Lo intentaré.

Matthew se alegró de zanjar el asunto, al menos por el momento.

* * *

Joseph vio un momento a Lizzie durante la interminable y ajetreada noche. Llegaron más heridos, ninguno de ellos grave a excepción de un joven oficial de diecinueve años que había perdido una pierna. Cavan se afanó toda la noche por salvarle la vida. El shock de la amputación y luego el largo viaje en ambulancia lo habían dejado muy maltrecho.

Joseph estaba tan agotado que tiritaba de frío cuando por fin tuvo ocasión de tomarse un respiro y se sentó en la tienda vacía de reanimación. Cully Teversham le llevó un tazón de té y dos rebanadas de un pan bastante aceptable.

—Lo necesita más que nadie, capellán —dijo alegremente—. Ojalá pudiera traerle un poco de Maconochie's caliente, pero no queda ni una lata. —Frunció el entrecejo—. ¿Cree que se salvará?

—Seguramente —contestó Joseph con más esperanza de la que sentía.

—Si encuentro alguna otra cosa de comer que esté en condiciones, se la traeré —dijo Cully encogiendo los hombros.



—Gracias —respondió Joseph a su amabilidad. Tenía ganas de ver a Lizzie otra vez. Deseaba oír su voz, ver la sonrisa de sus ojos cuando lo reconocía entre los demás soldados. Sabía que estaría demasiado cansada para conversar, pero entendían las mismas emociones tan bien que les bastaba con una mirada. Recordó vívidamente los trayectos que hicieran juntos en coche por Cambridgeshire dos veranos antes. Entonces no tuvo que explicarle nada. Lizzie se había hecho cargo de su confusión y de la lentitud con que se había obligado a enfrentarse a la realidad de la traición, y de que ésta le doliera hasta el límite de lo tolerable.

Y allí estaban ambos ahora, pasando noches en vela para salvar la vida de hombres jóvenes, conscientes del dolor físico que éstos padecían. Pero aún más profundo que eso, podían imaginar la herida de por vida que conllevaba quedar lisiado, no estar entero, renquear cuando los demás hombres corrían.

¿También tendría miedo ella de regresar a la patria y encontrarse con un vacío una vez que concluyera aquella espantosa familiaridad con el horror y la camaradería, los chistes malos, las privaciones, las desesperadas y desgarradoras lealtades? ¿Qué otro propósito sería lo bastante absorbente como para ocupar su lugar?

La vio entrar en la tienda y obligó a sus doloridas piernas a sostenerlo para ponerse de pie. Anduvo hasta ella y se detuvo a una distancia prudente, poniendo cuidado en no atosigarla, en no dar demasiado por sentado. Pero deseaba estar más cerca, aunque sólo fuese lo justo para alcanzar a tocarle la mano, una mano delicada, con cardenales por haber cargado con objetos demasiado pesados para ella, las uñas muy cortas, una rota.

No sabía qué decir. Nada era lo bastante profundo.

Lizzie se volvió y le sonrió. Pese a sus cabellos morenos, sus ojos eran los más azules que había visto jamás. ¿Qué podía decir que fuese reconfortante y no una idiotez, algo tan falso que equivaliera a negar la confianza?

—He hablado con Matthew —le dijo—. Me ha dicho que Schenckendorff no puede ser culpable. Hay pruebas que lo corroboran. No podía decirme cuáles en concreto, aunque yo tampoco podría decir nada, si lo supiera. —Lizzie se volvió enseguida, mostrándose dolida, como si hubiese descifrado en el rostro de Joseph algo que no deseara ver—. Perdona —dijo Joseph desconcertado.

¿Por quién temía Lizzie? ¿Tanto miedo le daba que alguien a quien apreciara, o incluso admirara, alguien a quien se sintiera inclinada a proteger, hubiese matado a Sarah? Le costaba creer algo así de ella. Recordaba vívidamente su clarividencia cuando Shanley Corcoran los engañó acerca del proyecto que desarrollaba en Cambridgeshire y que le había costado la vida a Theo Blaine. Había manifestado ira, perplejidad y pesadumbre, pero siempre una gran honestidad, por encima de todo, consigo misma.



El abismo que ahora los separaba era cada vez mayor, y Joseph no lo entendía. El dolor que le causaba, la sensación de pérdida, lo dejó casi sin aliento, como si estuviera vacío por dentro.

—Lizzie, no puedo contar esas cosas. ¿Cómo iba nadie a confiar en mí si lo hiciera? Comprendo que Matthew tenga que guardar silencio...

—Ya lo sé —lo interrumpió Lizzie, aunque sólo lo miró un instante antes de apartar la vista de nuevo—. No te he preguntado nada, Joseph. Nadie quiere hablar de ello, pero tú no dejas de hacer preguntas. Lamento tanto lo que le ha ocurrido a Sarah Price que dudo que alguna vez encuentre palabras para expresar la lástima que me da. Pero no puedo deshacer lo hecho. Como tampoco tengo idea de quién lo hizo.

Manejaba con torpeza las botellas y platos que estaba apilando. Uno se le escurrió de las manos. Joseph quiso atraparlo al vuelo, pero no demostró ser más habilidoso que ella y en realidad sólo logró darle un golpe que lo envió más lejos acabando por estrellarse contra el suelo, donde quedó partido en dos. Se sintió idiota.

—Lo siento —se disculpó.

Lizzie dio un grito ahogado, pestañeó deprisa varias veces seguidas con lágrimas en los ojos. Entonces se echó a reír. Su risa sonó aguda y fue en aumento, cada vez más desesperada, hasta que no pudo contenerla.

Joseph apartó los trozos de plato a puntapiés para que nadie resbalara con ellos y luego la abrazó mientras la risa se convertía en llanto. Todo el cuerpo de Lizzie temblaba, sus delgados hombros apoyados contra él durante unos minutos. La suavidad de sus cabellos le acariciaba el mentón. Joseph nunca olvidaría aquel momento de contacto: el algodón áspero de su uniforme gris, el olor a antiséptico, sangre y jabón.

Al cabo Lizzie se apartó tratando de no llorar y se volvió con súbito aplomo como si quisiera ocultar el semblante.

—Perdona. Esto ha sido de una debilidad imperdonable. No volverá a ocurrir.

—Todos necesitamos... —comenzó Joseph sin saber cómo iba a acabar.

—¡No me busques pretextos, Joseph! —dijo Lizzie con voz ronca, sacando un pañuelo del bolsillo y sonándose con fiereza la nariz—. La compasión no ayuda a nadie. Resulta demasiado indulgente con una misma y es una absoluta pérdida de tiempo que sería mejor emplear en hacer algo útil. Estos hombres necesitan atenciones, no lloriqueos. Ya habrá tiempo de sobra para eso después..., si es que para entonces aún tiene sentido. Sea como fuere, he tardado más del doble de lo normal en limpiar esto.

Se alisó el delantal y reanudó la faena.

Joseph no comprendía por qué se estaban distanciando, como si aquella amistad tan inconmensurablemente valiosa hubiese sido mancillada por un acto que no



recordaba haber cometido. Y era importante. Era más parte de él que toda la agitación de aquellos últimos días de guerra en los que estaban inmersos: la violencia y el miedo, el compañerismo, las esperanzas de paz y el pavor a lo desconocido. Todos hablaban de regresar a casa y, no obstante, todos menos los más ingenuos sabían que los hogares que habían abandonado ya no existían tal como los habían conocido. El mundo entero había cambiado; el pasado permanecía detrás de una puerta cerrada.

Lizzie había sido una amiga semejante a Sam Wetherall: franca, divertida y amable y, no obstante, celosa de su propia honestidad, lo bastante valiente para distanciarse y lo bastante generosa para quedarse al lado de uno y compartir las tinieblas y la luz.

Ahora sabía, viéndola salir de la tienda con la espalda erguida, que había amado a Eleanor porque había deseado y prometido hacerlo. Pero nunca le había gustado como le gustaba Lizzie, y los mejores amantes sin duda también estaban unidos por lazos de amistad. Amaba a las mujeres que permanecían en casa y preservaban todo aquello máspreciado, cuyo sacrificio era en cierto modo igual de grande, pero nunca podría explicarles cómo había sido la vida en el frente. Nadie podría.

No tenía que dejar que Lizzie se marchara. Salió a grandes zancadas de la tienda para internarse en la oscuridad y vio su silueta delante de él, pálida por un instante al pasar ante la puerta de una tienda y acto seguido oscura otra vez en las sombras. Corrió para alcanzarla. Si Lizzie estaba enfadada con él por su empeño en absolver a Scheckendorff, tenía que explicarle por qué no tenía elección.

—¡Lizzie! —la llamó, yendo en pos de ella a la carrera.

Lizzie aflojó el paso, pero no se detuvo.

Joseph la alcanzó. Sin pensarlo dos veces la tomó del brazo y notó que se ponía tensa. Aun siendo a duras penas un gesto de rechazo le dolió. Creaba una distancia que se negaba a aceptar.

—Joseph...

—Lizzie, no es sólo por justicia por lo que tenemos que demostrar la inocencia de Shenckendorff. —Joseph hablaba en voz muy baja para que en la oscuridad no llegara ni siquiera a las tiendas vecinas ni a oídos de alguien que estuviera escuchando al amparo de la noche. Tenía que contárselo, explicarle la importancia y la urgencia del asunto.

—No es preciso... —comenzó Lizzie.

—Sí que lo es —la interrumpió Joseph—. Lo es para mí. Mataron a mis padres justo antes de la guerra.

—Ya lo sé —dijo Lizzie con delicadeza—. Un accidente de coche. Al menos, eso tenía entendido. No sabía que fuese un homicidio. Pero...



—Lo fue. Mi padre había descubierto un complot que pretendía impedir la guerra mediante una alianza anglo-germánica para traicionar a Bélgica y luego formar un nuevo imperio para repartirse la mayor parte del mundo. —No había necesidad ni tiempo de abundar en detalles. Reparó en la sorpresa de Lizzie—. Lo orquestó un hombre cuya identidad hemos tratado de descubrir durante toda la guerra porque nunca ha dejado de conspirar para hacer realidad su plan, con tal de poner fin a la guerra, aunque fuese a costa de la derrota de Gran Bretaña. Lo ha intentado de mil maneras. Estamos al tanto de algunas de ellas: socavar la moral, sabotear nuestros inventos científicos, motivo por el que hizo asesinar a Theo, y otros medios de corrupción que comprenden incluso el amotinamiento. Ha asesinado a muchas personas, incluido el general Cullingford, porque habían deducido su identidad. Le bautizamos «el Pacificador». Ahora está intentando influir sobre las condiciones del armisticio y, si no le detenemos, podría salirse con la suya. Ostenta un poder inmenso.

Lizzie estaba de cara a él y habló sin la menor vacilación en la voz.

—¿Cómo pensáis hacerlo? ¡Acabas de decir que ni siquiera sabéis quién es!

—Pero Schenckendorff sí —contestó Joseph simplemente—. Ha sido su aliado desde el comienzo, pero ahora se da cuenta de que el Pacificador intentará imponer condiciones que propiciarán que todo comience de nuevo. Alemania resurgirá de su derrota en poco tiempo y ello hará posible un nuevo imperio anglo-germánico. Nunca cejará en su empeño. Schenckendorff ha entendido el horror que encierran sus planes y vendrá a Londres con nosotros, aunque vayan a ahorcarlo por su participación, con tal de impedir que su país se vea arrastrado a tamaña destrucción otra vez.

A Lizzie se le hizo un nudo en la garganta y le costó trabajo hablar.

—Tenéis que llevároslo, Joseph, cueste lo que cueste. No podéis rendiros. ¡Hay que impedir que ese..., Pacificador..., nos aboque a esto otra vez!

—Lo sé. —Sin pensarlo, levantó la mano y le apartó los mechones de pelo oscuro que le cruzaban la frente—. Haremos cuanto podamos. Pero Jacobson está convencido de que Shenckendorff mató a Sarah Price, y todavía no hemos hallado la manera de que lo ponga en duda para que nos deje sacar a Schenckendorff de aquí. Mañana, o a más tardar pasado, Jacobson presentará cargos y lo enviará a la retaguardia para que sea juzgado. No puedes hacer nada, pero necesitaba que supieras por qué es tan importante.

—Lo entiendo —susurró Lizzie. Acto seguido se apartó de él, se dirigió a la puerta más cercana y salió de la tienda sin volver la vista atrás.

* * *



Judith estaba sola en una de las tiendas de tratamiento haciendo compañía al soldado al que le habían amputado la pierna. Se sentía impotente, inepta para aliviarle el dolor u ofrecerle alguna clase de consuelo. ¿Cómo diablos se las arreglaba Joseph para hacer aquello día tras día sin empeorar más las cosas diciendo sandeces, prometiendo imposibles, dando esperanzas que no existían, asegurando que todo iría mejor cuando era evidente que nada curaría la pérdida? Conducir una ambulancia era mucho más sencillo. Sólo tenía que lidiar con una máquina insensible, con la escasez de recambios y combustible, el mal tiempo, los cráteres de los caminos, el peligro constante de que la alcanzara una bala o un obús. Y, por supuesto, sabiendo en todo momento que quizá no llegaría a un puesto de socorro antes de que fuese demasiado tarde.

Aun así era menos complicado que tratar de hallar fe y conservar la fortaleza interior limpia de mentiras para disimular el desespero o la confusión que amenazaban con ahogar cualquier atisbo de luz. ¿Cómo conseguía aferrarse a alguna idea de un Dios que amaba a los hombres, cuyos designios tenían sentido y que tenía una idea aunque fuese remota de lo que significaba ser humano?

Oyó que se abría la portezuela de la tienda y sintió un alivio súbito al saber que habría alguien más, otra voz aparte de la suya.

Era Lizzie. Estaba pálida y el pelo se le había soltado de las horquillas, rizándose descuidadamente. Cerró la lona a sus espaldas y fue al encuentro de Judith echando un vistazo al hombre que se retorció de dolor en la cama.

— ¿Puedes hacer algo por él? — preguntó Judith.

— No — contestó Lizzie enseguida—. Tiene que pasar por esto a solas. Confío en que Joseph venga a hacerle compañía otra vez, si tiene tiempo. Hay tantos... — Se mordió el interior del labio evitando la mirada de Judith—. Y tiene que llevarse a Schenckendorff a Londres.

— Lizzie... — Judith se quedó perpleja, pero un instante después comprendió que no tenía por qué. Claro que Joseph se lo había confiado a Lizzie. No tenía ni idea de la carga que estaba soportando.

Lizzie se dio prisa sin permitirse el menor titubeo.

— No parece que estemos haciendo ningún progreso en la investigación del asesinato de Sarah. Por la mañana iré a ver a Jacobson y le contaré la verdad, al menos la parte que yo sé. — Se le quebró la voz y tragó saliva—. Pero antes tengo que decírselo a Joseph. Debería enterarse por mí, no por un tercero que sólo sepa parte de la historia. He pensado...

— Todavía no — la interrumpió Judith. Aguarda al menos hasta mañana. Aún es posible que...

Lizzie la miró de hito en hito; los ojos azules le brillaban por la aflicción que le consumía las entrañas.



—¿Vais a averiguar algo en un día? No hemos parado de buscar desde que sucedió. Iré en cuanto haya tenido ocasión de hablar a solas con Joseph otra vez. Sólo te lo digo porque tendrás que ayudarlo..., me parece. Él...

Le faltó valor para decirlo.

—Joseph te ama y lo pasará muy mal —concluyó Judith por ella—. Aguarda. Sólo un día más. ¡Por favor! —Lizzie vaciló, debatiéndose entre la esperanza y la sensatez—. Un día —insistió Judith—. Jacobson todavía no va a acusar formalmente a Schenkendorff. Sigue buscando un testigo capaz de contar una historia creíble. Ya ha habido demasiadas mentiras; tiene que encontrar algo irrefutable. Por favor..., luego se lo contaremos a Joseph, te lo prometo. Pero no lo hagas hasta que no tengas otro remedio.

—Sólo un día —concedió Lizzie cansinamente—. Luego lo haré. Sé lo que significa. ¿Qué valor tendría lo que quedara si no lo hago?

Judith la admiró sinceramente. Era como mirar a un hombre a punto de saltar a la tierra de nadie para enfrentarse al fuego enemigo y que ella retuviera tras el parapeto. Pero no debía abandonar la esperanza, al menos no durante unas pocas horas más.



Capítulo 8

Desde que Matthew le hablara a Mason sobre el Pacificador según el punto de vista de su familia, comenzando por el asesinato de John y Alys Reavley y terminando por la necesidad de llevar a Schenckendorff a Londres, Mason había estado atormentado por el lastre de su mentira a Judith, aunque fuese por omisión. Había ocultado su participación en los planes del Pacificador por considerar que confesarla ahora equivaldría a pedir una indulgencia para la que no había tiempo ni energía emocional. Lo que necesitaban era una ayuda práctica, no que admitiera una complicidad que a juicio de ellos lo incapacitaría como colaborador.

Ahora se hallaba en el peldaño de tiro, tras uno de los antiguos parapetos, contemplando la tierra de nadie mientras la luz matutina hacía resaltar los surcos y charcos en el barro reluciente, la desolada maraña de senderos entre los cráteres viejos. Había una ligera neblina que brillaba plateada cuando le daba el sol. Ocultaba la mayoría de pequeños montículos que eran cadáveres de hombres y caballos revueltos por el cambiante dibujo de los agujeros de obús y las filtraciones de agua. A aquella hora era posible imaginar que en un lejano futuro el paisaje volvería a ser bonito.

Judith estaba a su lado. Aquél era uno de los pocos lugares donde podían estar seguros de que nadie les oyera. Estaba desesperada por descubrir al verdadero asesino de Sarah Price, en parte porque conocía a todos los miembros del regimiento, en especial a quienes trabajaban en el hospital de campaña, y percibía que el dolor de la sospecha estaba haciendo añicos las pocas certidumbres que tenían después de años de penalidades y de la pérdida de la mitad de la gente que conocían. Más urgente que eso era la necesidad de librar de toda sospecha a Schenckendorff para poder llevárselo a Londres y desenmascarar al Pacificador.

Aquél era el yugo que estaba aplastando a Mason ahora. Matthew le había hablado de la muerte de sus padres, de cómo el Pacificador había matado a otras personas y, casi peor aún, de cómo había corrompido y saboteado, cayendo en las formas más viles del abuso del poder y del conocimiento. Mason lo había escuchado sin decir nada de su propia implicación en todo ello.

Miró a Judith. Tenía el rostro sereno y pálido, y a la luz cruda del alba Mason veía claramente los estragos del cansancio, su profundo sentimiento, la extrema



vulnerabilidad que traslucían sus ojos y sus labios. Y, no obstante, también tenía constancia de su valentía. Si deseaba que Judith volviera a dirigirle la palabra en los tiempos venideros, fuera lo que fuese lo que el futuro les tuviera reservado, era obvio que no podría construirlo sobre una mentira tan grande como el silencio a propósito de su alianza con el Pacificador. Ya casi la había llevado demasiado lejos como para ser perdonado. Una vez que Schenckendorff quedara absuelto y se marcharan de Ypres, sería demasiado tarde.

Había pensado en cómo hacerlo, qué palabras emplear para comenzar, y ahora que se enfrentaba a ello todo le sonaba trillado e interesado. Habían estado hablando de Shenckendorff y luego se había hecho un silencio entre ambos en el que ella al menos parecía cómoda. Si no decía nada enseguida, se convertiría en una mentira; una mentira de cuyas consecuencias quizá no podría librarse nunca más.

—Judith...

Se volvió hacia él, atenta a lo que iba a decirle.

No había más alternativa que la franqueza; sería breve y tal vez cruel, como una puñalada inesperada.

—Antes creía en los mismos ideales que Sandwell, al menos en los que creía al principio —le dijo Mason.

Judith tardó un momento en darse cuenta del significado de lo que Mason acababa de decirle. Entonces, muy despacio, una expresión de pasmada incredulidad se adueñó de su semblante, antes de que lo torciera una mueca de dolor.

—Lo sabes —dijo Judith con voz ronca—. ¿Desde cuándo? —Tragó saliva—. ¿Siempre?

—Sí. Siempre he sabido que era Sandwell. Lo que no sabía era que había matado. Tendría que haberlo supuesto. Vi cómo lo transformaba el poder, la desesperación por poner fin a la masacre a toda costa. ¿Qué significa una vida aquí o allá, segada de prisa, cuando decenas de miles están muriendo lentamente cada día, de la manera más espantosa?

Aguardó la respuesta de Judith como si de un veredicto se tratase: esperanza o desesperación. Percibió una chispa de incertidumbre, como si, por un momento al menos, ella lo hubiese entendido.

Judith frunció el entrecejo. Habló muy despacio, con palabras muy meditadas.

—Si la pregunta va en serio, creo que la diferencia radicaría en los pequeños actos, tomados uno por uno, cuando puedes negarte a obrar con violencia, a hacer algo irreparable. Ahora bien, eso también podría ser cobardía, ¿verdad? Y decir que tendría que habernos consultado tampoco resulta del todo honesto porque no habríamos podido darle una respuesta con conocimiento de causa. La mayoría de nosotros no tenía ni idea de cuáles eran las alternativas. No habíamos vivido una guerra. No habríamos sabido entre qué nos daban a elegir.



—Entonces, ¿qué tendríamos que haber hecho? —preguntó Mason, sorprendido de que Judith hubiese abordado el problema con más comprensión que furia—. ¿Dejar que Europa se precipitara a ciegas a un holocausto en lugar de intentar hacer lo posible por evitarlo?

Esta vez Judith no vaciló.

—Sí. En lugar de vender nuestro honor, sí, tendría que haber expresado y defendido su punto de vista, tal vez en vano, pero no tratar de vendernos sin que lo supiéramos. —Miró hacia la tierra sembrada de cráteres bajo el sol naciente. La neblina ya no suavizaba los contornos ni ocultaba los cadáveres—. De todos modos no habría dado resultado. Intentar que una nación de ingleses haga lo que no desea es como intentar meter una manada de gatos en un corral. Es imposible. Siempre habrá un tipo difícil que vaya en sentido contrario o que se detenga y exija saber por qué. No es práctico, Richard; nunca lo ha sido. Algunos de nosotros quizá compraríamos la paz a ese precio, pero nunca lograrías que todos estuviéramos de acuerdo.

Mason contemplaba la luz en su rostro, no en la tierra.

—Es verdad —admitió—. Al menos ahora lo sé. Siempre habrá alguien como John Reavley y Joseph, y quizá decenas de miles más, tan dispuestos como ellos a morir por sus ideales. No estoy seguro de que sean muy pragmáticos, pero estoy comenzando a creer que abrigan la única esperanza que tenemos de hacer perdurar algo que siga valiendo la pena conservar, algo que merezca haber pagado un precio tan alto.

Judith se volvió y lo miró a los ojos, escrutadora, tratando de atisbar en las profundidades de su mente la existencia de una sinceridad definitiva.

Mason reaccionó de manera impulsiva pero, no obstante, lo hizo absolutamente convencido de que lo mejor de sí mismo hablaba en serio.

—Iré a Londres con vosotros y contaré a Lloyd George todo lo que sé para así respaldar lo que Schenckendorff diga. De este modo no tendrá más remedio que creernos.

Un súbito miedo hizo que Judith se irguiera.

—Estarás confesando una traición—dijo en un susurro—. ¿Te das cuenta?

—Sí.

Dicho en voz alta le suscitó un miedo del que no había sido plenamente consciente hasta entonces, pero eso no alteró su convencimiento de que aquello era lo que tenía que hacer. Tenía que saldar su deuda, y ésa era la única manera de que Judith volviera a mirarlo con la resplandeciente franqueza con que lo miraba ahora, abriendo la puerta a una clase de amor a la que no quería renunciar, aun si su vida era el precio. Quedaría limpio; habría dado todo lo posible para pagar su error.



— ¿Estás seguro? — preguntó Judith.

Lo estaba. No sabía si conservaría el mismo aplomo cuando estuviera solo y supiera que su nombre pasaría a la historia no como el mejor, más valiente y elocuente corresponsal de guerra de Gran Bretaña sino como un hombre que había traicionado a su país por un ideal corrompido. Si más adelante titubeara, sería a causa del miedo, de una flaqueza, no porque cambiaran sus convicciones.

— Sí, estoy seguro — aseveró con firmeza—. Te amo. Más que cualquier otra cosa quiero ser el hombre que esté a la altura de tus sueños y de tu valentía para pagar lo que cuestan.

Judith esbozó un gesto de asentimiento. Fue un ademán muy breve y conciso. Luego sonrió. Entonces le acarició la cara y le dio un beso lleno de ternura. Mason sintió una dicha infinita y pensó que le sería imposible olvidar ese momento.

* * *

Entrada la mañana Judith encontró a Joseph en su búnker, donde acababa de redactar unas cuantas cartas de pésame. En cuanto lo vio supo que su hermano había reparado en su felicidad de inmediato y que, seguramente, también habría adivinado a qué se debía.

Ahora bien, Judith no tenía la menor intención de decirle a Joseph que Mason siempre había sabido quién era el Pacificador, como tampoco, al menos de momento, que estaba dispuesto a ir a Londres con ellos para decírselo al primer ministro. Todavía necesitaban a Schenckendorff, de lo contrario no podían contar con que fueran a creer lo que esgrimieran contra un hombre tan poderoso como Dermot Sandwell. De acudir solo, la declaración de Mason podía ser desestimada como el delirio de un loco, un hombre tan trastornado por sus vivencias en la guerra que había perdido el equilibrio mental.

Mason no tenía nada por escrito; todo era de palabra, y eso podía refutarse. No había ninguna prueba concluyente. Incluso la información que tenía podía conseguirse por otras vías. Mason no había caído en la cuenta hasta entonces de que durante cinco años le había pasado informaciones a Sandwell, de una u otra clase, pero nunca nada de carácter confidencial. Sólo se trataba de sus observaciones, reunidas y filtradas por la sensatez y el conocimiento fruto de su experiencia. Pero Sandwell no le había referido nada, aparte de aspiraciones y metas, las cuales, por descontado, tanto podían haber sido las suyas como meras invenciones.

Y Schenckendorff no había traído ningún documento consigo. Le habría sido imposible conservarlos una vez capturado, aunque hubiese osado correr el riesgo de llevárselos de Berlín.



La única prueba escrita era el tratado que John Reavley había escondido en su casa de St. Giles.

—Tenemos que pensar —dijo Judith—. ¿Has hecho una lista de todas las personas que aún no han sido descartadas? Deberíamos concentrarnos en ella y procurar reducirla. Hoy es uno de noviembre. No hay que perder más tiempo o se terminará la guerra y ya no habrá nada que hacer. Seguro que Jacobson trabaja sin tregua. Anda por ahí como un perro jugueteando con un hueso. Igual que Hampton.

Judith se sentó en el catre y Joseph giró la caja que usaba de asiento para ponerse de cara a ella. El cansancio de Joseph resultaba patente, y bajo su aparente coraje se adivinaba un desaliento, una expresión dolorosa de contemplar. Sabía que era fruto del distanciamiento entre Lizzie y él, cuya causa Joseph no acertaba a comprender.

Judith anhelaba poder echarle una mano, decirle que se debía a que Lizzie lo amaba profundamente, no a lo contrario. ¿Pero acaso sería capaz de soportar lo que le había ocurrido a su amada, que además llevaba en el vientre al hijo de su violador? No estaba segura. La muerte de Eleanor había sido un golpe muy duro para Joseph, y las heridas habían tardado años en cicatrizar. ¿Era posible que este nuevo golpe lo llevara a dudar de su fe? ¿Acaso no era ésta el fundamento de su fortaleza y perdiéndola perdería también su buena disposición de ánimo?

Mason le había dicho aquel mismo día, mientras contemplaban juntos la tierra de nadie, que sería preciso informar a Joseph. El embarazo de Lizzie no tardaría en ser evidente. Entonces ella tendría que elegir entre contarle la verdad o desaparecer de su vida para siempre sin dar explicaciones, y eso aún podía hacerle más daño.

Mason le había hablado del Joseph que vio en acción en Gallipoli cuando lo conoció. Había intentado describirle su compasión, su incansable trabajo con los heridos, por más agotado que estuviera él mismo, su firmeza ante el inenarrable horror que allí se vivió. Le había dicho que la sangre humana teñía de rojo el mar.

Luego le había referido la larga discusión con Joseph a bordo de un bote salvavidas, en pleno canal de la Mancha, después de que un submarino alemán hundiera el vapor en que viajaban, abandonándolos a su suerte para que alcanzaran las costas de Inglaterra. Los demás habían fallecido; en el bote sólo quedaban Joseph, Mason y un tripulante herido. Joseph había estado dispuesto a morir si ése era el precio de evitar que Mason escribiera su artículo sobre Gallipoli con el ánimo de minar la moral, cuando más necesario era el reclutamiento para evitar la rendición. Sí, Joseph era capaz de encajar el desengaño, la traición, incluso la derrota, y sobrevivir a todo ello.

Lágrimas de orgullo habían asomado a los ojos de Judith, y también de felicidad al constatar que Mason tuviera en tan alta estima a Joseph. Aun así, deseaba proteger tanto a Joseph como a Lizzie tanto tiempo como pudiera, y quizá también a todos los demás, excepto al hombre que era culpable. Informar a Jacobson sobre la violación anterior sería el último recurso.



Joseph sostenía una hoja de papel con una lista de nombres, lugares y horas. Judith la cogió y la leyó.

—Casi nada de esto tiene sentido —dijo al rato—. Para empezar, me resulta del todo imposible creer que haya podido ser el comandante Morel. Ya sé que es un poco raro, y pienso que habría sido capaz de promover un motín el año pasado. —Reparó en la expresión irónica de Joseph—. De acuerdo, lo hizo. Pero creo que no violaría nunca a una mujer. Es un rebelde a su manera, y lucharía por cualquier causa en la que creyera, pero la violencia contra las mujeres no es ninguna causa.

—¿Y Tiddly Wop Andrews? —preguntó Joseph. Dijo que Moira Jessop lo vio en la tienda de evacuación el único momento en que no estuvo con los heridos leves, y en cambio ella afirma no haber estado allí. ¿Por qué iba a mentir Moira?

—Supongo que estaría donde no tenía que estar —contestó Judith—. O quizás haya mentido para proteger a otro y no pueda desdecirse. Pero me cuesta creer que sea Tiddly Wop. ¡Hace años que lo conocemos! Es muy guapo, pero más tímido que..., que un niño de un coro.

—Eso es una tontería, Judith, y lo sabes muy bien —dijo Joseph con ternura—. En casa era tímido. Lleva cuatro años en el frente. Ya no es un chaval. Es un soldado de veintiséis años.

Judith se mostró asombrada.

—¿No me estarás diciendo que crees que pudo ser él, verdad?

El rostro de Joseph reflejaba pesadumbre.

—No quiero creerlo, pero todos hemos cambiado. El mundo entero ha cambiado. Nadie es como antes. —La miró muy serio—. Los que estamos aquí o en otros frentes no seremos los únicos que habremos cambiado, también quienes se quedaron en casa serán distintos ahora. Lee entre líneas las cartas de Hannah. Detesta parte de las cosas nuevas, pero sabe que no hay vuelta atrás. —Encogió un poco los hombros—. Vemos las cosas de manera distinta a como lo hacíamos antes, tanto en lo social como en lo económico. Las antiguas reglas de conducta han sido barridas de un plumazo. Las diferencias de clase social son cada vez más difusas. Nos hemos visto obligados a reconocer el coraje, la inteligencia y los valores morales de hombres en quienes antes apenas reparábamos. Cuando regresen a casa no volverán a descubrirse ante nadie. Ahora sabemos, de un modo que jamás olvidaremos, que todos somos iguales en lo que atañe a las heridas y la muerte, a las necesidades humanas, a la voluntad de vivir y, por encima de todo, al honor y el sacrificio que conlleva saltar el parapeto y, si es preciso, dar tu vida por la de tus amigos.

—Ya lo sé —dijo Judith en voz baja—. ¿Crees que alguna vez lo olvidaremos? Me da mucho miedo que una vez que nos hayamos vuelto a acostumbrar al silencio y la comodidad también volvamos a hundirnos en los malos hábitos de antes: la



indiferencia, la malicia, la desigualdad, las mentiras estúpidas que sólo nos creemos porque nos resultan cómodas.

»¿Volveremos a fingir ignorancia ante el dolor y la aflicción verdaderos y a quejarnos de estupideces como si realmente importaran? ¿Nos ofenderemos por nimiedades, nos volveremos avariciosos, olvidaremos que somos semejantes por más diferencias que haya entre nosotros? ¿Nos acordaremos de estar agradecidos por el mero hecho de seguir con vida y hallarnos en casa, capaces de ver, oír y caminar? ¿Nos acordaremos de cuidar a quienes no puedan ver u oír? ¿Y a quienes estén solos y vayan a seguir estándolo siempre?

—No lo sé. Sólo sé lo que merecemos en caso contrario —respondió Joseph a media voz—. Si existe un Dios, una resurrección, y tengo que creer que así es, cuando llegue el momento de reunirse con quienes han pagado con su vida quiero poder mirarlos a los ojos y decirles que hice honor a su dádiva.

—Yo también. Lo contrario tal vez sea el infierno —corroboró Judith—. Y sigo esperando que el culpable no sea Tiddly Wop ni Barshey Gee ni el comandante Morel.

—Ni Cavan —agregó Joseph—. Hay algo extraño en su declaración. Todavía no sé qué es, y ojalá no tuviera que averiguarlo, pero tengo que hacerlo.

—¡Cavan jamás mataría a nadie! —exclamó Judith horrorizada—. ¡Ni siquiera tú puedes imaginar algo así!

—No —contestó Joseph—. Pero está mintiendo. Tengo que saber por qué, a no ser que lo resolvamos antes.

—¡Yo lo haré! —dijo Judith levantándose—. Voy a empezar ahora mismo.

—¡Ten cuidado! —dijo Joseph, presa de un miedo repentino, levantándose a su vez—. Que seas conductora de ambulancia no significa que estés a salvo, Judith.

Judith se volvió hacia él sin soltar la cortina de arpillera.

—¡Ya lo sé!

* * *

Joseph comenzó a buscar a Tiddly Wop Andrews. Los soldados acusaban la tensión de la inactividad forzosa, sobre todo desde que los retenían allí, en cierto modo cautivos, alejados de los últimos combates. En su mayoría se debatían entre el alivio de saber que ahora regresarían ilesos a casa y la sensación de haber fallado a sus camaradas por no luchar con ellos hasta el final. Se sentían inútiles. Las horas se hacían eternas, dedicadas a tareas menores que en buena medida sólo servían para entretener la espera. No tenía ningún sentido apuntalar las trincheras; nunca volverían a usarse. Los fusiles no habían disparado, de modo que no precisaban ser



limpiados. Aun así se limpiaban, aunque fuese una pérdida de tiempo. Lo único que realmente tenía valor era asistir a los heridos, pero un hombre sin formación sanitaria podía hacer muy poca cosa.

Tiddly Wop reparaba enjaretados, labor igualmente absurda ya que no los iban a necesitar mucho más tiempo, pero cualquier cosa era mejor que estar ocioso. Al ver la sombra de Joseph, dejó el martillo en el suelo.

—¿Qué se le ofrece, capellán? —preguntó—. De verdad que no sé nada más.

—Sí que sabes más —contestó Joseph poniéndose en cuclillas sobre un montón de sacos terreros delante de él—. ¿Dónde estabas la noche en que mataron a Sarah Price? Dime la verdad, Tiddly.

—Estaba en la tienda de evacuación —dijo Tiddly Wop obstinadamente—. Ya se lo dije en su momento.

—Sí, eso dijiste. Y Cully Teversham también dijo lo mismo. Pero Moira Jessop dijo que no estuviste allí, la primera vez que la interrogué. Y lo mismo le dijo a Jacobson.

Tiddly Wop parecía inquieto.

—No sé por qué diría eso.

—Yo tampoco —aseguró Joseph—. Luego dijo que tal vez estuvieras allí, que había tanto ajeteo que no podía estar segura. Pero eso tampoco es verdad. En realidad la tienda de evacuación estuvo bastante tranquila. Entre las tres y media y las cuatro y media allí no hubo nadie en absoluto. Y ésa es la hora que cuenta.

Tiddly Wop pestañeó.

—¿Fue entonces cuando..., cuando la mataron?

—Sí. ¿No lo sabías? —dijo Joseph.

—No. Yo..., yo la vi más temprano. —Tiddly volvió a apartar la mirada—. Estaba bastante alterada. Intenté que se sintiera mejor —agregó entre dientes como si estuviera avergonzado.

—¿Qué la tenía alterada? —insistió Joseph.

—Un montón de cosas —contestó Tiddly Wop con la voz ronca de tristeza.

—Eso no es una respuesta —le dijo Joseph—. Esa chica está muerta, Tiddly. Tenemos que saber qué le ocurrió y por qué. El porqué tal vez sea el único modo de atrapar a quien lo hizo. No repetiré nada de lo que me digas si no es necesario. ¿Por qué estaba alterada?

—Le daba miedo regresar a casa —dijo Tiddly Wop lentamente, buscando las palabras adecuadas—. Sabía que las cosas han cambiado. Sólo llevaba un año aquí, más o menos, pero se daba cuenta de que nada volvería a ser como antes. Han muerto muchos hombres jóvenes, y hay el doble o el triple de heridos, lisiados o simplemente..., distintos. —Se lo veía triste y desconcertado—. Y las mujeres



tampoco son como antes. Tenía la impresión de que no iba a encajar en ninguna parte, de que nadie se casaría con ella porque aunque era muy guapa, no tenía..., no sé..., pensaba que habiendo tantas mujeres distinguidas, con buenos modales, encantadoras, modestas y capaces de llevar una casa, ningún hombre la elegiría a ella. Y tenía cierta reputación.

»Tenía casi veintiséis años. Flirteaba bastante. Tuvo una especie de aventura con Benbow hasta que él se lo tomó en serio y ella cortó por lo sano. Luego..., no sé..., quiso asegurarse de que aún atraía a los hombres flirteando de mala manera con los prisioneros alemanes. Sin riesgos, por decirlo así. Esos pobres diablos no pueden hacer nada. Sólo quería recuperar la confianza en sí misma. —Miró muy serio a Joseph para ver si lo entendía—. Le dije que era una tontería, pero ella ya lo sabía. Hacía que la gente se enfadara con ella. Era muy guapa, más que la mayoría. Le dije que no se rebajara. No insistí mucho porque no quería que creyera que le iba detrás, pero intenté que tuviera mejor opinión de sí misma.

Escrutó ansiosamente el semblante de Joseph. Éste reparó en su bondad, en su compasión ante una muchacha asustada e insensata, seguramente igual a miles de otras mujeres que veían cómo lo que antaño había sido un futuro prometedor desaparecía mientras la tierra engullía a un ejército entero de jóvenes y todas las antiguas pautas de conducta cambiaban sin dejar ni una sola certidumbre a la que recurrir.

—¿A qué hora fue eso? —preguntó Joseph.

—Hacia medianoche —contestó Tiddly—. Quizás a la una.

—¿Y dónde estuviste entre las tres y media y las cuatro y media?

—En la tienda de evacuación, tal como he dicho.

—¿Con Cully Teversham?

Tiddly Wop no dijo nada. Su silencio confirmaba la verdad.

Joseph aguardó. Le habría gustado lo increíble creerle, pero no podía permitirse aceptar ni una sola mentira, por más que fuese mejor o más fácil que la verdad.

Tiddly Wop suspiró.

—No se dará por vencido, ¿verdad, capellán?

—No. ¿Dónde estabas, Tiddly?

—¡En la tienda de evacuación! Sólo que Cully no estaba allí. Dijo que estaba para cubrirme.

—¿Por qué?

Tiddly miró a Joseph, sus ojos suplicaban indulgencia, un poco de comprensión.

—Porque lo desenganché de una alambrada en Passchendaele y considera que está en deuda conmigo. Yo no se lo pedí. No la tome con él, capellán, por favor.



— ¿Quién más había en la tienda de evacuación, Tiddly?

— Nadie. ¡Lo juro! Pero antes de echarle las culpas a Cully, o de pensar que hizo algo, sepa que a esa hora estuvo con Snowy Nunn, sólo que Snowy ha regresado al frente. ¡Y esto es verdad!

Joseph le creyó. Entendía la deuda de honor. Ningún hombre que le debiera la vida a otro lo olvidaría jamás. Cully era igual que decenas de miles de otros. Joseph no había sabido hasta entonces que Tiddly Wop lo hubiese salvado. Se trataba de un acto más de heroísmo realizado porque sí, sin esperar ni desear ninguna clase de reconocimiento a cambio. Era lo que uno hacía por los amigos.

— De acuerdo — admitió Joseph—. ¿Dónde estaba Moira Jessop?

— No lo sé. Pero no estaba en la tienda de evacuación.

Joseph le dio las gracias y fue en busca de Moira Jessop para interrogarla otra vez.

La encontró durmiendo, aprovechando un breve respiro. Había trabajado toda la noche y Joseph consideró inoportuno molestarla, pero no había tiempo para tales miramientos.

Además, por supuesto, si la despertaban por una emergencia se quedaría sin poder hablar con ella.

— ¿Qué ocurre, capellán? — dijo Moira procurando alisarse el vestido y despejarse un poco. Se incorporó en el catre y se atusó el pelo pese a llevarlo bien recogido, en un modo que no la favorecía.

— Tenemos que hablar sobre Sarah Price — dijo Joseph plantándose delante de ella. El semblante de Moira se ensombreció.

— No sé nada más aparte de lo que ya le he contado. Flirteaba con los alemanes. — Torció el gesto con desagrado, apretando los labios. Ahora estaba más erguida, la tela gris del uniforme revelaba la tensión de sus hombros—. Naturalmente, no diré que lo mereciera, pero desde luego tentaba a la suerte de un modo que a ninguna de las demás se le ocurriría jamás. No tenía un ápice de..., modestia. Su actitud nos degradaba a todas ante los hombres.

— ¿Qué hizo? — preguntó Joseph. No era lo que tenía previsto decir, pero el comentario de Moira le molestó, despertando su curiosidad.

— Ya se lo conté — contestó Moira—. Flirteaba con ellos. Iba mucho más allá de cuidar de ellos o de curarles las heridas.

— ¿Está segura?

Moira se enfadó.

— Si duda de mi palabra, pregunte a Allie Robinson — lo retó—. Ella le dará razón de lo vulgar y vergonzoso de su conducta. Por el amor de Dios, esos hombres son los que masacraron a nuestros muchachos; sus cuerpos acabaron despedazados por la



metralla, desgarrados en las alambradas, cosidos a balazos, congelados. ¿Quién creía que les había hecho eso, si puede saberse?

Se puso muy pálida; levantaba la voz, cada vez más aguda, sin darse cuenta.

—Confío en que lo supiera aunque lo olvidara momentáneamente —dijo Joseph con delicadeza. Comprendía la ira de Moira y el miedo al caos que anidaba en su fuero interno.

Nada tenía de extraño sentirse ahogado por el dolor, necesitar desesperadamente una definición cualquiera del bien y el mal, cualquier cosa que diera sentido a un horror casi imposible de soportar. Las enfermeras se llevaban la peor parte, sin tregua, noche tras noche, y apechugaban con el mismo rancho escaso, las mismas jornadas agotadoras, el hambre constante, el mismo hastío y el mismo frío que los hombres. A veces la gente lo olvidaba simplemente porque rara vez disparaban contra ellas y porque no tenían que contraatacar. Su labor siempre se regía por la clemencia. Ninguna de ellas pasaría la noche en vela sudando de miedo mientras el rostro de un hombre agonizante flotaba ante sus ojos, sabiendo que lo habían matado. Joseph había abrazado a hombres que lloraban de terror, destrozados por la culpa. Las pesadillas perseguirían a algunos de ellos hasta el fin de sus días.

Pero ellas tenían sus propias pesadillas y eran víctimas de su impotencia. ¿Acaso las mujeres que permanecían en la patria tenían la más remota idea de su valentía, de su fortaleza, de la capacidad de aguante que presidía sus vidas día y noche?

—No sé nada —repitió Moira secamente—. Ya se lo dije.

—Sí que sabe algo —replicó Joseph con firmeza—. Sabe dónde se encontraba usted, y no era en la tienda de evacuación. Ha llegado la hora de la verdad.

Moira se sobresaltó y tomó aire para negar tal acusación. Entonces se topó con la mirada de Joseph y supo que no se daría por vencido. Dejó de oponer resistencia.

—Estaba con el soldado Eames —dijo en voz muy baja. No dio más explicaciones, pero no fue necesario: la indicación estaba muy clara.

—¿Dónde? —preguntó Joseph procurando mantener un tono ecuánime.

—¿De verdad importa? —repuso Moira desafiante otra vez, como si la pregunta fuese lasciva.

—Sí que importa —contestó Joseph—. La única esperanza que tenemos de averiguar dónde estaba la gente en realidad consiste en esclarecer tanta parte de la verdad como sea posible..., para sacar a relucir las mentiras. Por desgracia usted no es ni de lejos la única que asegura haber estado donde no estaba.

Moira se puso colorada.

—¿No sé quién la mató!

—Alguien lo sabe. ¿Dónde estaban ustedes dos?



—Al otro lado de los bidones de agua.

Su réplica fue casi una acusación, como si Joseph fuese culpable de empujarla a confesar. Era un lugar fangoso y desolado; lo único que pudieron estar haciendo era besarse, como mucho. Tal vez fuera eso lo que ella quería darle a entender.

—Donde no les veían desde el barracón de los alemanes —observó Joseph en voz alta.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé. Diez minutos, o un cuarto de hora.

Joseph dio por sentado que había sido más rato. Sin duda Moira prefería equivocarse con vistas a disculparse y, quizá más importante, a disculpar a Eames, que había abandonado su puesto.

—Si puedo evitarlo, esta vez no daré parte —le dijo Joseph—. Pero si resulta crucial para resolver el asesinato de Sarah, quizá me vea obligado a hacerlo.

—¡Yo no tuve nada que ver con eso! —dijo Moira indignada—. ¡Y el soldado Eames tampoco!

—Él si tuvo que ver, enfermera Jessop. Había abandonado su puesto y por eso no puede dar cuenta de lo que ocurrió en torno al barracón de los prisioneros alemanes. Uno de ellos pudo haber salido. Además, por supuesto, el cabo primero Benbow se quedó sin coartada sobre su propio paradero. Y mintió, porque dijo que estuvieron juntos en todo momento.

Moira se quedó muy impresionada. Saltaba a la vista que no había pensando en las consecuencias de sus actos. Pero estaba enfadada y se negó a disculparse. Joseph la dejó sentada en el catre, abatida y a la defensiva.

Eames corroboró lo que Moira Jessop le había referido a Joseph y acto seguido éste fue en busca de Benbow, con quien se encaró a propósito de su mentira.

Benbow se mostró sumamente incómodo y su semblante enjuto reflejó un acusado sentimiento de culpa.

—Estaba tonteando un poco con la enfermera Jessop —dijo sin mirar a Joseph a los ojos—. No le di importancia. Abandonó el puesto poco rato.

—¿Cuánto rato? ¿Lo sabe? —Benbow titubeó—. No lo sabe —dijo Joseph por él—. Lo cual significa que usted se queda sin coartada, igual que los prisioneros alemanes que con tanta vehemencia juró haber estado vigilando. Ha llegado la hora de la verdad, Benbow. Sería mejor que me la dijera usted honestamente en vez de obligarme a sonsacársela a terceros. A estas alturas, cualquier mentira es una forma de culpabilidad, sea lo que sea lo que intente ocultar: un error suyo o de otro.

Benbow se sentía muy mal.



—No sé cuánto tiempo estuvo ausente —dijo con gravedad—. Yo tampoco estaba en mi puesto cuando él regresó. Creo que ambos estuvimos fuera sólo por unos minutos.

—¿Cree? —dijo Joseph en voz baja—. ¿Mintió para encubrir a Eames o a sí mismo?

—A los dos. —Benbow vaciló otra vez—. Yo estaba con Sarah Price, pero sólo donde el agua. La ayudé a llevar un cubo y me entretuve un poco para hablar con ella. Tenía a su cuidado a algunos de los heridos alemanes. Yo estaba enfadado con ella porque flirteaba con ellos. Parecía que los prefiriera a nosotros. —Apretaba los puños y tenía tensos los músculos del cuello y la mandíbula—. Fue entonces cuando entendí por qué. Le gustaba tomarles el pelo, coquetear con ellos, provocarlos. Lo hacía por diversión, según dijo. Pero esos pobres desgraciados no podían hacer nada al respecto. La mayoría están muy malheridos, y muertos de miedo por lo que pueda ser de ellos o, peor aún, por lo que pueda ocurrir a sus mujeres, y ella disfrutaba con eso.

—No puede decirse que sea el retrato de una muchacha muy agradable —observó Joseph.

Benbow lo fulminó con la mirada y soltó una especie de carcajada.

—Pues le aseguro que la describe bastante bien.

—Dígame una cosa, cabo Benbow, ¿debo suponer que la usted la conocía bien?

Benbow volvió a sonrojarse.

—La veía a menudo.

Joseph no abundó en el asunto, pero tampoco prometió a Benbow no dar parte si resultaba necesario hacerlo. Luego fue a hablar con los prisioneros alemanes para ver si alguno de ellos podía corroborar cuánto tiempo estuvieron ausentes de su puesto Eames y Benbow.

Primero preguntó a Schenckendorff. Seguía estando muy pálido, pero tenía el pie menos hinchado y la fiebre parecía haber remitido. Ahora se enfrentaba a la posibilidad de ser juzgado por asesinato y acabar en la horca, y su mirada traslucía un humor negro ante semejante ironía del destino, si bien había hecho de tripas corazón para disimular su miedo.

Corroboró la declaración de Benbow. Por un instante abrigó la esperanza de que eso contribuyera a demostrar su propia inocencia, pero no tardó en perderla al ver que Joseph no le decía nada en ese sentido.

—Estoy más cerca de la verdad —dijo Joseph en voz baja—, pero aún no la he descubierto.

—No lo hice yo —contestó Scheckendorff—. Salí un rato al fresco. Quería pisar la tierra y sentir la lluvia. No hablé con nadie. ¿La chica a quien mataron fue la que entró aquí a mofarse y tomar el pelo a nuestros hombres? Era muy guapa, pero



superficial, me parece, quizás estuviera asustada, y en ocasiones se mostraba cruel. Es terrible que la mataran. Lo lamento. La estupidez no merece un castigo tan espantoso. Todos somos estúpidos a veces, nos dejamos llevar a ciegas por nuestros temores o esperanzas. Estamos tan pendientes de aquello de lo que huimos que no nos damos de cuenta de dónde nos metemos.

Joseph no dijo nada. Schenckendorff podía estar refiriéndose a decenas de cosas distintas, de orden material, emocional o moral. En otro momento y lugar podría haberle caído bien, incluso ser su amigo. Ahora lo único importante era absolverlo de todos los cargos para poder llevarlo a Londres a tiempo.

Joseph se levantó para marcharse y, al pasar ante los catres, un hombre se le dirigió en excelente inglés, llamándolo por su nombre. Joseph se detuvo. Había algo familiar en aquella voz, pero no logró identificarla.

—¿Capellán? —repitió el hombre. Era delgado y moreno, de rasgos marcados, guapo a su manera.

—¿Nos conocemos? —preguntó Joseph, desconcertado.

El hombre sonrió. Llevaba la cabeza vendada y aún le salía sangre de la herida que tenía en la oreja. También llevaba envueltos el hombro y el brazo derechos.

—Feldwebel Eisenmann —contestó el prisionero—. Hablamos de fútbol inglés en la tierra de nadie, mil novecientos quince. Me alegra verle tan bien. ¿Podría decirme si mi amigo el cabo primero Goldstone sigue vivo, por favor?

Joseph recordó el incidente con súbito afecto. La situación había sido aterradora un momento para ser sumamente divertida y absurda al siguiente. Habían comentado la pésima defensa del Arsenal ante el Chelsea, como si realmente importara; un instante de preciada cordura en medio del infierno. Dos judíos y un capellán de la Iglesia anglicana perdidos en un barrizal lleno de cadáveres hablando de un partido y despidiéndose como amigos.

—Sí que lo está, Feldwebel —contestó Joseph—. Le dieron la licencia absoluta hace cosa de un año. Perdió el pie izquierdo, pero se está adaptando bien. Recibo noticias tuyas de vez en cuando. Cuando le escriba le diré que lo he visto.

—Dígale que he perdido la oreja derecha —dijo Eisenmann—. Seguro que entiende la broma. Siempre me decía que no tenía oído. Por cierto, tengo un mensaje para usted. —Sonrió, mirándolo con una chispa de ternura—. De un hombre que se llama Sam. Un tipo alto, moreno de pelo. Tenía un trabajo en Alemania y dijo que iba a quedarse allí, al menos por el momento. Pide que le haga el favor de contarle la verdad a su hermano. ¿Tiene sentido para usted? Y añadió que no se apurase, que contara un chiste bueno y se comiera una galleta de chocolate a su salud.

Un gran afecto invadió a Joseph, en cuyos ojos asomaron las lágrimas. De todos los amigos que la guerra le había arrebatado, Sam Wetherall era el que más echaba en falta.



—Sí, todo el sentido del mundo —contestó—. Gracias, Feldwebel. Estoy en deuda con usted.

Dio media vuelta y se marchó antes de que la emoción lo embargara. Deseaba estar a solas en la intemperie, caminar bajo la lluvia recorriendo las trincheras viejas, rememorar a los camaradas que habían sido lo mejor de todo, quizá disponer de tiempo para dar rienda suelta a su propia aflicción. Deseaba recordar las voces, las risas, las miradas de todos aquellos a quienes conocía tan bien y que permanecerían allí mucho tiempo después de que los demás se marcharan a casa, cuando el pasado se llevara consigo lo bueno y lo malo de la guerra convirtiéndolo en historias contadas a personas que no tendrían ni idea de cómo había sido en realidad.

* * *

Judith también trabajaba en cuantos frentes podía. La imagen de Sarah Price que se iba perfilando cada vez con más claridad era fácil de entender y suscitaba lástima, pero no simpatía.

—Era una mujer fácil —dijo Allie sucintamente—. Sabe Dios que cualquiera comprende que alguien se enamore. Todos estamos solos, asustados, y somos muy conscientes de que si ahora desperdiciamos la ocasión quizá no vuelva a presentarse ninguna otra. Pero Sarah no amaba. En cierto sentido podría decirse que siempre estaba mintiendo: ¡prometía algo que ni siquiera tenía y mucho menos pensaba dar! —Allie estaba blanca de ira y desazón—. Siendo como era, cruel y vulgar, nos traicionaba a todos.

—¿Nos traicionaba? —repitió Judith confundida. No la estaba entendiendo.

Allie le lanzó una mirada de frustración rayana en el desprecio.

—Los hombres que han muerto aquí, como los heridos y los lisiados, por todos sus seres queridos en la patria, merecen que seamos dignos de su sacrificio. Esa es la mayor deuda que tendremos jamás. ¡Ella no lo era! No era digna del sacrificio de esos hombres. Se mofaba de ellos. Carecía de lealtad. —Apartó la vista. Había amargura, aspereza y un descarnado enojo en su voz—. A lo largo de los siglos, hombres y mujeres han dado cuanto tenían para crear la Inglaterra que amamos. Si ahora nos permitimos rebajarnos, traicionamos a los muertos no sólo de esta guerra sino de todas las guerras. Cada uno de los sacrificios realizados durante dos mil años habrá sido en vano. Qué ironía sería vencer a los alemanes y luego dejar que el premio nos cayera de las manos al fango..., para ser pisoteado.

—Puedes hacer entrega del premio por tu cuenta —dijo Judith con bastante claridad—. No puedes hacerlo en nombre de otros.

Allie se volvió bruscamente y la fulminó con la mirada.



— ¡Claro que puedes, estúpida! ¡Puedes pasar el testigo a todas las personas que vendrán detrás de ti! ¿Qué piensas enseñar a tus hijos? ¿Vas a enseñarles el significado del honor y de la castidad, y a cuidar de los demás y a ser leales, pacientes y honrados? ¿O les enseñarás a apropiarse de todo lo que puedan, asegurándote de que conozcan todos sus derechos y ninguna de sus obligaciones?

Judith abrió la boca para discutir, pero se dio cuenta de que sería inútil. Y, además, Allie tenía parte de razón. Una generación que olvida sus creencias no puede transmitir las. Fue la profundidad del sentimiento de Allie lo que la sobresaltó, infundiéndole un poco de miedo.

Después de caminar un buen trecho encorvada contra el viento, de nuevo en el búnker de Joseph, se puso a revisar sus anotaciones. Fue entonces cuando se dio cuenta de que Allie había declarado que estaba trabajando con Cavan en la tienda de los heridos graves a la misma hora en que había dicho que estaba en la tienda de reanimación. Y uno de los auxiliares sanitarios había confirmado la segunda declaración.

¿Por qué iba a decir eso Allie si no era verdad? ¿Y por qué lo había corroborado Cavan? Se sentó en el borde del catre y releyó las declaraciones de nuevo, algunas escritas de su puño y letra, otras con la caligrafía de Joseph. Nota tras nota, cada vez estaba más claro que Cavan y Allie estaban mintiendo; los relatos de los auxiliares encajaban con todo lo demás. Judith no podía creer que Cavan, precisamente, fuese culpable, aun cuando, según testimonio de varias personas, había tratado a Sarah y en ocasiones bromeaba con ella; y tal vez algo más. Era fácil que Sarah gustase, si no se conocía su faceta cruel, y además no pedía nada a cambio. No buscaba ninguna clase de compromiso. Así se lo había dado a entender él.

Temerosa de las respuestas, Judith se obligó a buscar a Cavan e interrogarlo. Estaba en la tienda quirófano y tuvo que aguardar. Finalmente salió a la tienda de reanimación, con los brazos todavía manchados de sangre y el pelo mojado por haberse refrescado la cara con agua para mantenerse despierto. Judith se sintió culpable por molestarlo, pero necesitaba saber la verdad. Había que salvar a Schenkendorff, y la aflicción de Lizzie era mucho peor que cualquier vergüenza momentánea que Cavan pudiera sentir.

Cavan sonrió. Parecía complacido de verla.

— He estado hablando con Allie — dijo Judith enseguida.

— Es una buena enfermera — respondió Cavan, aunque dirigía su atención al hombre que acababan de traer, que aún seguía bajo los efectos de la anestesia.

Judith miró a Cavan. ¿Era hastío lo que veía en él, la fatiga que todos sentían ahora que la lucha casi había terminado? Los combates acabarían en cuestión de días. Él era de los pocos que tenían garantizado el empleo. Su futuro era menos incierto que el de la mayoría, excepto tal vez el de Joseph. A él también lo necesitarían siempre, aunque Judith no sabía si llegaría a plantearse seguir en la clerecía en tiempos de paz. Lo



había rehusado antes de la guerra, viéndose incapaz de enfrentarse a los pesares, la confusión y los enredos morales de las vidas del prójimo. No había hallado respuesta a su pérdida, ninguna fe apasionada de la que valerse para sobrellevar el dolor ajeno y estar lo bastante seguro de Dios como para ofrecer su apoyo.

De todos modos, eso nada tenía que ver con que ahora ella fuese franca con Cavan.

—¿Por qué permitiste que Allie mintiera para protegerte cuando mataron a Sarah?
—dijo sin rodeos.

Cavan se puso tenso y se volvió lentamente. Estaba pálido y había un claro destello de ira bajo sus párpados hinchados.

—¿Pero tú qué te has creído, para ir interrogando a la gente de esta manera? —le dijo bruscamente—. Eso no es asunto tuyo, Judith. Ya tuve que aguantar lo mío cuando acusaron a tu hermano, pero ahora sólo se trata de un alemán y te estás pasando de la raya.

—Seguramente —replicó Judith con aspereza, profundamente herida por su frialdad—. Si prefieres que vaya a contárselo a Jacobson, por mí no hay problema. Allie mintió y tú no dijiste nada, así que a todos los efectos también tú mentiste. Entiendo que se mienta. Yo misma lo he hecho para proteger a quienes me importan, sobre todo si he estado absolutamente convencida de su inocencia. Pero no dejaré que ahorquen a un hombre inocente, sea alemán o británico. O me lo cuentas a mí, o se lo cuentas a Jacobson; la decisión es tuya.

Cavan estaba enfadado, muy enfadado. Judith nunca lo había visto así hasta entonces y estaba un poco asustada, pero se negó a echarse atrás.

—Allie me está protegiendo —dijo con suma frialdad—. Estaba agotado y salí un rato afuera para recobrar el ánimo. No dije que mentía porque le estaba agradecido y no quería meterla en un lío. No sé si tu fariseísmo te permitirá comprenderlo o mostrar un poco de piedad.

La palabra «piedad» encendió una chispa en la mente de Judith. De repente entendió algo que tendría que haber visto antes. Allie Robinson estaba enamorada de Cavan y no era correspondida. Él lo sabía y estaba avergonzado. Quizás había dejado que ella malinterpretara una palabra, un gesto, el tiempo que llevaban compartiendo esfuerzos desesperados, largas noches en vela pendientes de los heridos y los agonizantes. Era ese sentimiento de culpa el que tanto lo enojaba. Una terrible necesidad de no estar solo, de buscar cierto consuelo humano para aliviar aquella íntima confusión..., no era lo mismo que el amor, al menos no que el amor entre un hombre y una mujer. Pero de ella podía surgir una ilusión de amor, y con ella un apetito ansioso y voraz.

—Lo entiendo —dijo Judith con delicadeza—. Sí, lo entiendo. Gracias. ¿Alguien más sabe que saliste de la tienda?



La mirada de Cavan fue más tierna. Algo más asomó a sus ojos un instante, una chispa de afecto que Judith apenas tuvo tiempo de ver.

—Que yo sepa, no.

* * *

Los días se estaban haciendo más cortos. Hacía tiempo que había pasado el equinoccio y, al atardecer, el sol del otoño resplandecía tiñendo de naranja en el cielo de poniente. Cortinas de lluvia traídas por vientos fríos lo manchaban de gris. Matthew, Joseph y Judith estaban sentados en los catres. Judith los había puesto al corriente de sus averiguaciones.

Joseph se mordió el labio.

—De modo que sabemos dónde estaban todos excepto Cavan, Benbow y Barshey Gee.

Judith se quedó pasmada.

—¿Barshey Gee? No seas ridículo, Joseph. Barshey no le haría eso a nadie.

Notó que se ponía roja. Había mentido para proteger a Wil Sloan, diciendo que había estado con ella mientras trabajaba en el mantenimiento de su ambulancia. En realidad había acabado temprano e ido a sentarse dentro, a resguardo del viento y la lluvia. Barshey Gee le había preparado un tazón de té caliente. Judith lo había visto reducir la llama y aguardar hasta que el agua hirvió. Eso había durado bastante. Después la acompañó de vuelta a la ambulancia y estuvieron charlando un rato.

—Yo tampoco creo que lo hiciera —dijo Joseph con gravedad—. Pero el caso es que mintió, Judith.

—¿En serio? —dijo Judith con dificultad—. ¿Qué dijo?

—Que te preparó un tazón de té en la tienda de los heridos leves y que luego fue contigo hasta tu ambulancia. Dijo que Wil Sloan no estaba allí. Tú dijiste lo contrario y no mencionaste a Barshey.

Matthew mostró su descontento.

—Esa mentira es una estupidez, Joe. ¿Por qué iba Barshey a decir algo tan fácil de rebatir? Sin duda sabía que hablaríamos entre nosotros. ¿Por qué, Judith? ¡A cualquier otro voluntario podríamos no haberle creído, pero decir que estuvo con ella es de idiotas!

Una vertiginosa sucesión de pensamientos acudió a la mente de Judith; recuerdos de lo asustado que había estado, de lo que dijo sobre hombres temerosos de la violencia que anida en su fuero interno, la furia que los empujaba a perder los



estribos. ¡No, eso era un disparate! Conocía demasiado bien a Wil como para entretener tal idea, aunque fuese producto de una imaginación exhausta.

Joseph la miraba fijamente. Judith había exigido a los demás que dijeran la verdad. Había desdeñado a Allie por haber mentido para proteger a Cavan, y luego éste le había mostrado su piedad y su sentimiento de culpa.

Levantó la vista para mirar a Joseph a los ojos. Tenía que ser ahora.

—Barshey Gee no mintió. Mentí yo. Lo siento. —Tragó saliva—. Quería proteger a Wil porque sabía que iban a sospechar de él. Tiene el genio vivo. Barshey preparó el té dentro y luego vino conmigo a la ambulancia, tal como dijo. Había estado lloviendo y ni siquiera estaba mojado, al menos al principio. Iba tan empapado como el resto de nosotros cuando regresó a la tienda. —Se fijó en la expresión de Joseph—. ¡Ya lo sé! ¡Lo siento!

Estaba envuelta en una maraña de mentiras, como si se hallara entre los tentáculos de un pulpo. En cuanto se libraba de una quedaba presa de otra. Ahora había tenido que traicionar a Wil pese a haber dicho que no lo haría.

—¿Y pudo haber sido Wil? —preguntó Matthew muy serio—. Esta vez la verdad, por favor.

—Todos tenemos nuestras deudas, Matthew—dijo Joseph negando con la cabeza—. No podemos decidir cuándo hay que pagarlas.

Tocó el brazo de Judith con un ademán afectuoso y volvió a apartarse.

—Tal vez —susurró Judith.

—Pues entonces Cavan, Benbow o Wil Sloan —dijo Joseph mirando a sus hermanos de manera inquisitiva.

—Benbow —contestó Judith—. Me niego a creer que sean Cavan o Wil. Igual que tú. Hace cuatro años que los conocemos. Cavan ha salvado más vidas que cualquier otro médico en esta parte del frente. Le habrían dado la Cruz Victoria de no haber sido por aquel idiota de Northrup. E incluso entonces antepuso a sus hombres a su propio interés y se quedó para responder a los cargos.

—Eso no significa que no pueda violar a una mujer —señaló Matthew.

—¡Claro que no! —le gritó Judith levantando la voz en una especie de desesperada negación—. Pero fue Benbow. Tiene que haberlo sido.

—Seguramente —admitió Joseph—. Pero todavía no lo hemos demostrado.

La respuesta de Matthew se vio interrumpida por Mason, que llamó golpeando el dintel improvisado y abrió la cortina.

—Adelante —lo invitó Joseph, aunque Mason ya había bajado el primer escalón. Al darle de pleno la luz del farol, vieron que tenía el rostro demacrado y que apretaba los labios. Miró uno por uno a los hermanos Reavley.



—Esto va de mal en peor —dijo sin aguardar a que ninguno de ellos hablara—. Alguien que está por encima de Hook ha ordenado retirar a Jacobson del caso y lo ha puesto en manos de un policía militar. Hook está furioso, pero no puede hacer nada. El sujeto en cuestión ya ha llegado, un tal Onslow. Ha ordenado suspender la investigación y trasladar a Schenckendorff mañana. Le trae sin cuidado su estado de salud.

—El caso no ha sido demostrado —protestó Matthew—. Sólo es una acusación. No hay pruebas suficientes para llevarlo a juicio.

Judith miró a Joseph y vio en sus ojos que estaba más acostumbrado a la policía militar y a las necesidades de la guerra. No había ninguna esperanza en él, ninguna confianza en el sentido común o la ley.

—No podemos demostrar que Schenckendorff es inocente —dijo mirando a Matthew y luego a Judith—. Eso sería lo único que nos serviría ahora mismo.

—¡No hay ninguna prueba! —La voz de Mason transmitía su cólera—. ¡Qué puñetera ironía!

Todos ellos pensaban lo mismo. Puro azar, una cadena de mentiras y deudas personales, un policía militar más motivado por la ambición que por la justicia, y el Pacificador ganaba otra vez.

—¿Para qué hemos estado luchando —dijo Joseph en voz baja— si al final ahorcamos a un hombre inocente por conveniencia, con tal de ahorrarnos la molestia de descubrir la verdad y eludir el mal trago de enfrentarnos a una respuesta que no nos gusta? Ya puestos, podríamos habernos ahorrado la masacre rindiéndonos sin más.

Judith se tapó la cara con las manos. Había llegado el momento de ir a hablar con Lizzie. Ya no era posible que Lizzie siguiera guardando silencio acerca de su propia violación.



Capítulo 9

Joseph pasó muy mala noche. Parecía que estaban derrotados a pesar de todos sus esfuerzos. Le había suplicado al comandante Onslow, un hombre delgado con los ojos color de avellana y el pelo cortado al cepillo. Onslow lo había escuchado con educación para luego decirle que lo sentía mucho, pero que el asunto se había prolongado demasiado. El delito era horrendo, incluso habida cuenta del nivel de violencia al que trágicamente se habían acostumbrado. Ahora al menos tenían la paz a la vista, llegaría en cuestión de días, y aquel asunto debía zanjarse. No era sólo por el bien de la justicia, sino por los hombres y mujeres de aquel hospital de campaña cuya moral ya había sufrido bastante.

Nada de lo que Joseph había dicho acerca de la injusticia, de la falta de pruebas, incluso de la posibilidad de que el culpable fuese otro, había alterado en lo más mínimo la postura de Onslow. Schenckendorff sería trasladado en algún momento del día siguiente, en cuanto se hubiera tramitado el salvoconducto pertinente. Tendrían que protegerlo. Por el bien de los hombres destinados allí, había que impedir que le hicieran daño. Pero a más tardar se lo llevarían a primera hora de la tarde.

Joseph había permanecido despierto, sabiendo que Matthew, en la otra litera, tampoco dormía, pero a ninguno de los dos se le ocurrió ningún otro plan, de modo que cada cual procuró echar un sueño aunque, a decir verdad, con muy poco éxito.

Por la mañana Matthew salió temprano sin decir qué tenía intención de hacer, y Joseph escribió un par de cartas de condolencia que tenía pendientes del día anterior. Acababa de terminarlas cuando oyó unos tímidos golpes contra el dintel. Sin aguardar una respuesta, Lizzie bajó los peldaños.

Estaba ojerosa y desprovista de color. Al principio Joseph pensó que sería a causa de una muerte. ¿Stan Tidyman, que había perdido una pierna? ¿Tal vez su cuerpo agotado no había soportado la amputación?

—¿Quién? —preguntó sucintamente, al tiempo que le ofrecía su silla para sentarse a su vez en un catre.

—Nadie —contestó Lizzie, aceptando el asiento con desgana, como si hubiese preferido quedarse de pie—. No he venido por eso.



— ¿Qué ha pasado?

¿Qué más podía haber ocurrido? Joseph no había tenido ocasión de hablarle sobre Schenckendorff la noche anterior. Lizzie había estado de servicio, ocupada atendiendo a los heridos.

Con pocas e hirientes palabras Lizzie le contó lo sucedido, sin ahorrarse ningún pormenor, por crudo que fuera. No miró a Joseph ni una sola vez, ni en actitud culpable ni de disculpa. Se limitó a relatar un asalto que la pilló por sorpresa y en el que fue violada, quedando magullada de cuerpo y alma, con un dolor como no había imaginado jamás, mancillada para siempre. Algo que nunca podría ser reparado se había roto en sus entrañas. Y ahora estaba embarazada del hijo de su agresor, como si estuvieran fusionados como resultado de un acto atroz que había dado vida a un ser humano, de modo que ella no pudiera olvidarlo hasta el fin de sus días. No tenía ni idea de quién era el violador. Seguía sin levantar la vista ni mirar a los ojos de Joseph.

— Sucedió mucho antes de que Schenckendorff cruzara las líneas —concluyó con voz neutra—. Es imposible que lo hiciera él. Tengo que contárselo a Onslow para que retire los cargos y no se lo lleve de aquí.

Joseph estaba tan destrozado que se sentía como si también lo hubieran agredido a él en lo más hondo de su ser, mancillado por una inmundicia de la que nunca se podría librar. Y, sin embargo, nadie le había puesto la mano encima. Habría preferido que se lo hubiesen hecho a él en lugar de a ella. No se le ocurría qué decir o hacer para aliviar su dolor y, mucho menos, consolarla. Abrumado, sólo percibía el rojo palpitante de la herida infligida. Ni siquiera la rabia había hecho su aparición todavía. Le vendrían ganas de matar a ese hombre, de golpearlo hasta dejarlo sin sentido, de castrarlo cuando recobrarla la consciencia y de que notara cada movimiento del cuchillo, cada pedazo que perdía para siempre.

¿Serviría de algo? ¿Facilitaría las cosas?

Lizzie aguardaba a que Joseph la mirara, a que le dijera algo. De repente comprendió que no estaba segura de que Joseph le creyera. Aunque pareciera increíble, incluso le daba miedo que llegara a pensar que era una mentira inventada para encubrir cierta relajación moral por parte de ella.

¿Qué podía decirle Joseph? Las palabras resultaban burdas, insuficientes para expresar el desespero que lo embargaba. Lizzie necesitaba que le creyeran. Ahora apenas le importaría que él la amara. La idea de que el sujeto que había asesinado a Sarah Price también hubiese compartido tan violenta intimidad con Lizzie, plantando su semilla para que creciera y se convirtiera en su hijo, le causaba un horror que le abrasaba las entrañas. Pero tenía que pensar en ella, no en sí mismo. Lo que él sintiera ahora poco podía importarle a ella.

— ¿Joseph? —dijo Lizzie con voz temblorosa. Su terror era tan grande que se palpaba en el aire—. ¿Vas a venir conmigo a ver a Onslow?



Joseph tenía que decir algo, y ese algo debía ser apropiado. Sólo tendría aquella oportunidad; nunca podría retirar lo que ahora dijera. Alargó la mano y le tocó las puntas de los dedos. No cabía un contacto más delicado entre dos cuerpos.

—Encontraremos otra manera de absolver a Schenckendorff... —comenzó, y acto seguido supo que no podía ser verdad. No quedaba tiempo.

Lizzie hizo un gesto negativo moviendo apenas la cabeza, como si tuviera los músculos agarrotados.

—He aguardado todo lo que he podido. Tengo que hacerlo. Sabes que tengo razón. No me lo pongas más difícil. Sólo quería contártelo en persona antes de hablar con Onslow. —Se levantó, el cuerpo se le balanceó un instante y recobró el equilibrio—. De lo contrario, no habría podido aceptar la situación, y tú tampoco.

Dio media vuelta muy despacio y se dirigió hacia la puerta.

Joseph tardó demasiado en levantarse, pero de todos modos no estaba segura de que las piernas fueran a sostenerlo. Sabía que a Lizzie la asistía la razón. Schenckendorff había venido cruzando las líneas para rendirse y traicionar al Pacificador, con todo lo que eso le costaría, porque su honor así se lo exigía. Si Lizzie permitía que ahorcaran a Shenckendorff por un crimen que Joseph sabía que no había cometido, el resto de la vida de ella quedaría envenenado, y también la de Joseph si actuaba en connivencia en semejante cobardía.

Y, no obstante, todo su ser deseaba protegerla. Su mente le gritaba que buscara otra solución, cualquier solución menos aquélla. ¡Quisiera Dios que hubiera otra cosa que pudieran hacer! Pero incluso mientras se lamentaba sabía que no era así y que estaba perdiendo el tiempo protestando mientras dejaba que ella fuera sola a hablar con Onslow. Debería estar a su lado, brindarle su apoyo. Lo de menos era lo que a él le costara, pues eso no era nada comparado con lo que le costaba a ella.

Se levantó y apartó la arpillera, subió los peldaños con la misma pesadez que si estuviera marchando por el denso fango de la tierra de nadie. Salió a la trinchera y fue tras ella, pues sabía qué dirección habría seguido. La alcanzó cuando ya estaba abriendo la puerta del barracón donde Onslow había montado su despacho, y entraron juntos.

Onslow estaba sentado detrás de una mesa con media docena de hojas de papel encima. Se mostró sorprendido de verlos, y un tanto irritado. Primero se dirigió a Joseph.

—Vaya, capellán. Le ruego que no nos haga perder el tiempo pidiéndome que retrase la acusación contra el alemán ni con ninguna otra teoría a propósito de posibles culpables. No está sirviendo a sus hombres ni al honor de su regimiento.

—Señor... —comenzó Joseph.

—Hay que zanjar este desdichado asunto y pasar página —dijo Onslow de manera cortante, interrumpiéndolo levantando la mano como para acallarlo físicamente—.



Debería escribir a la familia de esa pobre chica, si todavía no lo ha hecho, y luego centrarse de nuevo en los vivos. Hay un sinfín de heridos que necesitan su atención..., toda su atención, capitán Reavley.

Hasta entonces sólo le había echado un vistazo a Lizzie.

Ahora ella dio un paso al frente. Joseph acertó a ver en parte cuánto le costaba mantenerse en posición de firmes, cuadrada como un soldado.

—El capitán Reavley sólo ha venido para apoyarme debido a lo que tengo que decirle, comandante Onslow —dijo con claridad—. Él no sabía nada sobre esto hasta que me he visto obligada a informarlo hace un rato.

Onslow tomó aire para interrumpirla, pero la expresión y el porte de Lizzie lo detuvieron. Se armó de paciencia, aunque le duró bien poco. Lizzie no desperdició la ocasión.

—Por desgracia Sarah Price no ha sido la única mujer víctima de un asalto. Hubo una violación anterior, extremadamente desagradable aunque mucho menos violenta...

Esta vez sí que la interrumpió.

—Nadie lo denunció, señorita...

—Señora Blaine —dijo Lizzie—. Sé muy bien que no hubo denuncia.

Se le quebró la voz.

Joseph ansiaba decir algo por ella, explicar, obligar a Onslow a comprender, pero le constaba que no debía. Hacerlo despojaría a Lizzie de la única dignidad o control que tenía sobre el asunto. Permaneció muy erguido, con los brazos en los costados, clavándose las uñas en las palmas de las manos. El silencio que reinaba en el barracón era opresivo, el aire viciado.

—Resulta muy..., difícil denunciar algo así.

Lizzie volvió a quedarse sin voz pese a su voluntad de mantenerla firme.

La furia ensombreció el semblante de Onslow.

—¡Señora Blaine, la violación es un delito muy grave! No denunciarlo es sumamente irresponsable. Lamento mucho que haya ocurrido y si me dice quién es la mujer afectada, añadiremos su agresión a los cargos. —Hizo un gesto brusco con las manos, como si las liberara de una atadura—. Aunque, como es natural, no podré hacer nada salvo que la propia víctima me lo cuente. Haga el favor de señalarle que tiene el deber de hacerlo y que, si hubiese tenido la valentía de presentarse en su debido momento, quizás habríamos atrapado a ese hombre entonces y Sarah Price seguiría estando viva.



Joseph tuvo que hacer un esfuerzo tan grande para mantener la boca cerrada que notó la palpitación de la sangre en las sienas como si toda aquella violencia le estuviera sacudiendo el cuerpo. Deseaba golpear a Onslow hasta dejarlo sin sentido.

Lizzie hizo de tripas corazón para seguir hablando.

—Esa mujer soy yo misma, comandante. No tengo ni idea de quién me violó. De haberlo sabido, lo habría denunciado...

Onslow se desconcertó, pero eso no alteró en absoluto su enojo. Tenía el rostro colorado, la mirada brillante y dura.

—Pues ahora su acusación carece de sentido, señora Blaine, y además llega tarde.

Se levantó y rodeó la mesa hacia ella, mirándola de arriba abajo como para ver si estaba herida.

Joseph estaba temblando, un sudor frío le bañaba toda la piel.

—¡Tiene todo el sentido del mundo! —exclamó Lizzie con la voz ahogada en llanto—. Ocurrió hace más de un mes, antes de que el coronel Schenckendorff hubiese llegado aquí. Es imposible que él sea el culpable.

Onslow tardó un momento en asimilar el alcance de lo que Lizzie acababa de decir, y de pronto cayó en la cuenta. Se quedó paralizado.

—¿Me está diciendo que ha permitido que acusara y encarcelara a un hombre inocente mientras usted no decía nada? —le gritó.

—Yo..., confiaba en que se demostrara su inocencia de alguna otra manera —susurró Lizzie—. Yo...

—¿Confiaba? —inquirió Onslow con incredulidad, enarcando las cejas—. ¿Confiaba? —repitió—. Si hubiese hablado cuando debía lo habríamos investigado entonces, cuando el rastro era reciente. Como mínimo habríamos sabido que un violador andaba suelto en el hospital de campaña, y las mujeres habrían tomado las precauciones precisas para garantizar su seguridad. ¡Sarah Price aún estaría viva y no habríamos malgastado semanas con interrogatorios y acusaciones para terminar encerrando al hombre equivocado! ¿Tiene la menor idea de lo que ha...?

—¡Sí! —gritó Lizzie con el rostro surcado de lágrimas—. Sí, claro que lo sé. ¿Por qué cree que he venido a verle ahora? Pero no sé quién fue...

—Tendría que haber venido... —comenzó Onslow.

Joseph perdió los estribos ante la ciega crueldad de aquel hombre. ¿No se hacía cargo de lo íntimo que era una violación? Onslow seguía hablando sobre Sarah y de cómo podría haberse salvado. Lizzie permanecía inmóvil, sin saber cómo defenderse. Joseph arremetió contra Onslow y le asestó un puñetazo cargando con todo su peso. Onslow trastabilló hacia atrás, chocó con la pared, perdió el equilibrio y cayó al suelo de costado.



—¡Joseph! ¡No! —gritó Lizzie lanzándose sobre él, lo agarró para que no pudiera darle otro golpe, se tambalearon y por fin se quedaron quietos.

Onslow estuvo pestañeando varios segundos tumbado en el suelo antes de incorporarse y apoyarse en un codo. Inspiró profundamente y negó con la cabeza. Luego, muy poco a poco, se puso de pie, aún medio inclinado contra la pared, aturdido por la impresión y el dolor del puñetazo.

Joseph estaba tan encolerizado que si Onslow se hubiese vuelto hacia Lizzie para hablarle lo habría golpeado otra vez, pese a que comenzaba a darse cuenta de que había agredido a un oficial de más graduación y que podrían formarle un conejo de guerra y darlo de baja del ejército de manera deshonrosa.

Onslow lo miraba de hito en hito. Quizá quisiera disculparse, tratar de explicarse, pero nada excusaba lo que Onslow le había hecho a Lizzie, y Joseph no iba a ceder. Era capellán, no soldado de carrera, y para él Lizzie era más importante que cualquier vocación. Sostuvo la mirada de Onslow sin el menor titubeo.

Lizzie también debía de estar buscando a la desesperada algo que decir. Miraba alternativamente a uno y a otro con el rostro ceniciento.

Onslow se alisó la guerrera y se sacudió el polvo.

—Perdone, señora Blaine —dijo a media voz—. Estoy convencido de que lamenta su omisión más que suficientemente. No debí mencionarla. Me es imposible imaginar el sufrimiento que habrá soportado y la falta de sensibilidad de ciertas observaciones. Le ruego me disculpe por haber añadido las mías.

—Tenía razón al culparme, señor —dijo Lizzie con voz trémula—. Pensé que quizás había sido culpa mía, que de un modo u otro había permitido que alguien creyera que le tenía en consideración aun no siendo ésa mi intención. Todas..., todas nosotras tendemos a pensar que fuimos tontas, descuidadas..., pero no tengo ni idea de quién fue. No he parado de darle vueltas, pero no hay manera. Ahora es demasiado tarde para saber quién estaba aquí entonces, me doy perfecta cuenta. Estaba muy avergonzada... Quería fingir que no había sucedido. Lo siento.

Joseph aguardó a que Onslow se mostrara de acuerdo, pero en lugar de hacer eso se volvió hacia él. La cara se le estaba empezando a hinchar de resultas del golpe.

—Debería vigilar ese genio, capellán. Puede que no todos sus oficiales superiores valoren el destacado servicio que presta a los hombres destinados aquí. O que no se den cuenta de que acusarle de ataque personal en este momento, cuando la moral de toda la unidad es tan frágil, no sería lo mejor para el ejército. Tiene mucha suerte de que yo sí lo haga. —Se llevó una mano a la mejilla y la palpó con mucho cuidado—. Si alguien pregunta, diré que me he caído. Espero que tenga la sensatez de olvidar este incidente por completo.

—Sí, señor. —De repente Joseph se sentía avergonzado. Onslow era mejor persona de lo que había creído; simplemente se veía desbordado por el tema de la violación.



Y como la mayoría de las personas, aborrecía sobremanera haber adoptado en público una postura inamovible para que luego se demostrara que se había equivocado—. Gracias —agregó.

—Agradézcaselo a su historial en el regimiento de Cambridge, capitán Reavley —contestó Onslow—. Sus hombres lo adoran. Tengo la impresión de que si presentara cargos contra usted perdería su apoyo por completo. Y no soy tan idiota como eso. —Había cierto pesar en su voz, la consciencia de haber sido un idiota en otros asuntos. Parecía incómodo, como si empezara a darse cuenta de que había sido muy duro con Lizzie—. Ahora debo asegurarme de que suelten a Schenckendorff y que todos se enteren de que no puede ser el culpable. No quiero que vuelvan a agredirlo. —Se volvió hacia Lizzie—. Sintiéndolo mucho, tendré que decirles por qué, señora Blaine, pues de lo contrario quizá no me crean y alguien decida vengarse por su cuenta. Me abstendré de mencionar su nombre, pero es posible que alguien lo adivine. No hay otra alternativa. No puedo permitir que asesinen a un hombre fingiendo un accidente —puso énfasis en la palabra— porque alguien no me haya creído.

—Lo comprendo —dijo Lizzie con voz ronca—. Eso sería casi tan malo como que lo ahorcaran. Gracias, señor.

Onslow asintió.

Joseph y Lizzie dieron media vuelta y salieron de nuevo a la lluvia.

* * *

Más tarde, Joseph caminaba solo por la antigua trinchera de avituallamiento recordando a los hombres que había conocido y que se habían ido, muchos de ellos muertos. Los recordó en los buenos momentos; las bromas, las confidencias, las largas historias acerca de su casa, las cartas y los sueños para el futuro. ¿Lo habían querido tanto como Onslow creía? Él los había querido y los había visto morir. ¿Les había prestado alguna clase de ayuda en aquella pesadilla?

¿Qué ayuda le brindaba ahora a Lizzie, a quien tanto amaba? Pensaba que había aprendido a lidiar con la muerte, incluso con la mutilación, cosa que a veces era incluso más dura. Pero en la violación había un elemento distinto, una profanación no sólo del cuerpo sino del alma que hacía única a cada mujer. De haberse tratado de otra, tal vez incluso de Judith, no se habría sentido tan herido dentro en su fuero interno. No habría el horror, la..., había estado a punto de emplear la palabra «repugnancia». Una parte de él deseaba huir de todo ello, olvidar el asunto por completo, incluso a la propia Lizzie, como si ésta ya no fuese digna de él.

Sin embargo, Lizzie no había hecho nada malo, y Joseph lo sabía. Era una víctima, brutalmente agredida por un hombre completamente al azar..., salvo que hubiera algo en la vitalidad de Lizzie, un momento de ternura malinterpretado, tal vez



incluso algo tan tonto como un parecido pasajero con otra mujer a la que su agresor conocía, que lo hubiera incitado. Podría haber sido cualquier cosa.

Pero aunque Lizzie se hubiese permitido un momento de descuido, o algo peor, seguía siendo una víctima. Si él le daba la espalda porque aquel hombre la había tocado, la había conocido, ¿no sería sumamente egoísta, una reacción gobernada tan sólo por sus propios sentimientos, algo por completo ajeno al amor? Joseph la convertiría en víctima otra vez, doblemente, al rechazarla como si fuera impura.

Supo con nauseabunda y escalofriante irrevocabilidad que hacerlo no sólo sería destrozarla, sino también destruir los cimientos de toda su propia fe, la que lo había sostenido a lo largo de la guerra. Ésta había hecho soportable el aburrimiento interminable, la repentina agonía roja de sangre, las noches en la tierra de nadie con hombres atrapados en las alambradas y cosidos a balazos, abandonados a su suerte, desangrándose. Había estrechado entre sus brazos los cuerpos rotos de muchachos a quienes quería. Los había visto pasar hambre, morir congelados, ahogados en el barro, dando arcadas y vomitando sus propios pulmones a causa del gas venenoso, y nunca se había apartado ni dicho que no pudiera soportarlo.

¿Iba a apartarse de Lizzie porque deseaba pasar el resto de su vida con ella, compartiendo una apasionada intimidad, y no soportaba que la hubiesen violado? Si lo que le había ocurrido a ella podía anular su capacidad de amar, entonces no había aprendido nada y no quedaba ninguna esperanza para los heridos, los lisiados, los millones de soldados que regresarían a casa cambiados para siempre. ¿Y quién no estaba dañado, de un modo tal vez menos aparente, más próximo al alma?

Tenía que superarlo. Fallar ante tan dura prueba sería perderlo todo. Se dejó caer contra la pared de la trinchera, apoyando los puños cerrados en el fango.

—Padre, ayúdame a hacer lo que no puedo hacer yo solo.

En el silencio del inmenso páramo sembrado de muertos, rezó elevando su súplica hasta que por fin lo embargó una suerte de paz que brotó en su interior, creciendo y haciéndose más fuerte que el dolor.

* * *

—Semejante misoginia no se da sin que algo la haya motivado —dijo Matthew un par de horas más tarde cuando él y Joseph estaban sentados en unos sacos terreros que se habían desprendido de un viejo parapeto. Era uno de los pocos sitios donde podían contar con estar solos. El tiempo se estaba agotando, no sólo para descubrir al violador antes de que volviera a las andadas, sino porque las noticias sobre la guerra que llegaban a diario ponían de manifiesto que el armisticio no tardaría más dos semanas en firmarse, quizás incluso menos. Si pretendían desenmascarar al Pacificador a tiempo para impedir que desempeñara un papel primordial en las



negociaciones finales, tenían que iniciar el viaje a la costa al cabo de un día o dos como máximo.

Pese a su determinación, las emociones de Joseph estaban tan a flor de piel que no estaba seguro de ser capaz de dominarlas. Se precisaba sutileza, no violencia, incluso verbal. Un comentario descuidado o una acusación, una amenaza implícita, podía dar al traste con su investigación. Joseph era plenamente consciente de ello, pero todavía sentía que el dolor se había adueñado de su fuero interno y le daba miedo que el control se le escapara de las manos.

Los que más posibilidades tenían de quebrar su frágil dominio, eran los hombres que tan bien conocía pero que seguían mintiéndole a él o a sí mismos debido a viejas lealtades a camaradas con quienes habían combatido y cuyos más íntimos pesares conocían, o tal vez incluso compartían.

Hizo un esfuerzo supremo. Debía lograr que su mente dominara a sus emociones. ¡Pensar! Seguía habiendo datos que lo que Lizzie le había contado no alteraba en lo más mínimo. Los únicos hombres que todavía no habían dado una explicación satisfactoria de su paradero a la hora en que mataron a Sarah Price eran Cavan, Benbow y Wil Sloan. Sin duda tenía que ser Benbow. No obstante, a veces ocurría lo imposible; las personas cambiaban de manera inimaginable. Nada podía darse por sentado. Hacerlo no sólo era ilógico, era moralmente injusto.

—Un hombre al que le ha ocurrido algo que le ha cambiado la vida —dijo Joseph.

—O al menos lo ha hecho con su patrón de conducta —contestó Matthew—. La violencia contra las mujeres tiene que haber comenzado muy recientemente, pues de lo contrario lo habrían capturado antes.

—Supongo —dijo Joseph despacio—. El cambio puede haberse producido gradualmente, como ha sido para todos, y quizá la idea de regresar a casa le ha hecho darse cuenta de lo profundo que es.

Matthew se quedó perplejo.

—Tú crees...

—Piensa en Judith, por ejemplo —trató de explicar Joseph—. No es la única, por supuesto, ¿pero te imaginas cómo se sentiría un hombre medio, un hombre común, ante una esposa como ella?

—Ya sé que es mi hermana, pero siempre he pensado que era guapa —contestó Matthew—. Y bastante divertida. Un poco torpe, quizá; pero a eso te acostumbras. En el fondo es muy decente, si es que hablas en serio. Y así es ¿verdad?

—Sí. Muy en serio. También es inteligente, sabe expresar sus ideas y tiene más coraje que muchos hombres que conozco. Es una gran conductora y es capaz de arreglar un motor casi con cualquier cosa que tenga a mano. No se amedrenta bajo el fuego, sabe prestar primeros auxilios a heridos y agonizantes. Seguramente dispararía contra un hombre si tuviera que hacerlo, y no me la puedo imaginar



desmayándose o teniendo un ataque de nervios si el mundo se acabara, y mucho menos ante el tipo de inconveniente que hacía que nuestras tías y abuelas se desvanecieran.

—Es verdad. Todos hemos cambiado —admitió Matthew.

—¿Eres realmente consciente del alcance de ese cambio? —insistió Joseph—. Me parece que yo apenas estoy comenzando a darme cuenta. ¿Vamos a ser capaces de reaccionar con un mínimo de valentía y elegancia?

Muy por encima de sus cabezas un avión de reconocimiento describía lentamente un círculo y de súbito se ladeó, virando hacia el este; parecía una libélula sobre una marisma infinita llena de zanjas en zigzag abiertas en el barro.

—No es tan repentino, Joe —señaló Matthew.

—Tal vez no haya tenido ocasión de manifestarse hasta hace poco —razonó Joseph—. Si estuviera en el frente, y sin heridas, apenas vería a ninguna mujer salvo a una conductora de ambulancia de vez en cuando, y quizá ni siquiera eso.

—¿Quieres decir que ésta fue la primera oportunidad de ese tipo? —preguntó Matthew—. Es posible. Hasta entonces su violencia estaba convenientemente dirigida contra el enemigo —concluyó, haciendo una mueca.

Joseph supo lo que estaba pensando, pero ahora no había tiempo para profundizar en los efectos de la guerra en los jóvenes. Desde luego no podían hacer nada al respecto.

—Tenemos que averiguar qué le ocurrió a alguien para hacer que su furia o sensación de impotencia explotara —apuntó Joseph.

Su memoria se remontó hasta la aflicción que había presenciado incluso en los últimos años: cartas que algunos hombres habían recibido de casa anunciando la pérdida de un familiar o un amigo. El pesar que causaban tales noticias era duro y abría profundas heridas. También se daban casos de hijos a los que apenas conocían, bebés nacidos en su ausencia que quizá nunca llegarían a ver. Pero era el engaño lo que desgarraba a los hombres, haciéndoles un daño irreparable: las novias que no podían o no sabían aguardar; y, mucho peor aún, las esposas que los traicionaban.

Matthew lo estaba observando. Entrecerró los ojos a causa de la repentina irrupción de un sol que deslumbraba al reflejarse en el agua de una serie de cráteres, rizada por el viento del este haciendo que la luz titilara.

—¿No lo sabes, Joe, si lo piensas en serio? —preguntó en tono de apremio—. ¿A quién ha engañado o abandonado una mujer a quien amaba y en quién debía haber podido confiar? ¿Quién se ha visto denigrado o burlado? Todo el mundo ha cambiado por lo que ha visto aquí, incluso más que por lo que ha hecho. Nadie va a regresar a casa siendo la misma persona que antes. ¿Quién tiene una esposa que sea incapaz de aceptarlo?



Joseph pensó en sus hombres, uno tras otro, oyendo de nuevo en su mente las voces tensas y acalladas de aquéllos para quien la distancia se había hecho demasiado grande, cuyos amigos ahora eran extraños ante quienes no podían hacerse comprender, con quienes ya no podían compartir las penas y alegrías que albergaban en los más hondo de su ser. Tal vez ése fuera el precio último de la guerra, el cambio que sufrían los vivos más que la pérdida de los muertos.

—Dante una vez más —dijo Joseph en voz alta—. ¿Recompensados no debido a lo que hacemos sino por ello; y por lo que vemos y lo que vemos hacer a los demás? —Matthew no comentó nada—. El *Infierno* —explicó Joseph innecesariamente, preguntándose si parte del desolado paisaje del infierno que pintó Dante podría parecerse un poco a aquello. ¿Acaso la Laguna Estigia guardaba cierto parecido con aquel barro estancado que avanzaba lentamente, lleno de los restos humanos de batallas ganadas y perdidas? Eso simbolizaría bastante bien la desesperación. ¿Y las líneas del frente, todo cólera y ruido, llamas de armas de fuego y asoladora destrucción, el paisaje de la ira?

¿Y los pecados exclusivamente humanos de la corrupción y la traición? Seguramente eso era lo más corriente; el rostro sonriente, sólo que con la mirada vacía.

—Todo lo que hacemos nos cambia, deviene parte de lo que somos —siguió diciendo Joseph, reflexionando en voz alta—. ¿Crees que alguna vez superaremos esto, Matthew? ¿Nos recobramos y volveremos a ser humanos, lo bastante inocentes para tener esperanza, para valorar la vida humana y creer en un Dios que nos ama, que tiene suficiente poder para curarnos, para intervenir sobre cualquier cosa que acontezca en la tierra? ¿O finalmente nos hallamos al borde del abismo, a punto de caer? —En cuanto lo hubo dicho deseó no haberlo hecho. Resultaba egoísta. Matthew era su hermano menor, el único hombre entre todos los demás a quien debía un trato más atento que el que le estaba dando, y alguna clase de protección contra las tinieblas del alma—. Perdona —le dijo—. Procuraré pensar quién recibió malas noticias de casa hace cosa de un mes. Quien estuviera más unido a él se habrá dado cuenta de algo.

»El problema es que soy el capellán. Si me entero de algo en confesión, sólo podré repetir parte de lo que me sea confiado. —Se pasó la mano por la frente apartándose el pelo hacia atrás—. Qué puñetero embrollo.

* * *

Joseph estaba sentado a solas en su búnker, tratando de recordar cada pesadumbre particular e hiriente que los hombres le hubieran referido entrecortadamente, buscando alguna clase de consuelo, cualquier sentido de la justicia en su dolor. ¿Las mujeres a quienes habían amado esos hombres aceptarían el



modo en que habían cambiado o serían incapaces de hacer frente a los recuerdos? ¿Serían capaces de entender la culpabilidad de quienes habían sobrevivido mientras sus amigos no?

¿Tendría alguna clase de sentido el horror de matar a un soldado enemigo que era como una imagen especular de ti mismo? Él no estaba allí porque así lo deseara, igual que tú. En una noche tranquila le oías charlar con sus amigos, reír, cantar.

Nada tenía de extraño que no pudieras dormir. Era fácil que no concedieras la menor importancia a pequeños problemas cotidianos como un desagüe atascado, un niño desobediente, una jarra de leche derramada. Lo importante era la vida. Los amigos, un cuerpo entero, alguien que montara guardia contigo durante la noche.

¿Quién le había hablado de algo lo bastante malo como para hacerle odiar a todas las mujeres?

Joseph pensó en los hombres engañados o abandonados y repasó sus nombres uno por uno, descartando a los que sabía que estaban muertos, demasiado malheridos, ya de vuelta a casa o en alguna posición más avanzada.

Turner fue el primero que parecía posible entre los que quedaron. Su esposa lo había abandonado por su propio hermano, que se había librado del servicio militar por tener los pies planos o algo por el estilo. La rabia de Turner había sido casi incontrolable. Joseph había pensado que estaba dirigida contra la guerra en general y los alemanes en particular, pero quizá con el tiempo la hubiese desviado hacia las mujeres.

Y según parecía, Culshaw estaba mintiendo para protegerlo, una vez más como todo soldado hacía por sus amigos, quizá sin darse cuenta de que incurría en algo más que un error de juicio y una falta de disciplina.

—¡Pues claro que está furioso! —había explotado Culshaw—. ¡Su propio hermano! ¡Pies planos o bizquera, o alguna otra puñeta de ésas! Total, que se queda a salvo en casa forrándose en el mercado negro mientras nosotros estamos aquí entre las ratas y la mugre bajo el fuego enemigo. A veces no entiendo a las mujeres para nada. ¿Es que no tienen honor, ningún sentido de la amistad, la lealtad..., nada?

—Las mujeres, como los hombres, no son todas iguales —le había contestado Joseph—. Hay hombres que se acostarían con cualquier cosa que se quedase quieta el tiempo suficiente, y lo sabes tan bien como yo. ¿No crees que sus esposas se sienten igual de utilizadas y traicionadas?

Culshaw lo había mirado confundido.

—¿Está diciendo que es lo mismo, capellán?

Joseph había suspirado.

—No —dijo cansinamente. Fue lo bastante honesto para admitirlo, aunque la razón y el sentido de la justicia le dictaran lo contrario. Su propia reacción ante la



violación de Lizzie le obligaba a reconocer que la razón tenía muy poco que ver con las pasiones más profundas, con la intimidad de la violación—. No, no es lo mismo, Culshaw. Si un hombre es traicionado por la mujer a la que ama, no lo olvida ni se repone con facilidad. Y si una mujer es violada por un hombre, ésta tampoco lo olvida ni se recobra. Como tampoco el hombre que la ama. ¿Has tenido eso en cuenta?

El rostro de Culshaw estaba muy pálido, surcado por profundas arrugas de agotamiento.

—Nunca lo había visto así.

—¿Cómo lo veías? —le había preguntado Joseph.

Culshaw abrió mucho los ojos.

—¡Él no lo hizo! —musitó—. ¡Lo juro! Santo Dios, ¿piensa que lo habría encubierto si lo hubiese hecho? Ensartó el pie de ese oficial alemán y habría matado a palos a cualquier otro prisionero, si lo hubiésemos dejado, pero nunca le puso la mano encima a Sarah Price. ¡Tiene que creerme!

—No tengo por qué —le dijo Joseph, asqueado por aquella violencia sin sentido contra hombres ya vencidos por la guerra y la vergüenza.

—¡Pero es la verdad! —protestó Culshaw desesperadamente.

—Sí —concedió Joseph—. Me imagino que sí.

* * *

Judith estaba pensando en las mismas cosas, pero ella al menos se enfrentaba a las cuestiones prácticas que había deseado poder evitar. Las pruebas materiales habrían resultado mucho más fáciles, menos brutalmente dolorosas, pero tal vez al final siempre habría que llegar a aquello. No podía esperar que Joseph lo hiciera, ni tampoco Matthew, en realidad.

Ahora no podía demorarlo más. Dijo a Wil que se marchaba un rato, pero sin darle más explicaciones.

Encontró a Lizzie ayudando a Allie Robinson. Estaban preparando a algunos de los heridos más graves para evacuarlos. Reinaba un ambiente casi eufórico de liberación ahora que la estación de ferrocarril volvía a estar abierta y los hombres podían marcharse. Era como si una prolongada parálisis hubiese terminado.

—Lizzie, tengo que hablar contigo —dijo Judith a media voz—. Lo siento, pero es urgente.

Allie se volvió bruscamente a mirarla.



—Cuando hayamos terminado con esto, señorita Reavley —dijo con cierta frialdad. Había advertencia en su mirada y su porte. Judith se estaba extralimitando.

—Es urgente —insistió Judith—. Lo siento, pero no hay tiempo para aguardar.

Allie se puso tensa.

—Si trae heridos, señorita Reavley, necesita la ayuda de un auxiliar o de un médico. No necesita a la señora Blaine, que bastante tiene que hacer aquí.

Las emociones de Judith estaban a flor de piel porque aborrecía lo que tenía que hacer. Se sentía culpable a causa del daño que sabía que iba a hacer, y temía que Lizzie fuese a odiarla por ello. Allie era un incordio que no había previsto y que la sacaba de quicio, pero si perdía los estribos no haría más que complicar las cosas, sobe todo para Lizzie.

—No traigo heridos —contestó con tanta cortesía como pudo, aunque con un tonillo del que fue sumamente consciente.

—Ya me lo figuraba. —Allie sonrió con malicia—. Siendo así, tendrá que aguardar.

Judith inspiró profundamente y soltó el aire despacio.

—No puedo aguardar, Allie. Es importante.

Allie enarcó las cejas.

—¿Para quién, señorita Reavley? ¿Para usted?

El uso formal de su nombre era una reprimenda y su rostro no presentaba ni una pizca de afecto, ninguna posibilidad de ceder.

—No es de su incumbencia, señorita Robinson, pero ya que se empeña le diré que lo es para el comandante Onslow de la Policía Militar. Es un asunto de información que, como sin duda es evidente, no estoy autorizada a comentar.

No fue más que una media verdad. Una chispa de ira encendió los ojos de Allie.

—¿Pues por qué no lo ha dicho de entrada? —preguntó enfadada—. Que conduzca una ambulancia de aquí para allá como un hombre no le da derecho a entrar aquí dando órdenes. Se pasa de la raya. Después de la guerra, encontrará sumamente difícil que hayan dejado de necesitarla. Haría bien en aprender a comportarse como una mujer otra vez. Corre el peligro de convertirse en una inadaptada total, no deseada por los hombres y un bochorno para las mujeres.

Judith se quedó atónita. La rabia que traslucía la actitud de Allie la había pillado completamente por sorpresa. ¿Hablabla movida por sus propios temores? Seguro que no. Las buenas enfermeras tendrían la vida asegurada durante años; la paz no iba a cambiar eso.

—Señorita Robinson...



—¡Bueno, si es tan urgente, no pierda más tiempo! —le espetó Allie—. Disfrute de su autoridad. No gozará de ella por mucho más tiempo, aprovéchela al máximo mientras pueda.

Judith fue a replicar, pero se contuvo y miró a Lizzie. Salieron juntas de la tienda, Lizzie inquieta y preocupada.

En cuanto dejaron atrás la tienda de evacuación y se hallaron en plena intemperie, expuestas al viento cortante del día luminoso y frío, Lizzie habló de nuevo.

—¿Es verdad que el comandante Onslow quiere hablar conmigo?

—No —dijo Judith—. Pero yo sí. Aunque en cierto modo es medio verdad. Pero no aquí. ¿Tu búnker o el mío?

—El mío queda más cerca. ¿Qué pasa?

—Lo siento —dijo Judith con mucho sentimiento—. No haría esto si tuviera otra alternativa.

Lizzie caminó en silencio. Aquello empezaba mal. Ya le estaba entrando miedo. Llegaron al búnker y bajaron los peldaños de acceso. Dentro olía a tierra húmeda, a cerrado. Las tablas de madera del suelo se estaban pudriendo, pero seguían siendo mejores que el barro.

—¿Qué pasa? —inquirió Lizzie otra vez—. ¿Saben algo?

No se sentó sino que permaneció de pie, de cara a Judith en la penumbra.

Judith podía entender perfectamente que Lizzie prefiriera no saber quién la había violado, de quién era el hijo que llevaba en el vientre. El anonimato lo mantenía a cierta distancia. Deseaba con toda el alma poder dejar las cosas así, o al menos dejar que la elección fuese de Lizzie.

—Lo siento —volvió a decir—. ¡De verdad! La Policía Militar no sabe nada y la única conclusión que nosotros hemos sacado es que tuvo que ser Cavan, o Wil Sloan o Benbow.

—¿Cómo? —Incluso a media luz la incredulidad era patente en el semblante de Lizzie—. ¡Pudo haber sido cualquiera! Sólo que no sé quién.

—No puede haber sido cualquiera el que mató a Sarah. Todos los demás han sido descartados.

Era brutal, pero Lizzie tenía que saber la verdad. Ella misma se lo había dicho a Onslow.

Lizzie se sentó lentamente en el catre. Ahora parecía insoportablemente cansada, como si ya no le quedaran fuerzas para nada.

—No lo sé —dijo otra vez—. Me horrorizaría pensar que fue Cavan, o Wil Sloan, ¡pero no puedo decir que fue Benbow porque no lo sé! Podría no haber sido él. —Miró fijamente a Judith—. Llegado el caso, hasta las personas que apreciamos



pueden tener secretos terribles que desconocemos por completo. No voy a decir que fue Benbow sólo porque Cavan y Wil sean amigos tuyos. Lo siento.

Judith se quedó aturdida un momento. Era lo último que se le habría ocurrido, al menos conscientemente, pero entendía que Lizzie pudiera haberlo visto de ese modo.

—¡No quiero que lo hagas! Eso no es ni por asomo lo que quería decir. Claro que no quiero que sea uno de ellos, pero si lo es, tendremos que asumirlo.

—¿Qué es lo que quieres?

Aquél era el momento.

—Onslow no te pidió que le contaras detalladamente lo que te ocurrió, ¿verdad?

—¡No!

—Joseph tampoco lo hará, ni Matthew.

Fue más una aseveración que una pregunta; sabía muy bien la respuesta.

—No —contestó Lizzie con voz serena aunque llena de espanto.

—Alguien tiene que hacerlo —dijo Judith con tanta amabilidad como pudo—. A lo mejor recuerdas algo...

—¡No! ¡No sé quién fue! Sólo un hombre..., un soldado. Judith, si lo supiera... ¿no crees que te lo diría?

—Sí, claro que lo harías. Dime cualquier cosa. ¿Qué hora era, más o menos?

—Entre la medianoche y las tres. No me acuerdo bien. Estábamos desbordados de trabajo.

—¿Qué estabas haciendo antes de que ocurriera? ¿Dónde estabas?

Lizzie vaciló.

—En la tienda de reanimación. Acabábamos de perder a un caso muy grave.

—¿Quién lo operó? —dijo Judith.

—Cavan, Bream, Moira Jessop.

Judith tuvo un escalofrío.

—¿Y luego qué?

—Hicimos que retiraran el cuerpo. Joseph no estaba allí; estaba en las líneas. No sé adónde fueron los demás. Yo me sentía fatal. Nos habíamos empleado a fondo. Pensaba que iba a salvarse. Tenía..., unos diecisiete años. —Se le quebró la voz y tuvo que esforzarse para poder dominarla—. Salí al exterior. Quería estar sola y no tener que mirar a nadie a los ojos. Estaba... —Se calló un momento y comenzó de nuevo—. Estaba tomando el fresco a oscuras, un poco más allá de la tienda de evacuación, cuando noté que había alguien cerca.

—¿Cómo lo supiste? —la interrumpió Judith—. ¿Cómo te diste cuenta? ¿Lo viste?



—No. —Lizzie pensó un momento—. Oí sus pasos en el barro. No había tanto como ahora, entonces, pero había llovido y había algunas zonas que parecían no secarse nunca.

—¿Dijo algo? ¿Le oíste respirar?

—No, me parece que no. ¿Tiene importancia ahora? No distingo la respiración de una persona de la otra. —La voz de Lizzie sonaba ahogada, tenía la garganta tensa por los recuerdos que acudían a su mente.

—Tal vez sí—insistió Judith—. ¿Qué pasó entonces? ¿Te asustaste?

—¡No, claro que no! No pensé que hubiera nada que temer. Pero de repente ya me había cogido por detrás y..., y entre forcejeos me obligó a ponerme de cara a él. Pero antes de que preguntes, no había luces cerca y el cielo estaba encapotado. No le vi la cara para nada. Esa es la verdad.

—¿Qué estatura tenía? —preguntó Judith.

—¿Qué?

—¿Qué estatura tenía? —repitió Judith—. ¿Era mucho más alto que tú? ¿Sólo un poco?

Lizzie cerró los ojos.

—No importa, Judith. Cavan, Wil y Benbow tienen más o menos la misma estatura. Los tres me sacan cosa de un palmo.

—Ya lo sé. ¿Te besó?

—¡Sí! ¡Ya te lo dije!

La voz de Lizzie era irregular, estaba perdiendo el control. Judith se sintió cruel, pero no se detuvo.

—¿Dónde puso las manos?

—¿Las manos? ¡No lo sé! Yo...

—¿Sí? ¿Qué? ¿Por qué no apartaste la cara? —inquirió Judith.

—Me agarró la cara...

—Olor. —Dijo Judith al instante—. ¿A qué le olían las manos?

Lizzie se quedó paralizada, con los ojos como platos.

—¿Éter? ¿Desinfectante? ¿Sangre? —indagó Judith.

—No..., no, humo, como de cigarrillos —contestó Lizzie—. Y grasa...

—¿Qué clase de grasa? —Ahora a Judith también le temblaba la voz—. ¡Piénsalo! ¿Gasol, lubricante, mantequilla? ¿Qué? Acuérdate con exactitud.



—No fue Cavan, ¿verdad? —dijo Lizzie con certeza—. No podría haberse librado del olor a éter y a desinfectante. Aceite de motor de Wil, aceite de engrasar armas de Benbow.

—Sí. ¿Qué era?

El silencio era absoluto, como si las paredes de arcilla tras los listones que las apuntalaban absorbieran el sonido hasta de su respiración.

—No estoy segura. Era un olor amargo —dijo Lizzie por fin—. No olía a gasoil, sólo a humo de cigarrillo y un poco a aceite de engrasar. No..., él... —Lizzie soltó un grito ahogado.

—¿Qué? ¿Qué?

—Le oí dejar algo en el suelo... —dijo Lizzie despacio, un tanto estupefacta—. Recuerdo..., que lo dejó en el suelo. Perdió el equilibrio y cayó contra el enjaretado. ¡Fue Benbow! ¡Tuvo que ser él! Wil y Cavan van desarmados. Y su guerrera era áspera, de lona caqui. Cavan aún llevaba su bata blanca. —Tragó convulsivamente—. ¿Cómo no me he dado cuenta antes?

—No querías recordarlo. ¿Quién querría? —dijo Judith sencillamente—. Lo siento...

Lizzie negó con la cabeza.

—No, no lo sientas. ¿Qué tengo que hacer? Supongo que tendría que contárselo a Onslow.

Tenía miedo, un miedo que podía palpase en el aire.

—Todavía no —contestó Judith—. Antes se lo diré a Joseph. —Oyó que Lizzie inhalaba bruscamente y no le sorprendió lo más mínimo—. Tarde o temprano tendrá que saberlo. Superarlo. Yo me encargo. Al menos ahora no tendrás miedo de todos. Pero no te quedes nunca sola. ¿Prometido?

Lizzie esbozó una sonrisa.

—Prometido.

—Pues andando. ¡Vamos! Te acompaño al reencuentro con Allie. Es una auténtica bruja, a veces, pero al menos sabes a qué atenerte con ella.

* * *

—¿Benbow? ¿Estás seguro? —preguntó Matthew.

—Verás...



Joseph le hizo un resumen de lo que Judith le había contado. Procuró dejar sus sentimientos a un lado, referir lo ocurrido como una concatenación de hechos, mantener a raya su imaginación para que no los distorsionara.

—Parece bastante sólido —dijo Matthew con gravedad—. Me alegra que no fueran Cavan ni Wil Sloan. Lo siento, Joe. ¿Quieres enfrentarte a él o preferirías no hacerlo?

—Habrá que informar a Onslow, de todos modos —señaló Joseph—. Le di un puñetazo. Tendría que hacerlo yo.

Matthew frunció el entrecejo.

—¿Estás seguro?

—Sí. Vamos, no hacerlo sería una deslealtad y una cobardía. —Joseph se obligó a sonreír. Él era el mayor. La responsabilidad era suya. Era él quien estaba enamorado de Lizzie—. Voy a ir ahora mismo.

Sin embargo, resultó mucho más difícil de lo que había previsto. Onslow aceptó las pruebas sin discutir, pero cuando hizo llamar a Benbow la situación tomó un cariz muy distinto. Estaba pálido y ojeroso, y Joseph, de pie a un palmo de él, pudo oler el miedo que lo embargaba.

—¡Yo no maté a Sarah Price! —protestó forcejeando inútilmente con las esposas que le sujetaban las manos a la espalda—. ¡No fui yo, lo juro! ¡Nunca le puse la mano encima! —Se zafó de un tirón para volverse hacia Joseph—. ¡Capellán, lo juro! De acuerdo, Moira Jessop jugueteaba conmigo de mala manera, y me la tiré, es verdad, y no fui muy delicado, peleó como una gata salvaje, pero de eso ya hace un mes, si no más. Nunca toqué a Sarah Price. ¡Dios! ¿Por quién me ha tomado? ¡La hicieron picadillo!

—¿Violó a Moira Jessop? —preguntó Onslow sin dar crédito a sus oídos. Miraba alternativamente a Benbow y a Joseph.

—¿Dónde? —inquirió Joseph—. ¿Dónde exactamente? ¿Cuándo?

Benbow se quedó atónito.

—Pues..., cerca de la tienda de evacuación —dijo con voz entrecortada.

—¿Llevaba fusil? —preguntó Joseph.

—¡No le hice ningún daño! —gritó Benbow—. Juro que...

—¿Le cayó al suelo?

—¡Sí! No lo sé. Seguramente. ¿Por qué? No usé ninguna clase de cuchillo contra ella. Ni siquiera la golpeé. Solamente... —Tenía el semblante gris, los ojos desorbitados—. ¡No le hice daño! Me engatusaba, jugaba conmigo... ¡Oh, Dios!

—¿Ella le vio la cara? —preguntó Onslow.



—Lo dudo mucho. Estaba muy oscuro —respondió Benbow—. Apenas veías a donde ibas.

Onslow volvió a mirar a Joseph.

—¿Cómo sabe que era Moira Jessop? —preguntó Joseph a Benbow.

—Pues..., porque la seguí fuera de la...

De repente Benbow ató cabos y aspiró una bocanada de aire.

—No era ella —dijo Joseph en voz baja—. Usted forzó a otra mujer, a una que no le había dado la más ligera indicación de que tuviera algún interés por usted en absoluto.

Benbow se quedó callado, pestañeando como si estuviese deslumbrado.

—¿Y Sarah Price? —preguntó Onslow otra vez.

—Nunca la toqué. Lo juro por Dios —contestó Benbow con voz ronca.

Joseph asintió despacio en silencio. No había pruebas. No estaba seguro de si creerle o no, pero era posible que el hombre que había violado a Lizzie y el hombre que había asesinado a Sarah no fuesen la misma persona.

Onslow hizo patente su descontento.

—Eso lo decidirá un jurado —dijo con aspereza—. Llévenselo. Cuando se quedaron otra vez a solas, Onslow se volvió hacia Joseph—. Lo siento —recalcó—. Tal vez la señora Blaine halle cierto alivio, por pequeño que sea, cuando sepa que no era ella el objetivo de su agresor. Espero que así sea.

—¿Cree que es posible que no matara a Sarah Price? —pregunto Joseph lentamente, tratando de abrirse camino entre la maraña de hechos, contradicciones y sentimientos.

—Francamente, no tengo ni idea —admitió Onslow—. Pero si tuviera que apostar algo, creo que es posible, sí.

* * *

—¡Tiene que ser Benbow! —dijo Matthew enfurecido, mirando a Joseph a los ojos con incredulidad—. No pensarás que tenemos a dos violadores sueltos aquí...

—Ya no sé qué pensar —reconoció Joseph. Caminaban sin prisa por el enjaretado medio podrido de la antigua trinchera de avituallamiento que comunicaba la línea de combate con los búnkeres.

—¿Estaba manchado de sangre, Benbow? —preguntó Matthew—. Eames tuvo que fijarse.



Joseph se mordió el labio.

—Dice que no, pero Benbow estaba empapado y sucio de barro hasta las rodillas. Sostiene que resbaló en un cráter poco profundo. Podría ser verdad.

Matthew soltó una blasfemia.

—Y supongo que Cavan iba cubierto de sangre del quirófano, y Wil Sloan de transportar a los heridos.

—Seguramente —admitió Joseph.

Siguieron dándole vueltas sin llegar a ninguna parte. Finalmente Joseph se marchó y enfiló hacia la tienda de admisiones, más allá de los búnkeres. El viento del este estaba arreciando y el cielo despejado del anochecer anunciaba una helada. Los colores eran frágiles y fríos incluso sobre el paisaje asolado del oeste, donde la luz mortecina del ocaso se volvió lila y rosada cuando el sol se hundió en el horizonte. El fragor del combate quedaba muy lejos y apenas se oía un ruido sordo distante.

Tenían que resolver aquel crimen tan obscuro. No debían permitir que cayera en el olvido sólo porque la guerra estuviera acabando y poco a poco los hombres, cansados y hastiados, se fueran licenciando para regresar a lo que estuviera aguardándoles en la patria.

¿Qué había empujado a un hombre desesperado a pasar de la violación al abismo de la mutilación y el asesinato? ¿Qué ocurre en la mente de alguien que pierde ese último vínculo con la humanidad? Lo que le había hecho a Lizzie, creyendo que era Moira, era tosco y perverso, y merecía un castigo. Era humillante y destructivo hacerle semejante cosa a una mujer, por más que hubiera provocación de por medio. Pero lo que le habían hecho a Sarah era brutal, no cabía en el ámbito de la cordura.

Pero ahora, pensó Joseph, ¿podía entretener nociones de cordura después de la matanza de los últimos cinco años? Habían pasado las noches y los días matando a perfectos desconocidos a la menor oportunidad porque hablaban un idioma diferente o poseían una cultura diferente. No muy diferente, sólo un poco. No era exactamente una lucha entre hermanos, más bien entre primos. ¿Acaso algo se convierte en sensato porque mucha gente lo hace?

¡No! En la guerra mataban para defender la libertad de elegir su propio estilo de vida en común, las creencias, el orden de las cosas. La violación era un acto fruto del odio, del ansia de dominación. También era una especie de invasión por la fuerza, pero más íntima que la penetración de un ejército en tierra ajena.

¿Por qué Sarah? Había flirteado bastante abiertamente con los cautivos alemanes. Varias personas lo habían referido, no siempre con enfado. ¿Pero, acaso para alguien había habido un último agravio?

Entonces tuvo otra idea, tan ridícula que la descartó.



Tenía que ser Benbow pese a la falta de manchas de sangre en su uniforme. Aparte de eso, llevaba fusil con bayoneta. Todos los soldados que estaban de guardia lo llevaban. Ni Cavan ni Wil Sloan tenían esa arma. Cavan podría usar un bisturí, pero Joseph todavía se negaba a creer que Cavan pudiera ser culpable. Ninguna prueba salvo la declaración de un testigo presencial le haría aceptar que el hombre que él conocía hubiese bajado de la desinteresada valentía de un año antes, inadvertida por todos, al pozo de locura donde violaría a una mujer con quien había trabajado, a la que conocía e incluso apreciaba, ¡no ya con su cuerpo sino con la áspera cuchilla de una bayoneta!

Sería como caminar al lado de un amigo y volverse para descubrir que el alma del diablo te miraba a través de sus ojos.

Pero Cavan seguía sin dar cuenta de su paradero. Allie Robinson había mentido para protegerlo, y él lo había permitido hasta que Joseph lo había descubierto. Según Cavan había estado en la tienda de evacuación, pero no era verdad.

Joseph estaba muy angustiado porque las pruebas parecían estrechar el cerco alrededor de él como si un enemigo hubiese armado una emboscada. Cabía que en cualquier momento le asestara el golpe que no podría esquivar, la prueba que no podría desmentir.

No tenía sentido preguntar al propio Cavan, y prefería posponer el interrogatorio a Allie Robinson hasta el final, cuando ya no pudiera mentir, por amargo que resultara admitir que Cavan hubiese cambiado tan trágicamente, dejando de ser el hombre que había sido una vez.

Comenzó sus pesquisas por Erica Barton-Jones. La encontró con Stan Tidyman. El soldado aún presentaba el semblante pálido y los ojos hundidos, pero estaba abrigado con una almohada y una manta bien sujeta. Logró esbozar un asomo de sonrisa.

Joseph se interesó por su estado y luego habló con Erica en un aparte, llevándola a un rincón de la tienda donde había una mesa con mantas viejas apiladas, vendajes y otros pertrechos. Se oía el tamborileo de la lluvia contra la lona.

—La noche en que mataron a Sarah —dijo sin más preámbulos—: dígame dónde estaba cada cual, pero sólo lo que recuerde con absoluta certeza. A partir de la medianoche.

—Fue una mala noche —respondió Erica en tono grave—. No puedo darle horas, sólo decirle dónde estaba yo.

—¿Cuántos médicos había de servicio?

—Dos. El capitán Cavan y el capitán Ellsworth, y había anestesistas y auxiliares, por supuesto.

Joseph no le dijo que eso ya lo sabía ni que todos salvo Cavan habían dado cuenta de su paradero.



—Cuénteme lo que recuerde —pidió.

Erica le repitió lo que había dicho desde el principio, refiriendo caso por caso, lo que se había hecho y el tiempo aproximado que llevó hacerlo. Joseph la interrumpió con preguntas, haciéndole repetir cosas y pidiendo que concretara en la medida de lo posible, contrastando cuanto le decía con lo que otros habían declarado.

—¿Qué espera averiguar, capellán? —inquirió Erica exasperada—. Repasarlo una y otra vez no va a servir de nada. No sé quién mató a Sarah, ni qué chispa se encendió en la cabeza del que lo hizo, ni por qué la eligieron a ella en lugar de a otra. Sólo que ella flirteaba a menudo, pero sin duda no era la única que se enamoraba; a cualquiera puede pasarle. —Hizo un mohín y miró hacia otra parte—. Si está buscando algún pecado propio de ella que vaya a hacerle sentir que existe alguna clase de justicia en todo esto, creo que no va a encontrarlo. Y si me permite la franqueza, considero que es moralmente deshonesto intentarlo. No hay justicia que valga, y nadie con dos dedos de..., de valentía..., va a creer que la haya.

Joseph se quedó perplejo. Ni siquiera se había planteado algo semejante.

—Si siempre fuéramos justos, la valentía no sería necesaria —señaló—. En realidad, ni siquiera posible. Si ser buenos nos pusiera automáticamente a salvo, ni siquiera seríamos buenos, tan sólo sensatos: compraríamos seguridad, compraríamos el modo de escapar del dolor o el fracaso, de la confusión, de todo lo que duele. ¿Es eso lo que pensaba, que estaba buscando un sentido en ello?

Erica lo miró, pálida y cansada en la penumbra.

—¿Y no es así? ¿No está deseando dar una explicación convincente de Dios para que no dejemos de creer en él?

—No. Tiré la toalla hace años, incluso antes de la guerra, así que imagínese después. —Reflexionó un momento en cómo se había sentido tras la muerte de Eleanor, la ira y la confusión, la prolongada retirada del mundo de los sentimientos para buscar refugio en el ámbito intelectual de la religión. Aquello ya había quedado atrás, una especie de pequeña muerte de la que había despertado—. No —dijo otra vez—. Sigo buscando al asesino de Sarah porque hay que detenerlo. Ni siquiera estoy seguro de que tenga algo que ver con hacerle justicia, sea a ella o a él. Se trata de un asunto meramente práctico: impedir que vuelva a suceder.

Erica pestañeó y dijo:

—A veces pienso que su labor es absurda, que está divorciada de la realidad de la vida, que es bien intencionada pero fútil. —Dio un suspiro—. Y entonces me sale con algo que me hace sentir que tal vez sea usted el único que realmente se enfrenta a la verdad, por encima de los pequeños fragmentos de realidad que nosotros manejamos.

—A veces —respondió Joseph esbozando una sonrisa.

Erica le correspondió.



—Aun así, no sé quién fue.

—¿Sabe si Cavan estaba en la tienda de evacuación a la hora en que sostiene que estuvo?

—No, no lo sé, capellán.

—Allie Robinson lo corroboró, pero estaba mintiendo para encubrirlo —le dijo Joseph.

—Qué estupidez —espetó Erica secamente—. Es imposible que ella estuviera allí. La vi hacia las cuatro, o poco después, y había estado en la tienda de admisiones un buen rato.

—No, estuvo en la de evacuación —corrigió Joseph—. Benbow la vio allí, lo mismo que Eames.

Erica negó con la cabeza.

—Yo la vi y estaba cubierta de sangre. Tuvo que haber estado en admisiones. A eso de las tres y media estaba perfectamente limpia salvo por unas cuantas manchas en la falda, y cuando los heridos llegan a evacuación van vendados y están listos para irse, pues de lo contrario no estarían allí. Sólo acabas empapada en sangre de esa manera, bien en admisiones o con los heridos que aguardan a ser operados.

De repente puso ojos como platos y miró horrorizada a Joseph.

Joseph no podía creerlo. Era espantoso, terrible, pero supo lo que Erica pensaba exactamente. Las imágenes se sucedieron también en su mente, volviéndose más claras y reales. Ahí estaban el odio, la moralidad y el sentido de una vida que se estaba desmoronando. No se trataba tan sólo de la violencia y la muerte en ambos bandos, sino finalmente en el meollo, en la fuente misma de la creación, la razón que redimía todo lo demás y alentaba esperanzas de renovación y limpieza en el mundo venidero.

Había hombres muertos o lisiados por doquier, la flor y nata de toda una generación. Era imposible contar el sinfín de mujeres que vivirían solas y sin hijos. Un orden nuevo, más cruel, se había impuesto, y resultaba aterrador. Las propias mujeres, guardianas de la cordura, lo habían dejado de lado. En cierto modo aquélla era la traición última, el final de la esperanza misma.

Por eso se había usado la bayoneta; una mujer castigando el suicidio de la condición de mujer. ¿Cómo no se le había siquiera ocurrido hasta entonces? Sarah tonteando con Cavan y luego flirteando con los prisioneros alemanes constituía la inaguantable ofensa final, cometida mientras los soldados británicos se encontraban tan sólo a unos metros, desangrándose en una angustiada muerte, conscientes y dándose perfecta cuenta de cuanto ocurría.

Erica seguía mirándolo fijamente, pero ya no quedaba ni rastro de duda en sus ojos. Sabía que era verdad.



—Lo siento —dijo con gravedad—. Yo tampoco supe verlo, y debí haberme dado cuenta. Estaba convencida de que era un hombre. Creía que era Benbow. Vi cierto..., ciertas cosas que hizo, la manera en que miraba a algunas de las mujeres, sobre todo a Moira Jessop. Pero eso no es una prueba, y le juzgué mal. Incluso pensé en advertirle de que no le tomara el pelo. Habría sido injusta con él, ¿verdad?

Hizo una apenada mueca de autocrítica.

Joseph no contestó. Todo aquello pertenecía al pasado y no serviría de nada. Tenía que encontrar a Onslow, y también a Jacobson. Jacobson se merecía saberlo. Habría que arrestar a Allie Robinson y liberar a los hombres retenidos allí, enviar a los heridos a casa y a los pocos que aún estaban en forma a la línea de combate. El propio hospital sería trasladado más cerca del frente, donde aún sería necesario.

* * *

—¿Una mujer? —dijo Onslow despacio, como si tuviera que asimilar cada palabra.

Pacientemente, dejando que el horror calara en su relato, Joseph le explicó la traición que encendió la ira de Allie, según él creía que la había entendido ésta: la crasa obscenidad de una mujer como Sarah amenazando con envilecer el origen de la vida, de toda esperanza de renovación después del desastre.

—Si no hay un hogar al que regresar, nadie a quien amar, perdonar y comenzar de nuevo, ¿para qué ha servido tanto sufrimiento? —concluyó Joseph.

—¿Podemos demostrarlo? —preguntó Onslow en voz muy baja.

—No será fácil, pero creo que sí—contestó Joseph—. Lo que está claro es que hay que intentarlo.

Onslow se pasó la mano por la frente.

—En marcha, pues. Más vale que vayamos a buscarla.

Onslow se llevó la mano de manera instintiva al revólver que llevaba en el cinto, comprobando que estuviera en su sitio.

Joseph no supo decir si sería o no necesario.

Allie Robinson estaba en la tienda quirófano. Cavan suturaba un pie lacerado. Apenas levantó la vista.

Allie vio el semblante de Joseph, y a Onslow detrás de él. Se puso tensa y abrió mucho los ojos.

Onslow avanzó lentamente, desplazándose un poco hacia la mesa de operaciones para interceptarle el paso, situándose entre ella y el soldado cuyo pie estaban cosiendo.



Allie reparó en la determinación de su expresión. Dio un paso atrás, acercándose a la mesa donde estaban los instrumentos: bisturí, tenazas, agujas, pinzas.

—No lo haga —dijo Onslow en voz baja—. Se acabó, señorita Robinson. No vayamos a peor.

—¿Peor? —repitió Allie, como si Onslow le hubiese hecho una pregunta—. ¿Qué podría ir peor? Lo hemos destruido todo. Lo que no hemos matado o mutilado, lo hemos dañado sin remedio. No queda nada que ganar o perder. Nuestra civilización ha muerto. Nada es limpio o modesto o discreto como antes. Todo es estridente, sucio. Hemos olvidado quiénes somos, y cuando haces eso, no hay nada que merezca la pena tener. Sólo hay mugre y sangre.

Dio otro paso atrás.

—¡Señorita Robinson! —gritó Onslow con voz aguda de alarma.

Pero fue demasiado tarde. Allie giró en redondo, agarró un bisturí, le miró un instante y acto seguido se lo clavó en el pecho. Era una buena enfermera; había visto a un montón de hombres abiertos en canal por la metralla. Sabía exactamente dónde hincarlo. La sangre manó escarlata y Allie se desplomó sobre el suelo. Y no volvió a moverse.

El soldado que yacía en la mesa se desmayó.

Cavan se puso tan blanco como su bata y dio una arcada, tapándose la boca con las manos, la aguja oscilando al final del hilo.

Onslow suspiró.

—Lo siento —se disculpó—. Tendría que haberlo impedido. Aunque de poco habría servido, en realidad.

Joseph se agachó y acomodó el cadáver de Allie antes de arrancarle el bisturí. La sangre seguía manando, pero pronto dejaría de hacerlo. Ya estaba muerta. Sintió lástima e impotencia.

—Pobre criatura —dijo en voz baja—. Y esto no cambiará nada. Todavía hay que encontrar la manera de sanar.



Capítulo 10

Ahora debían darse prisa en llegar a la costa. Sólo quedaban días para llevar a Schenckendorff a Londres. Judith y Lizzie eran voluntarias y podían marcharse sin mayor dificultad. Mason iba y venía a su antojo. A Matthew lo esperaban en Londres. Sólo Joseph pertenecía al ejército regular y, por tanto, marcharse equivalía a desertar.

—Tienes que hacerlo —dijo Matthew sin más.

—Hablaré con el coronel Hook... —comenzó Joseph.

—¡No puedes! —La expresión de Matthew no dejaba lugar a la discusión o la negociación—. Estamos así de cerca, Joseph. —Levantó la mano, casi juntando el índice y el pulgar—. El Pacificador tiene ojos y orejas en todas partes. Hook está en posición de detenernos a todos. No podemos correr ese riesgo.

—¡El coronel Hook! —soltó incrédulo Joseph. Estaban apretujados en su búnker, que era tan reducido que no podían sentarse sin tocarse unos a otros. Sólo faltaba Schenckendorff. Joseph miró a Mason, para lo cual tuvo que volverse. La expresión de Mason traslucía pesimismo.

—Cualquiera —dijo simplemente—. No sé quién más obedece al Pacificador; os lo habría dicho. Tenemos que marcharnos sin más. Llenar bidones con tanta gasolina como podamos y largarnos. Aún podemos perderlo todo.

Joseph se dio por vencido. Legalmente, se trataba de una deserción en toda regla, y se sintió desertor: nada de despedidas, ninguna explicación. Pero eran sus hombres los que le importaban, y si Hook se enteraba, la noticia bien podía llegar a oídos del Pacificador en cuestión de horas.

Suspiró y asintió con la cabeza.

Matthew prosiguió con los planes.

* * *



Judith deseaba despedirse de muchas personas, particularmente de Cavan y, sobre todo, de Wil Sloan, pero también era consciente del peligro que entrañaba. Hiciera lo que hiciera, dijera lo que dijera, alguien podía darse cuenta y decir algo. El rumor se extendería antes de que hubieran recorrido unos pocos kilómetros. Para ella, igual que para Joseph, cualquier riesgo, por pequeño que fuese, era demasiado grande. Nadie sabía como ellos lo despiadado que era el Pacificador ni el alcance de sus informaciones y de su red de colaboradores.

De modo que no dijo nada y se sintió desleal cuando, temblando en la oscuridad, condujo la ambulancia fuera del hospital de campaña hasta el camino embarrado para recoger a Joseph y a Matthew. Entre ambos sostenían a Schenckendorff, ya que aún no podía apoyarse sobre el pie herido. Unos metros más adelante se les sumaron Lizzie y Mason, que montaron apresuradamente a la trasera y cerraron las puertas mientras Judith aceleraba y enfilaba la carretera.

Mason se sentó a su lado. Era el único que estaba de más en la trasera, donde Lizzie contenía sus accesos de náusea matutina y atendía al pie herido de Schenckendorff. Joseph y Matthew hablaban en voz baja sobre la ruta a seguir a través de Bélgica para luego cruzar el canal de la Mancha. El tiempo se acababa. Ya era 3 de noviembre, y el alto el fuego sería declarado en cuestión de días. Matthew tenía un poco de dinero, pero dónde encontrar provisiones era un problema mucho mayor que el de pagarlas. La disponibilidad de comida y gasolina hacía mucho que no estaba relacionada con el precio.

Judith, muy concentrada, conducía sin vacilar. Andaba preocupada no sólo por el combustible sino también por las piezas de recambio que necesitarían en caso de avería o, peor aún, de accidente. Fuera como fuese, la ambulancia estaba en las últimas. Una vez alejados de las posiciones del ejército y sus almacenes de pertrechos, no habría dónde conseguir aceite ni ninguna de las piezas que pudiera precisar. No había tenido reparos en saquear cuanto había podido, suplicando, pidiendo prestado o llevándose sin consentimiento de su propietario tres bujías nuevas. De haber estado en situación de explicar la urgencia, estaba convencida de que lo habría hecho de buen grado.

Ahora circulaban a través de la noche bajo un cielo despejado. El aire se enfrió en el compartimiento delantero del vehículo, donde el viento del norte se arremolinaba colándose entre las capas de chaquetones y bufandas, entumeciendo las manos y azotando la sangre de las mejillas y la frente.

Mason estaba acostumbrado a eso. Había pasado los últimos cuatro años en toda suerte de vehículos, en cada batalla librada desde los desiertos de Arabia hasta las nieves árticas de Rusia. Sentado allí, en el último viaje de su propia batalla, avanzando por las maltratadas carreteras de Bélgica, lucía una sonrisa en la cara y parecía casi relajado.

Judith lo miró de reojo un par de veces y vio el cambio que se había operado en él. Casi le daba miedo lo contenta que estaba de pensar que la causa de tal cambio era lo



que sentía por ella. Tanto deseaba que así fuera que no sabía si creérselo o no. Y además se sentía culpable porque Mason iba a pagar un precio terriblemente alto por ello. Al desenmascarar al Pacificador estaría confesando su propia participación en la traición. Hasta entonces Judith no había pensado en lo que eso significaba. Lo que Mason iba a admitir equivalía a un acto de traición, y el único castigo para ello era la pena de muerte. La idea le dolió en lo más hondo.

Miraba fijamente la oscuridad que tenía delante. La carretera estaba casi seca. A los lados se alzaba algún que otro chopo. Muchos de ellos eran poco más que tocones, pero de vez en cuando alguno conservaba ramas sin hojas que parecían huesos rotos. Los trozos de cielo despejado dejaban que la luna resplandeciera aquí y allá, mostrando un paisaje de cráteres y lodazales, y de tanto en tanto las paredes recortadas de un edificio bombardeado. La ambulancia cruzó un canal con brechas en las paredes, el agua rebosaba lisa y pálida y anegaba los campos, alcanzando en ocasiones los bordes elevados de la carretera.

Judith no quería hacer que Mason cambiara, ni le haría volver a sumirse en el cinismo de antes. Recordó su disputa al concluir el consejo de guerra, la sensación de futilidad que parecía contaminar todas sus ideas. No era simplemente que creyera que los esfuerzos de Joseph eran en vano sino que los consideraba estúpidos, en cierto modo incluso deleznable porque se fundamentaban en una negativa a aceptar la realidad. Había pensado que tanto ella como Joseph eran cobardes, que se aferraban a la fe en un Dios que sólo existía porque les faltaba la valentía de vivir solos en el universo.

¿Por qué había cambiado? Sí, estaba enamorado de ella. Pero Judith también lo estaba de él. Por más que amaras a alguien, no podías alterar tu manera de ser para acomodarla a la del otro. Si amabas a la persona correcta, el amor debería hacerte más fuerte, más valiente, más amable, quizás incluso más sabio. Nunca debería llevarte a negar tu inteligencia ni a renunciar a tu integridad. ¿Qué ibas a valer si lo hacías?

Volvió a mirarlo de reojo, tratando de descifrar su expresión en los breves momentos en que podía apartar la vista de la carretera. Mason miraba fijamente al frente, con sus oscuros ojos muy abiertos, y ahora había además una profunda tristeza en la curva de sus labios.

Tuvo que darse cuenta de que Judith lo miraba porque se volvió y sonrió.

—¿No es por mí, verdad, por lo que estás haciendo esto? —dijo Judith casi con convencimiento, deseosa de estar en lo cierto.

—No —respondió Mason sin vacilar—. Debido a ti, tal vez; a ti y a Joseph, pero ante todo lo hago por mi propia satisfacción.

Judith sintió que liberaba parte de su miedo, que los nudos se aflojaban.

—Richard...



—¿Te daba miedo que fuese por ti? —preguntó Mason, esta vez con un tono de voz divertido—. ¿Porque entonces estarías en deuda conmigo? —Se abstuvo de añadir que el amor no puede deberse.

Judith sabía que Mason lo estaba pensando, igual que ella. Notó que el rubor le subía a la cara y dio gracias a la oscuridad circundante. Sólo había el ocasional resplandor de una farola cuando pasaban por una granja solitaria que aún se tenía en pie, o el de un grupo de personas que se había detenido a descansar un rato en torno a una hoguera, y de vez en cuando los faros de un vehículo en dirección contraria.

Tal vez al fin ambos se comprendían mutuamente en los asuntos más profundos: los valores que son parte integrante del carácter, la necesidad de estar en paz con uno mismo, ya sea a solas o en compañía.

Como si la emoción fuese demasiado intensa, y el tiempo demasiado escaso, Mason se alejó de ella.

—Sé que habéis vestido a Schenckendorff de voluntario británico, pero más vale que no lo dejéis hablar. A mí me sigue sonando a alemán, cuando lo hace. Apuesto a que cualquier belga reconoce a un alemán en cuanto le oye. Tienen años de odio por los que desquitarse. No van a olvidar fácilmente. ¿De verdad Joseph cree que lo lograrán?

—No —dijo Judith simplemente—. ¿Tienes una idea mejor?

—No, no la tengo. Pero será mejor que lo hagamos bien. Tarde o temprano tendremos que pararnos a poner gasolina. No llegaremos hasta la costa con la que llevamos. Si cometemos un error será el último.

—Ya lo sé. —Eso era precisamente lo que Judith había estado temiendo. Incluso la dificultad básica de encontrar combustible bastaría para retrasar su viaje con consecuencias fatales, por no pensar en lo que ocurriría si la ambulancia se estropeaba y no lograba encontrar piezas para repararla o no sabía arreglar la avería. El mero demorarse más de la cuenta en un sitio los ponía en peligro de ser descubiertos. En el mejor de los casos los tomarían por desertores británicos. En cuanto alguien se diera cuenta de que Schenckendorff era alemán, sospecharían de todos ellos.

—¿Judith? —dijo Mason quedamente, irrumpiendo en sus pensamientos.

—¿Sí?

—Lo conseguiremos. —Estaba sonriendo—. Vosotros..., no os dejaréis vencer antes de salvar el último obstáculo.

—¿Por qué no? Puede suceder.

—¡Sois tres! —exclamó Mason sonriendo abiertamente, no sin cierto regocijo.

—Somos seis —lo corrigió Judith, un tanto desconcertada.



—¡Tres Reavley! Eso debería bastar para enfrentarse al mundo entero, no digamos ya a un rincón de Bélgica —repuso Mason.

Judith le echó un vistazo y acertó a ver su buen humor, y también la ternura de su semblante, incluso en el tenue y cambiante reflejo de la luz en la carretera. Mason no se estaba burlando de ella; deseaba que fuese verdad, deseaba abrigar esperanzas.

La primera parada llegó al cabo de unas cinco horas. Se hallaban en una campiña llana, lejos del combate, pero aquella tierra había sido ocupada por tropas enemigas y las carreteras habían sido bombardeadas a conciencia. Un pequeño río se había desbordado inundando la zona aneja a los escombros de un puente roto que interceptaba su curso. No tuvieron más remedio que rodear los campos anegados, lo cual los apartó varios kilómetros de su camino, con el consiguiente gasto de tiempo y gasolina. El rodeo comportó detenerse para conseguir combustible antes de lo que habían previsto. No se atrevieron a seguir adelante con el depósito medio vacío.

Pararon en el pueblo siguiente y Judith hizo la petición a un mecánico que trataba de reparar una camioneta destartada. Iba de uniforme y se sintió culpable cuando le dieron unas cuantas latas de comida de buena gana. Habían dado por sentado que sus pasajeros eran hombres heridos que iban camino del puerto más cercano para embarcar rumbo a Inglaterra. Un hombre preguntó si habían bombardeado la vía férrea y si ése era el motivo de que estuvieran pasando por allí. Parecía sorprendido de que esa clase de tropiezo surgiera a aquellas alturas de la guerra.

—¿Zepelín? —dijo inquisitivamente—. ¡Estúpidos! Van a perder hagan lo que hagan. Ya casi ha terminado.

Se le quebró la voz. Era un anciano más bien feo, de rasgos marcados y mirada amable.

—Desde luego que sí —corroboró Judith. Deseó decirle la verdad, no merecía más mentiras, pero no se atrevió—. No más bombas, que yo sepa —dijo a modo de evasiva—. Sólo demasiada gente, miles de personas por todas partes. Todo está atascado y tenemos que ir deprisa.

—¿Heridos graves? —preguntó compadecido.

Aquella mentira podía volverse en su contra.

—Algunos heridos —dijo Judith rezando para que la creyera—. Y unos despachos bastante urgentes. Matamos dos pájaros de un tiro. —De repente se preguntó si estaría familiarizado con esa expresión o si la malinterpretaría por completo—. Dos trabajos en uno —explicó.

El anciano sonrió, gesto que iluminó sus toscas facciones.

—Ya lo sé. Nosotros lo decimos casi igual. Buena suerte.

Más puentes rotos los alejaron hacia el norte, donde los belgas habían abierto los diques para dejar que el mar se enfrentara al invasor en su lugar. Los ejércitos que



marchaban sobre el país se habían topado con otra clase de devastación, algo que difícilmente podían igualar.

Un alba gris los sorprendió avanzando pesadamente entre pueblos derruidos. Casas con el interior destruido por el fuego y la onda expansiva de las bombas, de algunas quedaban poco más que montones de escombros renegridos, tal vez una chimenea todavía en pie, o aquí y allá el marco de una puerta. Los campos de alrededor se veían abandonados, los hombres que los cultivaban habían muerto o estaban demasiado tullidos para llevar a cabo las faenas de labranza. Los huesos de los animales brillaban pálidos, limpiados por los carroñeros.

Vieron un grupo de edificios medio en ruinas. Antaño había sido una próspera granja con granero, establos, pocilgas y gallineros.

Se detuvieron y pidieron desayuno, dispuestos a pagar por él.

Una anciana salió de lo que quedaba de su casa. Vio a dos mujeres con uniforme de voluntarias, lo reconoció de inmediato, y se le iluminó el rostro demacrado.

—¿Qué necesitan? —preguntó en inglés con marcado acento.

Judith le sonrió. Las manos encallecidas y con las uñas rotas, y la palidez del cutis curtido por los elementos le dijeron que apenas tenía nada y, no obstante, estaba dispuesta a ofrecérselo a unos soldados británicos.

—Agua para preparar té —contestó Judith—. Y si tuviera un poco de pan...

De pronto no supo si la idea de pagar iba a ser bien recibida o considerada un insulto.

La mujer aguardaba, como si contara con que le pidieran más cosas.

Joseph se plantó al lado de Judith.

—Tenemos un poco de mermelada —le dijo a la mujer—. Es del rancho del ejército, no muy buena, pero estaríamos encantados si quisiera compartirla con nosotros.

—¡Sí, sí, sí! —dijo la anciana muy contenta, asintiendo con la cabeza—. El pan tampoco está muy bueno pero, con mermelada, estará bien. Sí, sí.

—Gracias —murmuró Judith a Joseph cuando la mujer fue en busca del pan que tuviera.

—Me agencié unas cuantas latas —dijo Joseph—. Con ayuda de Barshey.

—No le dirías... —comenzó Judith.

—Sólo le dije que las necesitaba. No me preguntó por qué. También me dio un par de latas de Maconochie's. No darán para mucho, pero algo es algo.

—¡Has robado provisiones del ejército! —Judith puso los ojos en blanco—. ¡Todavía hay esperanzas para ti!



Joseph no contestó, y de pronto se preguntó si a Joseph le había dolido el comentario. Eso mismo se lo habría dicho antes de la guerra, antes de conocerle tan bien como ahora, cuando comprendía lo que hacía y por qué, sabedora del dolor que él prefería no mostrar, la angustia que se guardaba de exhibir porque hacerlo no servía de nada. Ella siempre lo había admirado pero lo encontraba distante y un poco intimidador. Era el hermano mayor; ella la menor. Él era conformista; ella rebelde. Sólo que ése era un juicio demasiado simplista. Él también se rebelaba, a su manera. Hannah era la única realmente conformista. Y, sin embargo, sería quien encontraría más difíciles de asumir los cambios que había traído la guerra, pues las antiguas usanzas que tanto amaba y que hasta entonces le habían resultado naturales quedarían atrás para siempre.

Ahora nadie podía conformarse ni estar a gusto; no había ninguna pauta establecida a la que ajustarse.

—Perdona —dijo Judith en voz alta. No sabía cómo retirar lo dicho sin empeorarlo aún más.

Joseph le sonrió. Fue una sonrisa afectuosa, casi divertida.

—Descuida. No puedes pensar en todo.

—¿Qué? —contestó confundida.

—Mermelada —repuso Joseph riéndose de ella—. Tú, siempre tan práctica, hiciste acopio de gasolina y bujías. Yo tengo mermelada.

Dio media vuelta y regresó a la ambulancia con un aire ligeramente arrogante.

El desayuno fue cualquier cosa menos fácil. Comieron en la cocina de la granja. Era la única habitación de la casa que la mujer se había tomado la molestia y el trabajo de arreglar. Incluso había encontrado en alguna parte baldosas sueltas para reemplazar las rotas del suelo. Había agua caliente, limpia del pozo del patio, con la que prepararon un té increíblemente fragante después del agua amarga a la que estaban acostumbrados. Pero el pan era basto y casi negro, y no había mantequilla. Fue precisa toda la lata de mermelada del ejército que había traído Joseph para que resultara mínimamente aceptable. No dio para mucho siendo siete. Aun así, reservaron las cortezas más duras y secas para el perro famélico que, tumbado en el suelo, seguía cada bocado con los ojos.

Todos sabían la historia que debían contar. Mason no ocultaría su identidad. Siempre era posible que alguien reconociera su rostro. Sus artículos eran famosos en el mundo entero, y la mayoría de periódicos los publicaba con una foto de él junto al titular de su columna. Matthew y Joseph iban de uniforme; Joseph, en concreto, no requería ninguna explicación. Judith y Lizzie lo mismo: su cometido era universal. Schenckendorff planteaba la mayor dificultad. Matthew había encontrado un uniforme de voluntario de su talla y lo había cogido sin más; pedirlo habría requerido una explicación, cosa que a su vez habría suscitado preguntas que no



podía contestar. Pero a pesar de su pie herido, el porte de Schenckendorff era el de un oficial. Llevaba la profesión en la sangre y tan pocos días no habían bastado para que aprendiera a disimularlo. Su acento era leve, pero aun así inconfundible.

Aunque mucho más que de eso, sentada a la vieja mesa de madera comiendo el pan negro y oliendo la fragancia del té, Judith era consciente de su consternación, tal vez incluso de su sentimiento de culpa. Antaño había habido hombres en aquella casa. La evidencia de ello seguía presente en los cuencos de madera, ligeramente irregulares si bien cuidadosamente tallados, guardados en el aparador que era, a su vez, un mueble hecho a mano para que encajara exactamente en el espacio disponible para él. En un rincón había una silla baja, como la que usaría una madre con un bebé en brazos cuando tuviera otros niños retozando a sus pies. En uno de los estantes destacaba un molinillo de madera también hecho a mano. Sin duda habría otros artefactos fuera, donde antes los hombres ordeñaban las vacas, cavaban la tierra, cosechaban.

Vio que los ojos de Schenckendorff no perdían detalle, como hicieran los suyos, y que el pesar se adueñaba de su rostro. Comía cada vez más despacio, como si aceptar el regalo de la hospitalidad lo atragantara. ¿Era por piedad o por la culpa de haber engañado a la granjera? Esta jamás le habría dado nada si hubiese sabido que era alemán. No podía ser sólo porque el pan fuese rancio y duro. Sin embargo, Joseph le había dicho que Alemania estaba tan devastada como Bélgica o Francia. Así lo había constatado cuando cruzó las líneas el año anterior. ¿Cuan peor sería ahora la situación allí?

La anciana estaba absorta en su conversación con Mason.

—Tiene que comer —susurró Judith a Schenckendorff.

Éste se volvió un poco hacia ella. Estaba ojeroso y tenía la tez pálida en torno a la nariz y la boca. Aquello debía causarlo algo más que el daño del pie, pues Lizzie le había asegurado que estaba mejorando. Se debía a que habían sido sus paisanos quienes habían asolado aquella tierra, tal como ahora los aliados estarían asolando la suya en detrimento de las personas a quienes amaba.

Schenckendorff tragó con dificultad y tomó otro bocado.

Judith alcanzó la tetera y le sirvió el té que quedaba. Él lo necesitaba más que los demás. En derredor sólo había ruinas y vacío. Lo mismo les aguardaba en el resto del camino y Schenckendorff no tendría más remedio que verlo: una tierra que olía a muerte.

¿Estaba pensando en el viejo tratado que no llegó a ratificarse? Él y el Pacificador se habían empleado a fondo para evitar todo aquello. ¿Acaso la traición y la dominación realmente habrían traído algo mucho peor? ¿A aquella anciana que le daba pan negro y té preparado con agua clara le importaba quién promulgaba las leyes en Bruselas o quién cobraba los impuestos, si su marido y sus hijos estaban a



salvo en casa y su tierra daba su cosecha y su ganado su leche? Nadie le había preguntado qué pensaba ni qué deseaba.

¿Era eso lo que ahora le estaba pasando por la cabeza a Schenckendorff: no culpabilidad ante tanta desolación sino por qué él y el Pacificador habían fracasado en su intento por impedir todo aquello? ¿Cuando miraba a Joseph y a Matthew veía a los dos hombres que, más que ningún otro, habían frustrado el tratado que habría puesto freno a la guerra? ¿Eran héroes para él? ¿U hombres cuyo patriotismo era tan estrecho de miras que no les permitía ver la humanidad en su conjunto ni el futuro que podía salvarlos o destruirlos a todos ellos?

Judith lo miró, estudiando la lentitud con que comía, la cortesía de sus modales y la distancia que mediaba entre las pocas palabras que decía. La breve comunicación sólo cuando era necesaria.

Acabaron tan deprisa como pudieron y le dieron las gracias a la anciana, marchándose sin demorarse en la despedida, con miedo a que alguna palabra de más los delatara.

Reanudaron la marcha hacia el oeste, avanzando despacio porque las carreteras estaban en tan mal estado que Judith no se atrevía a ir a más de treinta y cinco o cuarenta kilómetros por hora. Volvía a llover, había barro por doquier y el agua empapaba al conductor y a quien le acompañara.

Se hizo de noche alrededor de las cinco. Del norte llegaron grandes nubarrones como manchas grises que surcaban el cielo, descargando cortinas de agua empujadas por el viento que ocultaban los árboles. Mason había regresado a la trasera de la ambulancia y Joseph iba sentado al lado de Judith.

—¿Cómo está Schenckendorff? —preguntó Judith.

—Le duele el pie, pero creo que no ha empeorado —contestó Joseph encorvándose un poco y arrebujándose con el chaquetón—. No tiene fiebre, pero se lo ve abatido. Debe de dolerle. Las heridas en los pies hacen daño.

—¿Crees que por eso parece tan desdichado? —Hizo un viraje para evitar un bache lleno de agua que había visto justo a tiempo—. Perdón —dijo instintivamente.

—¿Crees que le da miedo ir a Londres? —preguntó Joseph—. Seguro que sí. En cierto modo va camino de su propia ejecución, aunque lo haga por voluntad propia.

Lo dijo en voz baja, apagada por una especie de sobrecogimiento.

—No me lo había planteado así —contestó Judith—, pero no sería de extrañar. ¿Crees que lo ejecutarán, Joseph? Lo único que ha hecho ha sido luchar por su país, igual que todos nosotros. Eso es motivo suficiente para disparar contra un hombre durante la guerra, mientras va armado, pero no lo ejecutas por ello después. No es ningún crimen.



Se negaba a pensar en la situación de Mason. A medida que pasaban las horas le iba resultando más difícil. No era sólo que lo amara por su pasión y su sutileza, su energía y la honestidad que lo había llevado a actuar mientras tantos otros se limitaban a soñar y se lamentaban de su impotencia. En tanto que Judith se enfrentaba por fin a las cosas con sangre fría y dispuesta a tomar en consideración y crear otras ideas, se daba cuenta de que no era tan fácil barrer por completo hacia un lado u otro las cuestiones morales.

Aun así preferiría volver a luchar, dejando la vida en Flandes si fuera preciso, antes que vivir sumida en la culpa y el arrepentimiento bajo dominación extranjera. Ahora bien, conduciendo a través de las ruinas de Bélgica, pasando ante cementerios llenos de un sinnúmero de cruces blancas idénticas, podía aceptar que era equivocado, pero no monstruoso, haber considerado una vía diferente.

Tal vez Joseph también estuviera pensando en Mason, porque no dijo nada.

—Le estaba dando vueltas al sentimiento de culpa —dijo Judith en voz alta—. ¿Te has fijado en la cara de Schenckendorff mientras comía el pan esta mañana? Ha mirado la granja de la anciana y por poco se atraganta. ¿No crees que habrá pensado que aún estaría en pie si no hubiésemos encontrado el tratado y no se hubiese declarado la guerra?

—Aun así habría habido una guerra —dijo Joseph enseguida, mirando fijamente la lluvia que ahora azotaba el parabrisas. Las gélidas gotas se escurrían por el cristal y volaban al interior. Los faros brillaban amarillos en la creciente penumbra, reluciendo en los charcos de la carretera, en los árboles rotos y en los escombros de las cunetas—. Quizás habría sido meses después, o incluso años, pero habría estallado.

—¿Tú crees?

—El equilibrio de fuerzas era demasiado precario para durar. —Joseph hablaba pensativamente, sopesando sus palabras—. Había demasiadas promesas que nunca podrían ser cumplidas, demasiadas alianzas contrapuestas. Puede que Alemania hubiese conquistado casi toda Europa en el sentido militar, pero siempre habría habido una resistencia. Posiblemente hubiera cobrado fuerza con el tiempo. Habría sabotajes en cualquier punto vulnerable, como vías férreas, puentes, suministros de combustible. Hubiesen necesitado un enorme ejército de ocupación y una red de informantes secretos y policía durante años, si no indefinidamente. Y se darían todos los demás aspectos desagradables de la opresión y el gobierno por la fuerza: espionaje, traición, encarcelamientos masivos; censura en todos los medios de comunicación y, seguramente, restricciones a los viajes; toque de queda por la noche; supresión de toda opinión artística o literaria que cuestionara cualquier cosa.

»En Gran Bretaña me figuro que habría sido aún peor. Quizás habría estallado una guerra civil antes de que se estableciera ningún orden. La cifra de muertos habría sido atroz. Haría que nuestros problemas en Irlanda parecieran un juego de niños.



Canadá tal vez aceptara un gobierno británico, pero Estados Unidos jamás. Combatirían a muerte contra cualquier ejército que alguien enviara. —Hizo un ademán negativo con la cabeza—. Y el ascenso del socialismo internacional iba a dar pie a una revolución si cada uno de nuestros países no se unía contra un enemigo exterior. La revolución en Rusia seguramente era inevitable. Austro-Hungría se estaba desmoronando. Tarde o temprano Hungría habría exigido la independencia. Si Princip no hubiese matado al archiduque y a la duquesa en Sarajevo, algún otro suceso habría encendido la mecha.

—¿Supones que Schenckendorff lo ve así? —preguntó Judith dudosa—. Al principio creía que iba a tener éxito.

—Por supuesto. Ahora somos más sabios, y me atrevería a decir que también más pesimistas. —Joseph se puso de lado para mirarla—. ¿Te da miedo que Schenckendorff cambie de parecer cuando llegue a Londres?

—¿No se te ha ocurrido pensarlo? —le respondió Judith.

Joseph titubeó.

—Yo...

Judith se sintió culpable. Al prestar tanta atención a los sentimientos de Schenckendorff y a la amenaza que suponía para ellos en Bélgica, se había olvidado temporalmente de Lizzie. Se preguntó cómo se sentiría Joseph viéndola esforzarse para ocultar las náuseas que padecía, sobre todo por las mañanas, y las emociones que sin duda ambos compartían. Descubrir a Allie Robinson no había cambiado nada en cuanto a la violación de Lizzie o a la realidad de sus consecuencias. Por supuesto ahora sabían que el violador no era la persona que había matado a Sarah, pero el alivio había durado bien poco. Todo lo demás seguía exactamente igual que antes.

—Perdona —dijo Judith de todo corazón—. Sólo es una pequeña parte de todo, ¿verdad?

No fue una pregunta, fue su manera de admitir la verdad. Estaba intentando no pensar en asuntos personales, sobre todo en el amor y en el tiempo que vendría después de la guerra, cuando pudieran comenzar a vivir en paz, retomando las rutinas cotidianas, las decisiones, la soledad. Quedarían pocos hombres con los que casarse, y los que hubiera no la verían como una candidata atractiva, tal como a ella le sucedería con ellos. Bastante difícil había sido antes, con poco más de veinte años. Ahora, cuatro años y medio después, iba a ser imposible.

Aparte de la escasez de hombres casaderos, los compararía a todos con Mason. Al principio la aburrirían soberanamente; luego empezaría a detestarlos por estar vivos y coleando mientras él no. Serían sosos y sumisos comparados con Mason.

Resultaba más fácil concentrarse en llevar a Schenckendorff a Londres y desenmascarar al Pacificador, y angustiarse por la comida y la gasolina, y por cómo



reparar la ambulancia en caso de avería, y por cómo asegurarse de que los belgas no descubrieran quiénes eran.

Circulaban a través de la noche. Judith comenzaba a estar muy cansada. Estaba acostumbrada a pasar muchas horas al volante, con más frecuencia de noche que de día y siempre en condiciones difíciles. No obstante, los ojos le escocían y le dolía la cabeza como si llevara un casco pesado y demasiado ajustado. Pronto tendrían que detenerse o correría el riesgo de perder el control, cosa que podía resultar letal.

Al cabo de media hora encontraron una granja en ruinas. Estaba demasiado bombardeada para poder vivir en ella, pero había un lugar resguardado en la antigua lechería, seco y protegido del viento, donde los hombres podrían acomodarse para descansar. Comieron Maconochie's y galletas del ejército acompañados de té. Joseph lo preparó todo ya que era el único acostumbrado a esas tareas. Mason había visto preparar rancho militar, por supuesto, igual que Schenckendorff, pero ninguno de ellos había hervido agua en un recipiente sobre una llama, todo ello en equilibrio encima de una lata. Era más difícil de lo que parecía y requería una paciencia infinita.

Judith pensó en revisar el motor, pero sabía que estaba lo bastante agotada como para cometer errores. Si se le escurría algo de los dedos entumecidos, lo volvía a poner torcido en su sitio o sin apretarlo lo suficiente podían sufrir una avería fatídica.

En cuanto se tumbó en la trasera de la ambulancia cayó profundamente dormida, pero se despertó agarrotada e incómoda antes de que amaneciera. Oyó que Lizzie se movía ligeramente en el otro lado, muy cerca de ella, pero no supo si también estaba despierta o sólo estirándose y dando vueltas, importunada por oscuras pesadillas.

No habían tenido tiempo de hablar entre ellas, pero de todos modos tampoco sabía qué decirle. Ni siquiera sabía si Lizzie deseaba dar a luz al bebé o si se sentiría aliviada en caso de perderlo. Tal vez ambas cosas fueran ciertas, dependiendo del momento. De algo sí estaba segura; lo había visto en el semblante de Lizzie en una docena de ocasiones a pesar del poco tiempo que habían estado todos juntos: amaba a Joseph. Y, quizá de un modo más contundente, lo que les haría superar el sufrimiento, la duda, los momentos de flaqueza: a Lizzie le gustaba Joseph. No andaba buscando una solución a sus propias necesidades ni una respuesta a alguna dificultad; le gustaba por sí mismo. Se constataba en la risa pronta y atribulada, en los instantes guasones, en la aceptación de la ayuda y también de las críticas. Pese a los temores presentes y a tener conciencia de un futuro doloroso, se sentía a gusto con él.

Judith estaba tendida boca arriba sobre el duro camastro mirando fijamente la oscuridad total de la ambulancia, dejando que la envolviera el silencio. Era casi como estar de nuevo en casa tras un viaje largo y dificultoso. Sólo se oía el rumor intermitente de la lluvia en el techo. Tal vez por la mañana habría escampado.



Ese confort también era la clase de sentimiento que tenía por Mason, al menos casi todo el tiempo. Y cuando le miraba el rostro veía certidumbre en él, como si al fin hubiese encontrado algo que había estado buscando desde hacía más tiempo de lo que él mismo imaginaba.

Aunque sin duda tenía miedo tras la máscara de valentía. Seguro que no contaba con que el primer ministro fuera a aceptar que desenmascarase al Pacificador, con toda su implicación en la conspiración a sabiendas de que tenía como fin la rendición de Gran Bretaña, para luego permitir que se marchara impune. El hecho de que hubiese supuesto que la finalidad era la paz mundial resultaba irrelevante. El mero conocimiento de tales planes en tiempos de guerra era traición, y el castigo para los traidores siempre había sido la muerte. Cerró los ojos con fuerza pese a que de todos modos no podía ver nada en la oscuridad. Morir en la horca. Aquellos pocos días de agotamiento bajo la lluvia y entre las ruinas de Bélgica, la travesía del canal y luego el trayecto hasta Londres eran todo el tiempo que les quedaba para estar juntos.

Ahora bien, ¿a cuántas mujeres les sucedía lo mismo? Ella sólo era una más de las que perderían al hombre que amaban. Resultaba egoísta y cobarde llorar como si fuese la única. Era una entre millones, en toda Europa, en todo el mundo. Aquél era el precio de la batalla que en ningún momento había dudado que debían librar. Aunque eso no hacía más llevadero el sufrimiento. Cada vez que mirase a un hombre desearía que fuera él: cada hombre de abundante pelo moreno o de porte erguido y que se desenvolviera con gracia, o que hablara de los vastos espacios abiertos como si fuesen las antecámaras del cielo.

¿Cambiaría Mason de parecer a propósito de su propia rendición cuando llegara a Londres y el momento final se cerniera sobre ellos, irreversible por fin? ¿Las lealtades de antaño y los viejos sueños se impondrían a su presente sentido del deber, y se encontraría con que no podía decir las palabras que llevarían al Pacificador a la horca?

¿Acaso cabía imaginar que estuviera yendo con ellos para volverse en su contra en el último instante y traicionarlos, salvando así a Sandwell de modo que pudiera contribuir a establecer una paz que permitiera que Alemania resurgiera sin tardanza y desenterrara su viejo plan de dominio?

La idea era alocada e inútil. Más le valía tratar de dormir. Tendría que trabajar en el motor de la ambulancia antes de reemprender la marcha y conducir todo el día otra vez. Hiciera lo que hiciera cualquiera de ellos, tenía que ser lo que la conciencia le exigiese. Sólo eso les traería alguna clase de felicidad, o paz de espíritu, o la capacidad de amar y tener confianza.

* * *



Amaneció una mañana despejada y fría. Desayunaron té y lo que les quedaba del pan que se habían llevado con mermelada de ciruela. El pan estaba duro y rancio, pero nadie se quejó. Lo que Judith tenía presente por encima de todo era que a partir de entonces tendrían que comprar o pedir cualquier cosa, y que el viaje podía prolongarse otros dos días si surgían complicaciones. El tiempo apremiaba. Ya era 5 de noviembre, aniversario de la «Conspiración de la Pólvora» en la patria, donde se encendían hogueras y se lanzaban cohetes para conmemorar la frustración del complot para incendiar el Parlamento y matar a todos sus miembros. Una celebración de la libertad y de la derrota de los traidores y los asesinos. ¿Todavía recordaba alguien el motivo de la fiesta, o era tan sólo una excusa para divertirse?

La ambulancia se negó a arrancar. Judith limpió las bujías, pero de nada sirvió. Le costó lo suyo mantener a raya el pánico que se adueñó de ella. Tenía las tripas revueltas y la garganta tan tensa que apenas podía respirar. Nadie más sabía qué hacer para ayudar, pero ya había contado con ello desde el principio. Mason sabía observar, aquilatar una situación y escribir con brillantez. Matthew sabía planear, formarse un juicio de las personas, anticiparse, desenmarañar la verdad y la mentira, y era buen conductor aunque nunca reparaba sus coches. Schenckendorff era coronel. Los coroneles no se encargan del mantenimiento de sus vehículos. Lizzie era enfermera y bastante buena conductora según Joseph, aunque su opinión era poco imparcial. Y el propio Joseph era bueno ante emergencias médicas, un cocinero militar competente, al menos con una vela y una lata, y mejor soldado de lo que él mismo pensaba. Pero la mecánica era un libro cerrado para él.

Judith trabajaba en silencio, dominando el temblor de sus manos con una gran dosis de voluntad. Al menos era de día y no llovía. Cambió las bujías. Tuvo que hacerlo mucho antes de lo que hubiese deseado. Ahora no tendrían ninguna de reserva.

Joseph la observaba.

—A lo mejor deberías rezar una oración por este pobre motor —dijo Judith con picardía—. De lo contrario quizá tengamos que rebajarnos a robar. Asalto a mano armada.

—¿Sabes qué piezas necesitamos? —preguntó Joseph torciendo el gesto con aire dubitativo.

Judith vio el lado cómico del asunto.

—Más bien pensaba en un trueque —respondió, cogiendo la manivela de arranque para intentar poner el motor en marcha.

—¿Trueque? —repitió Joseph desconcertado—. Sigue sin servir de mucho, si no sabemos lo que necesitamos.

—Su vehículo por el nuestro —contestó Judith—. Ya te lo he dicho, como salteadores. —Le pasó la manivela—. ¿Me haces el favor?



Al tercer intento, el motor resopló y cobró vida. Se miraron riendo, sumamente aliviados, y subieron a la ambulancia.

Tras haber recorrido setenta kilómetros hacia el oeste, encontraron las carreteras más transitadas por otros vehículos y gente que iba a pie. Parecía que allí el campo estuviera comenzando a recuperarse.

Se las arreglaron para encontrar un café de carretera donde almorzar. La comida fue escasa: ni huevos ni carne, sólo bolas de masa sazonadas con hierbas, aunque fue suficiente para alimentarlos. Hablaron poco y escucharon las conversaciones ajenas.

Se habían logrado nuevas victorias. Judith observó el semblante de Schenckendorff mientras alguien contaba que las tropas aliadas avanzaban muy deprisa, causando muchas bajas alemanas. Reparó en su repentina mueca de aflicción y en el esfuerzo que hizo para disimular y fingir que estaba tan contento como la gente que tenían alrededor. Los parroquianos gritaban de entusiasmo, como si cada muerte o mutilación fuera una victoria en sí misma, un pago por todas las pérdidas sufridas durante los últimos años: los muertos que nunca llegarían a encontrar y mucho menos a enterrar.

Luego la conversación fue por otros derrotos. Había una noticia que daba más miedo. La gripe española asolaba Europa y miles de personas morían. París se estaba llevando la peor parte.

Salieron del café con la sensación de que una nueva oscuridad teñía el horizonte, desconocida y amenazante. Joseph caminaba más arrimado a Lizzie. Mason tocó el brazo de Judith y se quedó a su lado como para ayudarla a subir al asiento del conductor, aunque tuvo el acierto de no hacerlo. En vez de eso fue a la parte delantera del vehículo y le dio a la manivela de arranque.

Dentro de la ambulancia, de nuevo en ruta, Joseph iba sentado con Lizzie, ambos absortos en una conversación a media voz. Matthew iba enfrente de Schenckendorff deseando que se le ocurriera algo que decir, pero todo comentario se le antojaba trivial comparado con la enormidad de la verdad.

A la hora del almuerzo se detuvieron para hacer sus necesidades y comieron parte de sus raciones. Habían parado a un lado de la carretera dejando el motor en marcha por si se resistía a arrancar otra vez. Todos ellos eran conscientes de su fragilidad. Buscaron agua limpia para beber, pero fue en vano. No había tiempo para encender una vela y hervirla. La sed tendría que aguardar.

Matthew y Schenckendorff regresaron juntos de la relativa privacidad de una arboleda, abriéndose paso a través de los hierbajos. La tierra era llana, surcada por canales en cuyas orillas antes se alineaban los árboles. Aquel paisaje era más ordenado que el de Inglaterra; parecía hecho por el hombre. Alguien había creado aquellas alamedas y diques, aquellas granjas con sus paredes de piedra sumergidas en el agua. En Cambridgeshire, incluso en los terrenos pantanosos donde había agua por doquier y que eran tan llanos como una mesa de billar, los senderos eran



sinuosos y los ríos corrían en todas direcciones, como si quisieran demorarse lo máximo posible antes de alcanzar el mar. Allí la gente se había perdido desde la última batalla de los sajones contra los invasores normandos en 1066. Aquel pueblo había combatido hasta la última acequia y el último dique, hasta la última isla y el último cenagal, la batalla final.

Schenckendorff cojeaba más que antes. No tendría que haber caminado apoyándose en el pie malo. Debía de dolerle una barbaridad, pero no se había quejado ni una sola vez. Matthew lo alcanzó y caminó a su lado.

—¿De dónde es usted? —preguntó Matthew tratando de entablar conversación.

—Heidelberg —contestó Schenckendorff—. Es una ciudad muy antigua, encaramada en una loma a orillas del Rin. —Esbozó una sonrisa—. No se parece en nada a esto. —Se abstuvo de abundar en la comparación, pero Matthew adivinó lo que le estaría pasando por la cabeza. Schenckendorff le miró un momento a los ojos y se dio cuenta—. Y usted es de Cambridgeshire —dijo como si se tratara de una charla trivial entre dos hombres que matan el tiempo—. Llano como esto, pero mucho más excéntrico, más lleno de singularidades que se remontan hasta el Domesday Book,² e incluso antes. Nadie les ha obligado jamás a cambiarlo. Son ustedes muy testarudos. —Encogió ligeramente los hombros—. Antes me molestaba. Ahora he cambiado de opinión. Creo que tal vez sea bueno.

«Ustedes hallan una especie de identidad en lo de ser diferentes, es algo a lo que atenerse y que creen merecedor de ser preservado a toda costa. Si renuncian al derecho a ser diferentes, quizá tarde o temprano renuncien al derecho a pensar, y eso quizás equivalga a estar muerto. No les habrán arrebatado la vida, la habrán entregado por sí mismos..., a cambio de nada. —Matthew se detuvo en la hierba de la cuneta, mirándolo fijamente, Schenckendorff sonrió—. Se estaba preguntando si cambiaré de parecer cuando llegue a Londres. Me consta. Todos ustedes lo piensan. Sería un insensato si no se le hubiese ocurrido pensarlo. Debe tomar en consideración todas las posibilidades.

»No cambiaré. El precio de la paz que imaginé es demasiado elevado y además ya no estoy seguro de que eso pueda llamarse paz. —Se le ensombreció el semblante—. Más bien me parece que sería el principio de una muerte lenta. La vida, la vida real y apasionada, no es pacífica. Aprender duele y tiene su coste. Mi antiguo amigo Sandwell lo entendió mal y perdió de vista el propósito que perseguíamos.

»Los individuos cuentan —dijo Schenckendorff en voz baja—. Momentos de alegría, la victoria de un hombre sobre la oscuridad de su fuero interno, la apreciación de la belleza, ya sea valiéndose de la vista o de la mente... Creo que más vale que volvamos a la ambulancia. Su excepcional hermana nos está esperando.

² Registro catastral compilado en Inglaterra en el año 1086.



* * *

Algunas de aquellas ideas habían ocupado la mente de Joseph, pero ahora sus pensamientos se centraban en Lizzie. De niño había visto a su madre padecer las mismas molestias, pero ella estaba segura en su hogar, siendo profundamente amada, y deseaba dar a luz a los hijos que llevaba en su vientre.

La situación de Lizzie era radicalmente distinta. Estaba sola ante un futuro incierto y embarazada de un hijo que sin duda le daba pavor. ¿Pensaría en la violencia, la agresión, la degradación cada vez que le viera la cara? ¿Aprendería a amarlo, a mostrarle ternura, a reír, a alegrarse de su crecimiento y sus logros? ¿Le resultaría más duro si era niño que niña?

Ahora volvía a sentirse mareada, ansiosa por tener un poco de intimidad y estar rodeada de hombres, a dos de los cuales apenas conocía. Siempre iban con prisa, conscientes de la urgencia sin tregua, de la necesidad de avanzar, sabiendo que si cometían el menor desliz podrían ser detenidos, encarcelados o quizás incluso ejecutados sumariamente. La sed de venganza flotaba en el aire como el olor a descomposición.

¿Cómo podía ayudar Joseph a Lizzie? Ella caminaba por la hierba de regreso a la ambulancia con paso inseguro. Tenía el rostro ceniciento y el pelo le caía de los pasadores. Anhelaba consolarla, pero ¿le haría promesas que no podría cumplir?

¿Sabría amar a aquel niño como si fuese su hijo y nunca, ni por un instante, mirarlo y odiarlo porque su padre era Benbow? Recordó cómo se sentía él de niño: la certidumbre de contar con el interés de su padre, con su tiempo y su atención. Pensó en infinidad de horas que habían compartido: escuchando los interminables relatos jocosos de su padre; trabajando en el jardín creyendo que lo estaba ayudando, aprendiendo a distinguir las malas hierbas de las flores. Luego habían venido descubrimientos más complicados sobre los primeros pensamientos filosóficos, buscando su camino hacia la sabiduría. Rememoró largos paseos en confiado silencio, siempre seguro de que era no sólo amado sino también apreciado, valorado, respetado, parte integrante de una felicidad más amplia. Las discusiones no significaban nada; la seguridad estaba siempre ahí, de trasfondo, como un océano profundo con una corriente inagotable.

Un cálido afecto se abrió en su fuero interno, una firmeza que llevaba largo tiempo ausente; no recordaba cuánto. Ahora estaba de vuelta, un cimiento sobre el que se podía construir cualquier cosa buena. El hijo de Lizzie se merecía algo así, igual que todo el mundo. Con menos no bastaría.

Fue al encuentro de Lizzie y la tomó del brazo, brindándole su fortaleza. Ella levantó la vista hacia él enseguida y Joseph le sostuvo la mirada sin vacilar.



Lizzie constató el advenimiento de algo nuevo en él, una absoluta ausencia de miedo. Suspiró profundamente y le sonrió con renovada esperanza.

* * *

Al atardecer la lluvia arreció. Agradecieron que les ofrecieran cena y cama en lo que antes de la guerra sin duda había sido un excelente café. Durante la ocupación había albergado a soldados alemanes. Ahora sus dueños legítimos lo habían recuperado y trataban de rescatar del pasado cuanto podían.

—¡Rota! —exclamó una enfurecida *madame* cogiendo

una fuente blanca y azul de porcelana para servir la comida. Se había partido en dos y estaba cuidadosamente pegada otra vez—. Todo está usado y lleno de polvo, y roto. Mataría hasta al último de ellos, si pudiera.

Joseph intentó pensar en algo que decir. Estaba claro que aquella mujer deseaba justicia, una reparación que la compensara por todo lo que le habían quitado a ella y a todas las demás personas que conocía y amaba.

—Es verdad —le contestó—. No ha quedado gran cosa.

La posadera dio un gruñido y contempló su uniforme de capellán con desdén.

—¿No va a decirme que tenga fe en Dios? —inquirió—. ¿O al menos a recordarme que deberíamos estarles agradecidos a ustedes, los británicos, por luchar por nosotros? Es lo que mi marido me dice.

—No haces lo que consideras correcto por el bien del prójimo —dijo Joseph—. Lo haces por ti mismo.

Se quedó sorprendida. La privó momentáneamente de la respuesta que se disponía a darle.

—Supongo que querrá algo decente para comer.

—¿No es lo que queremos todos? Pero le agradeceremos cualquier cosa —contestó Joseph.

—¡No me dé las gracias! —le espetó ella—. No se lo voy a regalar.

Pero cuando llegó la comida no sólo estaba preparada con mimo, sino también con imaginación y destreza. Las rebanadas de pan negro estaban dispuestas en la fuente blanca y azul, con unas ramitas de perejil y unos pocos rábanos para darle un aspecto apetitoso. Había platitos de algo que parecía paté de Bruselas y otros de pescado escabechado para añadir sabor y una ilusión de viandas. Todos los clientes estaban sentados en torno a una mesa alargada, y ella distribuyó los platos con una torva mirada, desafiando a quien osara hacer algún comentario.



Le dieron las gracias y se repartieron porciones iguales, aunque Lizzie dio la mitad de la suya a los demás.

Monsieur vino y se apostó en el umbral fumando una pipa de arcilla con algo oscuro y acre en su interior. Quizá fuese picadura de tabaco, pero olía como si fuese picadura de estiércol.

—Y así pues, ¿qué hacen tan lejos del frente? —Hablabla inglés con un marcado acento pero con notable soltura—. Aún no ha terminado, ya sabe. Ahí fuera aún están matando hombres.

Habían esperado algo así y estaban preparados.

—Llevamos información a Londres —contestó Matthew—. Es urgente, y secreta. No puede confiarse al correo.

—¿Los seis? —*Monsieur* distaba mucho de creerles. Miró a Mason—. Usted no es soldado. ¿Por qué? Parece en buena forma. ¿Tiene los pies planos? ¿Es corto de vista? ¿Sabe qué les digo a los cortos de vista? Acércate al enemigo, verás qué bien lo ves cuando pueda alcanzarte con su bayoneta.

Madame le masculló algo ininteligible.

Él la ignoró y fulminó a Mason con la mirada, a la espera de una respuesta.

—Soy corresponsal de guerra—dijo Mason—. La señorita Reavley es conductora de ambulancia y la señora Blaine enfermera. El teniente coronel Reavley es oficial de inteligencia. —Señaló a Schenckendorff—. Y el comandante Sherman también. Ha estado detrás de las líneas y, como puede usted ver, está herido.

Monsieur se aplacó, pero sin darse por satisfecho. Miró a Schenckendorff con recelo.

—¿De qué sirve cruzar las líneas ahora? —preguntó—. Máталos, digo. Igual que nos mataron a nosotros.

Todos se pusieron tensos. Joseph inspiró bruscamente, temeroso de lo que Schenckendorff fuera a decir. Detestaba lo que el belga estaba diciendo, pero tal vez, si aquella hubiese sido su tierra y su gente, habría sentido algo semejante.

Monsieur aguardaba con mirada desafiante.

—Exactamente —dijo Judith, engullendo lo que tenía en la boca—. No somos tan distintos de ellos.

Monsieur se puso rojo como un tomate.

—¡Hable por usted, mujer! Nosotros no nos parecemos en nada a ellos. ¡Son animales, unos cerdos! Roban, violan y matan.

A Lizzie le cayó la cuchara de las manos derramando salsa por la mesa.



Joseph se puso frenético al no saber qué hacer ni decir para disimular lo ocurrido. Lo único que tenía en la mente era rabia.

Judith miró al posadero.

—Sí, por supuesto. Yo sólo veo a los heridos. Se me había olvidado: los que están en condiciones de serlo, son violentos. Nosotros no somos así. No robamos, no hacemos daño a las mujeres y no matamos a quien va desarmado.

Mason agachó la cabeza para ocultar su expresión.

Madame fulminó a Schenckendorff, desafiándolo a discutir.

El silencio creció.

—La sed de venganza es natural —respondió Schenckendorff incómodo al fin—. Sobre todo después de tantos años de impotencia.

Monsieur le lanzó una mirada iracunda.

—¡No somos impotentes! ¿De dónde es usted? Tiene un acento raro. No parece inglés.

A Joseph se le secó la garganta. No se atrevió a mirar a Matthew. Buscó la mano de Lizzie bajo la mesa y ella se la agarró con fuerza.

—No lo soy —dijo Schenckendorff con suma calma—. Soy escocés. De las islas Hébridas. Hablábamos gaélico cuando era joven.

Joseph rezó en silencio para que ninguno de los presentes en la sala tuviera la más remota idea de cómo sonaba el gaélico. A decir verdad, él mismo no la tenía.

Monsieur se mostró satisfecho.

—¿En serio? ¿Las Hébridas, eh? Llueve mucho ¿verdad?

—Sí, desde luego —prosiguió Schenckendorff volviéndose hacia la mujer—. Hace usted que los ingredientes más humildes sepan de maravilla. Eso es todo un arte.

—No hay más —replicó *madame* sin la menor cortesía, aunque un leve rubor le subió a las mejillas y faltó poco para que le sonriera.

* * *

Joseph durmió bien. Fue la primera vez que se acostó en una cama de verdad en más de medio año, desde que había estado en casa de permiso la primavera anterior.

Lo despertó bruscamente alguien que aporreaba su puerta. Incluso antes de que se incorporara se abrió de golpe y un corpulento policía belga se plantó en medio del dormitorio empuñando una pistola alemana con la que apuntó a Joseph.

—Levántese —ordenó—. Despacio. ¡No toque su uniforme!



—No puedo levantarme sin ponerme la ropa —señaló Joseph—. ¿Quién es usted y qué está pasando? Somos voluntarios y oficiales del ejército británico, vamos de regreso a Londres con información importante.

Le aterraba la idea de que le hubieran dado por desertor y que Hook hubiese difundido la noticia. ¿No era demasiado pronto para eso?

—Quizá sí, quizá no. —El policía avanzó hacia Joseph con cautela y, con una mano, cogió la guerrera de su uniforme del respaldo de la silla donde Joseph la había dejado. La sacudió con violencia. Cayeron papeles de uno de los bolsillos. Dejó caer la guerrera e hizo lo mismo con los pantalones.

—No voy armado —dijo Joseph con paciencia, dominando su genio con dificultad—. Si echa un vistazo al alzacuello y a la insignia verá que soy capellán. No llevo armas.

—¿Cómo sé que el uniforme es suyo? —inquirió el policía—. Cualquiera puede ponérselo.

No había ningún argumento para rebatirlo. Era cierto. Cuando el año anterior Joseph cruzó las líneas llevaba un uniforme de capellán suizo, al que no tenía derecho, y buscó otro para que lo usara Morel, que aún tenía menos derecho que él.

—Tiene razón —concedió—. Pero ¿por qué preocuparse? ¿Qué piensa que soy? ¿Un desertor del ejército, acompañado de un corresponsal de guerra, dos oficiales, una enfermera y una conductora de ambulancia? —procuró que su voz transmitiera lo absurda que resultaba la idea.

—No, pienso que es un colaboracionista tratando de sacar de Bélgica a un oficial del ejército de ocupación alemán antes de que lo pillemos y lo ahorquemos como se merece —contestó el hombre con bastante calma—. A ustedes los entregaremos a las familias de los que asesinó.

Joseph lo miró a la cara y vio que los años de sufrimiento le consumían el alma, las muertes que le había sido imposible evitar y, más amarga aún, la corrupción fruto del miedo, la soledad y la codicia que había destruido lo que antaño fuera limpio. Aquel hombre se había topado con debilidades y desilusiones que la paz nunca habría hecho aflorar. Lo último que quería era perdonar.

Joseph sintió verdadero miedo, una sensación que lo atenazaba. Harían daño a Judith y a Lizzie. No daban un trato especial a las mujeres. A él y a Matthew los matarían. No cazarían al Pacificador. Qué amarga y terrible ironía: los Reavley nunca llegarían a vengar la muerte de sus padres.

¿Habría deseado venganza John Reavley? Seguramente no. Cuando Joseph pensó en ello, tras cuatro años de mutilación y de muerte, tuvo claro, sin el menor asomo de duda, que no la habría deseado. La venganza no ponía fin a nada. El Pacificador debía ser detenido por el daño que todavía podía causar; nada más que eso.

—Puede que haya personas así, no lo sé —dijo el policía en voz baja.



¿Qué cantidad de verdad debía contarle Joseph? Una mentira, si era descubierta, podía significar la muerte de todos ellos. Pero todos tenían que contar la misma historia, ya fuese verdadera o falsa.

—Deje que me vista y contestaremos a todas sus preguntas. Supongo que no querrá encarcelar a oficiales británicos en misión militar. ¿O tal vez sí? Quizá sea usted quien está ayudando a los ocupantes a huir y piensa que lo descubriremos y que...

El policía levantó el arma y la blandió contra Joseph. Éste apenas tuvo tiempo de desviar el golpe, pero lo hizo con fuerza, arremetiendo con todo su peso, y la pistola cayó al suelo. Por un instante pensó en abalanzarse sobre ella y cogerla primero, pero se dio cuenta de que ya era tarde para eso. Se obligó a permanecer quieto.

El policía lo observó, con una mirada dura y enojada, y luego se agachó y recogió la pistola apuntando el cañón a la barriga de Joseph.

—Sensato —dijo entre dientes—. Muy sensato. Le habría disparado.

—Ya lo veo —contestó Joseph—. Habría tenido que dar muchas explicaciones al ejército británico para justificar haber matado a un sacerdote desarmado en su cama, pero habría sido un poco tarde para que a mí me sirviera de algo.

—Usted dice que es cura. Yo digo que es colaboracionista.

—Es obvio que le trae sin cuidado. Sólo desea matar a alguien, y le faltó valor para elegir a alguien que pudiera defenderse —dijo Joseph con desdén. Estaba asustado, sobre todo por Lizzie y Judith, pero también comenzaba a estar enfadado—. ¡Por Dios, piénselo bien! Llevamos uniformes del ejército británico. La ambulancia salta a la vista que es auténtica; ya ha visto en qué estado está. Lleva años de sangre en sus tablas, está acribillada a balazos y cualquiera puede ver que tiene al menos cuatro años.

—Ya, desde luego que es auténtica —admitió el policía—. No dudo que la robaron en un hospital de campaña británico auténtico. Pero tenemos información fidedigna de que llevan a un oficial alemán con ustedes que es uno de los que dirigieron la invasión y la ocupación de nuestro país. Colaborar con el enemigo te convierte en uno de ellos. Peor aún, has traicionado a los tuyos. —Lo dijo absolutamente convencido, con un desprecio que escocía como un ácido—. Vístase, párroco. Va a responder ante el pueblo de Bélgica. A no ser que prefiera venir tal como está.

Diez minutos más tarde estaban todos abajo, temblorosos y callados a la luz gris de la mañana. Había otros tres policías, todos ellos armados.

Madame y *monsieur* también estaban presentes, enfurecidos porque les habían tomado el pelo y abusado de su hospitalidad. *Madame*, con su rostro regordete ceniciento y el pelo recogido en una delgada trenza, miró con odio a Joseph y escupió; su aversión era demasiado profunda para expresarla con palabras.



El hombre que parecía estar al mando, alto y estrecho de pecho, dio por sentado que Joseph era el cabecilla porque vestido de uniforme parecía el mayor. A Mason lo ignoraba, y Schenckendorff era el centro de su sospecha.

—Dice que llevan información muy valiosa a Londres. Es absurdo. No hacen falta seis personas, ni mujeres, para hacer eso. Y si es urgente, como usted dice, no irían en una ambulancia vieja y destartalada. No llevan ningún salvoconducto, ni dinero, ni provisiones, ni gasolina. Si estuvieran en una misión militar auténtica, irían convenientemente pertrechados. Ahora dígame la verdad y tal vez le creamos.

Joseph miró a Matthew. Al menos no habían dicho nada sobre desertión. Quizás aún les quedara una oportunidad, pero no habría más que una.

Judith estaba junto a Lizzie, tan arrimada como para estar sosteniéndola. Joseph sólo podía suponer lo mal que se encontraba Lizzie a aquellas horas de la mañana.

Schenckendorff pasaba su peso de una pierna a la otra para aliviar el dolor del pie herido. Parecía que estuviera tratando de decidir si hablar o no.

Mason sonrió como si todo el asunto fuese ligeramente ridículo. Pero bajo su bravuconería tenía los hombros en tensión, y la dignidad de su porte sólo convencía a medias.

—¿Qué diantre cree que estamos haciendo? —preguntó con las cejas enarcadas—. La última semana de la guerra, y después de cuatro años aquí, ¿ahora vamos a desertar? Aun así nos fusilarían, ¿sabe? Por locos, como mínimo.

Joseph hizo una mueca al oírle mentar la desertión. ¿No se estaba pasando de bravucón?

—¡Sabemos lo que están haciendo! —contestó el hombre estrecho de pecho—. Han capturado a un comandante alemán y lo quieren para ustedes. Se ha apropiado de nuestras obras de arte, cuadros, relicarios, armas ornamentales, y si le salvan la vida, se lo entregará a ustedes. Bien, pues los hemos pillado, y en cuanto los hayamos juzgado y nos hayan dicho dónde han escondido nuestros tesoros, los ejecutaremos como ladrones, y a él como al asesino que es.

Matthew miró primero a Joseph y luego a Schenckendorff. A los tres se les había ocurrido lo mismo.

—Tal vez exista ese hombre —dijo Matthew con un tono de voz casi desapasionado. Sólo Joseph, que le conocía de toda la vida, percibió el miedo que disimulaba—. Pero no es el coronel Von Schenckendorff, aquí presente, y que admito que es alemán. Sólo que ocupa un alto cargo en Berlín y en ningún momento participó en la ocupación de Bélgica. Yo soy el teniente coronel Reavley del Servicio de Inteligencia Secreta Británico, y lo estoy llevando a Londres para que desenmascare a ciertos colaboracionistas que tenemos allí. Lo hacemos de esta manera, en ambulancia y sin salvoconductos, porque los colaboracionistas en cuestión tienen espías en muchos lugares y están haciendo lo posible para que no los



delatemos. Si ustedes intentan impedirnoslo, sólo me cabe suponer que están confabulados con esos colaboracionistas. Quizá deban a su pueblo una explicación más detallada de su participación en la ocupación de su país, más detallada de la que le hayan dado hasta ahora.

El hombre estrecho de pecho se asustó. Un contraataque era lo último que había esperado. No salía de su perplejidad.

—Vamos, hombre, pónganos a prueba —instó Matthew aprovechando su ventaja—. ¡Nosotros haremos lo mismo con ustedes!

Los belgas se mostraron confusos.

—¡No les haga caso! —dijo *madame* implacable—. Tienen mucha labia y se saldrán con la suya. —Se volvió hacia otro de ellos—. ¿Tu hermana no es viuda? Antes eras rico. ¿Qué ha sido de tu casa? Un montón de escombros. ¿No violaron a tu hermana antes de que se suicidara? ¿Qué sabe esta gente sobre cómo es la guerra en realidad? Se ha acabado y vuelven a su casa. ¿Dónde están nuestras casas, eh?

Hizo un gesto brusco con el brazo y faltó poco para que tirara al suelo un candelabro desportillado de la repisa de la chimenea.

—Enciérrenlos —ordenó el jefe—. Iremos a buscar a los que dicen que éste es el comandante alemán. Alguien tiene que saberlo.

Antes de que nadie diera un paso para obedecerle llamaron a la puerta. Casi de inmediato se abrió y el sargento Hampton entró. Echó un vistazo a los rostros de los presentes y se detuvo al reconocer a Joseph.

—Buenas, capellán. Me parece que tiene un problemita.

El alivio hizo que a Joseph le flaquearan las piernas.

—Sí —soltó, y tomó aire como si acabara de llegar a la superficie después de haber estado a punto de ahogarse—. Nos está costando bastante demostrar que somos quienes decimos.

Entonces, con un acceso de náusea, se dio cuenta de que Hampton quizás había venido a arrestarlo por desertor. ¡Al menos los demás podrían continuar!

—¿En serio? —Hampton miró a los belgas—. El capitán Reavley es el capellán del Regimiento de Cambridgeshire estacionado en Ypres —dijo con solemnidad—. El teniente coronel Reavley pertenece al Servicio de Inteligencia Secreta. El señor Mason es uno de nuestros más distinguidos corresponsales de guerra. La señorita Reavley es conductora de ambulancia y la señora Blaine enfermera. Estoy en condiciones de jurarlo porque he llevado una investigación en la que me prestaron su ayuda. Afortunadamente, ahora está todo resuelto. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó su placa de identificación—. Sargento Hampton de la Policía Militar Británica.

La mostró, pero sin soltarla de la mano.



—¿Y él? —preguntó el hombre estrecho de pecho mirando a Schenckendorff—. ¿Puede dar fe de su identidad, también?

—Por supuesto. Es el coronel Von Schenckendorff, a quien escoltan hasta Londres. No me gustaría tener que insistir para que usted les permita seguir su camino sin más trabas, pero tendré que ponerme desagradable si se resiste a hacerlo. —Llevaba un revólver en la mano y lo empuñaba hacia arriba, apuntando al pecho de su interlocutor. El disparo sin duda lo habría matado—. Despidámonos como amigos —dijo con una sonrisa glacial—. Sería una lástima terminar así una guerra en la que originalmente entramos en su defensa, para cumplir una promesa bastante vaga que les hicimos antes de..., todo esto.

Los belgas se miraron entre sí, ahora ya vacilantes, y también avergonzados.

Hampton no aguardó.

—Les sugiero que salgan y vuelvan a su ambulancia —dijo a Matthew—. Yo les seguiré cuando esté seguro de que nadie hará nada..., poco meditado.

Matthew no vaciló. Pasó delante y los demás fueron tras él mientras Hampton les cubría la espalda.

Lizzie parecía enferma. Judith la abrazó para ayudarla a sostenerse de pie. Matthew fue al asiento delantero.

—Conduzco yo —dijo sin que Judith tuviera ocasión de protestar.

Joseph ayudó a Schenckendorff, que cojeaba mucho. Hampton fue el último en subir a la parte trasera y cerró dando un portazo.

Arrancaron con una sacudida y cogieron velocidad dando bandazos a causa de los baches de la carretera y patinando donde la calzada estaba mojada o cubierta de barro.

Joseph miró a Lizzie. Ella le devolvió la sonrisa con los ojos brillantes de alivio.

—Gracias —dijo sinceramente Schenckendorff a Hampton.

—¿Cómo sabía dónde encontrarnos? —le preguntó Joseph.

Hampton torció un poco el gesto.

—Deducción —contestó—. Y unas cuantas preguntas hechas con discreción. Han elegido la mejor ruta. Yo habría hecho lo mismo. —Un atisbo de afecto le cruzó el semblante, más enigmático que amistoso—. Tienen amigos. —Hizo un comentario nada halagador sobre los belgas que acababan de dejar atrás—. No volverá a suceder —añadió dando unos golpecitos a su arma, que ahora llevaba en la pistolera del cinturón.

Joseph se preguntó si Hampton no sería en realidad miembro de algún servicio de inteligencia en lugar de un mero policía militar asignado temporalmente a Jacobson. Si no, ¿por qué se había molestado en ir tras ellos para prestarles ayuda en vez de



arrestar a Joseph por desertor y seguramente a Judith por llevarse la ambulancia? Más aún, ¿cómo había sabido que Schenckendorff estaría con ellos? ¿Habían sido mucho menos cuidadosos de lo que creían? Nadie les había visto partir.

¿Matthew sabía que era de fiar y se lo había contado? Hampton estaba al tanto del verdadero rango de Matthew. Pero si Hampton hubiese conocido a Matthew desde antes, nunca habría permitido que Jacobson sospechara de él como presunto asesino de Sarah Price.

No podía preguntárselo a Matthew; iba delante conduciendo, separado de ellos por la mampara trasera de la cabina.

Lanzó una mirada a Judith, junto a la pared delantera, en el asiento contiguo al de Hampton.

Ella le devolvió la mirada abriendo mucho los ojos.

Schenckendorff y Lizzie iban en el lado opuesto.

Schenckendorff tuvo que fijarse en alguna mirada, algún gesto de ansiedad de Joseph, quizá también de Judith. A lo mejor también él se preguntaba por qué lo conocía Hampton.

Entonces, de súbito, resultó evidente: ¡era un cómplice del Pacificador!

Hampton reparó en la revelación y la entendió. Se llevó la mano al cinturón y desenfundó el arma apuntando a Joseph.

—Es muy buen detective, capellán, pero no lo bastante. Corto de miras como siempre. Un hombre con poca visión, fiel a una idea mediocre; un pueblerino, al fin y al cabo. Siendo alguien que sostiene servir a Dios, debería pensar en todo el mundo, no sólo en su pequeño círculo de conocidos.

Levantó un poco más el arma y la desvió para apuntar a Schenckendorff.

En ese preciso instante Judith se levantó detrás de él y lo golpeó tan fuerte como pudo con el botiquín de primeros auxilios.

Hampton se desplomó, cayendo hacia delante, y el arma se le escurrió de la mano. Pero sólo estaba aturdido.

Lizzie se abalanzó sobre el arma y su mano la agarró justo antes de que Hampton la alcanzara.

—¡No lo hará! —dijo Hampton con sorna.

Lizzie apretó el gatillo y la bala dio limpiamente entre los ojos de Hampton. Luego dejó caer el arma al suelo y vomitó.



Capítulo 11

Lizzie estaba muy impresionada. Joseph se quitó el chaquetón y se lo puso en los hombros. Aun así siguió tiritando y con la cara muy pálida. No decía nada en absoluto, pero Joseph sabía lo que sin duda le estaba pasando por la cabeza. Había visto a jóvenes soldados en el mismo estado después de haber matado a un enemigo por primera vez, aunque hubiese sido en el campo de batalla, donde quienes les rodeaban estaban haciendo lo mismo. Aquello era diferente. Hampton era un hombre a quien ella conocía, con quien había hablado cortésmente en repetidas ocasiones. Era tan inglés como ella y vestía uniforme del ejército británico. Lizzie se había puesto a menos de un metro de él, le había mirado a la cara y lo había matado.

—Gracias —susurró Joseph bajito—. Nos has salvado a todos, y sé que te ha costado mucho.

—A Schenckendorff —murmuró Lizzie aun sabiendo que el propio Schenckendorff, sentado en la trasera de la ambulancia a un par de palmos de ella, oiría cuanto dijera—. A los demás no.

Judith estaba fuera. Había encontrado agua, si bien es cierto que fangosa, y limpiado el estropicio que había hecho Lizzie al vomitar. Matthew y Mason se habían llevado el cuerpo de Hampton, y Joseph no se había molestado en preguntarles qué se proponían hacer con él.

Fue Schenckendorff quien contestó a Lizzie.

—Si Hampton me hubiese disparado, tal como parecía que era su intención, no les habría permitido seguir vivos. Les habría matado a todos y luego, seguramente, habría hecho que pareciera que la ambulancia se había salido de la carretera. Tal vez le habría prendido fuego para que no resultara evidente que les habían disparado. De modo que con su valentía nos ha salvado la vida a todos.

Lizzie lo miró pestañeando con el ceño fruncido.

—A lo mejor. No lo había pensado así, pero tiene razón. —Esbozó una sonrisa—. Eso hace que me sienta menos..., brutal.



Una expresión ligeramente divertida asomó al rostro de Schenckendorff suavizando las arrugas que le circundaban los ojos. Un instante después lo invadió una profunda tristeza.

Lizzie apartó la vista para no resultar indiscreta.

Judith volvió a entrar a la ambulancia con cara de preocupación.

—Matthew y Richard aún no han vuelto —dijo, mirando primero a Lizzie y luego a Joseph—. ¡No es preciso que lo entierren! ¿No les dirías que lo hicieran, verdad?

—No, claro que no. —Joseph se levantó moviéndose con torpeza debido a la escasez de espacio—. Sólo les he dicho que escondieran el cuerpo. Más vale que nadie lo encuentre. Bastantes problemas tenemos. Es posible que hablara de nosotros con las autoridades y que le sigan la pista. No nos conviene que lo encuentren. Voy a ver qué están haciendo.

Pero en cuanto pisó la carretera vio a Matthew y Mason a unos diez metros caminando a paso vivo hacia él por la hierba. Ambos iban manchados de barro y la manga de la chaqueta de Mason estaba desgarrada.

—Listos —dijo Matthew en cuanto alcanzaron la ambulancia—. Le hemos quitado la identificación y la insignia y las hemos quemado. Por eso hemos tardado tanto. Cuesta lo suyo hacer que la tela mojada se encienda, pero no podemos dejar que nos atrapen con eso..., si tenía aliados. ¿Judith está en condiciones de conducir, o mejor lo hago yo? Ese motor suena muy mal.

—Entonces mejor que lo haga ella —contestó Joseph—. Lo conoce. Si alguien sabe cómo tratarlo, es ella.

—De acuerdo.

Matthew abrió las puertas traseras y entró.

—Yo iré con ella —anunció Mason.

Pocos minutos después le dio a la manivela del motor. Se puso en marcha petardeando, arrancaron con una brusca sacudida y se caló. Hubo que intentarlo cuatro veces antes de reemprender la marcha, avanzando a unos cuarenta kilómetros por hora en la fría y soleada mañana.

—Me parece que debemos aceptar el hecho de que el Pacificador sabe que Schenckendorff ha cambiado de bando —dijo Mason al cabo de cinco minutos de silencio mientras se abrían paso con dificultad a través de un pueblecito. Las calles estaban atestadas de carros y peatones: algunos soldados, algunos refugiados que regresaban y miraban abatidos lo que antes eran sus casas y ahora grotescos montones de escombros.

—¿Crees que hará que nos persiga alguien más? —preguntó Judith.

—No podemos permitirnos dar por sentado que Hampton fuese el único —contestó Mason—. No hay manera de saber qué es mejor, si ir de prisa por carreteras



principales, que son las que están en mejor estado, o si optar por la discreción tomando carreteras secundarias, tal vez teniendo que vadear algún que otro arroyo y siguiendo caminos rurales.

—¿No llamará mucho la atención una ambulancia en un camino rural?—preguntó Judith. Estaba preocupada. Aquella carretera ya era bastante mala, y además el motor fallaba. No le quedaban más bujías, y no podría reparar ninguna otra cosa que se estropease—. Y sólo tenemos gasolina para otros veinticinco kilómetros. —Sonrió alicaída—. Más nos vale estar dispuestos a luchar, si es preciso, que intentar huir. Este pobre motor no está para muchos trotes.

—Tenemos que llegar a la costa antes de mañana por la noche, a poder ser —dijo Mason embargado por una repentina tristeza—. Aún nos quedará ir desde Dover a Londres, o desde donde desembarquemos.

—¿Te caía bien Dermot Sandwell? —preguntó Judith levantando la voz lo justo para que la oyera por encima del ruido del motor. Habían cruzado el pueblo y volvían a estar en campo abierto, circulando por la carretera llana—. Lo vi una vez —añadió, rememorando un breve permiso que disfrutó en Londres en 1915—. Me pareció singular, impactante, como si tuviera una mente privilegiada. Recuerdo sus ojos: azul pálido y muy brillantes.

Mason meditó unos instantes antes de contestar.

—«Caer bien» no creo que sea la expresión adecuada —dijo finalmente—. Lo admiraba. Pensaba que tenía una visión más amplia que el resto de nosotros y el coraje de hacer lo que creía correcto para toda la humanidad, no sólo para unos pocos. Otros políticos se mostraban siempre muy partidistas, jugaban con la gente. Sandwell estaba por encima de eso. En realidad le era indiferente si caía bien o mal, o incluso que la mayoría lo comprendiera o compartiera su visión.

Judith condujo con dificultad durante cosa de un kilómetro, virando a derecha e izquierda para esquivar los escombros de la carretera y baches tan hondos que podían partir un eje. Pensaba en Mason, en cuánto tenía que dolerle tamaña desilusión. Había sido un sueño ambicioso y desinteresado. Al menos así era como lo había visto al principio.

—¿Cómo lo conociste? —preguntó cuando la carretera fue menos peligrosa y pudo aumentar un poco la velocidad.

—Después de África —contestó Mason—. Ambos estuvimos implicados en la Guerra de los Boers, aunque no nos conocimos entonces. Aquello me pareció algo terrible.

Judith lo miró de reojo y vio compasión y un aire burlón en su rostro. Sin duda él se dio cuenta porque se volvió para mirarla de hito en hito y sonrió. La ternura de sus ojos era abrumadora, la aflicción por todo lo que era imposible, una ternura que él tanto anhelaba.



Judith se quedó sin respiración y las lágrimas le empañaron la vista. Se desvió un poco y se metió en un bache que sacudió la ambulancia. Soltó una palabrota, en parte enfurecida consigo misma.

Mason se echó a reír. La emoción era demasiado grande para contenerla.

Ella rio con él y se las arregló para evitar que la risa se convirtiera en llanto. Disponían de aquel día y del siguiente, y eso era infinitamente valioso. Tan poco tiempo no debían estropearlo con una palabra, una mirada, un instante de auto-compasión o culpabilidad que luego lamentarían. Sobre todo no debían ser cobardes.

—No, creo que no me caía bien —dijo Mason por fin—. Pero me fascinaba su sueño. Ha llegado la hora de despertar. —La abrazó y Judith notó su calor a través de la ropa—. Detesto admitirlo —agregó—, pero quien sí me gusta bastante es Schenckendorff. No tiene ni un pelo de manipulador.

Judith sonrió y esquivó a un pollo que cruzaba la carretera.

—A mí también. A su manera, tiene sentido del humor.

* * *

A primera hora de la tarde llegaron a un pueblo que se veía inusualmente desierto en las afueras, pero al entrar a la plaza del centro se encontraron con que había no menos de treinta personas congregadas. La mayoría de ellas observaba mientras unos pocos se empujaban y alzaban los brazos para sacudir a una figura encogida bajo los golpes, incapaz de oponer resistencia.

Judith detuvo la ambulancia en seco y Mason saltó a tierra. Un instante después se abrió la puerta de atrás y Joseph y Matthew se apearon apresuradamente, como si temieran ser ellos el objeto del ataque.

Joseph miró directamente al gentío que gritaba y gruñía a la víctima de la agresión, que ahora, caída sobre el suelo, encajaba una patada tras otra. Los aldeanos se apartaron para abrirle paso, creyendo que quería unirse a ellos.

—¿Has perdido a alguien? ¡Mereces morir! —chillaba una mujer huesuda—. ¡Dadle una patada por mí! ¡Dadle una patada por mi hijo!

La voz se le ahogó entre sollozos incontrolables.

Otra mujer profirió un grito animal cargado de odio, algo ininteligible, puro dolor descarnado.

Joseph se vio empujado adelante, quedando apenas a un palmo de la figura acurrucada en el suelo. Le habían rapado la cabeza, y lo que quedaba de su ropa estaba hecho jirones y cubierto de sangre.



Joseph la miró. Era una mujer delgada de no más de treinta años. Iba descalza y parecía que la hubieran arrastrado por el suelo.

Joseph sintió repugnancia ante semejante violencia. Miró a la gente que tenía alrededor, sus rostros, expresión descarnada del odio, solazándose con el sufrimiento de aquella mujer indefensa.

—¿Qué están haciendo, por Dios? —inquirió.

El hombre que tenía más cerca escupió una sola palabra:

—¡Colaboracionista!

Otros se sumaron al grito, añadiendo insultos y maldiciones. Era la peor acusación de todas, peor que «enemigo», peor incluso que «espía». Era la forma de vida más mezquina, la traición última. Aun así a Joseph le horrorizaba que pudieran hacerle aquello. Sin pensar en el peligro de atraerse su ira, se agachó y levantó a la mujer del suelo, cogiéndola primero de un hombro, con cuidado, para darle la vuelta de modo que pudiera ponerse de pie.

Tenía la cara desfigurada: la nariz rota y ensangrentada, los ojos medio cerrados por la hinchazón, los dientes rotos y los labios partidos. Aun así la reconoció de inmediato porque tenía grabada en la memoria la única vez en que la había visto.

Había sido el año anterior, en París, cuando necesitaba encontrar a Punch Fuller para que declarara en el consejo de guerra. Sam Wetherall había recurrido a ella. Se llamaba Monique y trabajaba para los franceses espiando al alto mando alemán, arriesgando su vida a diario.

—Monique... —dijo Joseph en voz baja—. Monique...

Monique parpadeó una vez, enfocando los ojos con dificultad.

—¿Encontraste a tu hombre? —susurró con la voz distorsionada por las magulladuras.

—Sí, lo encontré. Gracias.

Lo había reconocido. No cabía duda de que era ella.

Joseph la tomó entre sus brazos pensando con desespero qué podía hacer por sus heridas. ¿Hasta qué punto eran graves? Iba cubierta de sangre que aún rezumaba a través de su vestido ligero pero, mucho más urgente que eso, ¿cuan graves eran los moretones, qué huesos tenía rotos?

—¡Colaboracionista! —Un hombre escupió al suelo—. Apártese de en medio, *monsieur*. Voy a colgarla ahora mismo. Y a usted también, si obstaculiza el camino de la justicia.

—Trabajaba para los alemanes —dijo una mujer con dureza. Ella tampoco aparentaba tener más de treinta años—. ¡Cerde! ¡Inmunda!

Lanzó una patada, pero estaba demasiado lejos para alcanzarla.



Otro hombre también quiso arrearle y llegó a darle. Su bota alcanzó el pecho de Monique, que jadeó y soltó un grito. Se escurrió entre los brazos de Joseph y quedó tendida en el adoquinado. Puso los ojos en blanco, dejó de moverse y un hilo de sangre le manó de la boca.

El hombre recobró el equilibrio y levantó el pie para darle otra patada.

Joseph se incorporó de un salto y le asestó un puñetazo con todas sus fuerzas, arremetiendo con todo su peso.

—¡No es una colaboracionista, imbécil! —gritó—. ¡Es miembro de la resistencia! —Golpeó al hombre una y otra vez, notando que el puño encontraba hueso y luego carne blanda: flexible, fofa, peso muerto. Aun así no se detuvo—. ¡Es más valiente y cabal que cualquiera de vosotros, atajo de cobardes!

El hombre trastabilló y cayó de espaldas al suelo, pero Joseph no se detuvo. Se abalanzó sobre él y lo puso de pie, y entonces siguió golpeándolo, primero un puño, luego el otro. Tenía las manos ensangrentadas, pero le traía sin cuidado. Otro hombre vino hacia él y también lo golpeó, dándole de lleno en la cara, lo cual le hizo tambalearse hacia atrás, y aún le dio otro puñetazo que lo derribó. Se estaba agachando sobre él, dispuesto a golpearlo, cuando notó que unos brazos lo sujetaban, impidiéndole moverse y haciéndole perder el equilibrio.

Se zafó y se volvió para arremeter y entonces vio sorprendido que se trataba de Matthew, momento que Mason aprovechó para agarrarlo por detrás e inmovilizarle los brazos.

Judith estaba en el suelo junto a Monique. La multitud, impresionada, miraba a Joseph en silencio.

Judith tendió a Monique con cuidado.

—Demasiado tarde —dijo mirando a Joseph—. Ha muerto.

Joseph se puso tenso.

Mason lo sujetó con más fuerza.

Lizzie y Schenckendorff estaban un poco retirados, pálidos como la nieve.

—¿La conocías? —preguntó Matthew, mirando a Joseph con infinita ternura.

—Sí. La conocí en París el año pasado. Trabajaba para nuestra inteligencia. Arriesgó su vida para ayudar a su país y estos imbéciles la han asesinado.

Le costaba respirar, como si un gran peso le apretara el pecho, aplastándolo. Se le nubló vista, lo veía todo borroso y distorsionado.

—¿No era colaboracionista? —preguntó alguien en voz baja.

—No lo sabíamos —dijo otra voz a modo de excusa.



—¡No, claro que no! —respondió Joseph apretando los dientes—. Pero os daba igual. De todas formas la habéis asesinado.

—Pero nosotros no... Creíamos que... —El hombre se calló ante la mirada fulminante de Joseph.

—¡Díselo a ella! —le espetó Joseph con implacable amargura.

—Joseph, la mujer ha muerto. —La voz de Matthew era amable, apremiante.

—¡Ya lo sé!

El grito de Joseph terminó en un sollozo. Se esforzó por respirar con normalidad. Todos estaban muertos: su madre y su padre, Sebastian Allard, el hombre que trajo el tratado desde Alemania al principio, Owen Cullingford, Charlie Gee, aquel maldito reportero y su arrogancia, Theo Blaine, Shanley Corcoran, Tucky Nunn, la mitad de los hombres del regimiento de Cambridgeshire con los que había crecido, los jóvenes de St. John's College, la mitad de los soldados de Europa, desmembrados, cegados y ahogados en su propia sangre. Y ahora Monique: asesinada de la manera más estúpida y cruel después de todo lo que había hecho por su pueblo. Era insoportable.

Había llegado tarde para salvarla, o para salvar a aquella gentuza de su propio destino. No podían deshacer lo que habían hecho. Y él ¿había ayudado a alguien en realidad? ¿A los que creían o los que no? ¿A los enfermos, a los asustados, a los impotentes, a alguien en concreto?

Había mantenido a raya la desesperanza que le había amenazado como una creciente y abrumadora oscuridad durante todos aquellos años de guerra. No había derramado una lágrima por su propio sufrimiento, pero ahora ya no cabía negarlo. Lo desgarró algo semejante a una tormenta que barriera la razón, el dominio de sí mismo y la conciencia de los demás como la ola de un tsunami. Lloró por todos ellos: por cada alma aterrada y perdida en aquellos últimos y espantosos años. Matthew lo sostenía, los aldeanos parecían dar vueltas a su alrededor, confundidos y avergonzados, asustados por el alcance de lo que habían hecho. De repente comprendieron que era irreparable y, uno tras otro, también vieron que era innegable. El desconocimiento de la verdad no les valdría el perdón.

Matthew acompañó a Joseph hasta la ambulancia. Alguien le llevó un trago de coñac. Le quemó la garganta y le prendió fuego en el estómago. Tuvo conciencia de un ir y venir de personas.

Matthew se marchó y fue Lizzie quien se sentó a su lado. No dijo nada, tan sólo le cogió las manos. Joseph no sabía dónde estaban los demás ni qué estaban haciendo.

Finalmente se le aclaró la mente y la visión del rostro sangrante y desfigurado de Monique se desvaneció. Comenzó a pensar, a recordar a otras personas, otras pérdidas que también lo afligían, muchachos cuyas muertes siempre estarían entretejidas en su mente y su memoria.



Había querido servir, aliviar el sufrimiento, dar al prójimo la esperanza y el amor de Dios en los lugares más oscuros que tendrían que atravesar. Habría dado su propia vida, si se la hubieran pedido, mas no había sido así. Apenas había sufrido heridas de consideración, salvo una única vez, en 1916.

Al principio había prometido a Dios que conservaría la fe, pero que no intentaría compartir la aflicción de todo el mundo. Eso no podría soportarlo. Era pedirle demasiado a cualquiera.

Pero en Getsemaní fue precisamente eso lo que Cristo había pedido: «Vigilad conmigo.» Fue lo que Dios pidió a todos.

Joseph recordó a los hombres a quienes había acompañado en su sufrimiento, su temor, su soledad, su aceptación de la muerte. Habían podido contar con él. Con frecuencia lo único que podía ofrecerles era su compañía. No podía aliviar su agonía, disipar su terror a la mutilación, al fracaso, al paso final hacia la muerte anónima. No podía prometerles la victoria ni darles un motivo que justificara aquel horror, como tampoco explicarles por qué Dios permitía que existiera semejante infierno en la tierra.

Había reptado por el fango de la tierra de nadie, helado y empapado hasta los huesos, olido el hedor nauseabundo de la carne en descomposición, del gas, de la muerte, y lo único que había podido hacer había sido prometer: «No te abandonaré.»

Y en aquel instante comprendió con absoluta certeza que lo que deseaba, lo que necesitaba, era estar con Lizzie. Podría hacerlo, y amar al bebé porque era de ella y porque precisaba ser amado, igual que todo ser humano. Podría darle el amor que su padre le había dado a él: sin reservas, generosamente, por deseo propio. El niño o la niña que naciera no imaginaría, ni por un instante siquiera, que era fruto de la violencia o el sufrimiento. Jamás se sabría no deseado y por tanto no padecería más que las consabidas tribulaciones que conllevaba crecer y hallar una identidad en el mundo.

Se volvió hacia Lizzie y sonrió, después retiró sus manos haciendo una mueca porque le dolía la piel y tomó las de ella entre las suyas, primero con delicadeza, luego con más firmeza.

—Cuando volvamos a casa —le dijo—, habrá mucho que hacer, muchas personas que necesitarán ayuda y más coraje del que tal vez crean tener ahora. No están sólo quienes han sufrido heridas en el cuerpo, sino también quienes las han padecido en el corazón y la esperanza. Habrá desilusiones, cambios que son muy difíciles de aceptar.

»Seguro que habrá injusticias y muchísima soledad. Las cosas malas de la guerra habrán quedado atrás, pero las buenas también: la amistad, el propósito, saber quién eres y qué estás haciendo, y que lo que haces es importante.



—Es verdad —le contestó Lizzie—. Tenía planeado seguir ejerciendo de enfermera..., hasta... —Se interrumpió, y un lento rubor le subió a las mejillas. Le daba miedo la compasión, y Joseph se dio cuenta.

¿Cómo podía pedirle que se casara con él sin que ella temiera, ni siquiera por un instante, que se trataba de eso, de compasión, y no de amor?

—Preferiría con mucho que me ayudaras —le dijo—. No estoy seguro de poder hacerlo sin ti, y estoy absolutamente convencido de que no es lo que deseo. Pero contigo y el bebé, quizás haga una labor medianamente buena. He aprendido unas cuantas cosas sobre lo que es el verdadero ministerio sacerdotal.

Lizzie lo miró, escrutándole los ojos despacio, con mucha cautela.

Joseph sonrió, pues sabía que no había nada en él que precisara ocultarle. Lizzie ya conocía de sobra sus puntos flacos, igual que él los de ella, y sabía que a la larga los unirían en vez de separarlos.

—Creo que es una buena idea —dijo Lizzie al fin—. Quizá logremos hacer una labor bastante aceptable.

La felicidad iluminó el fuero interno de Joseph como un radiante amanecer. Se inclinó hacia delante y la besó, y se sorprendió al constatar cuánto tiempo llevaba deseando hacerlo.

Acababa de soltarla cuando Matthew abrió la puerta.

—¿Estás bien? —preguntó Matthew antes de caer en la cuenta de que la pregunta estaba de más.

—Sí..., gracias —contestó Joseph—. Tendríamos que irnos. No puede faltar mucho para la costa, pero se nos acaba el tiempo.

—Nos han dado un montón de ayuda —le dijo Matthew—. Comida, gasolina y alguien que nos indicará los mejores caminos. Podríamos llegar esta noche.

Joseph se quedó perplejo.

—¿Cómo lo has hecho?

—Culpa —dijo Matthew simplemente—. Se sentían fatal.

Joseph se avergonzó. Por primera vez en años había perdido por completo el control de sí mismo. Había tenido ganas de matar al hombre que había pateado a Monique. Quizá lo habría hecho si Matthew no lo hubiese impedido. Era una idea espeluznante. No era consciente de llevar tanta rabia contenida dentro de sí.

—Ese hombre... El que he golpeado. ¿Está bien?

Matthew puso los ojos en blanco y se encogió de hombros.

—Sobrevivirá, pero le has roto la nariz, la mandíbula y dos o tres costillas. Menos mal que es un tipo robusto, o habría sido peor. Lo has pillado totalmente por



sorpresa. No se imaginaba que un clérigo pudiera intentar matarlo. De lo contrario no habrías salido tan airoso.

—No hace falta que abundes en detalles —dijo Joseph con cierta aspereza—. Su conducta ha sido imperdonable.

—Ésa no es la cuestión, Joe. —Matthew lo miró fijamente, sin moverse de allí donde estaba—. No puedes dejarlos así. Los has condenado al infierno, y tienen bastante claro que lo has dicho en serio. No es así como quieres dejar las cosas.

Matthew lo dijo convencido, sin una sombra de duda en sus ojos.

Joseph no quería regresar y enfrentarse con ellos otra vez. Resultaba sumamente embarazoso, y no les perdonaba lo que le habían hecho a Monique. No podía decirles que era excusable. Traicionaría sus propias convicciones, y nadie con dos dedos de frente volvería a creer en él nunca más.

—No puedo darles el perdón —dijo—. No sé de ninguna penitencia que sirva para enmendar lo que acaban de hacer. Decir lo contrario sería mentir.

—Siempre hay un camino de regreso, Joe, desde cualquier parte —respondió Matthew—. Tú me lo has dicho más de una vez. Si no puedes ayudarlos, ¿qué esperanza nos queda a los demás?

—Ha llegado la hora de empezar —dijo Lizzie tocando con delicadeza la mano de Joseph—. No tienes que mentirles. Diles lo difícil que será, pero no les digas que es imposible.

Joseph se apeó de la ambulancia, manteniéndose en pie, un tanto vacilante al principio. Luego se volvió y le dio las gracias. Matthew aguardaba. Lo siguió hasta donde estaban reunidos los aldeanos con un montón de comida en cajas y tres latas de gasolina. Eran los bienes más preciados que tenían; quizás el suministro de una semana. También había bujías y una lata pequeña de aceite para el motor. Parecían asustados y también esperanzados.

De pronto Joseph tuvo ganas de decirles que estaban perdonados, pero era el hastío, la gratitud y la compasión los que hablarían, el deseo de huir, y nada de aquello lo convertía en lo que debía hacerse. Era simplista, una mera escapatoria.

—Gracias —les dijo mirando el montón de comida y gasolina—. Sabemos lo generoso que es este regalo y lo mucho que representa de cuanto tenéis. Me gustaría decir que esto os redimirá de lo que le habéis hecho a Monique, pero no sería verdad. Y no merecéis una mentira. Como todos nosotros, necesitáis honestidad. El camino de vuelta de un pecado tan indigno es más largo y más duro que eso, cosa que sabéis tan bien como yo. Pero nunca olvidéis que ese camino existe y que podéis recorrerlo si realmente queréis. No puedo deciros cómo encontrarlo porque no lo sé. Pero vuestra oportunidad de pagar por ello llegará, si la deseáis lo bastante como para buscarla y aceptarla.



Lo miraban fijamente, pasando el peso de una pierna a otra. Nadie hablaba. La esperanza asomó a uno o dos rostros. En otros murió. Habían esperado algo más fácil.

—Me disculpo por no erigirme en vuestro juez —prosiguió Joseph—. No tengo derecho a hacerlo. Eso es algo que tendréis que hacer por vuestra cuenta. Sabéis lo que habéis hecho y por qué, y qué os ha empujado a hacerlo. Y sabéis que ella no lo merecía. Empezad por no engañaros a vosotros mismos. Lo que digo va por vosotros, por mí, por todos.

Uno de los hombres más ancianos asintió con la cabeza. Luego se volvió hacia los demás y éstos mostraron su acuerdo. Se despidieron formalmente y parecieron aliviarse al ver que la ambulancia emprendía su viaje a la costa con una muchacha del pueblo sentada en la cabina al lado de Judith para guiarlos durante los primeros quince kilómetros. Nadie preguntó cómo iba a regresar.

* * *

Llegaron al puerto poco después del ocaso. El viento salado y gélido que soplaba del mar olía a limpio y transmitía el vigor de las olas.

Requirió un considerable regateo y en última instancia una velada amenaza por parte de Matthew, pero a medianoche estaban embarcados cruzando el canal. Casi todos intentaban dormir, pero Matthew deambulaba por cubierta contemplando el agua oscura. La espuma se alzaba y caía formando dibujos cambiantes en la superficie. Recordó haber estado en situación parecida a bordo del *Cormorant*, antes de la Batalla de Jutlandia, sabiendo que en cualquier momento podían manar chorros de agua blanca, luego llamas y un ruido inimaginable. Habría metal retorcido, gritos, olor a corticeno en combustión, y el buque retemblaría y cabecearía dando tumbos. Y siempre la amenaza de acabar engullidos por aquel mar negro que los arrastraría hasta el fondo sin soltarlos.

Sólo quedaban días para el final y, sin embargo, se seguían hundiendo barcos con toda su tripulación. Era una especie de locura que Matthew no acertaba a comprender. ¿Qué quedaba por ganar o perder? Sólo odio, la más vana de todas las pasiones.

Siguió mirando al frente, tratando de distinguir la silueta oscura de la tierra que tenían delante. Iban rumbo a Harwich, no a Dover, de modo que no verían los famosos acantilados blancos, pero habían tomado agradecidos el primer barco dispuesto a embarcarlos con la ambulancia. No podían abandonar el vehículo sin más. Supondría una dificultad añadida tratar de conseguir billetes de tren con el poco dinero que habían conseguido reunir, y en un atestado vagón quizá les resultaría imposible ocultar que Schenckendorff era alemán.



Aún no había amanecido cuando Matthew divisó por la proa la línea negra y baja de tierra. Una hora después se hallaban en el muelle azotado por el viento con la ambulancia que, para su gran alivio, había arrancado al tercer intento.

—Deberíamos estar en Londres a primera hora de la tarde, salvo que tropecemos con dificultades importantes —dijo Matthew tiritando bajo los rociones que el viento levantaba del agua. Todos estaban cansados, y el frío los atenazaba. Ahora era responsabilidad suya asegurarse de convencer a Shearing, y luego al primer ministro, de la culpabilidad de Sandwell. Sólo tendrían una oportunidad, y Sandwell ya sabía que iban de camino. El peligro distaba mucho de haber terminado; en realidad, aquella podía ser la peor parte. La victoria estaba tan cerca que las emociones contenidas durante años bullían a flor de piel. Había esperanza y una desesperada fragilidad que casi se palpaba en el aire.

¿Lo intentaría Sandwell otra vez? Por supuesto. Pero ¿cómo? Una acción violenta sería más difícil, ahora que estaban en Inglaterra. Cualquier cosa que hiciera tendría que parecer un accidente. ¿Era posible que Sandwell todavía no supiera que Hampton había fallado? Seguramente no. Tendrían alguna señal convenida, una fecha y una hora para ponerse en contacto. El silencio de Hampton sería suficiente respuesta.

—Tenemos que llegar a Londres tan pronto como podamos —dijo Matthew—. Gracias a Dios tenemos la ambulancia y no es necesario que vayamos en tren, así no correremos el riesgo de que nos separen o nos perdamos entre la multitud, donde seríamos mucho más vulnerables. —Se fijó en el sobresalto de Lizzie y se dio cuenta de que ella creía que ya estaban a salvo. Estaba de pie junto a Joseph y, de manera inconsciente, se arrimó más a él—. Lo siento —dijo sucintamente. —Supondrá que estamos en casa, y sabe a qué hemos venido.

»A estas alturas ya habrá deducido que Hampton fracasó. Tenemos que mantenernos unidos y no bajar la guardia. Todavía tengo el arma de Hampton, aunque me figuro que no nos atacará abiertamente. —Se volvió hacia Mason—. Tú lo conoces. ¿Cómo crees que actuará ahora?

Mason lo meditó un momento.

—Quizás intente interceptarnos antes de que lleguemos a Londres. Sería una oportunidad demasiado buena para no aprovecharla, salvo que no tenga en quién confiar...

—No podemos contar con ello —dijo Joseph al instante.

—Tienes razón —admitió Matthew—. Entonces quizá sea mejor que viajemos separados. Le costará mucho más encontrar a tres o cuatro hombres que nos persigan. Y puesto que hasta ahora hemos viajado juntos, no se lo esperará.

—Eso no es todo —prosiguió Mason—. Sólo hay una cosa que podemos hacer al final, que es acusarlo abiertamente. Con eso sí que contará. Es la última baza, por así



decir. Estará preparado. No sé si intentará decir que el Pacificador es otra persona. — Sonrió con amarga ironía—. Quizás, incluso, diga que soy yo. Podría ser que lo hiciera para confundir las cosas por un tiempo. O quizá niegue categóricamente que alguna vez haya existido tal conspiración. Por eso es preciso que tengamos el tratado original que vuestro padre encontró en 1914. —Se volvió hacia Joseph—. Todavía lo tienes en Cambridge ¿verdad?

Matthew se alarmó. Estaban muy cerca del Pacificador por fin, ¿pero, era posible que aún quedara la vuelta de tuerca definitiva y que no fuera Sandwell, sino una broma casi desganada de Mason? ¿Era el propio Mason el líder, y quizá Sandwell y Schenckendorff meros seguidores? No, eso era absurdo. Mason estaba enamorado de Judith, profundamente enamorado. Ya no intentaba disimularlo: aquella iba a ser la última vez que estarían juntos.

Miró a Joseph deseando saber qué pensaba, deseando poder hablar a solas con él.

Mason aguardaba.

—Joe —comenzó Matthew.

—Sí —le interrumpió Joseph—. Sé dónde está.

Demasiado tarde. Estaban comprometidos. ¿Había pensado Joseph en la posible complicidad de Mason, o acaso su candor religioso era todavía tan grande que le impedía tomar en consideración que el hombre a quien Judith amaba pudiera traicionarlos?

—Mejor no nos digas dónde —dijo Matthew—. Así no podremos revelarlo sin querer.

Mason sonrió.

—Mensaje recibido —dijo irónicamente—. Joseph debería ir en busca del tratado y nos reuniremos con él en algún sitio de Londres. Los demás también deberíamos viajar por separado en la medida de lo posible. Quizá Judith y yo, y Matthew con Schenckendorff, y Lizzie con ellos para atender el pie de Schenckendorff. Tú lleva la ambulancia. Sabes conducirla, ¿no?

La última pregunta fue para Matthew.

Matthew vaciló. No quería que Mason dirigiera lo que iban a hacer, pero por otra parte no se le ocurría una alternativa mejor. Si permanecían juntos serían un blanco único. No podían confiar en convencer a Lloyd George sin Schenckendorff, Mason y el tratado. Tenía que ser él mismo o Joseph quien fuera a St. Giles a sacar el tratado del armero. Judith no distinguía un extremo de un arma del otro, y lo último que iba permitir era que Mason fuera con ella.

—De acuerdo —dijo—. Yo iré en la ambulancia con Schenckendorff y Lizzie y os esperaré en mi piso, Mason. Tú y Judith viajad a Londres en tren. Joseph, toma el



tren a Cambridge y luego a St. Giles. Te esperaremos en Londres. Ve a las oficinas del servicio de inteligencia y pregunta por mí.

Las despedidas fueron breves una vez detenidos ante la estación de ferrocarril. Judith y Mason fueron a esperar el primer tren con destino a Londres, y Joseph a Cambridge.

* * *

Sentado junto a la ventanilla del tren, asiento que le fue ofrecido por deferencia a su uniforme, Joseph contemplaba el paisaje que se deslizaba ante su vista. Por un momento se engañó pensando que nada había cambiado. Las suaves lomas de la campiña se extendían hasta el horizonte salpicadas de pequeñas arboledas. Los campos de cosecha tardía lucían sus rastros dorados, aunque algunos ya estaban arados, listos para los cultivos de invierno, mostrando oscura y reluciente la fértil tierra negra. Los pueblos presentaban el mismo aspecto de siempre con sus puntiagudos tejados de paja, campanarios de planta cuadrada de sólida construcción sajona, callejuelas serpenteantes. De cuando en cuando veía el destello de un estanque en medio de un prado comunal. Las hojas eran de bronce allí donde aún las había. La mayoría ya había caído y formaba montones de color cobrizo en el suelo.

Suspiraba con amor por la antigua belleza del paisaje. Habían luchado y muerto para poder ir y venir a su antojo siguiendo los caminos que surcaban aquella tierra. Distaba mucho de ser perfecta, pues la gente cometía errores, pero allí había una libertad que había sido aprendida y por la que habían pagado a través de los siglos. Consistía en el derecho, no sólo legal sino en la práctica, a mostrar disconformidad, a ser diferente, ingenioso, a veces a equivocarse y aun así seguir siendo parte del entramado social que tanto valoraban. Había honor y tolerancia ante todos los errores y las injusticias de la historia, y eso debía preservarse, costase lo que costara.

El tren se detuvo en la estación de Cambridge y Joseph preguntó por el próximo tren a St. Giles. Había que aguardar demasiado. Tardaría horas en ir y volver. Además, tampoco tenía suficiente dinero. De hecho, iba a tener que pedirle prestado a Hannah para el billete de Cambridge a Londres. Optó por no pensar siquiera en que podría no encontrarla en casa.

¿A quién podía pedir que lo acompañara en coche, gastando una gasolina valiosísima, primero a St. Giles y luego de vuelta a Cambridge? ¿A quién conocía?

St. John's. Ésa era la única respuesta. Allí tenía que haber alguien que todavía lo conociera. La cuestión era si tendrían un coche y gasolina para el depósito. Aidan Thyer sería el más indicado, y no había tiempo que perder comenzando por otros que quizá fuesen más de su agrado. Recordó con cierto arrepentimiento que en su día había considerado a Thyer como sospechoso de ser el Pacificador. Nunca había



llegado a descartarlo. Lo único que podía hacer ahora era confiar en que Schenckendorff estuviera diciendo la verdad y Mason también. Los hombres buenos podían mentir, si la causa era lo bastante grande; lo sabía y lo comprendía, pero era demasiado tarde para titubear.

Caminó a paso vivo por las calles antiguas pasando ante los colegios universitarios que tan bien conocía y amaba. Casi todos eran centenarios, imponentes construcciones de piedra labrada que ostentaban orgullosas sus escudos de armas. Detrás de ellos, el prado verde de los Backs descendía suavemente hasta el río donde cuatro veranos antes había muchachos empujando bateas con pértigas por las aguas mansas. Las chicas iban sentadas en las popas acariciando con los dedos la corriente, la brisa agitaba sus vestidos de muselina, los sombreros daban sombra a sus rostros. Ahora no había un solo joven a la vista y las chicas llevaban el pelo corto, faldas apenas un poco por debajo de las rodillas, y trabajaban en los autobuses, en las fábricas y en los campos. Qué poco tiempo había tardado el mundo en cambiar de manera tan radical.

Las dependencias del director de St. John's presentaban el mismo aspecto de siempre, seguramente idéntico al de los últimos trescientos años. El patio estaba en silencio. Los árboles desprovistos de hojas.

Joseph llamó a la puerta. Si Aidan y Connie estaban en casa, abrirían ellos mismos. Ya nadie tenía criados. El silencio lo envolvió. ¿Seguirían teniendo coche? Y si lo tenían, ¿Aidan estaría dispuesto a echarle una mano a Joseph? ¿Lo dejaría todo sin pedir explicaciones y renunciaría a sus planes para acompañar a Joseph a St. Giles, aguardar, y traerlo de regreso?

¿Y si era simpatizante del Pacificador? La victoria podía escapárseles de las manos en cualquier momento, incluso en el último.

Abrió la puerta Aidan Thyer en persona. Seguía siendo un hombre elegante de aire un tanto perplejo, como si hubiese sufrido un revés inesperado y estuviera preguntándose cómo reaccionar. ¿Se debería aún a que amaba a Connie más de lo que ésta llegaría a amarlo a él? ¿O era a causa de la pérdida de tantos de sus pupilos antes de haber hecho realidad las ambiciones puestas en su futuro?

—¿Joseph? —exclamó asombrado—. ¡Joseph Reavley! Mi buen amigo, adelante. — Dio un paso atrás y sostuvo la puerta abierta de par en par. La luz se reflejaba en su pelo canoso y en las finas arrugas del rostro—. ¿Qué puedo hacer por usted? ¿Me permite preguntarle qué está haciendo en casa cuando falta tan poco para el final? Espero que no traiga malas noticias acerca de su familia.

Una repentina expresión de turbación le ensombreció la mirada.

—No, gracias —dijo Joseph entrando tras él—. Todos estamos bien, que yo sepa. Pero tengo un recado urgente. Necesito ir a St. Giles cuanto antes y regresar para tomar el primer tren a Londres. Se trata de algo muy urgente, realmente, y necesito ayuda. —No había tiempo para andarse con evasivas, y tampoco habría sabido cómo



hacerlo, además—. ¿Puede llevarme en coche, por favor? Y si no, ¿sabe quién podría llevarme?

Thyer le miró preocupado.

—Por supuesto que sí. ¿Seguro que todo va bien?

—Sí. —Entonces, de súbito, se le ocurrió que Thyer quizá se estaría preguntando si alguno de sus antiguos alumnos de Cambridge se encontraba en apuros—. No se trata de un asunto personal —añadió—. Es algo que debo recoger y entregar en Londres hoy mismo.

Thyer asintió.

—¿Le apetece un tentempié antes de salir, o al menos beber algo? Parece que haya pasado la noche en vela.

—Sí, lo cierto es que sí —admitió Joseph atribulado—, pero no tengo tiempo. Tal vez después.

—Voy a por las llaves y avisaré a Connie. Se alegrará de saber que están todos ustedes bien.

Thyer regresó momentos después, acompañado de su esposa. Como siempre, Connie estuvo encantada de ver a Joseph, pero comprendió que tenía que conformarse con un hola y adiós. Le había preparado un emparedado y se lo dio, envuelto con un trozo de papel.

—Sólo es pan con lo que me gustaría llamar paté, pero en realidad es pasta de carne —se disculpó.

Joseph le dio las gracias y de repente se dio cuenta de que tenía un hambre lobuna.

Connie lo miró, sonriente, y le pasó un vaso de limonada, pues sabía que preparar una bebida caliente seguramente requeriría más tiempo del que Joseph podía demorarse.

Hallarse en casa del director, delante de Connie, causó a Joseph una desconcertante sensación de intemporalidad. Seguía siendo una mujer guapa a su manera, afectuosa y generosa. Y seguía habiendo cierta inquietud en sus ojos, aunque quizá menos acentuada, y miraba a Thyer con más frecuencia de la que Joseph recordaba de otros tiempos.

Era como si sólo hubieran transcurrido meses desde que estuvo allí mismo en el verano de 1914, hablando de guerra y paz con extraordinaria inocencia. Nadie imaginaba entonces que el mundo pudiera cambiar tanto, y menos en tan poco tiempo. El pasado que habían conocido quedaba atrás para siempre. Allí fue plenamente consciente de ello por primera vez. En aquel silencioso vestíbulo que daba al patio donde nada había cambiado, se dio cuenta de la enormidad del cambio sufrido por todo lo demás.

—¿Joseph? —preguntó Thyer—. ¿Está listo?



—Sí..., gracias.

Joseph dio el vaso vacío a Connie y se despidió de ella. Siguió a Thyer a través del primer patio y el segundo hasta la calle donde estaba aparcado el coche.

El trayecto a St. Giles fue rápido. Thyer no le preguntó ni una sola vez cuál era el objetivo de tan apresurado y repentino viaje, y también se abstuvo de hablar sobre los conocidos que habían fallecido. En cambio conversaron de política, en concreto sobre el carácter de Lloyd George y sobre las nuevas ideas de ampliar el derecho al voto para incluir a todos los hombres, fueran terratenientes o no, e incluso a muchas mujeres.

—Los tiempos están cambiando a un ritmo vertiginoso —dijo frunciendo levemente el entrecejo—. Confío en que sepamos adaptarnos sin sufrir demasiadas bajas. Los hombres que regresan a la patria no van a reconocer la tierra que dejaron al irse, y es posible que no acabe de ser de su agrado. Las mujeres tienen toda clase de empleos, ahora, y es preciso que sigan trabajando. No podemos mandarlas de vuelta a la cocina. —Hizo un gesto negativo con la cabeza—. Muchas de ellas no se casarán porque no van a tener con quien. No les queda más remedio que ganarse el propio sustento. Sería injusto que se lo impidiéramos.

»Y hay muy pocos puestos para sirvientes. Hemos aprendido a arreglárnoslas sin ellos —prosiguió Thyer—. Los criados valen tanto como sus amos. Lo hemos descubierto en las trincheras. Hay un montón de «criados» a quienes les debemos la vida. Aunque me figuro que usted lo sabe mejor que yo.

Joseph no contestó, pero sonrió mostrando que estaba de acuerdo. Iban a toda mecha a través de la campiña, a mucha más velocidad de la que Joseph habría esperado del director. Siempre había pensado que era un tanto apocado, un erudito poco dado a la acción. Quizás estuviera equivocado.

Cruzaron los campos de la granja donde se habían criado Charlie y Barshey Gee, luego por los de la de Snowy y Tucky Nunn. La fragua de la herrería tenía la puerta abierta, y el padre de Plugger Arnold se afanaba ante el yunque. Todo resultaba tremendamente familiar, y Joseph habría dado cualquier cosa para que los hombres que había conocido y por quienes había sentido afecto regresaran a casa con él.

La calle estaba poco concurrida. Había unas pocas mujeres envueltas en sus abrigo para resguardarse del viento. El prado estaba desierto, el estanque en calma relumbró cuando lo alcanzó un rayo de sol.

Se detuvieron delante de la casa en la que Joseph había crecido, de la que John y Alys Reavley habían salido aquella aciaga mañana que iba a cambiar el mundo, en la que Gavrilo Princip disparó en Sarajevo poniendo fin a la historia e iniciando el presente, y en la que Sebastian Allard cometió un desacertado homicidio en la carretera de Hauxton.



—No tardaré —dijo Joseph sucintamente—. Un día le explicaré de qué va todo esto.

Se apeó del coche, caminó con paso vacilante hasta la puerta y llamó. Ya había resuelto que, si Hannah no se encontraba en casa, entraría a las bravas y le dejaría una nota explicando lo que había hecho.

Había levantado la mano para llamar otra vez cuando la puerta se abrió. Allí estaba Hannah. Se parecía tanto a su madre que por un instante Joseph se quedó atónito, tan desconcertado como ella, hasta que Hannah se arrojó a sus brazos y lo abrazó. Joseph correspondió al abrazo, estrechándola con fuerza.

—Todo va bien —dijo Joseph sin soltarla—. He venido a recoger el tratado. Sabemos quién es el Pacificador, sólo tenemos que demostrarlo ante Lloyd George y esta pesadilla habrá terminado. Tengo montones de cosas que contarte, pero Matthew y Judith me están esperando en Londres y no hay tiempo que perder.

Hannah se apartó y le miró de hito en hito.

—¿Quién es?

—Dermot Sandwell.

—¿El ministro? ¡No puede ser!

—Ahí tienes por qué hay que demostrarlo.

Hannah no discutió. Vio el convencimiento con que la miraba su hermano y le franqueó la entrada, para luego seguirlo a través de la casa hasta el armero. La puerta estaba cerrada, tal como lo había estado desde 1914. Joseph la abrió, sacó el viejo trabuco de su padre y lo rompió, y luego sacó con sumo cuidado el papel cuidadosamente enrollado que había dentro del cañón.

—¿Ha estado ahí todo este tiempo? —preguntó Hannah asombrada.

—Sí. Es donde lo escondió papá. Pensamos que sería el lugar más seguro porque ya habían registrado la casa durante el funeral, ¿recuerdas?

—¡No me lo dijisteis!

—Era más seguro para ti no saberlo. —Esbozó una sonrisa—. ¿Has recibido noticias de Archie, últimamente?

—Sí, vendrá de permiso dentro de unas tres semanas.

—Dales un beso de mi parte a Tom, Luke y Jenny. Todo habrá terminado en cuestión de días. Entonces podremos empezar a construir de nuevo y ayudar a la gente que está más maltrecha de lo que puede soportar.

—¿Vuelves al sacerdocio? —preguntó Hannah. El semblante se le iluminó.

—Sí. Voy a casarme con Lizzie Blaine.

Hannah sonrió.



—Bien. Muy bien. Ya me lo esperaba.

Joseph le dio un beso en la mejilla, se metió el tratado dentro de la guerrera y salió con paso decidido hacia el coche.

Algún día le contaría a Aidan Thyer al menos parte de la verdad, pero no ahora. En la estación de Cambridge volvió a darle las gracias y fue de inmediato al andén para coger el siguiente tren con destino a Londres. El viaje aún tenía vestigios de una sensación de huida, cosa que lo avergonzaba. No tendría que haber sospechado de Thyer y, sin embargo, sintió un profundo alivio al encontrarse a solas otra vez, anónimo entre los demás uniformes dispersos aquí y allá. A su alrededor había hombres de permiso y también hombres heridos, algunos de tanta gravedad que no volverían a entrar en combate. Podían pasar meses, o incluso años, antes de que los últimos rezagados regresaran. Y, por descontado, muchos no lo harían jamás.

Cuando el tren llegó a Londres, se apeó sin demora. Decidió permitirse la extravagancia de ir en taxi, lo que le valió varias miradas de reproche puesto que saltaba a la vista que estaba en buena forma y por tanto no lo necesitaba.

La ciudad se mostraba cansada, e incluso el sol que asomaba entre las nubes parecía teñido de gris. Apenas había hombres en las calles, aparte de ancianos y jovencitos. Había mujeres en toda clase de sitios que un par de años atrás habrían resultado impensables: conduciendo autobuses y camiones de reparto, incluso enfundadas en uniformes de policía. Parecían diligentes, competentes. Las pocas que iban a la moda habían cambiado de un modo inusitado. No quedaba ni rastro del glamour femenino diseñado para el ocio. Ahora la belleza era más contenida y extremadamente práctica: faldas cortas, colores sosegados.

El aire vibraba de emoción. Había una especie de expectación latente detrás del más simple intercambio de palabras: preguntar una dirección, comprar un periódico. Joseph sintió una aguda punzada de compasión por sus compatriotas, temiendo que nada estaría a la altura del sueño de cómo sería la paz cuando por fin llegara.

Muy pronto, cuando se anunciara el armisticio, estaba seguro de que las mujeres serían presa de una excitación incontenible, esperando con ansia el momento de dar la bienvenida a casa a sus hombres. Luego, al acomodarse a sus nuevas vidas, tendrían que enfrentarse al desafío de redefinir sus roles como hombres y mujeres, y también sus lugares en la sociedad.

Nada era tan dulce ni valioso en el mundo como la esperanza de que Lizzie fuera a estar con él, compartiendo la tarea de rehacer la vida de las personas, de las comunidades, ayudando a la gente a aceptar los cambios y las pérdidas.

El taxi se detuvo a una manzana del edificio que albergaba el despacho de Matthew. Joseph se apeó y pagó al conductor, dándole las gracias, y siguió a pie tan deprisa como pudo, agradecido de que el taxi se hubiese detenido a una distancia prudente del bordillo. Entró al vestíbulo y lo dejaron pasar en cuanto se hubo identificado.



Tuvo que esperar sólo un momento en una antesala antes de que Matthew, con una expresión de gran alivio, acudiera a recibirlo.

— ¿Lo tienes? —preguntó.

— Por supuesto. ¿Están todos aquí?

— Sí. ¿Ningún problema?

— En absoluto. ¿Y vosotros?

Matthew sonrió.

— Nada importante.

— ¿Qué ha sucedido? —inquirió Joseph.

— Nos ha costado encontrar gasolina —contestó Matthew—. La policía nos ha detenido una vez y me ha entrado pánico al pensar que era otra trampa del Pacificador, pero sólo ha sido porque iba demasiado deprisa. Subamos. Le mostraremos el tratado a Shearing.

Se volvió y pasó delante.

Dentro del despacho de Shearing aguardaban Judith, Lizzie, Mason y Schenckendorff. Calder Shearing estaba de pie detrás de su escritorio, el rostro adusto y tenso, los ojos brillantes.

Sin decir palabra, Joseph le entregó el tratado entre el káiser de Alemania y el rey de Inglaterra con el que el Pacificador había propuesto crear un imperio anglo-germánico para dominar el mundo y establecer una paz duradera, traicionando a Francia y a los Países Bajos, que pasarían a ser territorio alemán, mientras que Inglaterra recuperaría todo su antiguo imperio con inclusión de las Américas.

Shearing lo leyó. Al principio su rostro se llenó de un sereno y amargo asombro que acabó dando paso a la ira. Descolgó el teléfono y llamó al 10 de Downing Street. Concluida la llamada, los miró a todos uno por uno.

— ¿Están listos, caballeros? —preguntó, aunque su mirada incluyó a Judith y a Lizzie—. El primer ministro va a recibirnos de inmediato.



Capítulo 12

Por deferencia al pie herido de Schenckendorff, que todavía le dolía mucho, viajaron en dos coches. Tras apearse ante el número 10 de Downing Street, los hicieron pasar de inmediato.

David Lloyd George no era un hombre alto, pero su carácter dinámico y su tono de voz imponían respeto. Su energía, aun después de cuatro terribles años de contienda, llenaba y dominaba la estancia. Los miró de uno en uno. Quien primero acaparó su interés fue Mason, seguido por Schenckendorff, aunque no dejó de fijarse en las mujeres, sobre todo en Judith. Nunca en su vida había dejado de percibir la belleza de una mujer y rara vez había dejado de apreciarla.

—¿Y bien? —preguntó a Shearing—. Más vale que esto sea breve, ¡y más vale que sea puñeteramente bueno! ¿Quién de ustedes va a explicarme de qué diablos me están hablando?

Shearing señaló a Matthew.

—El teniente coronel Matthew Reavley, uno de mis hombres.

No se molestó en presentar a los demás todavía. Lo iría haciendo a medida que se mencionara su participación en el caso.

Matthew dio un paso al frente.

—Señor...

—¡Hable, hombre! —ordenó Lloyd George al tiempo que con la mano ordenaba sentarse a los demás, o al menos a cuantos encontraran asiento—. Déjese de cumplidos. ¿De qué va esta historia?

Matthew comenzó.

—La noche del veintisiete de junio de 1914, mi padre, John Reavley, me llamó por teléfono desde Selborne St. Giles, en Cambridgeshire, para decirme que había encontrado un documento que podría cambiar la historia del mundo y deshonar a Gran Bretaña para siempre, si se ponía en práctica. Quedamos en que me lo traería al día siguiente.

Lloyd George pestañeó.



—¿El veintisiete de junio de 1914?

—Sí, señor. Mi madre y mi padre salieron al día siguiente y murieron asesinados por el camino, en un aparente accidente de coche. Fue el mismo día del asesinato del archiduque y la duquesa en Sarajevo. Tras muchas dificultades y, trágicamente, más asesinatos, mi hermano Joseph y yo encontramos el lugar donde mi padre había escondido el documento. Lo leímos y lo devolvimos a su sitio.

—Santo cielo. ¿Por qué...? —Lloyd George fulminó a Shearing con la mirada y se interrumpió bruscamente—. ¿Qué era? ¿Qué importancia tiene ahora?

Sin mediar palabra, Joseph sacó el tratado del bolsillo interior de la guerrera y lo extendió sobre el escritorio delante del primer ministro.

Lloyd George lo leyó. Su rostro palideció, quedando tan blanco como su pelo.

—¡Dios Todopoderoso! —dijo con voz temblorosa. Tragó saliva y levantó la vista hacia Joseph, que seguía en pie delante de él—. ¿Han tenido esto durante toda la guerra?

—Sí, señor. No sabíamos quién estaba detrás, sólo que tenía mucho poder y que estaba dispuesto a matar para llevar a cabo su plan. A lo largo de la guerra ha hecho lo imposible por lograr la rendición de los aliados, a fin de que ese imperio suyo se hiciera realidad. Decidimos llamarlo «el Pacificador» porque creíamos que su objetivo era evitar la guerra, aunque ello supusiera arrebatarlos la libertad y el honor de hacerlo por nuestra cuenta. Ahora nos consta que tiene intención de influir sobre las condiciones del armisticio de modo que Alemania pueda resurgir pronto, rearmar sus ejércitos y seguir adelante con el plan.

—¡Jamás! —dijo Lloyd George al instante—. Hay que averiguar quién es y ahorcarlo por traidor.

Matthew prosiguió el relato.

—Es lo que hemos intentado a lo largo de toda la guerra, señor. No lo hemos logrado hasta ahora, y sólo ha sido posible porque algunos de los hombres que creían en la paz, pero que no eran conscientes del verdadero alcance del precio que el Pacificador estaba dispuesto a pagar por ella, finalmente lo han visto tal como es y están dispuestos a entregarse para desenmascararlo, sin tener en cuenta las consecuencias que eso pueda tener para ellos.

Lloyd George se volvió al instante hacia Schenkendorff, el único hombre presente en la habitación de quien no sabía nada. Llevaba uniforme de voluntario británico, pero la autoridad de su porte y la dolorosa herida del pie, que todavía llevaba vendado, le señalaban como alguien distinto a quien aparentaba ser.

Schenkendorff se puso de pie sin la más ligera mueca, ni siquiera al apoyar el peso sobre el pie herido, y lo saludó inclinando la cabeza. Tenía el rostro tenso y pálido a causa del esfuerzo.



—Manfred von Schenckendorff, señor. Fui yo quien obtuvo la firma del káiser para el tratado. En su momento creí que serviría para garantizar la paz en Europa, de modo que pudiéramos gobernar sin guerra en los años venideros. Ahora me consta que ese sueño nunca fue posible. He visto a su país y al mío perder a los mejores hombres de toda una generación y empapar la tierra con su sangre. Crucé las líneas hasta la posición donde el capellán Reavley combatía en Ypres a fin de delatar a mi primo, mi homólogo británico, para que esto no vuelva a suceder jamás. Porque si no le detienen, conseguirá una paz que tan sólo será un paréntesis entre esta guerra y la siguiente.

—¿Su primo? —preguntó Lloyd George.

—Dermot Sandwell. Su madre y la mía eran hermanas —contestó Schenckendorff. Acto seguido, viendo la incredulidad del semblante de Lloyd George, añadió—: Unas mujeres muy guapas, irlandesas, no inglesas ni alemanas.

—¡Por Dios! —explotó Lloyd George—. ¡Sandwell es uno de los hombres mejores y más leales que tenemos! Lo que está diciendo es ridículo. —Miró a Shearing con renovada furia—. ¿Qué le ha inducido a creerse semejantes paparruchas, hombre? ¿Qué ha sido de su sentido común?

Mason dio un paso al frente soltándose del brazo de Judith. Se plantó a la derecha de Schenckendorff, de cara al primer ministro. La voz le tembló cuando empezó a hablar, pero luego fue recobrando aplomo y firmeza.

—Me llamo Richard Mason, señor, soy corresponsal de guerra. De joven fui a cubrir la Guerra de los Boers y quedé tan horrorizado que nunca he conseguido olvidar la brutalidad y el desperdicio de vidas humanas que vi allí. Lo mismo que Dermot Sandwell. Lo conocí poco después, y ambos juramos hacer lo posible para que nunca se repitiera algo igual. Creía que tenía que existir una vía mejor, aunque fuera preciso provocarla mediante el engaño y una conspiración dirigida por hombres que ostentaran más poder que nuestros soldados y políticos. Estuve dispuesto a dar mi vida por esa causa. A lo largo de toda la guerra he informado a Sandwell para ayudarlo, al menos en parte, en sus actividades, en un intento por poner fin a la masacre y crear una paz duradera. —Lloyd George lo miraba con incredulidad y algo rayano en la consternación—. Lo que el coronel Von Schenckendorff le ha dicho es verdad, señor —prosiguió Mason—. Podría contárselo con todo lujo de detalles, si hubiera tiempo, pero no lo hay. El coronel Von Schenckendorff y yo estamos dispuestos a pagar con la vida el precio de nuestro engaño. Matthew, Joseph y Judith Reavley han seguido los pasos de su padre para no darse por vencidos y demostrar que libramos nuestras batallas sin rendirnos. Su pasión y sus creencias nos han mostrado lo que puede y debe hacerse. Me enfrentaré a Sandwell. No podrá desmentirme porque sé demasiado.

Lloyd George suspiró y su semblante reveló una honda aflicción. Estaba claro que había dejado de negarse a aceptar la realidad.



Llamaron a la puerta con deferencia pero insistentemente.

—¿Qué pasa? —inquirió.

Un hombre asomó la cabeza.

—El señor Sandwell está aquí, señor.

—¡Bien! Justo el hombre que necesito. Hágale pasar —ordenó Lloyd George—. Y diga al policía de la puerta que entre.

El hombre puso cara de asombro.

—¡Haga lo que le digo! —gritó Lloyd George.

Al cabo de menos de dos minutos volvió a abrirse la puerta y Dermot Sandwell entró en el despacho. Era alto y sumamente elegante. Tenía el pelo rubio muy lustroso y los ojos de un azul muy peculiar, pálido y brillante. Primero miró al primer ministro, luego a Mason y a Schenckendorff. A los demás los ignoró. Su rostro, de por sí enjuto, pareció tensarse y adquirir una palidez tan acusada que dio la impresión de que iba a desmayarse, pero permaneció en pie muy envarado.

La puerta se cerró a sus espaldas con un chasquido seco.

Fue Schenckendorff quien habló. Su pronunciación era intachable, su inglés tan perfecto que casi no tenía acento. Sólo el daño del pie alteraba su tono de voz.

—Se ha acabado, Dermot. La masacre de naciones y el asesinato de individuos han tocado a su fin, y aquellos de nosotros que intentamos obligarlos a aceptar una paz forzosa sin honor debemos pagar por ello. Tenía la misma visión que tú, al principio, pero ahora ya no. No podemos hacer esto otra vez; no debemos. Si no vas a detenerte por ti mismo, lo haré yo.

Sandwell lo miraba fijamente mientras la impresión que traslucía su semblante pasaba de la perplejidad al desprecio.

—Cobarde —dijo sin más—. Te confié una visión de Europa sin guerra y me has traicionado. Si lo hubiésemos conseguido, si el idiota de John Reavley hubiese tenido una amplitud de miras más vasta, sin las trabas de mezquinos prejuicios nacionalistas, podríamos haber salvado la vida de treinta millones de hombres que ahora están muertos o mutilados por medio mundo.

»Piensa en eso, Manfred, cuando llores por Alemania. Al principio fuimos traicionados por hombres de menos valía, a quienes lo que creían que era patriotismo les impedía ver a la humanidad en su conjunto. Según parece, me he quedado solo. Pero eso no implica que haya dejado de tener razón. —Se volvió para encararse al primer ministro y entonces vio a Mason—. Y según parece, después de todo usted ha resultado no ser más que un inglesito más, pese al horror y a la muerte que ha presenciado. Al final regresa corriendo a su pequeño trozo de tierra, negándose a ver el resto del mundo. —Miró a Joseph—. De usted no esperaba menos. Es digno hijo de



su padre. Quizás hayamos esperado que un hombre que profesa la religión cristiana tuviera una visión más amplia del mundo, pero esperamos en vano.

Lloyd George se puso de pie.

—Confiaba en usted, Dermot. Me duele verlo convertido en un traidor de tan monumentales proporciones. Será ajusticiado en la horca.

Sandwell soltó una risotada.

—¡No sea absurdo! No se atreverá a enjuiciarme. ¿Qué piensa decir? ¿Que intenté salvar al mundo de este..., este osario de sangre y ruinas pero que fracasé por culpa de la cortedad de miras de un puñado de hombres que pensaban más en Inglaterra que en el resto de la humanidad? Y ahora que han vencido, y que estamos hasta las rodillas de cadáveres de nuestros hombres, ¿va a matarme a mí también por haberme propuesto salvarlos? ¿Cuánto tiempo cree que se lo agradecerá un país agotado y sumido en la aflicción?

—Su propuesta de tratado era una infamia —dijo Lloyd George con amargura—. Habría sido una paz sin honor.

Sandwell enarcó las cejas sobre sus ojos brillantes.

—Dígaselo a los millones de mujeres cuyos padres, tíos, hermanos, maridos e hijos yacen enterrados en los campos de Francia. Veamos si están de acuerdo con usted.

Las manos de Lloyd George se cerraron sobre el trozo de papel que se enrolló por sí mismo tras cuatro años y medio escondido en el cañón del trabuco.

Sandwell lo miró y por fin se dio cuenta de lo que era. Hizo ademán de ir a cogerlo pero se contuvo. Se volvió muy despacio hacia Matthew.

—Sí —dijo Matthew sosteniéndole la mirada—. Lo hemos tenido todo este tiempo. Mi padre lo escondió donde ninguno de sus sabuesos logró dar con él.

—Pues entonces la sangre de millones de almas está en sus manos —contestó Sandwell entre dientes—. Los mejores y los más valientes de las naciones de la tierra yacen aplastados bajo el peso de su estupidez.

—Se equivoca —le replicó Joseph con absoluta convicción—. No creo que nuestro rey lo hubiese firmado pero, de haberlo hecho, no nos habría comprometido, al menos no a todos. Siempre habría habido alguien dispuesto a pagar por la libertad de dictar nuestras propias leyes, abrazar la fe queelijamos, cometer nuestros propios errores, reírnos de nosotros y volverlo a intentar. Si hay que pagar con la vida, pues que así sea. No pagaremos con la muerte lenta de nuestra mentalidad ni de nuestro espíritu.

—¡Maldito idiota condescendiente! —le espetó Sandwell—. ¿Cree que a alguien le importan ahora esos sermones vacíos? ¡La muerte es real! ¡Va de cuerpos rotos, hombres ciegos, tullidos, ahogados en su propia sangre! Va de cadáveres acribillados



a balazos, congelados. ¡No va de bravuras ni de elevados principios, idiota! ¡Mire la realidad! ¡Dígales eso a los mutilados y a los ciegos, si se atreve!

—Claro que me atrevo —respondió Joseph estoicamente—. Los conozco como usted nunca llegará a conocerlos, pues de lo contrario no los habría juzgado tan equivocadamente. Se ha equivocado una y otra vez. No comprendió su valentía, su lealtad, su amistad, el apego al derecho a ir y venir a su antojo, a conservar sus antiguas costumbres, las peculiaridades que son la sal de la vida. Los hombres y las naciones siempre perseguirán el derecho a tomar sus propias decisiones, cueste lo que cueste. Se les puede orientar, pero no gobernar. Ha juzgado mal a la humanidad en general y a Gran Bretaña en particular.

»Pero, peor aún que eso, mucho peor, ha confundido el fin con los medios hasta convertirlos en una misma cosa. Usted ha destruido la misma chispa de vida que deseó habernos dado. Sin libertad para acertar o equivocarse, para elegir tu camino en vez del camino impuesto, no hay virtud, valentía, honor, alegría ni amor que merezca la pena. Hombres mucho menos inteligentes lo saben de manera instintiva, y preferirán morir antes que vendérsela a usted y a sus sueños de dominación. Y en eso se han convertido. No son la sabiduría o la intención del poder las que corrompen, es el carácter absoluto del poder que ya no puede refrenarse.

Sandwell miraba a Joseph con un odio tan intenso que todo su delgado cuerpo vibraba, y de pronto le pegó un puñetazo con todas sus fuerzas.

Joseph se tambaleó hacia atrás, perdió el equilibrio y se cayó, y la cabeza le dio un golpe seco contra el suelo. Se quedó inmóvil.

Judith palideció. Lizzie soltó un grito ahogado y comenzó a adelantarse, pero Matthew le cortó el paso.

Sandwell dio un paso al frente para golpear a Joseph otra vez. De repente Matthew vio en el cuerpo inmóvil de Joseph a todos los hombres muertos que había amado: su padre, Sebastian Allard, Owen Cullingford y todos los demás que una vez estuvieron llenos de pasiones y sueños, que hablaban y reían y se preocupaban del prójimo.

Golpeó a Sandwell en medio de la espalda y, mientras se tambaleaba, lo agarró y le hizo girar en redondo. Le asestó el golpe que le habían enseñado y que esperaba no tener que usar nunca, arreando fuerte debajo de la nariz, clavándole el hueso en el cerebro.

Sandwell se desplomó contra el suelo y cuando Matthew se agachó a su lado ya no respiraba. Sin ponerse de pie se volvió hacia Joseph. Lizzie estaba a su lado y Joseph tosía, tratando de recobrar el aliento e incorporarse. Estaba aturdido y vacilante, pero indudablemente vivo.

El alivio de Matthew fue tan grande que se sintió mareado. Se dio cuenta de que por un instante había creído que Joseph estaba muerto. El crujido del cráneo contra



las tablas del suelo le habían hecho temer una aflicción tan terrible como la que sintiera al morir su padre.

— ¿Joe? — dijo con voz ronca.

Joseph gruñó y se llevó la mano a la cabeza, luego miró más allá de Matthew, al Pacificador tumbado en el suelo.

— Lo has golpeado — observó —. Gracias. Me parece que lo he enfurecido bastante. Quería matarme.

Matthew miró al hombre que tenía casi a sus pies, despatarrado, con una pierna debajo de la otra. Parecía más menudo que cuando estaba de pie. Sus ojos brillantes estaban abiertos mirando sin ver.

— Ha muerto — dijo Schenckendorff en voz baja —. Tal vez sea lo mejor. — Miró a Joseph—. Confío en que no le haya hecho mucho daño. Tiene razón: estaba furioso porque lo que ha dicho es verdad. Los grandes hombres se sirven del poder con tanta medida como pueden. Hace falta una humildad suprema para dejar que los demás disientan y cometan sus propios errores. El derecho a equivocarse es algo por lo que merece la pena morir, pues sin él todas nuestras virtudes resultan vanas. Lo que no hemos pagado se nos escurre entre los dedos porque no lo valoramos lo suficiente para hacer lo necesario para conservarlo.

Le tendió la mano a Joseph.

Joseph se la estrechó con firmeza.

Schenckendorff se cuadró ante Lloyd George.

— Estoy a su disposición, señor — dijo con fría formalidad.

Lloyd George seguía estando de pie, pálido como la nieve.

— Gracias — dijo sin más—. Usted es prisionero de guerra. Recibirá el trato correspondiente y, cuando llegue el momento, será repatriado. Soy consciente de lo mucho que le debemos, y no será olvidado.

Fue hasta la puerta y habló con el hombre que había fuera.

Momentos después Schenckendorff se despidió de todos. Matthew y Joseph le hicieron el saludo militar. Otros dos hombres entraron para llevarse el cuerpo del Pacificador.

— Ataque cardíaco — les dijo el primer ministro, aunque saltaba a la vista que ésa no era la causa de la muerte de Sandwell. Nadie objetó nada ni hizo el menor amago de intervenir mientras los dos hombres se llevaban el cuerpo. La puerta se cerró a sus espaldas y los que quedaron en el despacho se volvieron hacia el primer ministro.

Joseph tenía un dolor de cabeza atroz, pero la vista se le había aclarado. Sólo podía pensar en Judith y en cómo reaccionaría cuando arrestaran a Mason. Puesto que no tenía parentesco con Mason, quizá ni siquiera lo volvería a ver. De estar en su lugar,



y si fuese Lizzie a quien fueran a llevarse para enjuiciarla y ejecutarla, no sabría cómo soportarlo. Y, sin embargo, no podía hacer nada por ella. Mason estaba tan solo como si no hubiera nadie más en todo el edificio.

Mason miró a Lloyd George sin vacilar, aguardando con el semblante muy pálido.

Lloyd George se mordió el labio y muy lentamente fue haciendo un ademán negativo con la cabeza.

—Esto me apena —dijo en voz baja—. Usted era el mejor de todos nuestros corresponsales de guerra, el más valiente. Estuvo en todos los escenarios del conflicto. Sus palabras daban forma al modo que desde la patria veíamos y sentíamos el sufrimiento de nuestros hombres, así como su valor. A través de sus experiencias hemos compartido las penalidades de nuestros hombres y el espíritu que llevaban con ellos. Usted era la voz de quienes entonces no podían y ahora nunca hablarán por sí mismos. —Mason se balanceó un poco. Joseph agarró a Judith del brazo para impedir que fuera a su lado—. Estamos hartos de guerra —prosiguió Lloyd George—. Estamos abatidos, afligidos y asustados de un futuro que desconocemos y que será más complejo y difícil que cuanto hemos tenido que asimilar hasta ahora.

»No es preciso que sepamos que una de las voces que nos consolaba y nos conducía a través de las horas más oscuras es un traidor. Eso voy a ocultarlo, no por su bien sino por el de mi país. Jamás volverá usted a mencionar este asunto. Ninguno de los presentes en este despacho lo hará. —Los miró de uno en uno, y vio acatamiento en su silencio—. Su castigo —prosiguió, dirigiéndose a Mason— es que abandonará estas costas y no regresará jamás. Usted ya no es inglés.

Mason jadeó al tomar aire como si le hubiesen asestado un golpe que le hubiese dejado sin respiración, pero no protestó.

Judith agarraba tan fuerte a Joseph que le hacía daño en el brazo, pero éste sólo era consciente de lo que Mason debía estar sintiendo: el rechazo absoluto y definitivo. Nunca volvería a pasear por los brezales ni vería los cielos ventosos, no oiría el reclamo de los zarapitos, nunca volvería a las calles adoquinadas ni oiría el acento de su patria chica, ni bebería cerveza con los amigos en la taberna del pueblo.

El silencio decía con suma elocuencia lo que significaba estar solo.

Judith soltó el brazo de Joseph y se adelantó. Tocó a Mason y éste por fin la miró. Nunca había visto un dolor tan grande.

—Me voy contigo —dijo, habiendo tomado la decisión sin ni siquiera cuestionarla.

—No puedes... —comenzó Mason.

—No te lo estoy pidiendo —repuso Judith—. Te lo comunico. Me despediré de Hannah, recogeré cuatro cosas y nos iremos a Norteamérica. Empezaremos de cero. Allí también habrá mucho que hacer.



Mason tomó aire para replicar y cambió de parecer; en cualquier caso estaba demasiado abrumado para hablar. Asintió y le asió la mano tan fuerte que Judith la apartó. Entonces Mason se dio cuenta de lo que estaba haciendo y adoptó un tono de súbita y apasionada ternura.

—Gracias —dijo sin más.

Lloyd George asintió.

—Esperen fuera —ordenó con voz ronca por la emoción.

Una vez hubieron salido, se volvió hacia Matthew.

—Ha hecho un buen trabajo, Reavley. Conocí a su padre. Era un gran hombre, y honesto. Detestaba el servicio secreto, pero habría estado orgulloso de usted. Su país nunca sabrá lo que ha hecho ni cuánto puede haberle costado, pero estamos en deuda con usted.

Le tendió la mano.

Matthew se la estrechó.

—Gracias, señor. Espero que lo estuviera.

Lloyd George asintió.

—No le quepa la menor duda. Estamos en una nueva era, y quienes blanden secretos nos son tan necesarios como quienes blanden espadas. —Se volvió hacia Lizzie—. O como quienes curan y tratan de recomponer los daños que hemos causado.

Finalmente se volvió hacia Joseph.

—Y usted, señor, ha conservado la fe. Nos ha ayudado a curar las heridas del alma. Sin eso, el resto carece de sentido. Pero esto ha acabado. Sólo estamos a medio camino.

—Lo sé bien, señor —contestó Joseph—. Me aguarda un largo ministerio. Pero primero debo reunirme con mis hombres en Flandes, antes del final.

—Por supuesto que sí —confirmó Lloyd George—. Su lugar está con su regimiento.

Fuera, en la penumbra del anochecer de noviembre, llegó la hora de los adioses. No había gran cosa que decir. Estaban acostumbrados a separarse, pero nunca había nada que mitigara el dolor o que no convirtiera los primeros pasos en un desgarró del corazón. Judith abrazó largo rato a Matthew, y más rato aún a Joseph, pero aun así el momento tenía que llegar. Se alejó caminando junto a Mason con la cabeza bien alta. La luz de una farola le perfiló una mejilla y la boca vulnerable que sonreía con labios temblorosos. Luego las sombras se los llevaron a los dos.

Lizzie besó a Joseph y antes de marcharse tomó a Matthew del brazo.



—Nos veremos pronto —dijo con firmeza.

Matthew saludó. Joseph correspondió al saludo y acto seguido echó a caminar hacia la estación de ferrocarril desde donde iría a Dover para cruzar el canal y regresar a Francia.

* * *

La mañana del 11 de noviembre, Joseph se puso en cuclillas en un nuevo refugio subterráneo construido a toda prisa. Era poco más que una madriguera. Se asomó a la franja de tierra de nadie que tenía delante, mucho más al este que la de Ypres. Los cañones seguían disparando. Los obuses de la artillería pesada levantaban columnas de tierra. Los francotiradores eliminaban a cualquier soldado que por descuido levantara la cabeza demasiado alto.

Morel estaba veinte metros a su derecha, secundado por Tiddly Wop. El sol relumbró en el pelo rubio de Snowy Nunn.

—Sabía que volvería, capellán —dijo Barshey Gee apostado al lado de Joseph.

Joseph lo miró.

Los cañonazos rugieron de nuevo, impidiéndole oír lo que le decía Barshey Gee.

Joseph negó con la cabeza para indicarle que no le había oído.

—Usted no nos abandonaría —repitió Barshey en la repentina quietud.

Joseph miró la hora. Eran las once en punto. A lo largo de las líneas reinaba el silencio; en todas partes.

Poco a poco algunos hombres se fueron incorporando, al principio con cautela, y luego se les fueron sumando otros, y otros más, hasta que hubo decenas de miles de ellos en pie hasta donde alcanzaba la vista, en cualquier dirección. Se oyó una aclamación, y luego otra, y otras más, hasta que un clamor de vítores llenó el aire, resonando a través de Europa desde las montañas al mar.

Fin